DAVID CUEVAS
LOS SIN ROSTRO
ENCUENTROS CERCANOS CON ENTIDADES
¿DE OTRO LADO?
Luciérnaga

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Prólogo
Introducción
Parte I. Los sin rostro
Capítulo 1. En la intimidad de mi habitación
Capítulo 2. Sombras, ruidos y llamadas telefónicas: cuando «ellos» se despiden
Capítulo 3. Una playa, un edificio oficial y… un videoclub
Capítulo 4. Vigilantes de seguridad frente a lo insólito
Capítulo 5. Cuatro entes invisibles, otro de humo, uno de fuego… ¡y hasta un brazo!
Capítulo 6. Acampadas, albergues y un convento
Capítulo 7. Los seres voladores
Capítulo 8. Cuando la ouija nos desarma
Capítulo 9. Famosos y fenómenos extraños
Capítulo 10. «Poltergeists» con final sorpresa
Capítulo 11. Encuentros muy cercanos: cuando «ellos» persisten… e incluso dejan marcas
Parte II. Entidades con rostro (y algunas sin él)
Capítulo 12. Encuentros en carretera
Capítulo 13. Los humanoides
Capítulo 14. Entre hospitales, ángeles y entes milagrosos
Capítulo 15. Garabandal: solo ellas lo saben
Capítulo 16. ¿Están aquí? Hay quienes dicen poder verlos…
Capítulo 17. En estado onírico: una joven asesinada, una madre que fallece y un diablo
Capítulo 18. Satanismo en España
Parte III…Y algunos «con mucho rostro»

Capítulo 19. Vallecas: el poltergeist que no fue
Capítulo 20. Allá donde fueres, haz lo que «Mieres»
Capítulo 21. La voz de un niño… grabada en una cinta
Capítulo 22. «Algo han mandao…» en Los Villares
Capítulo 23. Ummo: el retorno
Capítulo 24. Xavier C.: un abducido (y no solo él) «con mucho rostro»
A modo de reflexión
Agradecimientos
Notas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Puede ser en la intimidad de tu habitación, en una acampada, un edificio oficial, una playa, carreteras, albergues, hospitales e incluso conventos. Quizá sean sombras, humanoides, seres angélicos, invisibles e incluso voladores. A veces se manifiestan mediante ruidos, pasos, golpes, ouijas o llamadas telefónicas; y ante individuos como cualquiera de nosotros, famosos, personal de seguridad, cuerpos policiales o agentes de inteligencia. La mayoría no tiene rasgos definidos. Nadie está a salvo de toparse con ellos. Son «los sin rostro», entidades que se cruzan con nosotros, frente a frente, en nuestra misma realidad. En ocasiones de manera violenta…

¿Sabías que hay muchos ciudadanos que practican el satanismo en España? ¿Conocías los fenómenos extraños protagonizados por el espía español más famoso de todos los tiempos? ¿O las exclusivas últimas revelaciones de una vidente original de las famosas apariciones marianas de Garabandal? ¿Y las experiencias paranormales vividas por la familia de Marta del Castillo tras su fallecimiento? ¿Han regresado los presuntos habitantes del planeta UMMO? ¿Qué hay de realidad en el polémico caso *poltergeist* de Vallecas? ¿Y en el de la abducción más internacional de la historia de España?

En este libro, su autor nos desvela casos sorprendentes, la mayoría inéditos, entrevistando para ello a más de un centenar de testigos cuyas historias no dejarán al lector indiferente.

Los sin rostro

Encuentros cercanos con entidades... ¿de otro lado?

David Cuevas

Ediciones Luciérnaga

Para Olivia. Mi otro yo, mi musa eterna. Mi ángel caído que no paró de levantarse. Allá donde estés, gracias por tanto.

PRÓLOGO

La vida es, en demasiadas ocasiones, un camino de obstáculos. David Cuevas ha vivido unos meses muy duros. Los peores de su vida a causa de la pérdida de su otra mitad. Se ha refugiado en la soledad de su yo y en la escritura. Este pedazo de animal radiofónico ha dado un cierto descanso al mundo de las ondas hertzianas, solo para regresar con más fuerza, tal como nos tiene acostumbrados, a golpe de exclusivas y pura radio, moleste a quien moleste y derribe los mitos que derribe. Así es David: la verdad por encima de todo, sin miramientos, sin cálculos profesionales, sin cuidado por pisar callos, sin pensar en las consecuencias. Sin cortarse un pelo, porque por encima de todo es periodista, deseoso de ofrecer exclusivas y descubrir. David no escribe ni hace radio para que le salga un bonito reportaje o un programa espectacular. No. Lo hace porque quiere descubrir la verdad y contarla.

Muchas de sus investigaciones terminaron en escándalo y, de rebote, en una puerta profesional que se le cerraba (en el tramo final de este libro hay publicadas unas cuantas). Pero eso nunca le ha importado demasiado, porque es de los que piensan que una información que no moleste a nadie suele ser un ejercicio de relaciones públicas. Si tu información vale la pena, seguramente a muchos no les gustará.

Así es el autor de este manojo de páginas que sostienes entre las manos, alguien totalmente libre que nunca se ha plegado a las pretensiones de jefes o empresas si no cree en ellas. Lo conocí hace muchos años, cuando me trasladé a Madrid para trabajar en *Año Cero*. Poco tiempo después, el pipiolo David Cuevas entraba como becario en la redacción de la revista. En teoría era su jefe, pero la verdad es que nunca me hizo demasiado caso. Recuerdo que una mañana le eché una bronca monumental, de esas que suenan a rayos y truenos, en medio de la redacción. Pasados unos minutos, me empezó a invadir una sensación de arrepentimiento por el feo espectáculo que había

ofrecido, así que le dije a Javier García Blanco, entonces jefe de edición de *Año Cero*, que me iba a disculpar con David. «Bueno, haz lo que quieras, pero se lo merecía, que aprenda, porque es un cabezón», me respondió Javier partiéndose de risa. Sin embargo, cuando me disponía a poner en práctica tal acto de contrición, me di cuenta de que David estaba bromeando con los compañeros de la revista *Enigmas*, con los que compartíamos editorial. Sin duda, no estaba nada afectado. Así que pensé: «Que le den». Ahora que recuerdo la anécdota, una sonrisa se dibuja en mis labios, pero entonces lo hubiera estrangulado con saña.

Esa es una de las características de la personalidad de David. Es un auténtico cabezón, lo que en ocasiones le genera problemas, pero también es una cualidad innegable para ejercer el periodismo. Si a David se le mete algo entre ceja y ceja lo conseguirá. Y si quiere que le proporciones alguna información, date por jodido, porque acabarás ofreciéndosela solo para que no te acose más. ¡Cuántas cosas ha conseguido por el método del derribo!, es decir, me vas a dar esa información sí o sí porque tengo la eternidad para pedírtela un día sí y otro también.

No es el autor de este libro un periodista de columnas de opinión, sino de calle, de los que van a la fuente, a los protagonistas de la historia. Lo entiendo perfectamente, porque a mí me pasa lo mismo. Y no se trata de periodismo ni de investigación, que también, sino de una sensación difícil de explicar: de palpar vidas y experiencias ajenas y vivirlas como propias. No existe nada más enriquecedor ni más placentero. El periodismo es, sin duda, la mejor profesión sobre la faz de la Tierra, y también la más adecuada para ser un pobre pordiosero toda tu vida. Pero que nos quiten lo bailado, porque de esta existencia solo nos vamos a ir con las experiencias, con las caricias y los abrazos, con nuestros descubrimientos, con los momentos especiales…

Tras las páginas de este libro se oculta un esfuerzo titánico y un trabajo que ya nadie hace, porque parece que eso de recopilar testimonios e investigar casos sobre fenómenos extraños en los lugares de los hechos ya no se lleva. Ahora la moda es ser un gilipollas —y cuanto más, mejor— y abrirte un canal de YouTube para hablar durante quince minutos de una historia que has leído en un blog de Estados Unidos, que has traducido mal y que encima has retorcido hasta el extremo inventándote prácticamente todo lo que estás

contando. Ah, y poner un título amarillista y engañoso para llamar la atención y que la gente pulse el *play*.

David no es de esos; es de los contrarios, de los que investigan dejándose su tiempo, el dinero del que no disponen y su esfuerzo, durmiendo donde se pueda y comiendo de bocata, porque la investigación, y menos de los llamados fenómenos extraños, no da dinero. David es de una estirpe que está en proceso de extinción, un auténtico romántico con unas férreas convicciones y un amplio sentido de la ética, aunque él quiera aparentar que es un tipo duro. Por eso se merece que le vaya bien, que se venda un buen número de ejemplares de este libro, y con ese exiguo capital pueda continuar estudiando sus casos, comiendo bocadillos de mortadela y viajando en bus con su inseparable mochila a cuestas, repleta de libretas, apuntes, libros, fotocopias, sus grabadoras, su cámara de fotos.

Amigo David, te adelanto que nunca te harás millonario, pero serás millonario en experiencias irrepetibles y descubrimientos. Y cuando te toque partir de este mundo, dentro de unos 150 años por lo menos, lo harás satisfecho por tu vida y por los trabajos que habrás dejado para la posteridad. Eso es más que suficiente y muy pocos son los que podrán decirlo.

MIGUEL PEDRERO
DIRECTOR ADJUNTO DE LA REVISTA *Año/Cero*

INTRODUCCIÓN

Miércoles, 23 de septiembre de 2015. Ese fue el día clave. Aquella tarde iba a tener lugar una mesa redonda en el ámbito de la Universidad Pontificia Comillas, organizada por la Cátedra de Ciencia, Tecnología y Religión, de nombre «Cerebro, espiritualidad y trascendencia». Sus ponentes principales, los catedráticos Francisco J. Rubia y Ramón M.ª Nogués, debatirían sobre la cuestión. Y yo tenía previsto entrevistarles y hacerles algunas fotos para ilustrar mi reportaje.

Minutos antes, en una cafetería de la madrileña calle Alberto Aguilera, a escasos metros del lugar donde tendría lugar dicho evento, me encontraba en una animada conversación junto a quienes llamaré Joaquín y Sonia, dos de las personas más importantes de mi entorno más cercano. De hecho, acababan de conocerse. El caso es que, en un momento dado, surgió el tema. Así, sin más.

—Ya te habrá contado David que me han pasado algunas cosas raras —dijo Sonia.

—Pues seguro que la cosa es mutua —replicó Joaquín, sonriente.

—Algo me dijo, creo recordar —contestó ella, interesada.

Muy atento, les animé a que comentasen dichas experiencias. Y lo hicieron. Hasta ahí todo aparentemente normal (dentro de lo que cabe), pero empezó a surgir algo que no tenía previsto…

—¡Hostias! ¿Qué dices? A mí me pasó lo mismo —exclamó Joaquín, algo alterado.

—¿En serio? —respondió Sonia.

—¡Claro! ¿No te acuerdas, David? Yo también presentí a esos mismos seres, igualmente en estado de duermevela. Y tampoco podía mover un solo músculo de mi cuerpo.

—¡Lo mismo que me pasaba a mí!

—Y a veces no les veía el rostro, otras sí.

—¡Eso es!

—Y eso que comentabas del sonido como de turbina que

escuchabas justo antes de que aparecieran a los pies de tu cama, ¡también lo escuché yo! —exclamaba Joaquín.

—Vaya, qué curioso —decía Sonia, casi entusiasmada—. Y lo de las tres de la madrugada. Yo casi siempre los veía a esa misma hora.

—¿Y te hablaban? Yo no podía moverme, pero les oía susurrando entre sí. Eran dos, y uno le dijo al otro algo así como: «Cuidado, creo que se ha dado cuenta de nuestra presencia».

—¡Sí, joder! Igual que yo. ¡Qué fuerte! Me pasó exactamente lo mismo, y más de una vez. Además, es como si estuvieran allí sin querer ser vistos, y yo les hubiera pillado de alguna manera, infraganti. Decían algo así como: «Cállate, porque nos está escuchando». Además, también hablaban bajito, en susurros, raro, como la grabación de una cinta con cierta distorsión.

Aquello era demasiado. Estaba asistiendo al hecho de que dos personas de mi entera confianza, que no se conocían entre sí, estaban contando experiencias muy íntimas, personales y francamente aterradoras. Y lo que es más importante… coincidentes. Entonces me di cuenta. Allí había tema. Estábamos en 2015 y en la década anterior había recogido algunos de estos casos de manera muy aislada.

De hecho, casi toda la casuística que sobre el terreno tenía recopilada era referente al tema OVNI, y no me había centrado demasiado en episodios de este tipo que, tras aquel día, me di cuenta de que encerraban claves que hasta entonces no me había parado a analizar. Dos personas de mi absoluta confianza y nada dadas a fabulaciones me habían puesto sobre la pista. Y tomé una decisión. En los años venideros me encargaría de recopilar más experiencias similares de personas como ellos o como cualquiera de ustedes, queridos lectores, para tratar de averiguar si lo que asomó en aquella conversación había sido algo meramente anecdótico o escondía algo más…

Pues bien, han pasado unos cinco años desde entonces. Y aquí estoy, con más de un centenar de casos similares recogidos, primero en mi grabadora, después en este libro. La mayoría de ellos los recopilé gracias al llamamiento que, durante meses y meses, hice en cada una de mis intervenciones en *Espacio en blanco*, programa de Radio Nacional de España en el que colaboro desde 2013. Muchos oyentes respondieron, y de qué manera, legándome sus vivencias directas y, en la casi totalidad de ocasiones, permitiéndome que estas

fueran publicadas.

A muchos de los seres que aparecen referenciados por los testigos directos a los que he podido entrevistar los he apodado «los sin rostro». Otros tienen facciones más definidas, algunos incluso demasiado. También, todo hay que decirlo, varios fraudes a los que he apodado «los con mucho rostro», pues he preferido ser honesto y ofrecer todo lo que he ido encontrando en el camino, ya sean hechos inexplicados… o todo lo contrario. En las siguientes páginas expondré todos y cada uno de ellos. Más de cien testigos entrevistados, montones de historias. Y lo adelanto desde ya: habrá sorpresas. Y gordas. ¿Comenzamos?

Parte I
Los sin rostro

Capítulo 1

En la intimidad de mi habitación

—Pasé auténtico pánico.

Esas fueron algunas de las palabras más recurrentes de alguien, a quien llamaremos Sofía, cuando me estaba narrando aquel relato. El relato de unos hechos que me repitió en varias ocasiones, siempre coincidentes en cada detalle. Ella estaba en el ecuador de su veintena cuando aquello empezó a suceder. Cada noche.

—Primero se escuchaban aquellas turbinas.

Al preguntarle a qué se refería exactamente con tamaña afirmación, Sofía fue más explícita: «Al acostarme, tardaba bastante tiempo en conciliar el sueño. A veces era incluso cuestión de horas. Cuando lo conseguía llegaban las turbinas que yo percibía como gigantescas. Un sonido pulsante que, al cabo de los minutos, se hacía ensordecedor. Tanto que llegaba a pensar cómo era posible que no se asustaran los vecinos. Se oía cada vez más fuerte, más imponente. Y entonces aparecían ellos».

—¿A qué te refieres con ellos? —le preguntaba.

Y entonces su relato cobraba vida. O quizá muerte:

—Las primeras veces eran solo tres o cuatro. Meses después, venían hasta una veintena.

—Pero ¿cuánto tiempo estuviste viendo aquello? —le preguntaba.

—Cerca de un año.

—¿Con qué frecuencia?

—Día sí, día también.

A veces, al encuestador le cuesta mucho llegar a empatizar ante la gravedad de los hechos narrados por el entrevistado. Sofía no fue una excepción.

—¿Cada día? ¿Me estás diciendo que veías eso a diario?

—Prácticamente.

—¿Y no llegaste a cambiar de habitación?

—Lo hice. Pero nada cambió.

—¿Cómo eran aquellos seres?

—Aunque todos tenían aspecto antropomorfo, no eran iguales en cuanto al tamaño. Eran siluetas oscuras, delgadas. Los había pequeños, de apenas un metro, quizá algo más. Otros superaban los tres metros, y se presentaban encorvados. —Sofía tomaba aire. Le costaba recordar. O quizá evitaba hacerlo—. Pero ahí estaban, a los pies de mi cama. Observándome.

—¿Y cómo reaccionabas?

—De ninguna manera. No podía hacer nada. No podía moverme, ni un solo músculo de mi cuerpo.

Lo que Sofía me estaba describiendo es lo que comúnmente se conoce como una parálisis del sueño. Pero con ciertos matices, para quien esto escribe algo difíciles de asimilar.

—¿Estabas dormida?

—En duermevela, pero tenía la absoluta sensación de estar despierta. Quizá demasiado.

—¿A una hora concreta o iba variando?

—Sobre las tres de la madrugada. Solía repetirse a esa hora.

—¿Cómo iban vestidos? —continué.

—Con una especie de túnica negra y con capucha. Eran como una suerte de monjes —respondió Sofía.

—¿Podías percibir sus rostros?

—No.

—¿No podías verlos claramente?

—No tenían rostro.

No tenían rostro. Se hace difícil imaginar tal situación sin escalofrío alguno que salude a nuestro impostado raciocinio. Pero la cosa no acababa ahí:

—Pero ¿te decían algo, Sofía? ¿Hablaban contigo?

—A veces sí. Me llamaban.

—¿A qué te refieres?

—Te explico. En aquellas situaciones, sentía cómo se agudizaban mis sentidos. Me sentía muy vulnerable, como si pudieran hacer conmigo lo que quisieran. Y todo se amplificaba de alguna manera, de forma que les oía hablar. Me decían que me dejara llevar, que no

tuviera miedo, que me fuese con ellos. Pero yo me resistía. Sentía auténtico terror, pero luchaba contra ellos y finalmente, poco a poco, se desvanecían. Solo por esa noche.

—¿Y siempre lo conseguías?

—No. A veces no podía. Me dejaba llevar, extenuada, muy cansada.

—¿Y qué ocurría entonces?

—La verdad es que no lo recuerdo. Quizá sea lo mejor.

—¿Y cómo eran esas voces?

—Secas, ásperas, parcas. Muy desagradables. Y me hablaban mentalmente.

—¿Les respondías?

—Sí. También mentalmente. Les increpaba de muchas y diversas formas. A veces me dejaban en paz. Otras no.

—¿Llegaste a consultar con algún especialista? ¿Algún médico?

—Sí, pero no me hacían caso.

Sofía veía a esos seres todas las noches.

La historia no queda ahí, ya que no fue el único miembro de su familia que presenció aquel infierno.

—También le empezó a pasar lo mismo a mi hermano.

—¿Cómo dices?

—Me lo dijo mi madre, a quien yo le había contado lo que me estaba pasando. Y ella me confesó que mi hermano empezó también a verlos. Me lo dijo para ver si yo podía ayudarle.

—¿Le pasaba exactamente lo mismo que a ti?

—No. Lo suyo era peor, más fuerte, más desagradable. Al parecer,

los seres le insultaban, y consiguieron llevarle con ellos. Muchas veces.

—¿Adónde?

—Según me dijo, a un lugar bajo el agua, algo así. No recuerdo todos los detalles, David, pues han pasado ya muchos años y me cuesta recordarlos. De hecho, me incomoda hacerlo.

Sofía movía de manera rápida, nerviosa, sus piernas al confiarme aquel horror personal. De modo que decidí dar por acabada la encuesta, no sin antes preguntarle por el final de aquella historia:

—¿Cómo acabó todo?

—Poco a poco, aquellos encuentros fueron cesando, disolviéndose en el tiempo. Al fallecer mi abuelo, todo se tranquilizó, algo que agradecí por mi salud física y mental. Apenas dormía, estaba francamente cansada durante el día. Aquello fue una pesadilla. Una pesadilla demasiado real.

—¿Recibiste algún tipo de mensaje más allá de lo que me has contado?

—A veces aquellas cosas se presentaban ante mí como mis propios familiares, algo que no podía ser. Seres con túnicas negras, encapuchados, diciéndome que eran mi madre. O mi hijo. Lógicamente, no les creí, pero se sentaban en la cama e incluso se tumbaban conmigo para abrazarme.

—¿Y por qué hacían eso, Sofía?

—No lo sé. Quizá pensaban que así era. O a lo mejor para que opusiera menos resistencia y me fuera con ellos, dondequiera que fuese.

Relatos como este, más o menos similares, son habituales en la literatura de terror. Pero aquí hay una clara diferencia. Lo que le sucedió a Sofía no fue una ficción. Había sido real, o así lo percibía ella cada vez que me narraba aquellos encuentros. Lo hizo varias veces. Y estamos hablando de una persona de mi entera confianza. Alguien que fue testigo de algo inquietante, pero no fue la única…

«Mi niña»

Una de las personas más interesantes a las que he tenido el placer de conocer es, sin duda, Adriana Estop. Su curioso apellido lo heredó de

su abuelo, así como de toda su familia paterna proveniente de Aragón. Ella es, en el momento de escribir estas líneas, la productora del programa *Luces en la oscuridad*, que se emite actualmente en Radio 4G. Adri, que es como le llaman sus más allegados, tuvo, y en ocasiones sigue teniendo, unas llamativas y estremecedoras experiencias de parálisis del sueño. Y no solo eso… Así pues, poco antes de que el toque de queda por pandemia hiciera acto de presencia, un gélido 13 de febrero de 2021, sentados tranquilamente en una pequeña, pero acogedora estancia ubicada en pleno barrio gótico de Barcelona, con su voz dulce y calmada, Adri empezó a confesarme algunas de ellas:

«En mi caso, estas experiencias son muy abruptas. La sensación es la de estar paralizada, sin poderme mover, siendo atravesada por una suerte de corrientes eléctricas y escuchando un gran zumbido, como de turbina, que me envolvía. Y, en dicho estado, he oído voces e incluso visto a extraños seres. Solían ocurrirme, por regla general, entre las dos y las tres de la madrugada. A veces eran sombras negras sobre mí, lo cual me angustiaba bastante, y en otras ocasiones algo mucho peor», me explicaba Adriana.

Una de las experiencias más estremecedoras que ha padecido, según ella, fue esta: «Sería el año 2005. Tenía diecisiete o dieciocho años y vivía con mis padres. En muchas ocasiones, estando en estado de parálisis del sueño, instintivamente gritaba a mis padres para que me sacaran de aquel estado. El caso es que, en varias ocasiones, se abría la puerta, entraba mi madre, se sentaba conmigo en la cama, me acariciaba, pero… algo fallaba. Me daba la sensación de que aquella persona no era mi madre, sino que se había disfrazado de mi madre de alguna manera. Entonces, mentalmente, les decía: "Tú no eres mi madre". Y dicho esto, desaparecían. Cosa bien curiosa».

Pero no solo le suceden este tipo de vivencias en el ámbito de las parálisis del sueño, ya que…

«En la primavera de 2014, ya viviendo sola con mi novio, estaba tumbada en el sofá relajada, con los ojos cerrados, pero despierta, en plena vigilia. En ese momento, escuché abrirse la puerta y como entraba mi pareja, este se tumbaba conmigo, frente a mí, y me abrazaba. Estaba muy a gusto, relajada y abrazada a él cuando, de repente, escucho como la puerta se abre de nuevo, alguien entraba, pasaba por detrás del sofá, abría un bote de tabaco de liar y se liaba un cigarro. Entonces caí en la cuenta de que si mi novio acababa de

entrar para liarse un cigarro… ¿A quién estaba abrazando yo?» Una circunstancia difícil de digerir, ¿verdad? Adriana continúa:

«Y en ese momento, oí una voz metalizada, como un murmullo, que no supe identificar si era de hombre o de mujer, neutra, sin un acento concreto, que me dijo: "Mi niña". Y entonces, extrañada, pregunté: "¿Quién eres?". Y aquello se esfumó. Mi novio se asustó solo con ver la cara que puse, con eso te lo digo todo. No pasé miedo, pero aquello fue muy impactante».

Quizá un estado alterado de conciencia. Quién sabe…

Adriana Estop.

Para finalizar este apartado, Adri me narró otra experiencia no menos llamativa. Y en esta ocasión no había posibilidad onírica alguna, ya que:

«Lo vimos dos personas. Estábamos en mi casa de Lloret de Mar (Girona), una amiga y yo. Hablábamos una frente a otra. A la espalda de mi amiga, había colgado un cuadro. En un momento dado, a mi amiga se le puso la cara blanca y me pidió que saliésemos de allí a toda prisa porque había visto algo. En ese mismo instante vi, por el reflejo del cuadro, cruzar una especie de sombra de color blanco. Pero opté por no decírselo, para contrastar si lo que había visto ella se correspondía con lo mío. Salimos de allí, nos metimos en el coche y entonces me contó, aterrada, que acababa de ver una silueta traslúcida, de color blanquecino, como un ser encapuchado, pasando como volátilmente por detrás de mí. Lo mismo que yo había visto en el reflejo».

Los niños

La siguiente historia me la contó Francesca A. en la Rambla de Badalona. Vino conmigo mi compañera Adriana Estop, protagonista del caso anterior. Francesca se puso en contacto conmigo vía Instagram, y concertamos una cita para vernos, y contarme algunas de las experiencias que asegura haber vivido en primera persona. He aquí la que más me conmovió:

«Sucedió en los primeros meses de 2001. Mis hijas, que estudiaban en un colegio de Badalona, me pidieron ir de excursión con su clase, pero no las dejé. Presentí que podía pasar algo malo. El caso es que, aquella noche, yo dormía en la habitación de mis hijas. Ellas lo hacían desde las nueve de la noche y yo me acosté poco después. Era una habitación amplia, con dos puertas y una pared de metro y medio que las separaba. Al acostarme, con las puertas abiertas, no había acabado ni de taparme con las mantas cuando, de repente, vi pasar por el pasillo a dos niños, un niño y una niña. Eran pequeños, tendrían ocho o nueve años. El niño era delgadito, moreno, con el pelo corto. La niña también era morena, con el pelo ondulado llegándole por los hombros. Les vi pasar por la otra puerta también. No pude distinguir sus caras. Pegué un bote en la cama, me levanté y, extrañada, salí detrás de ellos. Pero ya no estaban, desaparecieron».

El autor entrevistando a Francesca A.

Francesca, al detallarme la descripción de los niños, empieza a emocionarse. Le cuesta hablar, pero retoma el relato:

«Al cabo de tres meses, hubo un sonado accidente en una

excursión de un curso superior al de mis hijas. Dos niños, un niño y una niña, fallecieron al pasar por un río con una cuerda. Fui al entierro. Al mirar su foto me quedé impactada. Eran ellos. Estoy convencida de que eran los niños que había visto aquella noche de tres meses atrás. Si hubiera llegado a saber quiénes eran, habría intentado evitarlo de alguna manera. Pero…». Francesca vuelve a emocionarse. Tras preguntarle por ciertos detalles de aquel accidente, creí conveniente dar por concluida nuestra charla al respecto.

LA VOZ DE GALICIA

Mueren ahogados en un río dos niños que practicaban un deporte de aventura

Los menores, de diez y nueve años, cayeron a una poza de ocho metros de profundidad tras romperse una cuerda

EFE

SANTA MARIA DE MERLÈS, 28/05/2001. 07.00 h

Un niño de diez años y una niña de nueve murieron ayer al caer a la riera barcelonesa de Santa Maria de Merlès al fallar la cuerda con la que practicaban la tirolina. Fuentes de los Mossos d'Esquadra informaron de que los bomberos rescataron los cadáveres de los menores, que estudiaban en el colegio de Badalona (Barcelona), y pasaban unos días en la casa de colonias de Curtius, en el término municipal de Llusá (Barcelona), para practicar deportes de aventura.

El accidente se produjo a las 16.25 horas cuando los niños se arrojaron por una cuerda que unía las dos partes de la riera atados con un arnés y cayeron a una poza de ocho metros de profundidad. Poco después, los bomberos rescataron los cuerpos ahogados de ambos. Los pequeños, cuya identidad no se facilitó, cursaban cuarto de Primaria.

El alcalde de Llusá, Pere Garet, que se desplazó a la casa de colonias, explicó que el accidente ocurrió al romperse una cuerda y que los niños cayeron al río desde la zona conocida como el puente de Les Heures y la corriente los arrastró. Los niños formaban parte de un grupo de 50 escolares que ayer practicaban este deporte de aventura en esta zona, conocida por sus gargantas.

Garet señaló que cuando se produjo el accidente los escolares iban acompañados de cuatro o cinco monitores experimentados en la tirolina. En la escuela de Badalona donde estudiaban los menores, de titularidad privada, se creó un comité de crisis para atender a los padres.

Tiempo después, sí se hizo pública la identidad de aquellos niños. Se llamaban Cristian y Alba. Descansen en paz.

«A los pies de mi cama»

La manera en la que me llegó el siguiente relato me pareció tan explícita y real, tan bien explicado, que he decidido dejarlo tal cual. Dinámica que aplicaré habitualmente con el resto del libro. Solo puliendo algunos detalles ortográficos y de estilo, he aquí la vivencia de Rafel Prohens, un barcelonés al que pude entrevistar posteriormente para el programa *Espacio en blanco* de Radio Nacional de España en el que llevo ocho años colaborando. Lo que me contó, literalmente, es lo siguiente:

Este relato tuvo lugar durante el verano de 2012. No recuerdo exactamente la fecha, solo que hacía mucho calor porque tenía un ventilador en la habitación. Voy a describir la habitación, ya que es necesario para la historia. Era cuadrada, con la puerta en una esquina y un balcón en la pared que queda opuesta a la entrada de la habitación. La cama se encontraba entre la puerta y el balcón, con el cabecero en la pared de la derecha. En la misma pared donde se encuentra la puerta, tenemos un armario empotrado que llega hasta la pared de la izquierda, la cual está totalmente libre.

Pues, como decía, estaba yo durmiendo en una calurosa noche, con el ventilador puesto en la esquina de la habitación, cuando me desperté con la extraña sensación de que alguien o algo me estaba observando. Miré en la habitación y me llamó la atención una especie de sombra de la altura de un hombre (calculo que sobre 1,80 metros) situada detrás del ventilador y que se movía ligeramente. Al principio mi reacción fue de lo más racional, pues debía de tratarse del interior

del armario y el movimiento que yo percibía, el de la ropa por el ventilador. Una vez racionalizado el hecho, me dormí de nuevo. Pero al despertar me quedé atónito al ver que la puerta del armario estaba cerrada y que la pared detrás del ventilador estaba totalmente despejada. ¿Qué era lo que había visto? No tenía respuesta.

Pasaron un par de días sin novedades, pero la tercera noche volví a despertar con la misma sensación de la primera. Mi primer impulso fue mirar hacia el ventilador. Me quedé de piedra. Una figura parecida a la primera que vi se encontraba de pie delante del mismo. Temí que viniera hacia mí, pero no se movió. Esta vez pude verlo mejor y me fijé en algunos detalles. Tenía forma antropomorfa y era totalmente negro, a excepción de los ojos, que eran grandes, almendrados y blancos con matices metalizados. La situación era sobrecogedora, me superaba. Cerré un momento los ojos y desapareció. Cuando conseguí calmarme, me dormí.

Pasé varios días con dificultades para dormir; solo con pensar en lo que había vivido era incapaz de cerrar los ojos en la cama. Pasaron tres noches más y se repitió el encuentro. Esta tercera vez fue mucho más intenso, pues al despertar descubrí a la figura junto a la cama, erguida, mirándome fijamente. Esta vez la podía ver mucho más claramente, distinguía bien los brazos colgando a lo largo del cuerpo. Nos quedamos mirándonos un rato y cuando el miedo me pudo, cerré un momento los ojos y volvió a desaparecer. Encendí esta vez la luz para registrar la habitación y la casa, pues esta intromisión me hizo pasar del miedo a la rabia y quería asegurarme de que la casa estaba vacía. Lo estaba.

La noche siguiente, después de varios ejercicios de meditación para poder calmarme antes de meterme en la cama, me dormí. Esta vez no pasaron tres noches. ¿Sabes esa sensación de movimiento cuando estás tumbado en la cama y alguien se apoya en el colchón o se tumba a tu lado? Pues con esa misma sensación me desperté esa noche. Al abrir los ojos no podía creer lo que veía. El ser que me había visitado todas esas noches estaba apoyado en la cama, inclinado sobre mi cabeza, a escasos 30 centímetros de mi rostro. El sobresalto fue tremendo, di un respingo y grité del susto. Se apartó rápidamente de mí y desapareció. Juraría que llegué a ver mi rostro reflejado en sus ojos. Me costó volver a conciliar el sueño.

Pasaron las semanas y no se repitió el suceso. A lo mejor

había cumplido su objetivo o le había asustado más yo a él que él a mí. No lo sé. Pasó el tiempo y llegó el invierno. En esa casa hacía un frío de muerte y, por motivos de eficiencia energética, me cambié de habitación. En esta, una ventana interior daba a una salita anexa a la cocina. Le vi una vez más. Observándome por la ventana desde el salón. Fue la última vez que le vi. Aún no sé si fue real. El miedo sí lo fue.

«Me cubría con su capa»

«De pequeño, todas las noches me iba a dormir temprano y había un ser oscuro con capa que me hacía visitas nocturnas. Tendría siete u ocho años, y venía todos los días, durante un tiempo.» Me lo contaba David Rivera Botello, otro testigo de tan extrañas entidades.

Según David, «nos mudamos a una casa en Trigueros (Huelva), y cada noche una entidad oscura con capa venía y me tapaba con su capa. Llegaba a mi habitación, se acercaba a mí lentamente, poco a poco, y cuando estaba a mi altura me tapaba con su capa y me dormía. No tenía rostro. Donde estaba su cara solo había oscuridad.

»Era muy alto y no andaba, se deslizaba. Como si estuviera sobre una especie de patinete invisible. Aquello pasó durante un par de meses. No me decía nada, pero tenía la sensación de que ya estaba allí justo antes de que apareciera. Era una entidad de otra dimensión, y no la interpretaba como algo maligno. Nunca lo compartí con nadie. No hacía ningún sonido o ruido de ningún tipo, siempre en silencio. Veía la puerta desde la cabecera de mi cama, y cuando se apagaba la última luz de la casa, era cuando venía. Como algo automático», sentencia el testigo.

Tapado por la sábana

Alguien a quien me referiré tan solo por sus siglas, S. R. G., me escribió una experiencia propia que, más adelante, en unas jornadas

de misterio en Bélmez de la Moraleda (Jaén), me ratificó en persona. Voy a respetar su relato original, que dice así:

Sucedió una noche de verano de 1986, creo que fue a finales de agosto de aquel año. Entonces yo vivía en Úbeda (Jaén) donde nací y me crie. En el sur de España, por las temperaturas tan altas que tenemos en verano, dormimos con puertas y ventanas abiertas en toda la casa. De madrugada, no sé si eran las cuatro o las cinco, me desperté de súbito porque alguien me estaba mirando desde el quicio de la puerta de mi habitación, que compartía con mi hermano cuatro años menor que yo.

Pensé que era mi padre, que era panadero y se levantaba muy temprano para ir a trabajar. Pero algo extraño observé. No era mi padre. Volví a mirar y abrí bien los ojos, y era algo muy extraño. Me entró un miedo horrible y acto seguido me tapé la cabeza con la sábana. Aquello que me estaba observando era oscuro, tenía un traje negro y una capa o manto lo cubría. No sería muy alto, calculo que de 1,50 de altura.

Hay dos cosas que no se me olvidan, y era que la parte baja de las piernas llegaba a difuminarse y que no tocaba el suelo. Y en vez de cara tenía un artilugio mecánico, algo parecido a un objetivo de una cámara, sin serlo. Estaba quieto allí, observándome. Pensaba que aquello era un sueño o pesadilla, pero cada vez era más consciente de que era real lo que estaba viviendo. Miré otra vez, retiré poco a poco la sábana y allí estaba… ¡Era real!

Me tapé de nuevo y empecé a gritar llamando a mi madre y a mi hermano. ¡Para mi asombro nadie se despertaba! No entendía qué estaba pasando. No recuerdo cuánto tiempo transcurrió. El caso es que aquella cosa seguía en el cuarto y estaba moviéndose porque oía sus movimientos. Notaba su presencia. Yo en todo momento seguía tapado con la sábana. Oía claramente que hacía chasquidos, o ruiditos, y movimientos. Estaba mirando por las estanterías que teníamos mi hermano y yo, nuestros juguetes y libros de nuestra infancia. Estuvo un buen rato… El caso es que no recuerdo cuánto…, pero aquellos instantes se me hicieron eternos.

Nadie se despertó y nadie dijo nada en casa. Mi madre dormía en un cuarto al lado del nuestro. Y mi hermano dormía como un tronco. De repente, aquella cosa dejó de hacer aquello y

desapareció, sin más. Recuerdo que no me destapé ni me pude dormir hasta que amaneció. Cuando se levantó mi madre, me dijo que era un mal sueño y sin más la rutina continuó aquel día.

Mi hermano no escuchó ni se enteró de nada a pesar de compartir habitación y dormir en la cama de al lado. Nadie dio importancia a aquello. Y durante años me duró el miedo. Recuerdo que dormía incluso en verano con la cabeza tapada con la sábana y, además, me quedaba dormido tapándome los oídos. Cada vez que he escuchado sucesos de extraños seres que visitan a gente en sus dormitorios pienso que pudo ser un visitador de dormitorio. Me tocó. Esto fue todo aquel suceso.

Te adjunto un dibujo de aquello que vi para que te hagas una idea de cómo era:

«Les escuchaba en mi cabeza»

Leonardo vivió también una extraña experiencia en la intimidad de su habitación. Según su testimonio: «Trabajo en una fábrica actualmente. Por aquel entonces, vivía en Sevilla en un piso solo, acompañado de un perrito. Una noche, comencé a sentir un hormigueo parecido a cuando se te queda dormida una extremidad. Esta sensación ascendía por la punta del pie, haciéndose cada vez más intensa. No era en

absoluto algo molesto, pero sí diferente a todas las sensaciones que había tenido. Todo aquello fue acompañado por la menguante capacidad de moverme, además de una extraña sensación en la nuca. Consciente de que pronto me quedaría inmóvil, hice un esfuerzo por girar mi cuerpo, puesto que estaba mirando a la pared y algo me decía que no estaba solo».

¿Qué pasó entonces? Pues que, según Leonardo, «cuando me giré pude observar junto a mi cama a dos seres humanoides. Creo que simplemente pensé que debía de estar soñando así que no me asusté. Les pregunté qué eran y qué hacían en mi habitación. No me hablaron, pero les escuchaba en mi cabeza. Un tercer ser estaba en la puerta. Me di cuenta después. Vi que sus rasgos eran diferentes. Así que también les pregunté si eran de otro género. Me dijeron que sí. Se acercaron. Y recuerdo lejanamente algunas respuestas, pero con poca claridad. Sí recuerdo que era una conversación algo disparatada».

¿Qué vio o creyó ver Leonardo aquella noche? ¿Fue real o una mera alucinación? Debates aparte, es algo que, sin duda, nuestro protagonista jamás olvidará.

«Más oscuro que la propia oscuridad»

Roberto Rodríguez es un peruano que se puso en contacto conmigo para narrarme algo que le sucedió y que le hizo plantearse numerosas cuestiones relacionadas con lo humano y lo divino. He aquí su relato, que ofrezco literal:

> *Tuve hace años una experiencia extraña, en el cuarto donde dormía solo. Tenía unos treinta años, no estoy seguro de la hora, pero serían sobre las tres de la madrugada. Antes de 2012. Esto sucedió en Lima (Perú), y yo vivía cerca de la costa. Recuerdo haberme despertado de repente y, sentado en la cama, observar una silueta de alguien parado sobre los pies de la cama con el brazo extendido, como si quisiera tocar mis pies, y al momento de verme quedarse totalmente quieto. Es como si le hubiera sorprendido, como si quisiera pasar desapercibido ante mi presencia. Como tratando de esconderse en la oscuridad de la habitación, que no estaba tan oscura porque*

había luna y por la ventana entraba su luz.

Aquello parecía estar hecho de una oscuridad total, sólida, con el contorno perfectamente delineado. Yo me quedé mirando aquella figura, tratando de entender de qué se trataba.

Entonces, pensando que podía estar teniendo algún tipo de pesadilla muy real pese a estar incorporado, hice un brusco movimiento de cuello, agitando la cabeza, para tratar de despertarme. Pero aquello seguía allí. Repetí la maniobra una segunda vez. Nada cambió. Aquella silueta formada en la oscuridad seguía observándome, sin rostro. Fue entonces cuando me asusté de verdad. Volví a mover la cabeza, pestañeando, como única esperanza. Y entonces aquello desapareció.

Prendí la luz de la lámpara y allí no había nadie, dejé la luz prendida hasta que me quedé dormido. Este episodio pasó por algún tiempo sin importancia en mi vida, hasta que hace poco lo recordé sin encontrar explicación alguna. Pero me da la sensación de que aquello había sucedido más veces, solo que en dichas ocasiones no me desperté…

Sombras nebulosas

Mónica Martínez, desde Galicia, se puso en contacto conmigo y me narró la siguiente experiencia personal:

Sucedió en Rianxo (A Coruña). Yo vivía en aquel momento con mi expareja en una casa restaurada sobre la cual encontré documentación de que ya estaba edificada a finales del siglo XIX. Por fuera era muy bonita, pero allí dentro, los años que viví, nunca me sentí cómoda. Y tenía frío hasta en pleno verano.

Cuando ocurrieron los fenómenos, yo vivía muy tensa por la relación con mi ex, propietario de la casa. Una noche empecé a oír murmullos, siseos, voces como rezando. Le quité importancia creyendo que eran imaginaciones mías. Después se sucedieron hechos como ver sombras en movimiento, que algún objeto desapareciese de mi vista para aparecer, por ejemplo, debajo de una cama, y oír una respiración de tipo asmático detrás de la puerta.

Mi tolerancia llegó al límite cuando una amiga se asustó al oír aquellos murmullos un día que estaba tomando un café, y una noche que mi hijo (tenía tres años) me preguntó quién estaba respirando tan fuerte detrás de la puerta. Me enfadé tanto que le dije a quien fuese que o me explicaba qué quería o desaparecía, porque no iba a permitir que asustase a mi hijo. Y todo terminó. Aunque seguí teniendo esa rara sensación de que la casa no me aceptaba. Mi hijo ahora tiene veintidós años y dice que aquella casa nunca le dio buen rollo.

Al hablar con ella, le pedí más detalles acerca de aquellas sombras, así como de otros sucesos que tuvieron lugar en la casa. Mónica me comentó: «Las sombras eran nebulosas, sin forma definida. Medirían metro y medio. Era como una mancha oscura que se movía. Las vi varias veces, durante una larga temporada que duró meses. También percibía que ciertos objetos de la casa cambiaban de sitio. Creí que podía tratarse de una broma de mi ex, pero juraba y perjuraba que no era él». Juzgue el lector…

La sombra y el cristal

Jaime García es un conocido DJ y cineasta granadino que pasó gran parte de su vida en Barcelona. Con él coincidí entre 2010 y 2016 en mi etapa de colaborador, y más tarde copresentador y productor, del programa de radio *It's Your Time*, dirigido por Toni Peret. En la primavera de 2021, estuve hablando con él precisamente de asuntos musicales en un Vips, y me confesó una experiencia personal que había vivido en los noventa y que nunca pudo olvidar. Solo se la había contado a su madre.

Según Jaime aquello sucedió en la «primavera de 1995. Mi familia tenía un piso (un ático) enorme en la calle Lérida del Prat de Llobregat (Barcelona). Una fría noche que había una tormenta muy bestia me quedé a dormir allí, estaba solo. Me acosté en la cama de matrimonio de mis padres. A eso de las cuatro de la madrugada, me levanté para ir al servicio y, al volver, me senté en la cama. Me dio por mirar hacia la ventana, que tenía una fina cortina de franela, y

tras un relámpago vi la sombra de una persona. Me quedé flipando, porque estábamos en un ático y no entendía cómo podía ver alguien ahí fuera. ¿Cómo había llegado?».

Jaime García, durante la entrevista con el autor.

Jaime me muestra sus brazos, y, sin duda, tiene el vello de punta. Pero aquello no había hecho más que empezar: «Sin tiempo para seguir pensando, apareció un nuevo relámpago y vi de nuevo aquella sombra, pero aún más definida. Alta, corpulenta, pelo corto. Y, de repente, aquel ser levantó la mano izquierda y pegó un golpetazo a la ventana, tan fuerte que me extrañó que no rompiera el cristal. ¡Tal cual! Aterrorizado, corrí a la cocina y cogí un cuchillo para defenderme, porque aquella persona parecía querer entrar. Al volver, miré hacia afuera y no vi a nadie. Incluso abrí la ventana del cuarto y nada. También abrí la puerta de la terraza para echar un vistazo fuera. Tampoco había huellas, ni una mísera marca en un cristal. Nada».

¿Pero aquello pudo haberlo soñado? «Estaba superdespierto, eso lo tengo muy claro. Y fíjate si me asusté que cerré todas las puertas cagando leches, dejé el cuchillo en la mesilla de noche y salí de la casa a toda prisa sin ponerme ni los pantalones. Me fui a casa de mis padres y se lo conté a mi madre, pero ella no se sorprendió. No tengo explicación para eso, pero aquello lo vi. Había algo o alguien, seguro. Tengo una visión estupenda, y esa mierda la vi. No he vuelto a dormir allí solo en una noche de tormenta.»

¿Qué vieron realmente Adriana, Francesca, Sofía, Rafel, David, S. R. G., Leonardo, Roberto, Mónica y Jaime? Parece ser que sus experiencias van, quizá, mucho más allá de simples parálisis de sueño.

Había unos seres acechándoles. O así lo percibieron ellos. Entidades sin rostro definido, de madrugada (normalmente, sobre las tres) y con erráticos comportamientos con ciertas similitudes en todos los casos. Yo les llamo «los sin rostro». Pero no solo se materializan de esa manera. Hay más. Para muestra, el capítulo 2.

Capítulo 2

Sombras, ruidos y llamadas telefónicas: cuando «ellos» se despiden

Alguien, a quien llamaremos Gabriel, se puso en contacto conmigo para relatarme una experiencia que vivió en sus propias carnes. No había entidad visualmente hablando, pero todo hace pensar que estaba ahí… y se identificó de alguna manera. La respeto, tal y como él me la remitió:

El abuelo

Era un sábado pasada la medianoche. Estaba de visita por Sevilla con unos amigos tomando algo, cuando me llamó la chica que por aquel entonces era mi novia. Me comunicó que un abuelo suyo había fallecido. Llevaba unos meses muy mal de salud. Al día siguiente, volví al lugar donde trabajo y, una vez allí, me acerqué al tanatorio a ver a mi chica y a su familia. Este señor había muerto de cáncer de garganta. Yo había tratado con él en cuatro o cinco ocasiones, y me caía muy bien. Era un señor muy agradable. Tenía más de ochenta años y vivía en un pueblo muy pequeño.

Llegada la noche del domingo me acosté y me dormí con mucha facilidad. Me desperté muy pronto. Lo que me desveló era el sonido de alguien ahogándose, con problemas de garganta. Sonaba muy fuerte, más fuerte que si estuviera a mi lado, porque lo oía dentro de mi cabeza. Notaba por la parte de mi frente una vibración. Como he dicho, me despertó esto, pero, estando despierto, continuaba la experiencia. Tomé la decisión de no hablar de ello con nadie.

Cabía la posibilidad de que fuera sugestión, aunque nunca me había pasado nada igual. Al día siguiente fui a casa de mi novia y me contó que la noche anterior estaba con su madre en la casa del difunto y las dos oyeron a una persona ahogándose, con problemas en la garganta y que no se explicaban de dónde procedía el sonido; ambas estaban sorprendidas. Su experiencia y la mía tuvieron lugar la misma noche. Cuando me contó aquello, ella no sabía nada de lo que me había ocurrido a mí. Vivía por aquel entonces solo en un piso de Albox (Almería) y mi madre casualmente estaba de visita conmigo.

La historia no acaba aquí. Las noches siguientes, me despertaba de madrugada y oía lo siguiente: unos golpes en el salón; tenía una tele de hace unos años y oía cómo crujía la parte de atrás, como si golpearan la carcasa. Y pasos por el pasillo que se aproximaban a los dormitorios. Eran pasos de persona mayor. Oía cómo arrastraban los pies y caminaban despacito. Me daba la sensación de que iban en zapatillas de estar por casa.

Además, oía un sonido de fondo que no era natural, algo así a como suenan los vinilos, no era un sonido limpio. Me preguntaba si mi madre también percibiría aquello o era solo yo, aunque preferí guardar silencio sobre el tema. Un día de esa semana, estaba almorzando con ella y me dice: «Gabriel, ¿tú te estás levantando por las noches?». Le respondí que no —normalmente no acostumbro a hacerlo—. Entonces me fijé en su reacción, se puso pálida y la noté confundida. Tiempo después hablé de esto con ella.

El final de esta experiencia acaba unos años más tarde. La relación con esta chica terminó por aquel entonces y con ella no llegué a hablar de este asunto sobrenatural. Pero al cabo de un par de años, quedamos para un café y le hablé de ello. Cuando le dije lo de los pasos que oía por el pasillo que me parecía de alguien en zapatillas, me dijo que su abuelo, estando ya al final de su vida, le pidió a su familia sus zapatillas de estar por casa y el hombre no se podía mover de la cama. Justo cuando le dieron sus zapatillas, falleció, después de varios días ingresado.

Cuando me puse en contacto con él para conocer más detalles de esta historia, me la corroboró al pie de la letra y me contó otra experiencia que entraría dentro del apartado de «los sin rostro». No me resisto a incluirla. Según él, un día del año 2012 a eso de las seis

de la tarde, al regresar a casa en su coche, entró en el aparcamiento subterráneo y paró un momento el coche para bajarse y apretar el interruptor que enciende las luces del garaje, pues este estaba totalmente a oscuras.

Al hacerlo, me contaba, «me encontré con una figura que andaba rondando el lugar, a cierta distancia de mí. Era una sombra negra y estaba andando, deambulando por allí, al fondo del aparcamiento. Me metí de nuevo en el coche y aparqué en mi zona. Me la encontré de nuevo al salir, en esta ocasión a escasos tres metros de mí. En ese momento estaba totalmente parado. No podía ser un efecto óptico o similar, no estaba reflejado en una pared. Aquello estaba allí, era totalmente tridimensional, y era real. De eso estoy totalmente seguro. La tenía de frente, era una silueta negra de gran altura, de complexión media sin rasgos definidos. Y tenía la sensación de que me estaba mirando, aunque no tuviese rostro».

«Esos hombres que están ahí…»

Otra persona, una joven sevillana, que me pidió guardar su anonimato, me envió otra historia personal que, con su permiso, comparto con los lectores. Tal y como he hecho anteriormente, respetaré su mensaje original:

> *Hola, buenas noches. Lo primero y, ante todo, que nunca se diga mi nombre. Sé que no habrá problema, pero, por si acaso, te lo recuerdo, David, gracias. Prácticamente desde que tengo uso de razón creo en ciertas cosas. O eso, o estoy desequilibrada, cosa que sé que no es así, o eso espero. Más que nada porque también lo estarían mi madre, mi abuela o mi bisabuela… Desde pequeña he escuchado el… «Ten cuidado hoy, he tenido un sueño que no me gusta», etcétera. Cosa que yo misma digo hoy en día a mi gente. Pero eso es otra cuestión a lo que te quería contar. Solo te lo digo para que sepas que sé distinguir entre algo anómalo y algo casual.*
>
> *Pues bien, soy sanitaria. Ley de dependencia. Como sabrás, acudimos a domicilios a atender a personas en varios niveles de dependencia, crónicos, paliativos… Pues bien, tuve un servicio de una*

señora de ochenta años más o menos, que sin patologías graves tenía insuficiencia cardiaca. Hacía vida normal, pero con apoyo continuo por su enfermedad. Desde el primer día, su domicilio me dio sensación de frío, a pesar de ser una vivienda muy actual, y a eso se sumó el que ella, mientras comía, me contaba que su difunto marido llevaba unas semanas diciéndole por las noches que estaba con ella. Que se iba a ir con él.

Mientras ella comía, yo me sentaba enfrente, justo al lado de la puerta de la salita, que quedaba a mi derecha. Pues un miércoles, levantó la cara hacia mí y empezó a murmurar. Yo le pregunté que qué me quería decir y, muy segura de lo que me decía, me contestó que no era a mí, que era a esos hombres que estaban ahí. Yo le dije sin más que no había nadie, pues por su medicación podía despistarse algo. Seguí con esa sensación de frío y miedo hacia la habitación del fondo, pero lo di por normal.

Pues, el viernes, me volvió a decir lo mismo, pero esta vez hablando más fuerte y dirigiéndose a la puerta que quedaba a mi lado. Fue tan concisa que me levanté asustada, con escalofríos, y me giré. No había nadie, pero ella hablaba con alguien. Sentí tanto frío que me senté a su lado y le agarré la mano preguntándole qué decía. Me contestó que los hombres eran muy simpáticos y que hablaba con ellos.

—Mira, mira, ¿ves? Es que están ahí —me decía.

No vi nada, pero sé que había alguien. Murmuró algo de su marido y yo subí la tele, pues antes me daban pánico muchas cosas, no quería ver nada. No sé cómo explicarlo, pero desde pequeña aun sabiendo que todo esto existe, me daba pavor… El caso es que la atendí, me despedí y me fui.

El lunes, cuando volví al servicio no había nadie, llamé a la central y allí llamaron a los familiares siguiendo protocolos. Me llamaron al rato. Había fallecido el viernes por la noche. Le comenté a la coordinadora lo ocurrido y se quedó helada, dijo: «Joder, qué fuerte, pero ya sabes que hay cosas que no sabemos, pero pasan…». Este es solo un caso, hay muchos más, y algunas compañeras que no creen en nada, pero no tienen explicación a cosas… Yo personalmente, como ya te he dicho, no tengo más remedio que creer. Por favor, omite mi nombre si decides publicarlo o tendría problemas y no me lo puedo permitir. Gracias de antemano. Y un saludo. Sois de

ayuda para personas que buscamos respuestas a muchas cosas.

Como hice con todos aquellos que me enviaron relatos escritos, me puse en contacto directo con ella *a posteriori*. Me confirmó su historia punto por punto, y me desveló algunas más. El verano de 2019, por ejemplo, atendió a otra paciente muy anciana que, dos días antes de fallecer, dijo ver a su marido en varias ocasiones. Nada fuera de lo común si no fuera porque su esposo estaba muerto desde hacía años. Le pasó también a su abuela, que decía ver a su hermana y a su madre días antes de su muerte.

Y no es el único caso, ya que tanto nuestra protagonista como otras compañeras de profesión aseguran que es algo habitual: pacientes que, horas antes de su fallecimiento, dicen ver e incluso conversar con familiares fallecidos. Es lo que se conoce como «efecto lecho de muerte». También describía un olor peculiar cuando se desarrollaban algunos de estos incidentes. Incluso una compañera suya, con quien mantiene una gran amistad, dijo haber visto en casa de una de sus pacientes una extraña sombra dos días antes de que esta falleciese…

Conviviendo con lo extraño

Taida Betram es una chica discapacitada. Tiene una lesión medular y necesita una silla de ruedas. Vive sola y en su casa suceden cosas extrañas de manera habitual. En la conversación que mantenemos, se muestra muy sincera y tranquila.

—Todo comenzó cuando empecé a vivir en la casa de mi abuela en Jaca (Huesca). En 2014 me vine a vivir aquí. De hecho, en esta misma casa falleció mucha gente de mi familia. Incluso alguna muerte violenta: mi abuelo, que tenía una hemiplejia, lo llevaba muy mal y se pegó un tiro. Mi tía Carmencita, que era mi madrina, también murió aquí. También mi bisabuela Antonina. Luego, aunque no en esta misma casa, mi tío Javier que era guardia civil también murió, muy joven, tras dispararse su arma mientras la limpiaba en su camareta.

—¿Qué cosas suceden en tu casa, Taida?

—Se caen cosas. El otro día me despertó un golpe en el armario.

Y lo de los golpes es bastante habitual. A veces suenan golpes secos. Toc, toc, toc. Mi perrita Laika ladra al pasillo. En otra ocasión se me cayeron unas baldosas de la cocina. Otra vez, estando mi madre, dejó una cazuela en la encimera y se precipitó contra el suelo. Se puso muy nerviosa, pero yo la tranquilicé. Creo que en esta casa hay algo.

—Pero ¿has sentido algo más allá de la caída de objetos o los golpes?

—Mira, un día volvía del hospital por una infección de rodilla, pero no terminaron de curarme y me fui a casa deprimida. El caso es que, estando en la cocina tomando un Cola Cao, sentí una mano en el hombro. Una mano cálida, que parecía acompañarme y darme consuelo. Me giré y no había nadie. Pero no sentí miedo, sino protección.

—¿Has llegado a ver a esas presuntas presencias?

—Sí. Una vez estaba acostada en la cama, en duermevela, y vi a mi abuela sonriéndome. La vi y se fue. Le dije que no se fuera, pero lo hizo. La vi muy nítida, con muy buen semblante. Se fue hasta lo oscuro y desapareció.

—¿Es la única ocasión?

—No. Otras veces, con el rabillo del ojo, he llegado a ver, tanto yo como algún amigo que ha pasado la noche en casa, una silueta vestida de blanco alta y morena, pero no le veo el rostro. Creo que es mi tía Carmencita. A veces se ve otra figura negra, oscura. También alta y delgada.

—¿Y a esas figuras que ves, Taida, llegas a verles el rostro?

—No. Las veo frontalmente, a tres o cuatro metros. Pero no les veo la cara.

—¿Hubo más episodios similares?

—En otra ocasión, me acosté sabiendo que tenía que levantarme temprano. El caso es que me desperté viendo la figura de una señora mayor a los pies de mi cama, animándome a levantarme.

—¿Y cómo reaccionaste?

—Al principio algo inquieta, pero luego lo agradecí, ya que tenía que levantarme y aquello me despertó en el momento idóneo. Es que soy muy dormilona…

—Y práctica…

—También (risas).

—¿Cuál es la explicación que das a todo esto que te pasa?

—Son los muertos de mi familia, que están aquí, y me hacen compañía a su manera. Y no me hacen mal.

«Simplemente vino a despedirse de mí.»

La siguiente historia me la remitió Jesús M., desde Santiago de Compostela, tras escuchar una intervención mía en *El Centinela del Misterio*, programa que dirige mi compañero Carlos Bustos en Metropolitan Radio. Tanto la lectura de su experiencia como la posterior entrevista, me parecieron francamente inquietantes. He aquí su relato:

> *Corría 1980 y tenía ocho años. Quizá por ser la primera vez y por las circunstancias traumáticas posteriores, se me quedó grabado a fuego para toda la vida. Todo comenzó una tarde noche de verano, cuando ya había anochecido. Subí a casa y sin ningún tipo de explicación, esta se inundó de un extraño aroma a cera quemada e incienso. El olor no venía de fuera, estaba incrustado dentro de la casa. Recuerdo que comenté el tema con mi madre, y ella se quedó preocupada, diciendo que no era una buena señal.*
>
> *Al caer la noche nos fuimos a la cama, encendí la lamparilla de la mesilla y me puse a leer una novela de Los Tres Investigadores. Ya había pasado un buen rato, cuando escuché pasos y me levanté de la cama sin ningún tipo de temor, ya que una de mis hermanas era sonámbula. Aun así, eché un ojo a la habitación de mis padres, los dos dormían. Pasé delante del dormitorio de mis hermanas y las dos estaban en la cama. En ese momento, al ver que todos dormían, me entró un poco de inquietud.*
>
> *Fui hacia la sala y allí, en la galería, pude ver una figura etérea brillante, sin una forma definida. Muy luminosa. Levitando. Me quedé paralizado observándola, y tal y como la vi, desapareció delante de mis ojos. Temblando me fui a la cama, me metí debajo de las sábanas, me cubrí hasta arriba y en ese instante comencé a sentir que algo se deslizaba desde los pies de la misma. Sentí un peso descomunal sobre mí, algo me oprimía con fuerza. Quise moverme, pero era incapaz, quise gritar, pero no pude emitir ni un solo sonido.*

Entonces vi en mi mente la imagen de uno de mis primos y, de la misma manera, escuché mentalmente que me decía que estuviese tranquilo, que él estaba bien, que simplemente venía a despedirse de mí. La opresión desapareció, me saqué inmediatamente las sábanas de encima, pero allí no había nadie. Obviamente estaba aterrorizado. Solo sé que una hora después, a eso de las cuatro de la madrugada, sonó el teléfono. Era mi tía avisando a mi madre de que mi primo había muerto. Al parecer, jugando, imitando lo que había visto en una película de «indios y vaqueros», se había atado una soga al cuello y se había ahorcado. Sus padres, que eran labradores, al llegar a casa se encontraron con aquel percal. Era de mi misma edad y teníamos una gran relación. Aquella fue una tragedia bastante sonada en la familia.

Al preguntar a Jesús si pudo tratarse de una experiencia de tipo onírico, me dijo que, sin duda, estuvo despierto. En todo momento.

La llamada telefónica

Otra historia que llamó mi atención es la de alguien que no quiso ser identificado con su nombre completo (solo con sus siglas), y que me escribió tras leer mi primer libro. Posteriormente, hablé directamente con esta persona (como hago con todos) para que me contase de nuevo su vivencia. Coincidía en todo detalle. Su escrito dice así:

Hola David, me llamo A. G. G. y soy de Logroño. Te escribo para agradecerte y contarte lo que tu Dossier de lo insólito *me demostró este pasado martes por la tarde, cuando leía sus páginas con curiosidad, y no con la intención de descubrir o pensar lo que pensé al terminar el capítulo «Cuando el más allá te puede llamar a ti».*

Mi querido abuelo falleció el pasado agosto de 2017 a causa de un derrame cerebral. Sobrevivió e incluso estábamos convencidos al cabo de unos días de que saldría de esta como ha salido de muchas otras, pero no fue así… Yo llevo muchos años pensando que realmente hay algo después de la muerte, otro plano de realidad, algo paralelo a nuestra existencia. Después de esta mala experiencia, tengo

ese tema todavía más presente, y aún más desde este martes, cuando las historias que aparecen en ese capítulo de tu libro me abrieron los ojos en cuanto a una experiencia extraña que tuvo mi madre hace unas semanas.

Meses después, ella recibió una llamada al fijo de nuestra casa, desde un número oculto. Cuando descolgó el teléfono para preguntar quién era, lo único que escuchó fue una voz repitiendo «Virginia» (el nombre de mi madre) de una manera en la que parecía que le costaba, como con agonía. Su voz fue tan baja que mi madre no pudo reconocerla.

La tarde en la que yo leí esas historias, me hicieron pensar que realmente pudo ser mi abuelo el que intentó comunicarse con mi madre y sentí muchísima emoción… Mi madre es igual o más creyente que yo, una de esas personas que se pueden calificar como místicas, por lo que le pedí que leyera lo mismo que leí yo a ver qué opinaba, y si se sentía tan identificada como me sentí yo.

Al hablar de ello después, no solo me dijo que sería posible, sino que cuando ella vio el número oculto en el teléfono, en lo primero en lo que pensó fue en el abuelo. Aparte de que las dos lo vemos posible, yo pienso que es todavía más razonable al pensar que mi madre y yo somos las que más creemos en esas cosas dentro de nuestra familia, y puede que mi abuelo lo sepa. Como también he leído en tu libro, en una de las historias, las presencias no se muestran ante los escépticos.

Quiero darte las gracias contándote mi historia por la emoción que sentí cuando pensé que podía ser posible, por acercarme a todo este mundillo que para algunas personas resulta importante y más después de momentos tristes como el que he vivido yo hace poco. Gracias a personas como tú que se atreven a cruzar la línea para descubrir y enseñárnoslo a los demás. Nunca sabes lo que te puede esperar o lo que te puede enseñar una acción tan simple como la de leer un libro.

Al preguntarle a A. G. G. si podría hablar con su madre para que me contara la experiencia en primera persona, esta accedió a planteárselo, pero finalmente me dijo: «Le he comentado a mi madre que querías hablar con ella, pero me ha dicho que prefiere no hacerlo. Lo siento. Dice que respeta que te lo haya contado yo, pero que

prefiere no tomar parte». Obviamente, respeté sus deseos. Pero sí que pude hablar con la madre de otra persona, cuya experiencia fue aún más intensa. ¿Quieres conocerla?

«Rosa, soy yo»

De la siguiente historia tuve conocimiento gracias a *El Dragón Invisible*, dirigido por el periodista Jesús Ortega. Programa radiofónico de CM Media que yo mismo produje durante dos temporadas. Fue durante el transcurso de la grabación de una emisión especial con público, realizada el 13 de febrero de 2020 en la Delegación Territorial de la ONCE en Castilla-La Mancha, en Toledo. En dicha emisión intervino Cristina Chamorro, trabajadora del centro, con quien pude hablar posteriormente. Me puse en contacto con ella y me contó una serie de experiencias oníricas bastante curiosas relacionadas con su padre, fallecido el 23 de julio de 1989 a los cuarenta y cinco años tras padecer un trágico cáncer durante cinco años.

«Yo nunca había leído nada sobre estos temas», me contaba Cristina. Según ella: «Una noche, estábamos solos en casa mi hermano y yo. Tras tener un extraño sueño con mi padre ya fallecido, que viví como muy real, me levanté y mientras estaba duchándome empecé a escuchar música clásica. A mi padre le encantaba ese estilo musical, e interpreté que era cosa suya, por lo que le pedí por favor que se fuera debido al pánico que aquello me produjo, y la música cesó. Fue él, estoy convencida. Pero lo realmente impactante es lo que le sucedió a mi madre, siendo ella muy escéptica con estas cuestiones».

Me puse en contacto con ella, de nombre Rosa Muñoz Parada, y accedió a contarme su increíble experiencia de primera mano. Pese a sus setenta años, tiene una memoria envidiable. Según ella, «cuatro años después de morir mi marido, José Chamorro Escobedo, en la noche de difuntos de 1993, llegué a mi casa de Vallecas, por la zona de Asamblea de Madrid, y me acordé de él. Empecé a llorar, le echaba mucho de menos y, además, había enviudado con tres hijos a mi cargo. Finalmente, me acosté y me costó mucho dormirme. Serían sobre las doce de la noche cuando sonó el teléfono supletorio que tenía en mi mesilla de noche. Lo cogí extrañada y escuché una voz

muy distorsionada: “Soy yo, soy yooo, soy yoooooo”. Pensé que se trataría de una broma, le dije de todo y colgué. El caso es que no pasó ni un minuto cuando volvió a sonar el teléfono…».

El relato de Rosa continúa: «Lo cogí de nuevo y me dijo lo mismo, de manera bastante escalofriante: “Soy yo, soy yooo, soy yoooooo”. Volví a colgar, esta vez bastante aterrada. Mi hija Elena vino a mi habitación preguntándome quién llamaba y, aunque no estaba segura, creí intuir yo misma la respuesta. Se fue, volví a acostarme y pensé que, si antes me estaba costando dormirme, ahora sería aún peor. El caso es que lo intenté, pero noté algo extraño. Sentí como si alguien se metía en la cama conmigo. Es entonces cuando tuve la certeza de que era él. Intenté encender la luz, pero no pude».

Y la cosa no acabó ahí. Según nuestra protagonista: «Lo cierto es que estaba tranquila. Le toqué, buscando una hendidura que él tenía en las sienes debido a la virulencia de su cáncer y me di cuenta de que desprendía como dos puntos de luz que se correspondían con sus ojos. Estaba a mi derecha, de perfil, mirándome a mí. Distinguía su silueta, pero no sus rasgos. No le vi el rostro. De hecho, tuve la percepción, o así lo creí, de que se quedó mirando a mi hija pequeña en su habitación. Minutos después noté como se iba. Traté de encender la luz de nuevo, y esta vez sí que lo conseguí. Yo misma no daba crédito a lo que acababa de suceder».

¿Cómo termina esta historia? Rosa nos lo cuenta: «Tiempo después, por ciertos motivos relacionados con el duelo por mi marido, fui a un psicólogo. Era joven, tendría unos cuarenta años. Le conté lo que me había sucedido y su respuesta fue que esas cosas pasaban a veces, y que incluso en ocasiones se manifestaban a través de la televisión», refiriéndose a un fenómeno conocido como el de las *psicoimágenes*, es decir, la posibilidad de capturar rostros o siluetas de seres aparentemente fallecidos a través de la pantalla del televisor. Al preguntarle a Rosa si pudo tratarse de un sueño o similar, esta lo negó tajantemente. «Fue absolutamente real, y posiblemente su manera de despedirse de mí», sentenciaba.

También tuve ocasión de hablar con Elena Chamorro, hija de Rosa y hermana pequeña de Cristina. Ella, que tenía catorce años por aquel entonces y se encontraba en la casa aquella noche (de hecho fue quien preguntó a su madre acerca de aquellas llamadas nocturnas), me confirmó el relato de su madre punto por punto, pues es algo que «no

se me va a olvidar en la vida», me dijo. De hecho, esa misma noche soñó con su padre. Un pequeño apunte más según Elena. Cuando su madre descolgó, al parecer, la voz de su padre la llamó por su nombre. Dijo: «Rosa, soy yo».

Una reserva… ¿desde el más allá?

José María R., de Badajoz, fue testigo de algo que —debido al azar de los azares, o no— no deja de ser francamente sugerente. Una forma de «despedirse», según el testigo, de la que servidor jamás había tenido conocimiento. Esta es su historia:

> *Nuestra familia tiene una costumbre, como otras muchas familias de Badajoz: cuando es festivo, nos vamos a alguna localidad de Portugal, al otro lado de La Raya, como Elvas o Campomaior, sobre todo a comer bacalao en sus distintas variantes, o pollo asado con patatas fritas. Es muy común.*
>
> *De esta costumbre, en mi familia política, participan mis suegros y sus dos hijos con sus respectivas familias. Es decir, mi mujer y dos chicos, por un lado; y mi cuñado, su mujer y su hija, por otro. En total nueve personas. Nunca se había reservado con antelación mesa en las distintas ventas de Portugal, porque, además, tampoco es costumbre y en la mayoría de los establecimientos ni siquiera se permite.*
>
> *En 2016, desgraciadamente, le diagnostican una enfermedad terminal en el mes de mayo a mi suegro, y en agosto fallece. En la vuelta a la normalidad, y en su honor, aquel 1 de noviembre decidimos que la familia completa fuera a comer a una venta a disfrutar de los pollos y el bacalao dorado, y así brindar por él.*
>
> *La cuestión es que nuestras decisiones son como siempre a última hora, por lo que junto a mi mujer y a mis hijos me adelanté para llegar a la venta y ver cómo estaba la cosa de aforo, para evitar que mi cuñado se desplazara innecesariamente. Total, que, llegando al sitio, observé que el parking del establecimiento estaba totalmente ocupado, no había sitio para aparcar. De hecho, tuve que dar la vuelta y estacionarme en el arcén de la carretera en dirección*

contraria.

Llamamos a mi cuñado diciéndole que estaba todo a tope y que habría que esperar una hora mínimo para una mesa, pero este me dijo que por si acaso me bajara y lo comprobara in situ. *Yo me resistí un poco, porque estaba viendo el percal, pero bueno, me bajé del coche con desgana para que no fuera mi mujer —que se había ofrecido a ello ante mi negativa inicial— y se quedase con los niños.*

Llegué al interior de la venta y, efectivamente, comprobé que estaba a rebosar, que incluso gente que conozco estaba esperando para poder entrar tras media hora de espera. Es decir, tendríamos que esperar mucho para comer allí, así que me dispuse a llamar a mi cuñado para que se diera la vuelta. Ya veríamos adónde iríamos. A todo esto, recibo casi a la vez una llamada de mi mujer desde el coche, diciendo que la había llamado su tía para avisarla de que también quería venir con su marido. Y aquí llega lo extraño…

Estando al teléfono con esta conversación, sale del establecimiento el dueño de la venta con una libreta en la mano y gritando a voces: «¡Santos García! ¡Santos García!», el nombre de mi cuñado. Me giro hacia él, muy extrañado, y como alguien que no sabe qué está pasando, levanté la mano y me dijo que mi mesa estaba preparada. Una mesa para once comensales. Estaba alucinando, porque al final éramos diez. Mi suegro habría sido el undécimo. Era el Día de Todos los Santos, además de su santo, y todo aquello era, precisamente, en su recuerdo.

Llegó el resto de los comensales. Mi cuñado juraba y perjuraba que él no había llamado para reservar, y nos pasamos toda la comida mirando hacia la puerta, por si otra familia con el mismo nombre reclamaba su mesa. No ocurrió. Nuestra incredulidad fue paralela a una especie de alegría o consuelo por el hecho de que mi suegro estaba allí presente y que, de alguna forma, reservó una mesa desde el otro lado para ese día concreto sabiendo quiénes iríamos, cosa que desconocíamos hasta nosotros mismos, pues los tíos de mi mujer se apuntaron a última hora.

Quise acudir al dueño para preguntarle cómo se había efectuado la reserva, pero pensé que no era buena idea preguntar a alguien que estaba hasta arriba de trabajo atendiendo a, sin exagerar, más de doscientas personas en un día como aquel. Quizá sería mejor quedarnos con la idea de que, desde ese más allá, mi suegro quiso

reunirnos… para su última despedida.

La premonición y la sombra

Cierro este capítulo con otra llamada, pero esta del más acá:

> *Me llamo Iván Vázquez, tengo cuarenta y un años y con unos cuatro fui, a mediados de los ochenta, de vacaciones a ver a unos familiares a Italia, una hermana de mis padres, su marido y sus dos hijos. No los conocía y fueron unos días que marcaron bastante mi infancia, era pequeño, en un país diferente, un idioma que no conocía y haciendo actividades nuevas para mí.*
>
> *El caso es que conocí a mis primos, Carmen y Antonio. Carmen desafortunadamente desde muy pequeñita tenía leucemia, y estaban de hospitales en Roma con ella para hacerle tratamientos. El caso es que llevaba una vida bastante normal a pesar de su enfermedad, o desde mi punto de vista de niño así lo veía. El caso es que después de esas vacaciones, ya en casa, en Asturias, llamábamos por teléfono a Italia en fechas señaladas como navidades, etc.; las llamadas eran bastante caras. Y un día, yo tenía seis años, lo recuerdo como si fuese este preciso momento, estando en el pasillo de la casa jugando con unos coches de Majorette, y con el teléfono a la entrada del pasillo enmoquetado, mi madre estaba en la cocina y sonó el teléfono.*
>
> *Al primer tono de teléfono, levanté la cabeza y miré a mi madre, y le dije que estaban llamando de Italia porque mi prima había muerto. No sé cómo lo supe, nunca más había pensado en su situación ni nada, y en la familia tampoco se hablaba del tema. No era un tema recurrente, mi madre me miró como diciendo, qué dice este niño…, fue al teléfono, lo descolgó, se giró y se quedó mirándome… Estaban llamando por aquella razón, mi prima había fallecido.*

Curiosa situación, sin duda. Pero ¿qué tiene esto que ver con los encuentros cercanos con seres?, se puede estar preguntando el lector. Pues atentos al final del relato, que dice así:

Mis padres prepararon un viaje en coche para llegar al funeral, y salieron esa misma noche. Yo me quedé a dormir en casa de un familiar, y recuerdo como, estando en la cama, bajo el marco de la puerta de la habitación, vi una silueta blanca con una luz muy tenue en la oscuridad, durante toda la noche hasta que finalmente me dormí. Creo que pudo ser mi prima fallecida que me hizo una visita, quizá para despedirse de mí.

Quién sabe… Lo que parece claro es que, siempre según la perspectiva de nuestros protagonistas, algo hay ahí fuera que no solo parece hacer acto de presencia, sino que en ocasiones parece tener la necesidad de despedirse. Pero salgamos un momento de la zona de confort que nos brindan nuestros domicilios, protagonistas absolutos de estos dos primeros capítulos del libro, pues, en ocasiones, dichos encuentros tienen lugar en los lugares más variopintos. Para muestra, pasa la página.

Capítulo 3

Una playa, un edificio oficial y… un videoclub

En el presente capítulo contaré tres historias de entidades sin rostro que acaecieron en tres lugares muy distintos: una playa alicantina, un antiguo hospital reconvertido en centro cultural y un videoclub. En los dos últimos enclaves, los sucesos tuvieron lugar recientemente…, si es que no siguen pasando hoy día. Comencemos.

Teatro del absurdo en una playa

«Sucedió en la madrugada del lunes 4 al martes 5 de agosto de 2003, en Guardamar (Alicante). Al día siguiente iba a tener lugar un concierto de los Rolling Stones en Benidorm, el cual terminó siendo suspendido. Pues bien, decidimos ir a la playa esa noche.» Así empieza el relato de Ricardo Izquierdo, con quien me cito el 26 de noviembre de 2019 en una céntrica cafetería madrileña junto a Juan Vitón, su amigo y compañero de aventuras aquella extraña noche.

«Y estando allí, a unos 50-100 metros, vimos a un hombre con una tienda de campaña en forma de iglú, con una caña de pescar. El caso es que, en un momento de la noche, nos dimos cuenta de que había mucha gente cerca. Empezamos a mirar, pensando que sería un grupo de chavales haciendo botellón o similar. Entonces nos fijamos en el señor del iglú, el cual estaba agachado, y comenzamos a ver a una serie de figuras antropomorfas que… ¡entraban y salían de ese señor!», me contaba Ricardo.

Extrañado, le pedí más detalles de lo que me estaba relatando, a

lo que este me explicó: «La playa estaba detrás de él, y vimos cómo salían unos seres que, a su vez, se juntaban de nuevo dentro de aquel tipo. Y aquello pasó durante toda la noche. Eran cuatro figuras, dos más altas y las otras más pequeñas. Me dio la impresión de que podía ser una familia o similar, pues algunos de ellos entraban en el agua y se bañaban. No había mucha luz, con lo que veíamos las siluetas».

Al preguntarle a Ricardo sobre la morfología de esos seres, este recuerda: «Las figuras más pequeñas, que yo identifiqué como niños, estaban jugando con una especie de linterna. Cuando corrían, nos dio la sensación de que desaparecían y aparecían de nuevo, como si a la imagen en movimiento que estaba presenciando le faltaran *frames*. Cuando alguien se acercaba a su posición, como alguna pareja que andaba paseando por la orilla o una chica paseando un perro, las figuras se introducían de nuevo en aquel señor. No recuerdo que hicieran ningún sonido, más allá de las olas del mar».

Pero la historia no acaba ahí: «En un momento dado, me percaté de que nos miraba fijamente. Aquello duró unas cuatro horas. Cuando empezaba a clarear, un hombre que conducía un rastrillo, al acercarse a aquel ser, lo vio, se paró y estuvo hablando con él. Cuando empezó a amanecer, le vimos mejor. Era un señor que parecía alemán, de unos cuarenta a cincuenta años, calvo. Un señor normal sentado en una silla. No bebimos nada de alcohol ni consumimos nada. No sé qué pudo ser aquello. Me interesan mucho los temas extraños, y yo me lo tomé como un regalo. Eso no tenía explicación», concluía Ricardo.

Su compañero Juan complementaba el relato cuando me confesó: «El fenómeno era cada vez más extraño. Los seres se multiplicaban y dividían con el paso de la noche. Aquello era altamente absurdo. Tengo una teoría. El lugar en el que estábamos era una zona de dunas, y justo detrás hay un camping. Hay algo de iluminación hasta lo que es la zona de la playa, que estaba más a oscuras. ¿Pudo ser gente del camping? Quizá, aunque los movimientos que hacían esas *personas* no eran normales».

Juan Vitón y Ricardo Izquierdo.

Al cuestionarle sobre la posible explicación racional que intentaba dar al hecho, Juan me comentó como: «La zona iluminada de farolas podía estar entre nuestra visual y donde estaban situadas aquellas figuras, podría tratarse del equivalente a un teatro de sombras. Que la luz incidiera en las personas, y sus siluetas proyectadas en la playa fuera lo que nosotros veíamos. Por dar una posible explicación. Pero aquello no tenía ninguna lógica ni sentido alguno. De hecho, no escuchamos ningún sonido. Hicimos un amago de acercarnos, pero reculamos por miedo».

«Nos cagamos», matiza Ricardo, que también pone en duda lo del efecto óptico: «Yo lo descarté, sobre todo cuando aparecieron los seres más pequeños con lo que parecía una linterna». ¿Qué vieron estos dos muchachos aquella noche? ¿Un extraño efecto óptico? ¿O una especie de teatro de lo absurdo con entidades juguetonas?

Y cambiando de tercio, pasamos de una playa a todo un edificio oficial. Y es que, al parecer, en el Centro Cultural Rafael Morales de Talavera de la Reina (Toledo), varios de sus trabajadores reportan supuestos fenómenos paranormales desde su última apertura en 2008. Puertas que se cierran violentamente, otras que se abren sin aparente explicación, sonidos de llaves «fantasmales», extrañas sombras, bruscos cambios de temperatura, una grabación de cámara de seguridad que capta el repentino movimiento de objetos… Un grupo de compañeros estuvimos allí, hablamos con los testigos y pasamos una noche de investigación en el lugar. Pero antes…

Un poco de historia

Según extraemos del portal web oficial del edificio, este se encuentra situado en el ángulo suroeste de la plaza del Pan, la mayor de las plazas de Talavera, que desde la fundación de la ciudad ha sido y sigue siendo el centro administrativo. El Santo Hospital de la Misericordia, otro de los nombres por los que se conoce el edificio que se ha recuperado, fue el más importante de los antiguos hospitales de Talavera. Se fundó en 1475. En 1764 el ayuntamiento amplía el hospital, pero en 1808 el paso por la ciudad de las tropas francesas lo deja en tal ruina que es necesario cerrarlo, y no se abrió nuevamente hasta 1820. En 1837 la Junta Municipal de Beneficencia se hace cargo de este y de los demás hospitales talaveranos, que desaparece como institución religiosa y pasa a ser Hospital Municipal hasta la década de los ochenta.

Por acuerdo municipal estuvo regido, desde 1879 hasta su cierre, por las Hermanitas de la Caridad de San Vicente de Paúl. Según el plano de 1883 del Instituto Geográfico y Catastral, en la planta baja se encontraban los dormitorios, el comedor, algunos patios, el paso al colegio, depósito de cadáveres, depósito de «inmundicias», de ropas y de camillas. Así como los pozos, el cuarto para la bomba de incendios y el «cuarto de locos». En lo referente a lides arqueológicas, hemos de mencionar que casi todos los historiadores consultados recogen el descubrimiento en un corral del hospital durante una reforma, de una inscripción en caracteres cúficos que decía: «En este lugar no es lícito pensar cosa mala, cuanto más hacerla». Basándose en tal hallazgo, interpretan que posiblemente allí pudo haber una mezquita.

Portazos, sombras y un vídeo

Historias oficiales al margen, lo que hasta allí nos llevó el pasado 1 de junio de 2019 fue el aviso del compañero Josete Flores, responsable junto a Daniel Moral de la Asociación Ocultura Talavera. Flores tenía constancia de que en dicho edificio oficial estaban teniendo lugar una suerte de aparentes fenómenos extraños, protagonizados por los actuales trabajadores del inmueble.

Vestíbulo del centro cultural.

A este respecto, el periodista Jesús Ortega y yo pudimos entrevistar, en una antigua *domus* romana que se conserva en la planta baja del actual edificio, a la trabajadora de limpieza Lola Robles Chico. Ella nos contaba lo siguiente: «Se cierran solas las puertas de los baños desde la apertura del centro, hace más de once años. Dan portazos. Nadie sabe por qué, ya que corrientes de aire aquí no hay. Teniendo un cerrojo de seguridad, se cierran igualmente. Una detrás de otra, ¡plas! ¡plas! ¡plas!, a portazos, siempre de golpe. Se da la vuelta a los cerrojos completamente, como si las puertas se hubieran cerrado por dentro. Solo podemos abrirlas después con una llave maestra. Es algo constante. La última vez que lo vi fue la semana pasada». Nosotros mismos, según algunos de los presentes, fuimos informados de que, aquella tarde noche, se había repetido tal suceso. Al llegar, efectivamente, las puertas que según nos aseguraron antes estaban abiertas, se encontraban cerradas.

Al preguntar a Lola por más sucesos que hubieran podido acaecer en el lugar, esta nos confirmó como «hay veces que, en la segunda planta, entre el baño y una sala de exposición, se ve una sombra negra, como un señor apoyado en una columna. Alguien entrado en años que me mira, sonriente. Aunque no se definen bien sus rasgos, se ve la figura completa de la persona, dándome la sensación de que tiene los brazos cruzados. La he llegado a ver un par de veces a menos de dos metros de distancia». Al preguntar su opinión personal sobre el responsable de tan curioso relato, nuestra protagonista piensa que «es alguien, alguna energía que pertenece a este centro, algo que se ha quedado atrapado aquí. Lo he visto desde hace unos dos años, antes

no. Y la sensación que a mí me da es que estos episodios están relacionados con el resto de los sucesos que ocurren en el edificio».

Lola Robles Chico.

Pero eso no es todo, ya que, según Lola, «en una ocasión, estando el centro totalmente cerrado, nos encontramos en la zona de administración unas extrañas gotas de cera en el suelo, como si alguien se hubiera estado balanceando con una vela. Sucedió unas navidades, hace cuatro o cinco años». Es más, «hace poco, en marzo de este mismo año, hubo en la primera planta una exposición de cubos de cerámica. Y un día, en una de las vitrinas, los cubos empezaron a caerse como piezas de dominó, como impulsadas por algo invisible. Hay un vídeo…».

Efectivamente, aquel suceso quedó grabado por una cámara de seguridad del edificio. Nosotros tuvimos acceso a dichas imágenes. Y podía apreciarse exactamente lo que Lola nos había descrito. Por tratar de buscarle al hecho una explicación racional, según algunos empleados del centro cultural quizá aquello se desplomó debido a las vibraciones musicales que, el día anterior, tuvieron lugar en un acto musical del salón de actos. Eso, unido a los cerca de cinco meses que venía durando dicha exposición y al trasiego de público que por allí pasó… ¿podría explicar tan llamativo fenómeno? Quién sabe…

Más sucesos

En otro orden de cosas, pudimos entrevistarnos también con María Luisa Plaza Orcajuelo, ordenanza del edificio. Ella nos narró: «Hace como unos tres años, un día, a eso de las cinco y media, yo acababa de entrar en el turno de tarde y, al estar en mi mesa, sentí como cuando se echa una llave de una puerta, su sonido, en la planta superior, más concretamente en la sala de pintura. No había nadie, tenía las llaves en el cajón de mi mesa. Las cogí, subí las escaleras, llegué al aula de pintura y no había nada. Sentí un escalofrío».

Algo parecido le sucedió a María Luisa, quien, aun siendo algo escéptica en cuanto a los sucesos que presuntamente suceden en el edificio, nos explicaba: «Hace un par de años, en el salón de actos donde solemos tener ciclos de cine o conferencias de arte, terminó uno de estos eventos y al dejarlo todo recogido, los técnicos se marcharon, y estando en mi lugar de trabajo habitual, escuché cómo se abría la puerta del salón de actos. Lo comprobé y, efectivamente, se había abierto unos 45 grados. Y en alguna otra ocasión, se han cerrado otras puertas en mi turno. Aunque algunos episodios similares podrían, en mi opinión, tener una explicación racional. De hecho, no siento miedo al estar aquí, el lugar me transmite bastante paz».

María Luisa Plaza Orcajuelo.

También pudimos entrevistarnos con Mari Ángeles Núñez Cano, concejala de Cultura de Talavera de la Reina. Nos decía: «Creo en estas cosas, pero yo no he sentido nada especialmente extraño. Solo lo que me han contado. Me llamó la atención, eso sí, que cerca de la *domus* romana, en un auditorio cultural, suelen darse bruscos cambios de temperatura sin aparente explicación. Se siente mucho frío. Yo también lo he sentido».

Pero eso no es todo, ya que la concejala nos confesó: «El anterior concejal de Cultura, quien ejerció durante casi dos legislaturas y tenía allí su despacho, escuchaba ruidos de forma recurrente a los que no daba demasiada importancia, hasta que una noche oyó puertas que se abrían y cerraban. Al comprobar que allí no había nadie, salió corriendo del centro. No volvió a trabajar allí».

Mari Ángeles Núñez Cano.

La concejala, francamente interesada en cuestiones paranormales y cuya madre era íntima amiga del presunto profesor Germán de Argumosa, al ser preguntada sobre la posibilidad de que se estuviese dando cierta publicidad a estos sucesos como herramienta de *marketing* turístico, sentenciaba: «No he dado divulgación alguna a este tema, ni lo necesitamos. No requerimos el turismo *paranormal* en la ciudad de la cerámica. Absolutamente para nada».

Esa misma noche nos acompañó un amplio equipo de investigación, incisivo en la metodología científica como única forma de abordar dichos sucesos. Pese a no querer ser identificados, nos facilitaron el listado de utensilios que conformaban el equipo dispuesto para tratar de captar los supuestos fenómenos que, según los testigos entrevistados, allí se producían. Durante la noche, y en nuestra presencia, utilizaron: un circuito cerrado de televisión, anemómetros para medir las corrientes de aire, medidores de tres ejes para computar tanto radiofrecuencias como campos eléctricos o campos electromagnéticos, registradores de temperatura y humedad en tiempo real, sensores de movimiento pasivos gestionados por una mesa de control, grabadoras multipista e incluso jaulas de Faraday (que aíslan lo que en ellas se introduce de los campos eléctricos). Yo

mismo experimenté con estas últimas la posible grabación de psicofonías, obteniendo resultados negativos. En lo que respecta a las conclusiones de dicha experimentación nocturna por parte del equipo de investigación antes mentado, a día de hoy se carece de resultados concluyentes. Dicho lo cual, y sin cambiar de ubicación talaverana, pasamos de un centro cultural a… ¡un videoclub!

El videoclub maldito

«Para empezar, he de decir que nunca he dado bombo mediático a lo que ha pasado aquí», nos empezaba relatando Alejandro Genio, encargado en activo (hay quien pensará que eso sí que es paranormal en 2020) del videoclub Galaxia, también en Talavera de la Reina. Y es que hasta allí nos desplazamos mi compañero Juanjo Sánchez-Oro y un servidor para saber de primera mano lo que, aparentemente, estaba sucediendo.

Alejandro Genio en su videoclub.

Según Alejandro: «Nada más abrir este local, en enero de 2017, una mañana a eso de las once, escuché la risa de un niño que, al parecer, correteaba por el local. Se oían los pasos y una risa traviesa. Pensé que se había colado alguno, le busqué y no le encontré. La cosa quedó ahí, no le di más importancia. Pero semanas después, volvió a suceder lo mismo. El caso es que, cuando algunos socios estaban aquí

mirando películas una tarde, escucharon también la risa de un niño. Yo ya sabía que no había niño alguno, pero no les decía nada. Ahí quedaba la anécdota. Hasta que la cosa empezó a ir a mayores cuando, una noche de sábado, vi cómo un cartucho de película salió literalmente disparado contra un socio, golpeándole en el hombro. Él creyó que podía habérsele caído, pero yo vi cómo se desplazó en ángulo recto.

»Otra cosa que pasó, en el pasillo de romance, comedia, drama y suspense. Vino una madre con su hijo, a la una del mediodía. La madre estaba por un lado y el chaval por otro. El caso es que el chico empezó a hablar solo y su madre, creyendo que hablaba conmigo, le dijo que no me molestase, a lo que yo le dije que no estaba hablando conmigo. La madre, extrañada, buscó al niño, cogió las películas para alquilar, las pagó y me dijo que algo raro pasaba en mi videoclub. El caso es que nunca volvieron ni para alquilar más películas… ni para devolverme las alquiladas», nos contaba Genio.

Al parecer, la cosa empezó a dejar de ser puntual para convertirse en una constante: «Yo trabajo a diario, de lunes a domingo, y se me ha hecho habitual que pasen cosas extrañas. Me encontraba, al llegar, películas en el suelo. Algunas, según creo, formando frases entre sí con los títulos. En un tramo concreto parece haber bajadas de temperatura. A veces salían volando las películas literalmente de las estanterías, y en alguna ocasión cayeron hasta las propias estanterías. Todo en presencia de los socios. Ante un hombre y su hija, mirando en la sección de ciencia ficción, se cayeron todas las películas de la estantería».

Y la cosa no queda aquí, ya que «en el piso de arriba, cuando estaba en obras, sucedió algo. En alguna ocasión se escucharon pasos sobre los escombros. Clac, clac, clac. Me asusté. También varias personas dijeron haber visto una persona alta, como con una bufanda roja enrollada al cuello. Yo también la vi».

»Por tratar de darle una explicación, puedo contaros que esto, antiguamente, era una *viejoteca* latina. Una especie de local, bar, locutorio para gente mayor. También, según parece, se realizaban rituales de magia negra. Y también era un local donde se movían bastantes asuntos de drogas y de mujeres. Hubo varias llamadas a la policía debido a peleas y reyertas, algunas a navajazos. Al reformar el local, llegamos a encontrar un casquillo de bala», nos confesaba

Alejandro.

Y aún estaba por llegar el punto macabro de la historia, pues, según Genio, «también se dice que en el piso de arriba, hace casi 30 años, mataron a un niño de entre cinco y diez años. Le sacaron las tripas y se llevaron el cadáver en un coche. También mataron al padre, un hombre alto, al que decapitaron. Entonces, hay quien cree poder explicar así la risa del niño, que correspondería con el fallecido, así como al padre, un hombre alto, cuyo nudo rojo en el cuello pudiera no pertenecer precisamente a una bufanda…».

El videoclub de los presuntos fenómenos inexplicados.

Respecto a este macabro asunto, y en el mismo videoclub, pudimos entrevistar también a alguien que identificaré como Raúl M. G. Según él: «Años atrás, esto era un *pub* nocturno regentado por unos africanos. Yo era un chavalín, estaba con un amigo aquí y escuchamos los gemidos de un niño. Al niño, así como a su acompañante, también le mataron. Un señor de entre cincuenta o sesenta años. Estábamos tomando unas copas, en la barra. Al oír los gemidos, se hizo un incómodo silencio. Vimos a una mujer bajar las escaleras con un cuchillo en la mano, nos asustamos y pagamos. Nos cobraron 2.000 pesetas, dimos un billete de 5.000 y salimos zumbando de allí. Entonces nos fuimos a un local que había enfrente y nos quedamos observando cómo, desde allí, unas dos horas después, sacaron varias bolsas de basura que metieron en un coche. Desde entonces no volví a pisar el local».

Cabe decir que sucedieron más cosas, según nuestro último protagonista, quien dijo ver el espíritu del niño ante nuestra presencia.

Sánchez-Oro me miraba incrédulo. Y en otro orden de cosas, aquello empezó a derivar meses antes de nuestra visita en una suerte de extraños rituales con psicofonías para tratar de averiguar lo que era aquello; esto creó un efecto bola de nieve que magnificó el asunto, en nuestra opinión, hasta hacerlo bastante increíble. He decidido incluir en el libro el presente relato de los acontecimientos iniciales porque considero que el testimonio de Alejandro resulta sincero, y que los primeros compases de lo acontecido antes de las «investigaciones exprés» allí realizadas *a posteriori*, no estaba aún desvirtuado por los acontecimientos venideros. Dicho lo cual, que cada lector saque sus propias conclusiones. Y si hablábamos antes de edificios oficiales, atentos a lo que viene a continuación. Porque si alguien tiene algo que decir al respecto de posibles fenómenos extraños entre sus paredes, son quienes velan por nuestra seguridad… cada noche.

Capítulo 4

Vigilantes de seguridad frente a lo insólito

Contaba en el capítulo anterior el caso del edificio oficial de Talavera, y pondremos el foco en lugares similares, pero desde una óptica distinta. Y es que en raras ocasiones podemos ofrecer testimonios directos, en primera persona, en algunos casos con nombre y apellido, de vigilantes de seguridad que en diferentes inmuebles, situaciones y circunstancias se han topado con sombras, presuntos espectros y otras entidades sin rostro. Personal preparado para cualquier tipo de incidencia o eventualidad, que se enfrenta a algo que ni ellos mismos pueden explicar. He aquí cuatro testigos —cuya identidad en algunos casos ha sido cambiada por motivos de seguridad—, que tras entrevistarles personalmente me brindaron varias experiencias inéditas hasta su publicación.

El palacio de Linares… hoy

Ríos de tinta se han vertido sobre uno de los buques insignia del misterio madrileño, aunque bien podríamos catalogarlo como nacional. El antaño palacio de Linares, actual Casa de América, posee una leyenda tan negra como urbana relacionada con el fantasma de una joven llamada Raimunda y que no vamos a repetir. La mayoría de los ávidos lectores de estas temáticas la conocen bien. Pero sí vamos a ofrecer un testimonio inédito, recabado el verano de 2017, que a juicio de este humilde periodista no tiene desperdicio. La llamaremos Lara, trabaja en dicho lugar y contó ante mi grabadora lo siguiente:

Llevaré cuatro años trabajando allí. Todo muy bien, al principio pocas sensaciones misteriosas, pero eso cambia con el paso de los días. En una ocasión, hace un par de años, estaba faenando deprisa y al intentar abrir una puerta que comunicaba dos salas, me la encontré encajada de manera extraña, cosa que me pareció muy rara, pues acababa de pasar por allí minutos antes. El caso es que, pese a varios empujones, era incapaz de abrirla, hasta que me dio por espetar en voz alta: «¿Me vas a dejar trabajar?», a lo que, repentinamente, la puerta se abrió como si algo, o alguien, la empujara hacia mí. Sea lo que sea, pegó un empujón a la puerta cuando no había nadie al otro lado.

Una experiencia propia que llama la atención, sin duda. Pero hay más, pues poco se sabe acerca de la actualidad de dicho inmueble en lo que respecta a los presuntos sucesos de tipo inexplicado que se suceden dentro de sus muros. Lara nos saca de dudas al confesarnos: «Hay varias historias referentes a los baños de la primera planta. Son baños unisex, con sendos espejos a derecha e izquierda. El caso es que varios compañeros de seguridad o mantenimiento me han contado que, al fotografiarse en esa estancia, alguien más aparecía en las fotos. Alguien que no conocían y que, de hecho, no estaba allí. Además, en ese baño, siempre que entran las chicas, salen como si hubieran visto un fantasma. Yo he entrado y he tenido sensaciones extrañas, aunque nunca he visto nada. Y que así sea».

El famoso palacio de Linares madrileño, actual Casa de América.

Y la cosa no queda ahí, ya que según Lara: «Otros compañeros de seguridad cuentan cómo, estando de ronda, han visto al marqués de Linares subiendo las escaleras, pero solo de torso superior, de cintura para arriba, sin piernas. Después, aquella entidad desaparecía. Y lo cuentan con cierta naturalidad, pues lo ven de forma habitual». Y no solo figuras espectrales, sino que «también se oyen voces gritando el nombre de algunos compañeros cuando se encuentran solos en una planta. Y cuando se ponen en contacto con otros compañeros pensando que se trata de alguno de ellos, estos les dicen no haber gritado nada y que, de hecho, se encontraban en otra planta».

En definitiva, y ateniéndonos a las palabras de Lara, el famoso edificio sigue muy vivo en lo que respecta a presuntas entidades de origen desconocido. Cambiemos de lugar, aunque no exactamente de fenomenología…

Sor Candela

«Aquello me pasó hace algunos años en un instituto internacional de Sevilla, donde se realizan másteres de empresa, y que era un antiguo orfanato. De hecho, parte del inmueble, como las cocinas, sus azulejos blancos, los hornos, los dormitorios… todo estaba igual. Las limpiadoras, que entraban a las diez de la noche y salían a las dos de la mañana, me dijeron sin pudor alguno el día que empecé a trabajar allí: "Ya verás cuando te vea sor Candela." Y la vi en un par de ocasiones, una de ellas con las limpiadoras presentes.» Así de contundente me narraba alguien, a quien llamaremos Francisco Javier, una experiencia que no olvidará jamás. Y no fue la única, ya que en otros lugares se ha topado con fenómenos similares. Pero sigamos en el edificio que nos atañe…

Según nuestro protagonista: «Me llamó mucho la atención la ausencia de ruido que había. Es decir, normalmente se escuchaba cierto sonido ambiente que venía de fuera, como tráfico, canto de pájaros, sirenas, etc. Pero cuando aquello apareció, no se oía nada más. En una ocasión, yo la vi en una planta inferior, y también la vio una limpiadora que venía detrás de mí. Era una monja vestida con ropajes antiguos, con una cofia. Iba andando hacia un patio interior». Y lo peor estaba por llegar…

«La otra vez que la vi, sí que pasé miedo. Me la crucé de frente por un pasillo que no tendría más de 1,20 metros de ancho. En esa ocasión sí que me asusté, porque me miró a la cara cuando estaba a mi altura. Giró la cabeza y me miró. Era una mujer mayor, de piel muy blanca. De hecho, era como una persona normal, pero más tenue, sin colores definidos, como algo postizo en el sitio. Su imagen era una especie de foto retocada en una suerte de escala de grises. El pasillo estaba oscuro, yo iba con mi linterna, y al verla seguí sin atreverme a mirar atrás. Era muy consciente de que aquella mujer… no era de este mundo.» Francisco Javier lo tiene claro, y yo no me atrevería a llevarle la contraria…

El centro comercial

En la madrugada del pasado 11 de mayo de 2021, realizando una serie de pruebas de tipo psicofónico en cierto hotel abandonado de Alovera

(Guadalajara), coincidí con Manuel C., alguien que llevaba trabajando treinta años como vigilante de seguridad, y que decía haber vivido algunas experiencias aparentemente inexplicables.

Según él, «un 5 de enero por la noche, no recuerdo la hora, estábamos trabajando en el centro comercial El Círculo de Torrejón de Ardoz (Madrid). Todo cerrado y con las alarmas conectadas cuando, en una de las cámaras de seguridad de aquellas pequeñas de 14 pulgadas, vi a una mujer andando. Tenía media melena, no era muy alta y vestía con pantalón corto y blusa blanca de manga corta. La vi de perfil. Parecía joven. Las cámaras eran en blanco y negro, pero pude apreciar como iba desde las escaleras mecánicas hasta la puerta principal, se quedaba mirando, se daba la vuelta y se iba. Aquello duró apenas unos tres o cuatro segundos. Me quedé muy extrañado, quitamos las alarmas e inspeccionamos el lugar».

¿Qué pasó entonces? Pues que «todo estaba en orden. Allí no había nadie. Por desgracia, las cámaras interiores se activaban por sensores, mediante volumétricos, pero no se accionó ninguno de ellos. Es decir, que aquello, fuese lo que fuese, no era alguien físico porque, de haberlo sido, las cámaras se habrían activado y lo habrían grabado. Pero no fue así».

Pero hubo más, ya que «otra noche, cerrando, escuchamos unos ruidos rarísimos, como de enseres arrastrándose. Puertas cerrándose. Y allí no había nadie. En otra ocasión, se activó un pulsador de incendio. Solo. Todo aquello aconteció en apenas dos meses. Y a otros compañeros les sucedieron más cosas…».

No me pude resistir y le pregunté al respecto. Según Manuel: «En una cafetería con terraza exterior que hay allí, en alguna ocasión, se encontraban todas las sillas descolocadas, en el suelo, alrededor de las mesas, a la mañana siguiente de haberlas dejado colocadas sobre las mismas. El personal pensaba que podía ser cosa nuestra, ya que al cerrar los únicos que nos quedábamos por allí éramos los de seguridad. Ni que decir tiene que nosotros no hicimos nada. Luego, las dependientas en las tiendas decían que oían susurros, que les soplaban y cosas similares. Y una compañera dijo haber visto a un hombre con bigote…».

«Algo merodea por aquí…»

Seguimos en Madrid. Celeste García ha trabajado como vigilante de seguridad durante 17 años, pero según me cuenta: «Hay un lugar, de todos en los que he trabajado, en el que hice muchas noches y que me dio bastante pavor. Se trata de una universidad empresarial, situada en la carretera de Aravaca (Madrid), cuyas siglas son IESE y está regida por el Opus Dei. De hecho, la propiedad colindante pertenecía a un alto cargo militar franquista y fue adquirida también por el Opus. Pero yo te voy a hablar, David, de lo que me pasó en el edificio original, que a su vez estaba dividido en dos, un inmueble matriz y otro anexo de estilo más modernista. En el primero de ellos, hay mucha influencia eclesiástica, pues estaba plagado de símbolos religiosos».

Un lugar en el que tanto Celeste como sus compañeras leían *El código Da Vinci* forrando su portada para que no pudiera ser vista. Y es que recordemos que el Opus no salía muy bien parado que digamos en el histórico *best seller* de Dan Brown… De hecho, en una ocasión se encontraron por allí con nada menos que un cilicio. Pero esa es otra historia…

Anécdotas al margen, la primera experiencia de Celeste en aquel lugar pone los pelos de punta. Según sus propias palabras: «Fue el Viernes Santo de 2004. Una vez que estaba la instalación cerrada, tenía que hacer rondas por todo el edificio. Fui a la primera planta, que es la que más miedo me daba en mis primeros meses de servicio, quizá condicionada por toda la simbología religiosa que encuentras. El caso es que, al fondo de un pasillo de unos 30 metros, estando yo en el extremo contrario, vislumbro una supuesta sombra. Claro, mi linterna apuntaba a mis pies para que, por motivos de seguridad, si alguien aparecía frente a mí no pudiera ver mis facciones. El caso es que la sombra se acercaba hacia donde me encontraba a la misma velocidad a la que yo me acercaba a ella, lentamente. Me paralicé». Y no es para menos, añado. Pero… ¿cómo era esa sombra, si es que era tal? ¿Podía ser producto de la sugestión?

Celeste García.

«Eran las diez de la noche, y pese a la posible sugestión que la mentada simbología eclesiástica que adornaba aquella planta podía producirme, lo cierto es que llevaba dos años trabajando allí y ya no me afectaba. Esa sombra era como una figura muy delgada, de hombre, sin pies, que flotaba. Era como si fuera un humo negro, que cobraba una forma muy delgada, sin pies y sin rostro, que se deslizaba a unos 30 centímetros del suelo. Esa sombra se para, se acerca más a mí y se desvanece. Aquello duró unos cuatro minutos.» Tras una descripción bastante gráfica, preguntamos a Celeste si había sido la única que había contemplado tal fenómeno. Su respuesta fue muy clara: «Se vio en diferentes localizaciones de la instalación en varias ocasiones y por varias personas, tanto en la primera planta como en la zona nueva, así como en el jardín, paseándose…».

Pero no solo de sombras vive el misterio de este curioso enclave, hoy en activo, ya que: «En otra ocasión, tras una cena en el anexo moderno del inmueble, cuando estábamos ya cerrando la instalación mientras hablaba con Virtudes, la limpiadora encargada de esa zona, vimos algo. Estábamos esquinadas, en una puerta de emergencia, fumando. Y de repente nos pareció que algo, o alguien, entraba en un

despacho. Fue en una décima de segundo. Pensamos que sería alguien del personal, pero al girarnos ya no había nadie. Al preguntarme cómo era posible aquello, Virtudes me dijo que lo veía todas las noches, y al preguntarle qué era lo que veía todas las noches, me respondió, literalmente: algo merodea por aquí. Nunca lo olvidaré. Algo merodea por aquí», contó Celeste ante mi grabadora.

Y eso no es todo, puesto que «en una de las ocasiones, en octubre de ese mismo año, estábamos cenando tras un evento el personal de limpieza y yo. Y de repente suena una alarma. Bajamos y nos dimos cuenta de que aquello, fuese lo que fuese, procedía de la zona de la capilla. Al llegar, vimos cómo una ventana se abrió de golpe hacia afuera, cuando no había patio interior y, por tanto, no había aire. Y no solo eso, sino que volvió a cerrarse y a abrirse dos veces más, de forma repentina. Yo me asusté». ¿Y quién no?

Hemos repasado en estos cuatro primeros capítulos varios encuentros cercanos con entidades que, de una u otra forma, merodeaban o directamente acosaban a nuestros protagonistas, que las percibían de manera antropomorfa. Pero… ¿y si esos presuntos seres estuvieran ante nosotros sin que pudiéramos verlos como tal? Sí, has leído bien. Si quieres saber más, pasa al capítulo 5.

Capítulo 5

Cuatro entes invisibles, otro de humo, uno de fuego… ¡y hasta un brazo!

Cuando hablamos de apariciones de «los sin rostro», no siempre suceden a los pies de una cama, en la intimidad de una habitación o en cualquier otro lugar que pueda sernos más o menos familiar. En ocasiones, parecen presentarse de maneras muy diversas, e incluso sin mostrar su silueta. En el presente capítulo expondré varios de estos casos, algunos de los cuales ponen los pelos de punta.

De gatos, abuelos y pasos

La siguiente historia me la contó en primera persona Magdalena Moret Oliver, una joven madre, esposa de Hugo Ruiz (quien será protagonista en el capítulo 9), que vivió una situación muy relacionada con lo que estoy desgranando en este libro. Ella me contaba en su domicilio de Pozuelo de Alarcón (Madrid): «Pasó en 2006, cosa que recuerdo porque fue poco después de fallecer mi abuela. En aquel momento, estaba preparando unas oposiciones en un pequeño despacho, y estaba con el ordenador. Mi gato persa dormía plácidamente. El caso es que empecé a oír unos pasos. Al ser un piso, en un principio pensé que serían los vecinos de arriba, pero mi gato no pensó lo mismo, ya que se puso como loco. Salió disparado hacia el marco de la puerta, con la cabeza totalmente estirada y los pelos supererizados».

Según Magda, la historia no quedaba ahí: «Los pasos seguían sonando, así que me levanté. A todo esto, el gato empezó a golpearse

contra las paredes del pasillo, como si se hubiera vuelto loco. Recorrió todo el pasillo golpeándose. Entonces empecé a ponerme nerviosa y me acerqué a él para intentar calmarlo y cogerlo, cosa que no conseguí. No entendía lo que pasaba y me alteré bastante. El gato seguía haciendo cosas muy extrañas».

Magda Moret Oliver, en su domicilio.

Aquello no parecía presagiar algo normal: «De repente, una espada decorativa que había colgada en la pared cayó al suelo. En ese momento lo identifiqué con mi abuela fallecida. Pensé que podía tratarse de ella. De manera que, en voz alta, exclamé: "Si eres tú, abuela, por favor, hazme una señal que sea muy clara para intentar tranquilizarme". Y en ese preciso instante, la tapa de un cubo de metal que teníamos para meter la ropa sucia, se precipitó contra el suelo».

No fue la única experiencia que Magda me narró aquel día. También le sucedió algo con su hijo, Noa, a quien pude conocer aquella tarde. Ella trabaja con niños y me contaba: «Creo que tienen una habilidad especial, con una mente quizá más abierta que la nuestra. Y una vez me sucedió algo con Noa. Era muy pequeño, tenía dos años y medio, y su abuelo, el padre de Hugo, estaba sedado a punto de morir tras un cáncer. De hecho, físicamente estaba muy deteriorado, con un tumor en el ojo. Entonces, estando en el hospital, lo senté conmigo para tratar de explicarle la situación, diciéndole que el abuelo se iba a ir, a lo que él me respondió:

—No te preocupes, mamá, el abuelo se quiere ir.

—¿Cómo que se quiere ir? —le pregunté extrañada.

—Sí, está cansado. Y él se quiere ir ya.

—¿Sí? —le pregunté.

—Pero no te preocupes porque le veo, está guapo y me dice adiós».

«Ese arrastrar de zapatillas…»

No menos inquietante es lo que le sucedió a Andrés Pan, quien se puso en contacto conmigo para narrarme lo siguiente, que respeto de manera literal:

> *Pasó hace treinta años, tardé mucho en digerirla y más aún en contarla. Todo transcurre en un pequeño pueblo andaluz y una casa que a veces parece tener un aura negativa o quizá memoria. Por cosas de la vida, empecé a trabajar a los quince años y aquel verano, ya con dieciséis, pude ir una semana al pueblo, pues cambié de trabajo y tenía una semana libre entre el fin de un trabajo y el principio del otro. Todo parecía encajar a la perfección y yo deseaba poder disfrutar del río, la naturaleza y las risas con los amigos. En fin, empiezo a relatarte lo ocurrido:*
>
> *Aquel día me levanté impaciente por tomar el tren, en poco menos de una hora ya estaba en el pueblo tocando en la casa de la vecina para que me diera las llaves de la casa de mi abuela, fui al río y anduve de risas con los amigos, y sobre las doce llegué a la casa con la firme intención de dormir después del palizón del día. Yo ya había sopesado el hecho de dormir en la casa solo, pero eso no iba a asustarme a mí, un joven de dieciséis que ya trabajaba…*
>
> *La llave abrió la puerta no sin antes emitir su característico chirrido, por falta de uso, y me propuse poner un poco de aceite al día siguiente. Tan pronto como pasé el umbral, percibí algo raro, pesado y muy intenso que nunca antes había sentido. El antiguo interruptor no hizo más que confirmarme que algo iba mal, fue impresionante el color amarillo que desprendía la bombilla y en mi cabeza, siempre tan propicia a buscar explicación científica (además de trabajar estudiaba Ciencias en 3.º de BUP) a todo, no paraban de surgir razones que explicaran el intenso color amarillo de la bombilla, pero ninguna pudo justificarlo. Me metí en la cama en menos de un minuto y reprimiendo mis ganas de ir al cuarto de baño. Había*

dejado el walkman *listo en la mesita de noche, así que ahí estaba yo escuchando* rock *y tratando de dormir. Pero aquella pesadez no desaparecía.*

No tardé en escuchar un crujido de cama en el cuarto contiguo, y apagué el walkman *en ese momento. El crujido sonó como si alguien se incorporara de la cama, pero claro, mi científico cerebro y yo sabíamos que estábamos solos, mientras él seguía buscando una explicación racional (mi cerebro se agarró a la posibilidad de que un gato hubiera entrado por la ventana). Se produjo el siguiente ruido y sonó como cuando alguien se incorpora de la cama y con uno de los pies busca una zapatilla. Esto fue el colmo, mi cerebro no daba crédito y paró de hacer cálculo de probabilidades para concentrarse en escuchar. Yo por mi parte deseaba que ese segundo pie no buscara la otra zapatilla, pero al parecer la buscó. Y la encontró.*

No solo sonó cómo el segundo pie encontró la zapatilla, sino que pude escuchar la completa incorporación de lo que de oídas parecía un cuerpo, luego un paso tras otro, lento, renqueante, percibí cómo salía de la habitación y se dirigía a la mía; el paso era constante. Un poco antes de que llegara a la puerta de mi habitación, ya no quedaba ni resto de mi cerebro científico y daba por hecho que fuera lo que fuera lo que se me acercaba no era humano; eso sí, caminaba y producía leves gemidos de dolor.

La única solución que mi angustiado cerebro encontró fue la de refugiarme en lo más profundo de mi conciencia y hacerme el dormido, cosa que no evitó que la presencia entrara en la habitación y se acercara a mi cama… Pude notar cómo me observaba, aguanté como pude esos segundos eternos hasta que comenzó el retorno de lo que fuera a su cama. Sentí cada uno de los pasos de regreso e incluso cómo se sentaba en la cama y se despojaba de las zapatillas para luego tumbarse. Después, todo volvió a la calma. Desapareció la sensación de pesadez y la paz natural se restableció. Por momentos no supe cómo enfrentar lo vivido, no sabía si acudir a la vecina o salir despavorido de la casa para no volver.

Opté por quedarme y traté de conciliar el sueño, que llegó tarde. A la mañana siguiente pude comprobar que la cama estaba tal cual, pues solo era un somier sin sábanas, y el pestillo del patio y la ventana estaban cerrados. Las siguientes noches fueron muy calmadas

y, a día de hoy, cuando vuelvo al pueblo y abro la puerta, siempre me pongo en guardia por si sintiera esa pesadez. De mi boca no salió nada hasta muchos años después.

Con el tiempo, supe que la casa fue tomada por la Falange cuando mis abuelos y mis tíos se marcharon a Barcelona en las desbandadas de Málaga. Sé también que se suministró ricino a mucha gente, se dieron palizas y raparon a mujeres, pero lo que encajaba mejor fue la muerte de un hermano de mi abuela, un arriero rojo y huido que tuvo una muerte lenta y agónica en esa habitación…

En fin, esto es todo y es algo que ocurrió o que ocurrió solo para mí y que… ¡aún no tiene explicación!

Tras hablar telefónicamente con Andrés, quien actualmente reside en Gibraltar, este me refirió lo que le había costado revelar esta vivencia; no se lo había contado ni a su madre. «Se me ponen los pelos como escarpias solo de recordarlo, David», me decía. De hecho, cuando volvió a narrármela, lo hacía con voz temblorosa. Sea lo que fuere lo que pasó aquella noche, es algo que Andrés jamás pudo olvidar. Y seguirá sin hacerlo, me temo.

Un beso alentador

La siguiente experiencia es bastante desoladora por el dolor que transmiten las palabras de Mari Paz Pascual, con quien pude hablar acerca de una irreparable pérdida que marcó su vida. Según ella, aquello sucedió en el año 1993: «Perdí un hijo de once años. Se me electrocutó. Jugando con un magnetofón junto a su primo, metió los deditos en los cables y se electrocutó. Pasó al día siguiente de fallecer mi padre; estando en casa de mi cuñado sucedió lo de mi hijo. Y al cabo de unos meses, fuimos mis cuñadas y yo a una señora que echaba las cartas. Me dijo que estaba llorando mucho por mi hijo y que no le dejaba evolucionar. Que tenía que poner durante 27 días ramos de flores blancas en casa y dedicarle una misa».

Mari Paz se aguanta las lágrimas durante la entrevista, hasta que no puede más y empieza a llorar. Es una situación difícil, dolorosa y tremendamente dura. Me disculpé con ella y le insté a acabar la

entrevista cuando quisiera, pero ella se recobró y terminó de contarme: «El caso es que hice aquello, pero justo al acabar lo de los 27 ramos de flores, esa noche, estando en duermevela, noté cómo se apoyaba en mis hombros, me dio un beso y me dijo que venía a despedirse de mí, pues tenía que seguir evolucionando en otras dimensiones. Tras esa fecha no volví a soñar con él, cosa que hacía recurrentemente. Años después, mis hijas y unas amigas hicieron una ouija. Yo estaba con ellas. Y contactamos con mi hijo, quien nos dijo que estaba feliz, que no llorásemos por él, que había evolucionado a la tercera dimensión y que tenía que seguir hasta la sexta».

Sobre la ouija me extenderé en el capítulo 8. Sea como fuere, y de ser cierta dicha información, descanse en paz.

El humo negro

Sonia Piñero, de veintiséis años, contactó conmigo a raíz de escucharme en *El Centinela del Misterio*, de Metropolitan Radio. Y lo hizo para contarme una curiosa experiencia: Hablé con ella y me narró lo siguiente:

> *Yo vivía con mi madre en la zona de Barajas (Madrid). Ella, en ocasiones, se iba a pasar la noche a casa de su pareja y yo aprovechaba para dormir en su cama, que era enorme, y lo hacía acompañada de mis gatos. A una hora indeterminada de la noche, me desperté y me percaté de que los gatos no estaban en la cama. La habitación estaba a oscuras, pero como entraba luz de la calle pude ver una especie de humo, en forma de espiral, emergiendo a la izquierda de la cama. Parecía hecho de partículas negras, como de ceniza.*

Al preguntarle cómo continuó tan curiosa experiencia, Sonia me dijo: «Me extrañó y me volví a dormir. A la mañana siguiente, desperté recordando al detalle lo ocurrido, pero todo estaba en orden. Los gatos seguían conmigo. Y aquello me pasó otra vez, también en la misma cama. Exactamente, lo mismo. No estoy segura de si estaba en estado de duermevela, o si incluso pudo ser un sueño. Pero claro, me

pasó dos veces y veía a la perfección toda la estancia. Paralizada no estaba, eso desde luego. Solo me pasó allí, durmiendo en aquella habitación».

¿Parálisis de sueño?, no lo parece. ¿Sueño sin más?, es posible. Pero… ¿varias veces, la misma experiencia, y solo en esa habitación?, juzgue el lector…

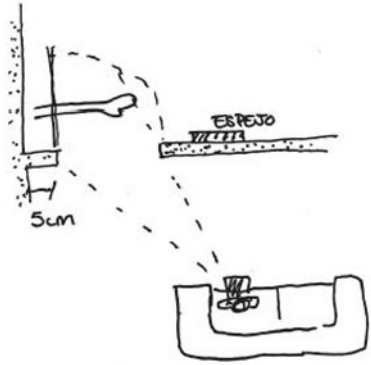
Antes de despedirnos, Sonia me tenía preparada una sorpresa: «A mi madre le sucedieron un par de cosas bastante más llamativas que aquello que me pasó a mí». Ni que decir tiene que no tardé un segundo en pedirle que nos pusiera en contacto. Y así lo hizo…

El brazo y el espejo

De modo que me puse en contacto con la madre de Sonia, a la que llamaremos Pilar R. Ella es agente inmobiliaria. Lo cierto es que su relato es de los más llamativos con los que un servidor de ustedes se ha topado jamás. Atentos:

«Sucedió en la primavera de 2016. Serían las 12 del mediodía. Yo trabajaba en una inmobiliaria y me encontraba en uno de los pisos que vendíamos en el barrio de Ibiza (Madrid). Este estaba habitado por la hija de los dueños. La madre había fallecido de un cáncer, y la vástago decidió que no quería seguir viviendo allí. No se sentía cómoda. Bueno, el hecho es que yo me encontraba en el piso con un posible cliente, muy amable, al que estuve enseñando la estancia. Y nos pusimos a hablar. Fuimos al salón y nos sentamos uno frente al otro en un sofá en forma de L. Enfrente de mí había un dormitorio, con la puerta abierta».

¿Y qué pasó? Agárrense, que vienen curvas: «En un momento dado, me percaté de que un brazo lánguido de mujer, muy blanco y desnudo, asomaba por el marco de la puerta, que estaba separado a escasos cinco centímetros de la pared. Es decir, que aquello no podía estar tras la pared, sino que el brazo estaba superpuesto al marco de la puerta, como si ambos (brazo y marco) se fundieran entre sí. Algo absolutamente imposible. Aquel brazo hizo un extraño movimiento como de *ballet*, primero de abajo arriba y después de arriba abajo…».



La situación, dibujada por Sonia Piñero, hija de Pilar.

Una secuencia de lo más forteana. Pero es que lo mejor estaba aún por llegar, ya que «en ese momento, oímos un estruendo de algo que caía y se rompía, con sonido de cristales. Nos asustamos, nos levantamos y fuimos a la habitación. Allí no había nadie, solo un espejo de la pared contigua en el suelo, hecho añicos. Un espejo que estaba colocado en la misma pared, en línea, a donde apareció aquel brazo. Llamé al dueño del piso para contárselo y me dijo que no me preocupase. Pero el susto que me di no me lo quita nadie».

¿Qué sucedió realmente? No tengo palabras para tratar de dar una explicación mínimamente razonable a todo aquello. Pilar vivió otra experiencia de lo más extraña:

> *En 2007 estaba llevando a cabo una reforma general bastante importante en mi piso. Vivíamos en otro lugar, pero un día, tuve que acercarme sobre las 11 o las 12 de la noche para recoger unas prendas de ropa con vistas al nuevo curso escolar de mis hijos. Era septiembre u octubre. La casa estaba totalmente levantada. Estando agachada, buscando ropa en la habitación de mi hija, oí a mi espalda un gruñido tan bestial que me quedé paralizada. Tanto, que cuando me incorporé, aterrorizada, el cuerpo me corrió la tripa. Tuve que ir al baño, literalmente.*

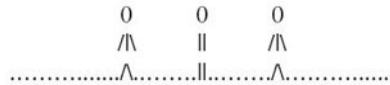
Sea lo que fuere, aquello impactó sobremanera a nuestra

protagonista. «Acto seguido, subí a ver a mi vecina, muy asustada, recordando que esta tiene ciertas capacidades especiales, y me advirtió de que no hiciera aquella reforma, que me traería problemas. Que la casa se iba a enfadar. Y claro, lo relacioné. Era un gruñido enorme, como de una bestia. Algo desgarrador, muy desagradable. Al final, la obra me salió fatal, un desastre. Los obreros quisieron estafarme y tuve que pararla», zanjaba Pilar.

El ente de fuego

La siguiente historia me fue facilitada por Enrike Silvestre, un valenciano afincado en Finlandia. Al igual que con tantos otros testimonios, he decidido mantener su relato original, pese a que, como a todos, también le entrevisté profusamente *a posteriori.* Dice así:

> *Corría el año 1992. Yo tenía alrededor de siete años, estaba con mis padres, mi hermana, unos tíos (el hermano de mi padre y su mujer) y sus dos hijos (mi primo y mi prima). Pasábamos la tarde en una casita de campo de mis abuelos, en Ontinyent, un famoso pueblo situado entre Valencia y Alicante. Una tarde de invierno, a eso de las siete, estábamos todos dentro de la casita cuando, ya caída la noche, los niños decidimos salir fuera a jugar (los padres permanecían dentro).*
>
> *Una vez fuera, tan solo al apartarme unos pocos metros de la puerta de entrada de la casita (entre cuatro y seis metros), levanté la mirada frente a mí y entre el linde de nuestra parcela y la siguiente (que estaba situada a unos 20 metros), pude ver claramente una figura humana en llamas corriendo, justamente enfrente de mí.*
>
> *Aquello no tenía cuerpo material, ni ningún soporte que pareciera biológico. Permanecía como si las llamas formaran el cuerpo y toda su silueta. La figura corría de una manera bastante peculiar, y lo hacía hacia mí, abriendo y cerrando los brazos y las piernas, y desplazándose lateralmente, dando saltos. Todo ello en el más absoluto de los silencios. Se movía tal que así:*



Yo permanecí absorto por unos segundos (no serían más de tres), mirando aquella figura mientras esta avanzó unos metros más (cuatro o cinco). Cuando logré reaccionar, giré la cabeza y me dirigí a mi hermana y mis primos para preguntarles si estaban viendo lo mismo que yo, pero ellos estaban mirando en otras direcciones. Aunque estaban justamente a mi lado y por detrás, cuando me volví a girar hacia aquel extraño ser para mostrárselo a ellos, ya no vi nada, no había ni rastro y ninguno de ellos fue testigo del fenómeno.

Siempre he estado convencido de lo que vi, ya que estaba totalmente despierto, y por supuesto siendo un niño no estaba bajo la influencia de ninguna sustancia ilícita. A pesar de no encontrarle explicación, tan solo pienso que fui testigo de algún tipo de manifestación, mensaje, proyección… que nunca entendí, aunque no me atormenta en absoluto.

Ahí quedan sus palabras. Poco cabe añadir. Habrá quien le crea, habrá quien no lo haga, y habrá quien considere que Enrike fue preso de un extraño sueño lejos de la realidad. Que cada cual saque las pertinentes conclusiones…

Capítulo 6

Acampadas, albergues y un convento

En ocasiones, algunas de las entidades invisibles (y otras no tanto) referidas en el capítulo anterior, se presentan de manera caprichosa en ambientes rurales como los que vamos a mostrar a continuación. He aquí otro buen puñado de experiencias que, creo, no dejarán al lector indiferente…

El bosque y sus silencios

La siguiente historia tuvo lugar en un bosque, y cuenta con dos protagonistas: Jorge Pezzi y Manuela del Pozo, matrimonio. Me contaron su historia la mañana del 6 de noviembre de 2019 en su domicilio, después de haberme enviado el relato de los hechos. Pude contrastar sendas versiones (escrita y hablada). Todo coincidía. He decidido mostrar el relato original, que dice así:

> *Sucedió hace muchos años, no recuerdo la fecha exacta, pero alrededor de 1984. La que hoy es mi esposa y yo hacíamos de vez en cuando pequeñas acampadas libres en el monte. Uno de los sitios a los que nos gustaba ir estaba en los alrededores de la localidad de Piedralaves (Ávila). Allí, en el monte, encontramos un sitio especialmente atractivo para nuestro propósito, que consistía simplemente en pasar allí dos o tres días disfrutando de la naturaleza. Tras varias acampadas en él llegamos a sentirlo como algo nuestro, y solíamos referirnos a él como «nuestro sitio» de poder, un lugar mágico.*
>
> *Estando allí nunca nos encontramos con nadie, lo cual era*

para nosotros un atractivo añadido, pues ambos valorábamos la intimidad. En la penúltima ocasión allí, nuestra jornada transcurrió como de costumbre, mi chica leía algo, o se dedicaba a alguna manualidad mientras yo me entretenía haciendo música. La música es mi pasión, y recuerdo claramente que ese día me senté sobre el tronco seco de un árbol que había sido alcanzado por un rayo, y me dediqué a golpearlo a modo de instrumento de percusión. El efecto era asombroso y, según tocaba, sentía cómo todo el terreno, toda la colina bajo mis pies, vibraba de una forma especial.

En nuestras salidas, yo siempre he insistido en no hacer fuego, en parte para evitar cualquier riesgo de incendio, pero especialmente para no delatar nuestra presencia, pues de todos es sabido que la luz de una hoguera en la naturaleza es visible a kilómetros de distancia. Tras el anochecer, y después de cenar algo, nos metimos en la tienda para descansar.

Nos tumbamos sobre nuestros sacos de dormir y mientras charlábamos, uno de nosotros, sinceramente no recuerdo si ella o yo, dijo: «¿Te has fijado en el silencio tan absoluto que nos rodea?». Y justo en el instante en que ambos fijábamos nuestra atención en ese silencio tan extraño, oí en la distancia un sonido, parecido al crujir de una rama seca.

Seguimos escuchando. Oí lo que parecía ser alguien o algo dirigiéndose hacia nosotros. Al principio pensé en una persona, pero según se acercaba, no podía distinguir si era alguien o algo andando o arrastrándose, algo especialmente pesado y grande a juzgar por el ruido que hacía. Cuando «aquello» estaba al lado de nuestra tienda, en el lado en el que se encontraba mi pareja, esta exclamó: «¿Has oído?».

Yo lógicamente estaba muy asustado, y mientras aquello rodeaba nuestra tienda, pensé que se trataba de alguien que quería asustarnos o atacarnos. Cogí mi navaja, que siempre tenía a mi alcance cuando dormía. Y me preparé para pelear. Fueron unos pocos segundos tremendamente intensos, durante los cuales, a mi acompañante, según sus propias palabras, parecía salírsele el corazón del pecho.

Jorge Pezzi y Manuela del Pozo en su domicilio.

Aquello se detuvo a nuestros pies. Nuestra tienda era del tipo que llaman canadiense, cuya entrada consiste en dos triángulos que normalmente se cierran con una cremallera. La cremallera no estaba echada, y ambos triángulos colgaban sueltos. Y de pronto, de forma repentina, de un solo golpe seco, la puerta de la derecha, del lado en el que se encontraba mi pareja, se abrió. Algo la abrió, pero no pudimos distinguir sus rasgos. Simplemente, no los tenía. Teníamos la innegable sensación de estar siendo observados por algo, algo invisible, desde la puerta de la tienda. Era una oscuridad tremenda, densa, con masa. No tenía rostro.

Segundos después pegué un salto y, saliendo fuera de la tienda, miré a mi alrededor con la navaja en la mano y gritando: «¡¿Quién anda ahí?!». Pero para mi sorpresa allí no había nada ni nadie. Tampoco oímos que alguien o algún animal saliera corriendo. No hacía nada de viento, y la forma en que la puerta se abrió, hacia afuera, y se mantuvo abierta, era inexplicable para nosotros. Estábamos en shock *y empezamos a valorar la posibilidad de bajar hacia el pueblo y alejarnos de allí, pero la profunda oscuridad de una noche sin luna nos hizo desistir de la idea.*

Volvimos al interior de la tienda. Recuerdo que pensé en «la nochecita» que nos esperaba, sin pegar ojo y muertos de miedo hasta el amanecer… Como vi que mi chica seguía aterrada, empecé a contarle historias de cosas que me habían pasado y que resultaban algo jocosas, con intención de ayudarla a relajarse. Ante mi sorpresa, no tardó en quedarse dormida ni cinco minutos. ¿Cómo era posible?

Ese fue mi último pensamiento: ¿Cómo puede haberse

quedado dormida después de lo que acababa de pasar? Y yo, también, ¡me quedé dormido! Lo siguiente que recuerdo de aquella noche es despertarme por el ruido del viento que soplaba con fuerza, debían de haber pasado cuatro o cinco horas desde el incidente. Salí de la tienda y arranqué el doble techo que estaba siendo zarandeado por el fuerte viento. Regresé a la tienda y dormí hasta la mañana siguiente.

Ya de día exploramos los alrededores de la tienda y no vimos rastro alguno que indicara la presencia de alguien o de algún animal de gran tamaño. Todavía hoy no hemos encontrado explicación para lo que vivimos aquella noche. Al recordarlo, aún se nos ponen los pelos de punta.

Personalmente, creo que sin querer atraje con mi percusión sobre el tronco seco a alguna entidad de las que habitan en la naturaleza. También tengo la impresión de que fuera lo que fuese no tenía intención de hacernos daño. Puede que simplemente viniera a visitarnos guiada por una especie de curiosidad.

A menudo fantaseamos con la posibilidad de someternos a una regresión hipnótica para ver si podemos descubrir si sucedió algo mientras dormíamos. Algo que no recordamos. Pero la posibilidad de recordar ese algo y que sea negativo nos asusta. Quizá así relatada, mi historia pueda sonar un tanto trivial o sosa. Pero para nosotros fue una experiencia impresionante e inolvidable. Probablemente, por inexplicable, la más intensa de nuestras vidas.

Los pasos de la acampada

Paco Marmol, gaditano, se puso en contacto conmigo para narrarme la siguiente historia. Él es todo un artista hiperrealista, y lo demuestra en su web <pacomarmol.com>. Además, trabaja realizando diseño gráfico en la Diputación de Cádiz. Y, aunque como en el resto de los casos pude entrevistarle de manera pormenorizada, ofrezco su experiencia de manera literal:

Nos fuimos de acampada a Benamahoma, un pequeño pueblo al pie de la sierra de Cádiz. En lugar de acampar en lo que luego sería

un camping público, a mis amigos y a mí nos gustaba adentrarnos un poco en el espacio natural y plantar nuestras tiendas de campaña en una zona algo llana, natural, de acampada libre y que nos permitía estar tranquilos y apartados del pueblo. Recuerdo que en aquella ocasión viajamos tres parejas y que plantamos nuestras tres tiendas enfrentadas, de tal modo que las tres puertas se situaban formando una especie de «plaza triangular» o un lugar común casi de encuentro.

La primera noche cenamos juntos en ese lugar común y poco después cada pareja nos fuimos a su tienda. Estuvimos un poco hablando cada uno desde su tienda y, al cabo de un ratito, decidimos dejar de hablar y meternos en la tienda para dormir. A los pocos minutos de estar en la misma, escuchamos claramente unos pasos en la «placita», pero muy muy claros y muy cercanos. Recuerdo que pregunté en voz alta: «¿Quién anda ahí?», pero nadie contestó.

Entonces, pregunté a mis compañeros de las otras tiendas: «Oye, ¿habéis oído esos pasos?» y desde las otras dos tiendas me confirmaron que ellos también los habían oído. Aquello duró unos cinco minutos. Abrimos la puerta de la tienda y nos asomamos y las tres parejas coincidimos en que, efectivamente, habíamos oído pasos, como si alguien estuviera caminando muy cerca. No vimos huellas de pasos ni nada parecido, pero todos teníamos la impresión de que alguien había estado caminando por allí.

Poco después, volvimos a despedirnos y nos metimos de nuevo en nuestra tienda. No había dado tiempo siquiera a tumbarnos desde que había cerrado la cremallera cuando percibíamos otra vez perfectamente esos pasos. De nuevo, otros cinco o seis minutos. Me acerqué con mucho sigilo hasta la cremallera, agarré el cierre y escuché con cuidado. Los pasos los tenía pegadísimos a la puerta de nuestra tienda, como si estuvieran caminando a muy pocos centímetros de mi cara.

Abrí lo más rápidamente que pude la puerta de la tienda y, sin que escuchásemos pasos de alguien que saliera corriendo ni nada parecido, allí no había nadie y, de pronto, los pasos cesaron. Fue algo muy extraño y que, por suerte, no se repitió en el resto de la noche. A la mañana siguiente, lo hablamos con las otras parejas de las otras tiendas y decidimos levantar el campamento y cambiarnos de sitio. Desde entonces, desaparecieron esos pasos que parecieron acecharnos.

Lo he hablado alguna que otra vez con mi mujer, que es la

chica con la que compartí mi tienda entonces, y siempre nos pareció muy extraño.

Pasos a las tres

Me llamo Alejandro Ruano, tengo cincuenta y dos años. Soy de Alcalá la Real (Jaén).

Julio de 2012. Nos encontramos durmiendo en nuestra casa del campo mi mujer, nuestro niño de tres años y yo. Los tres en el mismo dormitorio. A medianoche escucho pasos que por el pasillo se acercan a nuestro cuarto. En ese momento, grito mientras intento encender la luz. ¡Aaaaaaahhhhg!

Entonces mi mujer oye los pasos, muy rápidos y pequeños, huyendo. Cree que es el niño, y lo llama: «Daniel estamos aquí, ven, ven». Entonces enciendo la luz, y vemos que el niño está durmiendo en su cama. Muerto de miedo salgo de la habitación a ver qué es, cojo unas mancuernas del dormitorio de al lado para defenderme y miro el reloj. Eran las tres de la mañana.

No veo nada en toda la planta baja, vuelvo al dormitorio con mi mujer para comprobar que no había sido imaginación mía, ella me corrobora que había escuchado los pasos huir… Vuelvo y, muerto de miedo, decido subir a la planta alta a ver qué demonios es… No encuentro nada. Lo de la hora no se lo comento a mi mujer (hora bruja) y me acuesto. No puedo aguantar acostado, por lo que decido levantarme y me paso toda la noche en guardia, sin ninguna novedad. A las seis y media, aún de noche, me voy al trabajo.

Al día siguiente mi mujer me dice que había sucedido a las tres de la mañana, lo cual me impacta más, ella también se había dado cuenta. Decidimos poner en varios escalones de la casa una capa de harina para ver si, de ser algún animal, quedaban marcadas sus huellas permaneciendo intactas…

Hoy he comentado con ella que te iba a contar la historia. Han pasado ocho años y aún me conmueve recordarla. No te podría decir de qué se trató, solo que la casa en general provoca cierto miedo, está aislada junto a una gran chaparra y rodeada de olivos. Pero para mí, era algo sobrenatural. En fin, David, esta es mi

historia.

Tras hablar con él después de recibir su escrito, el cual he ofrecido literal a los lectores, Alejandro me contaba que, en aquella misma casa, siendo él pequeño y estando a solas con su madre, llamaron a la puerta a medianoche. Creyendo su madre que se trataba de su padre, abrió la puerta… pero allí no había nada. Ni nadie.

«Alguien llamó a mi puerta»

A raíz de contar en *Espacio en blanco* la experiencia anterior, se pusieron en contacto conmigo dos personas que vivieron algo para ellos inexplicable en plena peregrinación del Camino de Santiago. Pude hablar con ambos y extraer los pormenores de sus historias. El resultado de la misma, escrita en agosto de 2019, es este:

> *Buenas tardes a todo el equipo. Somos Óscar Borge Ruiz y Abel Mostaza Prieto. La primera parte de este correo la escribo yo, Abel, aunque a mi lado me lee Óscar. Debo decir, particularmente, que yo era un escéptico en estos temas. Les vamos a relatar lo que nos sucedió en el albergue de peregrinos de Peñaflor de Hornija (Valladolid) mientras realizamos el Camino de Santiago llamado «de Madrid». A mí me ocurrió hace ya cuatro años (les envié un correo por aquel entonces relatándoselo), a mi amigo le ha ocurrido este verano. Comenzaré con mi historia.*
>
> *Abel Mostaza Prieto (veintisiete años).*
>
> *Musicólogo y maestro por la Universidad de Valladolid, y estudiante del Máster Filosofía Práctica por la UNED*
>
> *Hace cuatro años, en concreto el 14 de julio de 2016, llegaba al albergue de peregrinos de Peñaflor de Hornija (Valladolid). Yo había iniciado el Camino de Santiago de Madrid unos días antes; ¿mi idea? Realizarlo con el sentido original del Camino: salir de la puerta de casa con lo puesto y dispensar de los vecinos para cobijarme o alimentarme.*
>
> *La segunda etapa del Camino era desde Ciguñuela hasta Peñaflor de Hornija. En Peñaflor vive un compañero de la Banda*

Municipal de Música de La Cistérniga, formación a la que yo pertenecía por aquellas fechas; este compañero me dijo que no podía quedarme a dormir en su casa porque la cama de invitados la ocupaba una americana que vivía con ellos durante ese verano (la familia acoge durante los veranos a jóvenes extranjeros que quieren conocer el país), pero sí me ofrecieron acompañarles en la comida y en la cena de aquel día. Algo que yo acepté encantado.

Cartel de entrada a Peñaflor de Hornija. Cortesía de Abel Mostaza y Óscar Borge.

Pues bien, a la hora de ocupar el albergue, tenía que llamar a la hospitalera al número comunicado en la puerta del mismo. Ella respondió a mi llamada diciendo que la llave la tenían unos peregrinos que habían pasado la noche anterior allí y que aún estaban dormidos dentro, así que me traería ella las llaves de repuesto que guardaba advirtiéndome de que no las perdiera porque «no había más llaves». También me dijo que a la mañana siguiente se las depositara en el buzón.

Una vez dentro del albergue, estos peregrinos se despertaron y yo me presenté, dejé mis cosas y descansé por la jornada de camino antes de ir a comer a casa de Jacinto (el excompañero de la banda que antes comentaba). Al llamar a mi familia diciendo que había llegado ya a Peñaflor (todos los días les llamaba), les dije que el albergue estaba muy bien y que en la casa había otros peregrinos muy simpáticos (en el Camino estableces amistades o, cuando menos, compañeros de camino, rápidamente), muy hippies*, por eso a lo largo de este relato los llamaré de la misma manera.*

Por la tarde, después de comer, decidí ir a visitar la Santa Espina (el pueblo y la supuesta reliquia), pues estaba a escasos once kilómetros de Peñaflor de Hornija; al volver me encontré a los hippies *preparados para marchar, diciendo que dejaban libre la habitación principal —la más grande y en la que yo dormiría esa noche— y que las llaves que ellos tenían me las dejaban en el aparador de la entrada. Pues bien, los* hippies *marcharon con sus bicis y sus dos perros, y yo me quedé solo en la casa. Después de cenar en casa de Jacinto regresé al albergue con la intención de irme ya a dormir.*

Como anuncié, yo hacía el Camino con un sentido espiritual, al modo original de este. Por eso a la hora de dormir (a eso de las 22.30) me ponía a rezar el rosario y así me ayudaba a descansar mejor. Aquí empieza mi experiencia. Mientras llegaba a uno de los últimos misterios, escuché claramente como alguien llamaba a la puerta de mi habitación; yo me impresioné porque la hora era avanzada, no había más peregrinos en la casa y las únicas dos llaves del albergue (la de los hippies *y la de seguridad que me dio la señora) las tenía yo. Algo confuso, pregunté quién era. Nadie respondió.*

Apliqué la navaja de Ockham (he estudiado filosofía y soy —o era— bastante racional) y pensé que me lo habría imaginado, que era una casa reformada con los típicos crujidos de la madera…, así que seguí con el rosario. A los pocos minutos, y una vez que ya había terminado y me disponía a dormir, llamaron de nuevo a la puerta de mi habitación. Ahora sí: pregunté quién era y al ver que nadie me respondía me levanté, no sin cierta impresión, para abrir la puerta y, por suerte o desgracia, no había nadie. No cabía duda, no me lo había imaginado. Es entonces cuando me inquieté y decidí ponerme música con el móvil y los auriculares (única vez en todo el Camino) porque estaba tan asustado que era consciente de que cualquier ruido que oyese (aunque fuese de origen natural) me asustaría.

A poco más de las tres de la mañana un sonido como de un golpe me despertó. Tres golpes rápidos, precipitados. Toc, toc, toc. Yo no le di mucha importancia en ese momento, la verdad, porque me importaba más desenredarme los auriculares y dormir de nuevo que otra cosa. Decidí quitarme los cascos e intentar dormir sin ellos. Gran error; a los pocos segundos escuché cómo alguien caminaba por la

planta de arriba y bajaba las escaleras para, unos segundos después, llamar de nuevo a mi puerta… otras tres veces. También apresuradas. Ahí me coloqué de nuevo los cascos diciéndome: mira, Abel, mañana tienes que madrugar, que tendrás una etapa dura; olvídate de todo e intenta dormir.

Abel Mostaza Prieto. Cortesía de Abel.

La experiencia acaba al día siguiente. Al despertarme a las seis de la mañana (como bien sabréis, el Camino requiere de madrugar para pillar albergue público si no encuentras acogida, más en esta zona de Montes Torozos y Tierra de Campos, comarcas castellanas donde el sol pega con justicia). Desayuné y decidí contar en el libro de visitas del albergue, de una forma mucho mucho más escueta de como aquí lo narro, lo que me había pasado durante esa noche. De paso aproveché para ojear rápidamente los comentarios de otros peregrinos, en especial los de los hippies *que habían dormido el día anterior, que lo titularon «querida casa encantada».*

Podría detener mi historia aquí, pero considero relevante añadir que, ya en Galicia, me encontré con los hippies *de nuevo en una especie de comuna que hay en pleno Camino (no recuerdo el nombre del pueblo, era de paso); allí, no sin cierta dificultad para que no me tacharan de loco, les pregunté cómo habían pasado aquella noche; la chica me dijo que no lo recordaba. Yo le dije que habían firmado con eso de «querida casa encantada» y les insinué que si no habían detectado algo raro en el albergue. Ella lo recordó y me contó que durante la noche «creyeron oír pasos», que «los perros no dejaron de ladrar», que «apenas durmieron esa noche porque (ella) se sentía observada», y que por eso «se quedaron en la cama hasta el día siguiente».*

Pero la historia no termina aquí, porque tres años después…

«Aquello se grabó, no pude haberlo imaginado»

Continuamos:

> *Óscar Borge Ruiz (veinticuatro años).*
>
> *Historiador por la Universidad de Valladolid y estudiante del Máster Europa y el Mundo Atlántico: Poder, Cultura y Sociedad por la Universidad de Valladolid*
>
> *Hace apenas un mes desde que llegué a Peñaflor de Hornija en la que era el final de la segunda etapa del Camino de Santiago de Madrid. Una hazaña que no tenía en mente apenas un año antes pero que, por varios sucesos que me han marcado durante los últimos meses, vi necesario hacer. Antes de salir de casa consulté con Abel sobre todo lo que debía saber del Camino, ya que no conocía nada del mismo y él ya lo había realizado unos años antes; me aconsejó sobre cómo actuar ante algunas situaciones, sobre cómo era el Camino original, lo que debía llevar (me dejó varios objetos que me ayudarían durante el Camino) y me relató las experiencias que da este: amistades, la capacidad de superación, la magia que se encuentra en él, etc. Me extrañó en un principio que todas fueran buenas, ya que, como suele decirse, siempre hay alguna manzana podrida, por lo que le pregunté si realmente no había participado de ninguna mala experiencia; admitió que sí, que debía recordar la que ya me contó acerca del fantasma de Peñaflor. Me contó lo que más arriba habéis podido leer y yo, ávido oyente de* Espacio en blanco*, decidí contároslo.*
>
> *Llegó el día 13 de julio y con él mi salida y comienzo del Camino. La primera etapa fue hasta Ciguñuela; allí coincidí con un peregrino que iba en bicicleta desde un pueblo de la sierra de Madrid. Al día siguiente, mi segunda etapa, y después de 15 kilómetros, arribé hasta Peñaflor de Hornija. Desayuné en uno de sus bares y allí, hablando con la camarera sobre mi viaje, me hizo entrega de las llaves del albergue diciendo que la hospitalera probablemente estaría todavía dormida (pues aún era pronto por la mañana) y que así*

podría ir dejando los bártulos. Me aseguró que en una hora o así la llamaría para avisarla de que había llegado un peregrino y que ella me había dado las llaves que estaban en el bar, y dicho sea de paso me avisó de que no podía perderlas porque eran las de emergencia.

Con ese aviso en mente, fui al albergue y allí me instalé y aseé para justo después llegar la hospitalera y hacerme entrega de las llaves que tenía ella, aprovechando para llevarse las del bar. Después fui a misa (uno de los motivos por los que hice el Camino fue para descubrir si realmente existía Dios, y por ello decidí que todos los domingos del Camino iría a misa en el pueblo en el que estuviera aquel día) y el resto del día lo pasé con un compañero trombonista de la banda que vivía allí, Jacinto. Hablé con él sobre lo que le había pasado a mi amigo años antes en el albergue y me explicó que ya conocía la historia porque Abel se la contó también a él; además, me contó que esa había sido la casa del cura del pueblo, quien había muerto hacía ya unos años. Después de despedirnos me fui a descansar al albergue.

Allí me fijé en el libro de visitas y empecé a leer lo que otros peregrinos habían contado. Busqué la reseña de mi amigo para descubrir que los dos dormiríamos el mismo día en el mismo sitio y leí lo que había dejado escrito (lo mismo que me contó), además de que la reseña anterior se titulaba «querida casa encantada». Me puse a revisar reseñas posteriores y a leer las que estaban en español o en inglés no muy complicado (tengo un B2), y descubrí con expectación que una de ellas decía lo siguiente: «Un gran albergue muy bien apañao*, todo parecía ir de lujo hasta que a eso de las 12 cuando unas campanadas muy extrañas sonaron y retumbaron por el eco de las silenciosas calles. En ese momento comenzaron a ocurrir unos raros sucesos…, ruidos en el techo, pasos cercanos a la habitación, incluso me pareció ver una sombra moviéndose a una altísima velocidad cerca de mi cama. Pasamos un poco aterrorizados la noche, pero al menos estamos escribiendo esto en la mañana».*

Me preparé para dormir. Justo a mi lado había una silla que utilicé como mesilla de noche; allí, ya sabiendo la probabilidad de que me aconteciera algo extraño, decidí poner el móvil a grabar durante toda la noche. La grabación comenzó a las 23.00 horas, justo cuando me acosté. En un principio había silencio sepulcral, pero a los diez minutos o cuarto de hora empezó la que podría considerar como la

peor noche de mi vida.

Lo primero que escuché fue la madera de las escaleras crujir como cuando alguien está subiendo o bajando; tengo que decir que se accedía al piso superior a través de ellas, las cuales estaban cerradas por una puerta con un candado que no había sido tocado en todo el día. Ni siquiera tuve la oportunidad de ver el piso de arriba. Bien, después de asustarme con ello pensé que podría ser la madera crujiendo por el contraste térmico entre el día y la noche, por lo que intenté no darle más importancia. Al rato escuché lo más terrorífico de toda mi experiencia: pasos en el piso de arriba.

No había duda alguna, eran pasos lo que yo escuché ahí. Y varias veces. A veces eran más marcados, otras no tanto; a veces eran como con prisa, otras algo más lentos; lo que importa es que eran pasos. Y allí no había nadie porque, de haber abierto el candado que da acceso a las escaleras, habría escuchado primero cómo entraba por la puerta principal (cerrada con llave desde dentro por mí) o por la trasera, en la que hay que hacer fuerza para abrir. A los pasos hay que añadir ruidos como de alguien que estuviera trasteando por el albergue, como si estuviera moviendo muebles o jugueteando con algo; esto, al contrario que los pasos (y por suerte para mi grabación), se escuchaba por toda la casa y no solo en el piso superior.

Óscar Borge Ruiz. Cortesía de Óscar.

En el rellano había una impresora que desde mi habitación oía crujir constantemente como si una persona estuviera tocándola. Todo esto era continuo, apenas distaba uno o dos minutos entre ruido y ruido, pasos y pasos, o ruido y pasos. Tal era mi terror que no tuve valor de apagar la luz en toda la noche; tampoco quería quitarme las gafas (soy miope) por el mismo motivo, pero al final sabía que si conseguía dormir podría estropearlas y sin ellas no podría continuar el Camino. No sé por cuánto tiempo estuve en vela, sin mover un solo dedo, escuchando cada dos por tres un ruido o un paso. Al final, y después de al menos dos horas, sin darme cuenta me dormí.

A las cinco de la mañana sonó el despertador, pues en Castilla el verano es mortal y hay que aprovechar las primeras horas de luz. Paré la grabación con la esperanza de que se hubiera grabado al menos lo que había escuchado, me preparé para marchar, escribí una reseña en el libro de visitas contando muy sucintamente lo que acabo de relatar aquí y me fui. Cuando me levanté temí que los ruidos siguieran, pero para mi sorpresa no fue así: no volví a escuchar nada, aunque estuve oído avizor todo el rato.

Una vez terminado el Camino y ya en la tranquilidad de mi casa, me puse a revisar la grabación de casi seis horas que había en el móvil de cuando estuve en Peñaflor de Hornija. Al principio no hay nada raro y en general no se escuchaba nada fuera de lo común, por lo que decidí descargar una aplicación que aumenta el volumen de los cascos; cuál fue mi sorpresa cuando más o menos a los veinte minutos de grabación se oyen pasos. ¡Los mismos que yo escuché! La carne se me puso de gallina y temblé como no lo hacía desde aquel día. De repente me vino a la memoria el recuerdo de aquella experiencia y fue como si me trasladara a aquel momento y lugar, con mi cuerpo tenso y rígido, y los pasos en el piso de arriba sucediéndose una y otra vez. Pero es que eso no es todo…

En la grabación también se oyen voces: se distingue cuándo son de fuera (voces que yo también escuché y que sabía que eran de personas físicas que estaban en la calle y pasaban gritando) y cuándo son de dentro, pues en estas últimas se distinguen algunas frases, por lo menos yo lo entiendo, y lo hacen en un tono de voz moderado. Es decir, si fueran de la calle las habría oído gritando, pero estas eran a una intensidad normal, como si estuvieran hablando a escasos metros de distancia de la grabadora y dentro del albergue. Tenían que ser

voces de dentro de la casa para que se pudieran escuchar así de claro. Menos mal que eso no lo oí cuando estaba allí…

Huelga decir que yo mismo pude revisar algunos vídeos que me facilitaron, que mostraban el albergue, y también la grabación de audio. En esta, efectivamente, y aunque muy de fondo, puede apreciarse lo que parecen pasos en varios momentos de la noche, así como alaridos, gritos y varias frases en tono altivo, siempre con voz masculina, las cuales, por cierto, no fueron oídas por nuestro segundo protagonista. Solo se percató de las mismas cuando, asombrado y algo nervioso, revisó la grabación en la tranquilidad de su hogar. La verdad, no sé qué pensar. ¿Y tú, querido lector?

A todo esto, y hablando de antiguas casas que antaño fueron habitadas por sacerdotes…

El convento y el señor vestido de negro

Soy Fernando Álvarez, viví diez años en el convento de clausura de San Joaquín y Santa Ana en Valladolid con una presencia y una fuerza energética evidente, ya que dicho monasterio está construido sobre un suelo telúrico evidente. No soy especialmente crédulo, ya que por mi formación académica soy bastante racionalista. Pero ante el contraste con otras personas de lo que viví en casa —mi hijo de tres años, personas de mi entorno y las propias monjas—, me rindo ante la evidencia. Creo, incluso, que habéis hecho un programa especial hace muchos años sobre dicho monasterio. No tengo ningún inconveniente en contaros mi experiencia.

Así rezaba el correo electrónico que llegó a mi bandeja de entrada la mañana del 24 de abril de 2020. Fernando es empresario y, hace algunos años, profesor de Crítica literaria en la Universidad Pontificia de Salamanca. Ni que decir tiene que me puse en contacto con él para que me contase su historia, la cual empezaba así:

Fachada del convento de San Joaquín y Santa Ana (Valladolid).

«El convento fue construido por Francisco Sabatini, en la época de Carlos III, entre 1780 y 1787. Siempre he sabido que en ese edificio donde yo vivía, muy cerca de la casa del antiguo cura dentro del convento, estaba el primitivo cementerio del monasterio, que fue trasladado posteriormente al patio. En el convento de clausura había una zona amplia, fuera de la clausura en sí, donde vivía el viejo sacerdote. Al fallecer y quedar la casa vacía, que era muy grande (parecía un museo), llegué a un acuerdo con las monjas, la rehabilité y viví allí durante una década», me explicaba Fernando.

Al preguntarle por esa presunta energía que aquel lugar destilaba, nuestro protagonista seguía contándome que «a veces, se caían cosas al suelo: papeles, libros… Los juguetes de mi hijo funcionaban solos en un punto concreto de la casa. Y en la planta de arriba, cuando alguien pisaba el suelo, caía algo de tierra al piso inferior, más concretamente sobre un piano que allí había».

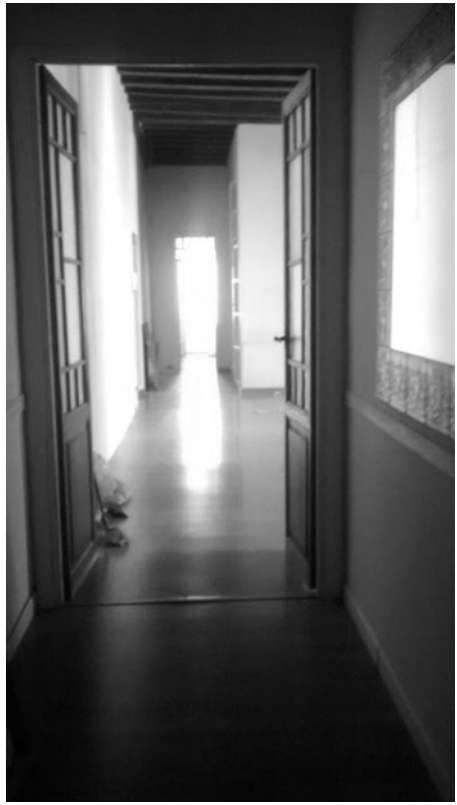
«Un día del año 2012, mi hijo pequeño, de tres años, se quedó parado en el mismo punto específico donde se movían solos los juguetes. Era en un gran dormitorio, el suyo, y les dijo a sus hermanos mayores que estaba hablando con un señor. Me avisaron, me acerqué al niño y me dijo que estaba hablando con un hombre vestido de negro, que le estaba enseñando un gato. Me impresionó, porque resulta que, según las monjas, el Día de la Asunción de 1975 el cura, que tenía un gato, quemó accidentalmente su casa debido a una negligencia con la leña. Terminó muriendo del disgusto», me explicaba Fernando, mientras yo tomaba notas, expectante.

Bajo esta lámpara se encontraba el punto energético al que se refiere el testigo.

Pero la cosa no acababa ahí, ya que «otro día, hablando con las monjas, me preguntaron qué tal los niños y que si estaba contento en la casa. Yo les comenté que, aparte de los ruidos, todo estaba bien. Se miraron entre ellas y me preguntaron por esos ruidos. Al contarles algunas experiencias, no se sorprendieron. Me dijeron: "Ah, pero ¿ya lo sabe usted?". Es decir, que eran totalmente conscientes de lo que allí pasaba.

»Y hay más. En una ocasión, vino una pareja de Costa Rica a la que le dejamos la casa durante unos días. Y al día siguiente, comiendo con ellos, al preguntarles qué tal se encontraban en la casa, nos dijo la mujer que tenía determinadas sensaciones y que, en esa casa, había una presencia. ¡Sin haber hablado anteriormente con ellos sobre lo que allí sucedía! Yo nunca la vi, pero sentía aquella presencia. Allí

había algo. No tengo la más mínima duda», zanjaba Fernando.



Pasillo de la vivienda que, durante años, ocupó Fernando Álvarez.

Y ahora pasemos a conocer más testimonios de experiencias relativamente cercanas con estos seres. Dejamos a un lado los entes invisibles o poco visibles en ambientes rurales para narrar algunos casos de seres muy visibles y que, al parecer… ¡vuelan!

Capítulo 7

Los seres voladores

Como estamos viendo, «los sin rostro» se muestran, en ocasiones, de las más diversas formas. En este capítulo expondré un puñado de casos de encuentros con seres… voladores. ¿No me creen? Pasen y lean.

¿Un *mothman*… español?

Empecemos con un episodio relativamente reciente, pues tuvo lugar el 17 de noviembre del pasado 2017 en Serranillos del Valle (Madrid), muy cerca de la provincia de Toledo. Pero antes… hagamos un pequeño alto.

A mediados de los sesenta, un extraño ser atemorizó a los habitantes de Point Pleasant, ciudad perteneciente al Estado americano de Virginia Occidental. Se trataba del hombre-polilla o *mothman*, una especie de ser humanoide con alas, de unos dos metros, pelo oscuro y ojos rojos.

Mucho se ha escrito sobre el tema; recomiendo especialmente el trabajo del ufólogo John Keel al respecto. Incluso hay película, con Richard Gere en el papel protagonista. Pero paremos aquí, pues no es nuestro cometido ahondar en este asunto. Retomemos…

El 10 de febrero de 2018, viajé hacia Serranillos del Valle junto a mis compañeros Ángel Arroyo y Daniel Valcárcel en busca de respuestas. Allí nos citamos con los dos testigos de esta historia, ambos de nombre Antonio. Puesto que los dos arrojan datos diferentes, llamaremos al primero Antonio y al segundo, simplemente y a petición suya, Toni.

Con ambos nos desplazamos al lugar donde había sucedido el

hecho que ellos mismos protagonizaron, al que apodamos el «caso Serranillos» y que nos relataron tal que así: «Serían las ocho y cuarto de la tarde y estábamos paseando por las afueras del pueblo, a unos 300 metros de un polígono industrial algo alejado del casco urbano, pero perteneciente a Serranillos del Valle. En línea con las últimas naves de dicho polígono, emprendimos un camino de arena hasta que escuchamos un espeluznante estruendo que nos paralizó. Era como un sonido de carraca, algo así como: tacatacaataaacaaaataaaacaa. Era espantoso».

El autor entrevistando a los dos Tonis sobre el terreno.

Después de aquello, a todas luces fuera de lo corriente dado el paraje que nos rodeaba, Antonio nos contaba como «miré hacia la derecha del camino, cerca de unos almendros, y vi que aquel sonido salía de algo brillante, que hacía una suerte de efecto peonza, de cuerpo metálico. Medía aproximadamente un metro y medio. No había mucha luz, estaba anocheciendo, y, aunque no pude apreciar claramente sus facciones, sí que pude vislumbrarlo desde atrás. Un bulto negro oscuro, que estaba en movimiento y daba destellos metálicos».

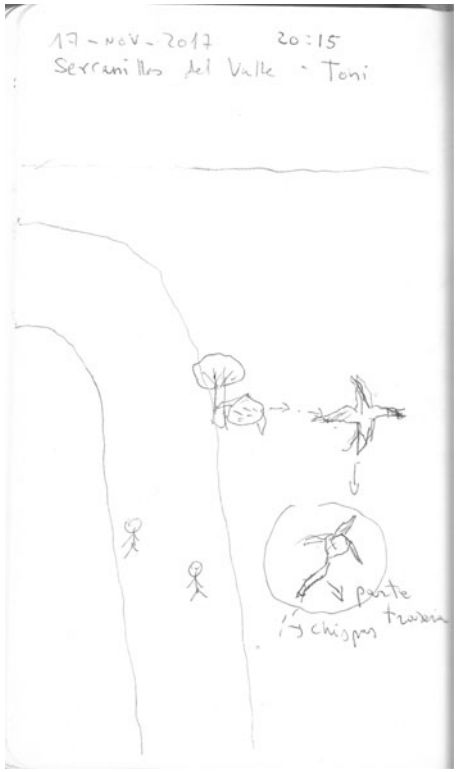
Y el suceso no quedó ahí: «Entonces, esa cosa aleteó y se escuchó una especie de explosión, tras la cual aquello salió volando, a media altura, y pasó bajo unos cables de alta tensión dirección Toledo hasta desaparecer. Fue algo absurdo, mecánico y con vida propia. Yo lo califico como una especie de pájaro metálico posado, que voló y se volatilizó». ¿No recuerda un poco al *mothman* que antes mentábamos?

Al pedirle algunos detalles más, Antonio sentenció: «La

experiencia duró poco, unos 15 segundos. Pasé mucho miedo y nos fuimos de allí cuanto antes. Para mí, aquello era algo de otra dimensión. Fue espeluznante. Pasé mucho miedo, y me duró durante días. Al día siguiente, volvimos al lugar y nos encontramos con la tierra removida. No era una huella al uso, pero se notaba que allí se había posado algo contundente».

Presuntas huellas de aquel extraño ser, fotografiadas por los testigos al día siguiente de los hechos.

Llegó el turno entonces de interrogar a Toni, su compañero, quien para nuestra sorpresa no contaba exactamente lo mismo. Él —quien por cierto imitó ante nuestra grabadora los sonidos que escuchó a la perfección— nos dijo: «Yo oí el sonido, como de carraca, que iba aumentando de revoluciones. Y, al contrario que Antonio, mientras que él lo escuchó de procedencia frontal, yo lo sentí a mi derecha. Después, escuché ya más lejano, a la altura del polígono, un sonido parecido al de un motor bicilíndrico a escape libre. Y tras aquel estruendoso sonido, pude oír una especie de fuerte ráfaga de aire que venía de arriba. Mi caja torácica retumbó con aquel sonido. El caso es que, a diferencia de Antonio, yo no vi nada. Él vio aquel extraño ser, pero yo no lo vi, solo lo escuché».



Dibujo de Antonio, uno de los testigos, de lo que vio aquella tarde.

Cuando menos, curioso. ¿Qué vio y escuchó Antonio? ¿Y qué oyó exactamente Toni? Quizá el lector tenga una respuesta probable, racional y coherente. Servidor de ustedes no.

El «humanito» volador

Algo más reciente es el siguiente caso. El 11 de agosto de 2018, en la Ría de Pontevedra (Galicia), Chema y su familia se toparon con algo mucho más extraño y, por qué no decirlo, surrealista. Él —a quien pude entrevistar personalmente en su domicilio de Madrid junto al mentado Daniel Valcárcel— me contaba: «Nos encanta navegar y lo hacemos en vacaciones. Este verano, mientras estábamos en el barco fondeados cerca de la costa, nos sobrevoló algo increíble. Estábamos

cinco personas a bordo, mi hija gritó y nos lo señaló. Nos dijo que era un dron, cogí los prismáticos y, al verlo, me di cuenta de que aquello no era un dron. Tampoco era un globo. ¡Era una figura humanoide que flotaba en el aire como a 30 metros del mar! No hacía ningún ruido e iba siempre a la misma altura, contra el viento. Yo lo miré con los prismáticos y aquí viene lo imposible…».

Su relato continúa: «Era una figura pequeña, totalmente negra, de un negro mate muy profundo y tenía la cabeza gorda, como si fuera una bola totalmente oscura, sin rasgos definidos. Sin rostro. Yo la defino como un *humanito*. Los brazos y piernas los movía de forma muy extraña. Eran movimientos muy rápidos, casi epilépticos, que me dieron bastante mal rollo, mucho repelús. Lo curioso es que a veces parecía, a la vista de los prismáticos, como una medusa».

El autor entrevistando a Chema.

Al solicitar más datos acerca de aquel ser, Chema me dijo: «No creo que midiera ni un metro. Estaba de pie con piernas y brazos orientados al mar. Una de mis hijas vio una gaviota aproximarse, y no medía más que esta entre ambas alas. Además, como si de una suerte de insignia en medio del pecho se tratase, pude ver una especie de piloto rojo intenso».

Nuestro testigo sigue contando como «unos minutos más tarde agarré el móvil y le hice dos fotos. En la primera se le ve ya algo lejano, pero lo más extraño es que en la segunda, tomada un segundo más tarde, aparecen dos figuras iguales flotando sobre el mar. Nunca vimos la segunda figura, solo aparece en la foto. Todo es tan absurdo que da hasta vergüenza contarlo. Nuestra sensación fue de estupor, ya

que aquello no podía estar allí. Pero estaba y todos nosotros lo vimos. Después, se fue desplazando hacia la ría, hacia tierra. Finalmente, perdido en el horizonte, dejamos de verlo.

»Tengo más de cincuenta años, soy licenciado superior, empresario y no miento ni estoy loco. Soy aficionado a la astronomía, sé mirar al cielo y esto no tenía explicación posible. Por cierto, no era un globo de ninguna manera», sentencia Chema. Y su hija, con quien también pudimos hablar, confirmó el relato de su padre.

¿Qué vieron Chema y su familia aquella tarde, a plena luz del día, en agosto de 2018? Pues quizá lo mismo que Chris, el protagonista de la última historia de este capítulo…

«Flotaba y pataleaba…»

Chris Alonso se puso en contacto conmigo para narrarme lo que tanto ella como otros compañeros pudieron apreciar «hace diez años, en 2010, cuando una compañera de oficina decidió salir de la rutina y observar el atardecer. Era casi mediodía, estaba despejado, era un día luminoso y de calor intenso, como suelen ser la mayoría de los días en Yucatán. De pie junto a un ventanal circular de casi dos metros de diámetro, en el segundo piso del edificio, se dejaba ver una apacible tarde, edificios y árboles, todo cubierto por un cielo azul solamente interrumpido por unas pequeñas nubes pasajeras».

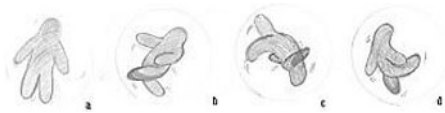
Su relato continúa así:

> *Estuvo parada ahí cinco minutos, eso llamó mi atención, y miraba las nubes pasar cuando divisó este objeto o ser extraño y por ello había quedado ahí parada, con su cara impresionada. Entonces me acerqué. En un principio pensé que se trataba de un globo que alguien, en un descuido, dejó escapar y comenzaba a elevarse hacia los cielos, pero era demasiado grande. Había una gran distancia de por medio, pero, a juzgar por otros edificios y antenas de comunicación, el objeto volador parecía tener el tamaño de una persona y sorprendentemente también la forma.*
> *A nuestro juicio, parecía tratarse de un hombre que levitaba o flotaba por los aires sin que el viento, como suele ocurrir con los globos, lo inmutara o hiciera cambiar de dirección. Lo que más nos sorprendía era el movimiento cíclico, como orgánico, que este ente se esforzaba por hacer. Además… ¡pataleaba!, como si en su intento por mover las piernas pudiera conservar y ganar más altura. A su vez rotaba o giraba en un eje vertical. Estos extraños movimientos parecían ayudarle a avanzar en línea recta.*
>
> *En total fuimos cuatro compañeros los que pudimos observar a través de la*

ventana a aquel hombrecillo que se alejaba flotando, un ser como vestido con un traje negro u oscuro, opaco, que algunos compararon con un astronauta y otros con un globo.

Lo que esa tarde del mes de agosto de 2010 había sucedido nadie pudo explicarlo, algunos prefirieron ignorarlo, pero yo me quedé desconcertada por no saber qué era. Fue lo más raro que he presenciado en mi vida. Creo que fue un ser de otra dimensión.

Este es el ser y los diferentes movimientos que hacía, dibujado por mí:



Y este es el edificio que comento:

Mi compañera, que lo observó desde el principio, decía que le pareció que había surgido de entre unos árboles, luego se elevó y continuó con una trayectoria lineal; cuando yo lo observé estaba a unos 15 o 30 metros del piso y así continuó hasta que salió de nuestro margen visual.

¿Qué diantres fue aquella cosa? Oscuro, opaco, flotante, como un ser humanoide, que flotaba y pataleaba… Los hechos de Chris y Chema podrían considerarse casi idénticos, y podríamos afirmar sin temor a equivocarnos que, probablemente, vieron lo mismo. Con una inquietante salvedad: hubo ocho años de diferencia entre ambos sucesos y estaban a 7.700 kilómetros de distancia uno del otro…

Capítulo 8

Cuando la ouija nos desarma

A estas alturas, creo que todos sabemos lo que es la ouija, en qué consiste y cuáles son algunos de sus peligros. A ello dedico un capítulo entero en mi libro *Dossier de lo insólito*, publicado en 2016 por esta misma editorial. No me extenderé en esos aspectos, en tanto en cuanto prefiero poner el foco en casos especialmente llamativos por aquello que desencadenó esa «maldita tabla que habla».

La tabla que crea adicción

La tarde del 31 de octubre de 2016 visité en su domicilio de Alcorcón (Madrid) a una encantadora pareja formada por Miriam y Manuel, dos personas de avanzada edad que me comentaron varias experiencias cuando menos sorprendentes, la mayoría relacionadas con la ouija.

Empezando por el principio, Miriam me confesaba: «Yo, con unos quince años en Puebla del Prior (Badajoz), notaba un calambre en los pies y me quedaba inmóvil en la cama cuando empecé a intuir presencias que se acercaban a mí por el pasillo, a mi cama y presionándome el pecho. A los veinticinco empecé a ver esas presencias. Incluso cuando nació mi hija, llegué a ver desde mi cama a tres seres envueltos en una capa negra, con capucha, asomándose a la cuna donde dormía la pequeña. No se les apreciaban los brazos ni los pies. La cara, sin ver sus facciones, era dorada. Eran de complexión normal y medían 1,80 m de altura. Llegué a ir al psiquiatra y no me dio ninguna solución satisfactoria. Ya viviendo aquí en Alcorcón vi, desde mi cama, a unos seres grises, bajitos, de ojos rasgados y gran cabeza, como jugando encima de mi cama».

Como carta de presentación aquello pintaba interesante. La propia Miriam me contaba como: «Empezamos a interesarnos en la ouija a raíz de unos amigos que empezaron a realizar sesiones de manera asidua. Manolo y yo comenzamos a practicarla». Al preguntarle a ambos por sus experiencias con el famoso tablero, Manuel me contaba aquella vez: que «aparentemente, se manifestó el padre de Miriam, y nos dio un mensaje. Cabe poner en antecedentes: su madre tenía las escrituras de la casa del pueblo en un papel escrito a mano, a nombre de Carmen, la anterior dueña de la casa 18 años antes. No hubo manera de convencerla de que esas escrituras no eran válidas».

¿Y qué tiene esto que ver con la ouija? Pues que, en aquella sesión, nos seguía narrando Manuel: «El padre de Miriam nos dijo que debíamos rehacer las escrituras con la ayuda de los hermanos, de sus otros hijos (los hermanos de Miriam). Pero ellos estaban en Palma de Mallorca, así que preguntamos a la ouija si la dueña original, ya muy mayor, aguantaría viva a que llegasen los hermanos, pues tardarían varios meses en venir, a lo que la ouija dijo que sí. Cuando llegaron, les convencimos de que fuéramos al pueblo para formalizar las escrituras. Accedieron, fuimos a mi pueblo (Almendralejo, muy cerca del de Miriam), donde residía la señora Carmen, y nos la llevamos no sin cierta dificultad (estaba en silla de ruedas) al pueblo vecino, a la casa de la madre de Miriam, para que Carmen firmase la renuncia a dicho inmueble. Lo hizo y murió cuatro días después».

¿Una persona fallecida que, vía ouija, habla de rehacer unas escrituras que, efectivamente, no estaban formalizadas? Cuando menos, curioso. Y la cosa fue a más. El matrimonio empezó a contactar de manera recurrente con una presunta entidad llamada Anchau, al que ellos apodaron «El maestro», hace más de veinte años. Y tal era la frecuencia de dichos contactos y la confianza que aquel ser generó en la pareja, que llegaron a basar decisiones de lo más cotidianas en su criterio. «Preguntábamos quién llevaba razón en una discusión. Si es ella da dos golpes, y si soy yo, da uno. Y respondía», me decían ambos. Incluso el negocio que el matrimonio regenta a pocos metros de su casa lleva por nombre al mentado Anchau. Yo mismo pude ver el rótulo.

A este respecto, estando con ellos en el salón de su casa, les pedí que si aquella presunta entidad se manifestaba mediante golpes a

voluntad de la pareja…, ¿no podían solicitar que hiciera lo mismo en mi presencia? Ambos se miraron, sin saber muy bien qué hacer. Lo dejamos estar y, minutos después, volví a insistirles. Y lo hicieron. Invocaron al «maestro» para que diese dos golpes en la pared, allí mismo, en ese momento. Y sonó uno. Lástima que entre los tres desechásemos a Anchau como responsable de aquel ruido, pues se trataba del vecino, que estaba de mudanza. Lástima… o no.

Retomando su historia, y según Manuel, «cada vez llegaba más gente pidiendo ayuda». Y su casa se convirtió en un extraño peregrinar de toda clase de personas que, obnubiladas, presenciaban cuanto acontecía entre nuestros protagonistas y el tablero. «Se apagaban y encendían las luces, se oían golpes…; en una ocasión, llamaron al timbre. Pensábamos que eran unos amigos que venían a tomar café. Abrimos y no había nadie, ni en el descansillo ni en el portal. Al cerrar, en la ouija entró una entidad que dijo: "Hola, buenas tardes. Soy tan educado que llamo a los timbres"», me narraban entre los dos, muy emocionados.

«En otra ocasión, nos apareció un ser que dijo estar vivo. Nosotros le dijimos que no, que estaba muerto. Pero él insistió, dijo que estaba vivo, solo que estaba durmiendo, que se manifestaba en astral. Vio nuestras luces encendidas de casa y dijo haberse pasado para ver lo que hacíamos. Nos dio nombre y apellidos, y nos dijo el nombre de la sastrería en la que trabajaba, ubicada en Alcorcón. Un compañero nuestro se acercó a la sastrería, ¡y existía!», explicaba Manuel.

A dichos episodios hay que sumar otros tantos de ouijas premonitorias con explosiones de gas, amén de algunos más que rara vez consiguieron quitarme la cara de asombro aquella tarde. Algo que parece francamente interesante, hasta revelador. Pero no por ello libre de peaje. Pues, decía Miriam, con todo aquello «acabé obsesionada. La ouija crea adicción».

Dieciocho de septiembre de 2016: atentado bomba

La siguiente historia me fue narrada por Cristian Puig, compañero de estos temas cuyo trabajo de campo en asuntos relacionados

principalmente con los OVNIs está ya dando que hablar. Pero, ufología aparte, Puig me desveló una experiencia que tanto él como otras tres personas tuvieron con la tabla ouija hace pocos años. Al escucharlo, francamente fascinado, le pedí que me la pusiera por escrito para contarla en este libro. Cristian accedió. Agarraos, que vienen curvas:

El día 26 de noviembre de 2017, nos reunimos en la casa de unos amigos a los que me referiré como anónimo 1 y anónimo 2, pues me han pedido que no trasciendan sus nombres. Sucedió en un pequeño pueblo alicantino. Empezamos manteniendo una animada tertulia que culminó con una experiencia de ouija que jamás olvidaré. Toda la sesión quedó registrada en varias grabadoras.

Antes de proseguir, quiero hacer constar que únicamente se trataba de una sesión de experimentación, que no de investigación, entre unos colegas apasionados del mundo de las anomalías. Un pasatiempo donde el único objetivo fue el disfrute personal. Aparte de estos dos amigos que no quieren ser identificados, nos encontrábamos la compañera Verónica Lillo y un servidor.

Durante los primeros minutos de aquella sesión, el master *no parecía responder a nada coherente. Me daba la sensación de que estaba «calentando», mientras nos íbamos concentrando en la tarea. Solo se sacaba en claro, según los movimientos del* master*, que nos estábamos comunicando con un ser de la quinta dimensión. Tras indicarle al* master *que se detuviese, volvimos a empezar. He aquí la transcripción literal de cuanto aconteció en aquella improvisada experiencia ouija:*

Cristian: ¿Quieres comunicarte con nosotros?
Ente: NENE
Anónimo 1: ¿Cuántos años tienes?
Ente: CINCO
Cristian: Vale, nene, dinos tu nombre.
Ente: ERNESTO
Cristian: ¿De dónde eres?
Ente: …UR… (el master *da vueltas)*
Cristian: ¿En qué año naciste?
Ente: 2.591
Anónimo 1: ¿Sabes el año en el que nos estamos

comunicando contigo?

Ente: 2017

Anónimo 2: ¿Eres un niño del futuro?

Ente: … (el master *da vueltas)*

Cristian: Vale, Ernesto, danos un mensaje del futuro.

Ente: ZOZOBRA

Cristian: ¿Sabes cómo me llamo yo?

Ente: NO

Verónica: ¿Cómo contactas con nosotros, telepáticamente?

Ente: SÍ

Verónica: ¿Cuándo fallecemos, podemos saber?

Ente: SÍ

Cristian: ¿Tú has fallecido alguna vez?

Ente: SÍ

Cristian: ¿Estás reencarnado ahora mismo?

Ente: SÍ

Cristian: ¿Cuántas vidas has tenido?

Ente: SOS

Cristian: ¿Estás pidiendo auxilio?

Ente: …ACU… (el master *da vueltas)*

Verónica: ¿Nos quieres dar un mensaje importante para ti?

Ente: BOMBA

Cristian: ¿Cuándo será esa bomba? Danos una fecha.

Ente: 28

Anónimo 2: ¿De noviembre?

Ente: SÍ

Anónimo 1: ¿De nuestro año?

Ente: SÍ

Anónimo 1: ¿Dónde?

Ente: BA…

Cristian: ¿Barcelona?

Ente: SÍ

Cristian: ¿Va a morir gente?

Ente: NO

Cristian: ¿La bomba llega a estallar?

Ente: SÍ

Cristian: ¿Atentado terrorista?

Ente: NO

Anónimo 2: ¿Atentado independentista?

Ente: ASESINOS

Anónimo 2: ¿Yihadista?

Ente: NO

Anónimo 1 corta la comunicación y se despide, preguntando antes si puede comunicarse a través de la Spirit Box.

Ente: INTENTARÉ

Durante la experimentación con la Spirit Box no se obtuvieron resultados, por lo que decidimos volver a la ouija para una segunda sesión, esta vez sin que Verónica Lillo tuviera contacto con el master*, aunque estaba presente en todo momento. Tras establecer de nuevo contacto con el supuesto ente llamado Ernesto, tardamos de nuevo un rato en calentar. Transcribo lo más relevante de esta nueva y absurda comunicación.*

Cristian: ¿Va a haber muertos?

Ente: HERIDOS

Cristian: ¿Será una cadena de atentados?

Ente: NO

Cristian: ¿Seguro que eres un niño?

Ente: CLARO

Anónimo 2: ¿Qué edad tienes?

Ente: CINCO

Verónica: ¿Qué persona te da más energía?

Verónica Lillo y Cristian Puig, minutos antes de aquella sesión.

Ente: 3 (refiriéndose a las tres personas que tenemos contacto con el master*).*

La comunicación se para un rato, aunque permanecemos en contacto con el master*, soltándolo en ocasiones. Al poco arranca de nuevo y dice:*

Ente: GERONA

Anónimo 2: ¿Qué pasa con Gerona? ¿Bomba?

Ente: NO

Cristian: ¿El asesino es de Gerona?

Ente: SÍ

Anónimo 2: ¿Cómo sabes que eso ocurrirá?

Ente: MENTE

Cristian: Dinos el nombre del asesino.

Ente: NO

Anónimo 2: ¿No sabes o no puedes decirlo?

Ente: SOS

Cristian: ¿Alguien te lo impide?

Ente: GENTE

Anónimo 2: ¿Gente de tu dimensión?

Ente: SÍ

Verónica: ¿Está prohibido?

Ente: SÍ

Anónimo 2: ¿Nos quieres decir alguna cosa más?

Ente: NO

Seguidamente nos despedimos y cerramos. En todo momento tenía la percepción personal de que la psique de Anónimo 2 es la canalizadora o persona más influyente en toda la sesión. En los días posteriores, compruebo la prensa con la sorpresa de que el día 30 de noviembre de 2017, solo dos días después de la fecha señalada por la ouija, hubo un asesinato con coche bomba en Barcelona. Algo inusual en este país, ya que no se trata de atentado terrorista. Aquí te adjunto la noticia del suceso:

LA MAFIA DE LA PROSTITUCIÓN ASOMA TRAS EL COCHE BOMBA DE VILADECANS.

Asesinado un hombre investigado por atacar con explosivos un macroprostíbulo. El vehículo ha estallado cuando la víctima ha arrancado el motor.

Barcelona – jueves 30/11/2017 Actualizada 01/12/2017 – 20.17

EXPLOSIÓN EN VILADECANS: XAVI NO RESPONDE AL MÓVIL

Xavier J. P., investigado por liderar una banda que atacó con explosivos el Paradise, el macroprostíbulo de La Jonquera (Alt Empordà), ha sido asesinado este jueves con un coche bomba en Viladecans (Baix Llobregat). Los investigadores de los Mossos d'Esquadra sospechan que detrás de este crimen se esconde una guerra entre bandas vinculadas con la mafia de la prostitución.
En la época más reciente de Catalunya no se habían producido ajustes de cuentas entre bandas de origen mafioso con coches bomba, un modus operandi *que remite obligatoriamente a los atentados terroristas de ETA. Habitualmente, los crímenes vinculados a este móvil se han cometido con arma blanca o con arma de fuego. La instalación de un artefacto explosivo, cuya detonación puede alcanzar a terceras personas, es algo novedoso. Y preocupante.*

EXPLOSIÓN AL MEDIODÍA

Xavier J. P., de cuarenta y cinco años y residente en este municipio del Baix Llobregat, ha acudido sobre las 11.30 horas del mediodía a coger el coche que aparca habitualmente en la primera planta de un parking ubicado junto a su vivienda, en la calle de Santiago Rusiñol. Según la investigación de los expertos de los Mossos d'Esquadra en desactivación de explosivos (TEDAX), en cuanto ha introducido la llave en el contacto del coche para arrancarlo se ha activado el artefacto que alguien había colocado en el chasis del vehículo.
La detonación ha sido «enorme», en palabras de Pilar, una mujer que trabaja en una oficina de servicios sociales situada justo encima del aparcamiento comunitario. Tras el ruido de la explosión, además, ha comenzado a filtrarse humo entre las baldosas del suelo de este establecimiento.

Poco más cabe añadir. Juzgue el lector…

La maldición

Cerramos esta tripleta de historias relacionadas con la ouija, y lo hacemos con la experiencia que Manel Gómez me reveló recientemente: «Tuve un sueño en 2016. Estaba en la cama, y en la esquina se me apareció mi abuelo, ya fallecido. Se sentó, empezamos a hablar y cuando iba a despertarme, me dijo: tu vida no funciona porque tienes algo negativo que te persigue desde aquella ouija. Al despertar, vi que algo se desvanecía, una entidad que se difuminaba. Yo había olvidado aquel episodio, y empecé a recordar».

¿Qué es lo que recordó Manel?: «Siendo un chaval de diecinueve años, junto a unos amigos, estábamos en las fiestas de Burgos de 1986. Y nuestra obsesión era conseguir un radiocasete que había en una tómbola, pero no había manera. Lo intentamos varios días y, en una ocasión, el encargado nos dijo que, como premio a nuestra insistencia, no podía regalarnos el radiocasete pero, en su lugar, nos obsequiaría con algo para poder hablar con Elvis Presley. Y nos regaló una tabla ouija».

Un comienzo llamativo para un relato que no tiene desperdicio, pues cogieron tan sorprendente regalo y este «se quedó un tiempo en casa de un amigo mío, pero su madre amenazó con tirarla y me la quedé yo. Empezamos a quedar y a practicar varias sesiones en mi casa, cuando me quedaba solo. En principio no nos lo tomábamos demasiado en serio, y preguntábamos al supuesto espíritu cosas bastante banales. Por ejemplo, la hora a la que iban a venir mis padres para que no nos pillaran. Siempre la acertaba, cuarto de hora arriba o abajo. También el color de los calzoncillos que tenía uno de nosotros, o cómo se llamaba el abuelo de otro. Siempre acertaba».

La cosa fue a más, tal y como suele suceder en estos casos. Con Manel y sus amigos no iba a haber una excepción, sino todo lo contrario: pues «lo más extraño estaba por llegar. Conocimos a unas chicas, y quedamos con ellas en un sitio llamado Fuentesblancas, que era una zona de acampada donde solíamos jugar al fútbol, pasar la tarde y demás. Ante lo cual estábamos expectantes para ver si podíamos echarnos a alguna de novia». Algo nada fuera de lo común en chavales de esa edad, pero…

«El caso es que esa mañana hicimos la ouija y nos dijo que, si quedábamos con las chicas esa misma tarde, tendríamos problemas. No hicimos ni caso, pasamos olímpicamente. Acudimos esa tarde y quedamos con ellas. Todo bien. Pero esa misma noche, fuimos a una verbena en Capiscol, mi barrio. Nos juntamos varios chicos, algunos de ellos habían estado en la ouija y también en Fuentesblancas. Y uno, Alberto, empezó a encontrarse mal, le picaba todo el cuerpo. Se levantó la camisa y tenía unos ronchones como puños. Al parecer, se trataba de una reacción alérgica a la oruga procesionaria, algo extrañísimo», me narraba Manel.

El caso es que «al día siguiente, fuimos varios al parque. Allí había un columpio antiguo, que era una especie de balancín, pero en

grande con el que nos balanceábamos. Unos se ponían en un lado, otros en otro, y una barra horizontal en medio. Y otro de los chicos de la ouija y Fuentesblancas, Enrique, se pegó un trompazo impresionante al partirse el columpio justo por donde él estaba agarrado. Podía haberse roto cualquiera de las "T" en las que se agarraba cada uno, pero solo se partió la suya. Se pegó un porrazo contra el suelo y se quedó sin dientes, literalmente». Puede parecer una broma, pero según nuestro testigo fue algo bastante real.

Y es que, haciendo balance, «en menos de 24 horas, dos de los cuatro chavales que hicimos aquella ouija habían tenido ya serios percances. Quedábamos Luis Pedro, que no estaba en el parque ni se había enterado del episodio de las orugas y yo. El caso es que le llamamos y no pudimos hablar con él. Estaba ingresado en el hospital, porque… ¡le había pillado una moto! Le había hecho un siete en el brazo izquierdo, en el trayecto de apenas 20 metros entre su casa y una tienda que había enfrente, en una calle de barrio apenas transitada. Ya habían caído tres de los cuatro en menos de dos días, pero faltaba yo».

¿Cómo acaba la historia? Pues cerrando el círculo: «A raíz del sueño de mi abuelo me di cuenta. Todo encajaba. Mi vida ha sido un desastre. He pasado calamidades, viviendo en la calle, pasando hambre. Siempre que intentaba hacer algo, me salía mal. Casi todo ha sido negativo. Es decir, yo no tuve ronchones en el cuerpo ni me caí del columpio ni me atropelló una moto, pero mi vida ha sido un despropósito, un infierno, un camino de espinas. Y todo fue por culpa de la ouija. Pero desde hace tres años, mi vida ha dado un giro y las cosas funcionan. No lo sé, David, quizá esta nueva y mejorada situación sea cosa de mi abuelo desde el más allá. Pero así es». Que así sea, pues.

Pero cambiemos de tercio, y demos paso a un capítulo con historias un poco más amables. Aunque no demasiado…

Capítulo 9

Famosos y fenómenos extraños

Todos los episodios narrados hasta ahora han sido protagonizados por personas como tú o como yo. Personas corrientes, anónimas. Pero esta máxima no se cumple a rajatabla. Sin ir más lejos, actores, cantantes o *influencers*, como Eva Longoria, Antonio Carmona, Ana Obregón, José Muñoz (Estopa), Esti Quesada, Amaia Romero, Toni Acosta o Chino Darín han sido testigos de fenómenos paranormales y han hecho públicas sus experiencias en el último lustro. En el presente capítulo, contaremos con los testimonios, la mayoría inéditos, de algunas personalidades del mundo de la música, el cine y el espionaje que no dejarán al lector indiferente. Se admiten apuestas. Comenzamos…

Viernes noche, en tu casa o en el coche…

El locutor Fernando Martínez, más conocido por todos como Fernandisco, era uno de mis ídolos de infancia con su mítico *World Dance Music* de Los 40 Principales («viernes noche, en tu casa o en el coche… »). Lo fue a la par que Toni Peret, director del mítico *It's Your Time* (Onda 10) o hacedor de la mayoría de la saga *Max Mix* (los famosos discos de mezclas ochenteros), quien también ha protagonizado alguna curiosa experiencia en el campo ufológico, algo que contaré en un trabajo posterior. Cuando el pasado 12 de febrero de 2020 tuve la oportunidad de entrevistar a Fernandisco en los estudios de Radio 4G, donde trabaja en este momento, me desvelaba como «desde que era un crío, con ocho o nueve años, soñaba que salía al balcón de mi casa con mi madre, que en paz descanse, y veía OVNIs de tamaños gigantescos, de kilómetros de diámetro, sobre mi cabeza.

Como ciudades volantes por encima de nosotros».

Al preguntarle por alguna experiencia más allá de lo puramente onírico, el famoso DJ me confiaba como «siendo muy joven, cuando trabajaba en Radio Barcelona donde comencé, estando en una zona donde había una biblioteca en la emisora, un parapsicólogo que pasaba por allí me comentó que en la radio había ecos remanentes de seres o personas que habían fallecido allí muchos años atrás. Me dijo que los espíritus andaban por allí como si hicieran su vida normal. Como me lo explicaron de forma tan natural, entendí que eso es lo que yo percibía de vez en cuando, que había cosas que circulaban a tu alrededor. Tengo la sensación de que hay una dimensión conviviendo con la nuestra, y ambas están muy cerca. Lo que pasa es que no podemos verlos porque nuestro lenguaje no domina esa parte».

Y eso no es todo, pues «hace muchos años, antes de llegar a la treintena, hicimos una excursión a Sant Pere de Ribes (Barcelona) con unos amigos. Nos llevamos las tiendas de campaña y subimos a un pico que estaría a unos 400 metros, donde había un castillo en ruinas. Éramos siete personas. Recuerdo que empezó a llover y nos acabamos metiendo en una especie de foso para pasar la noche, también con el morbo de contar historias de miedo y demás. Una vez abajo, se veía la luna. Y en un momento dado de la noche, a eso de las tres de la madrugada, el foso se nubló. Algo se interpuso entre la luna y el agujero. Y durante unos minutos, escuchamos una especie de sonido quejumbroso: aaaaaaaahhhh. Era una especie de voz humana, sin distorsión, muy profunda. Nos quedamos perplejos. Se nos pasó por la cabeza que pudiera ser una broma de alguien ajeno, pero lo descartamos. Yo pensé que no era casual sino causal. Lo escuchamos durante dos o tres minutos. El susto fue mayúsculo. Me quedé petrificado de terror. Pensé que me había dado un ataque al corazón. Lo escuchamos los siete, y nos cagamos todos».

Y ya en su madurez, siguió teniendo extrañas experiencias parecidas: «Una noche con Isabel, mi mujer, estábamos en el comedor de casa, hace unos dieciocho años. Sobre un mueble de aquel comedor hay una foto de mi madre. Estábamos acabando de ver una película a eso de las tres de la mañana (una vez más, la hora fatídica). Y en el mueble sobre el que estaba la foto de mi madre, de repente, sonaron tres golpes secos, muy claros y marcados: Pam, pam, pam. Lo oímos los dos, no yo solo. Era muy claro. Y nosotros ni bebemos ni fumamos

ni tomamos drogas. Nos quedamos perplejos. Aquello me marcó profundamente, pues nunca encontré explicación. Creo que mi madre quiso comunicarse con nosotros, seguramente para decirnos que estaba bien».

El autor con Fernandisco.

Además, Fernandisco me narraba como «también he tenido algunas experiencias extrañas en los cementerios. De pequeño, con unos trece o catorce años, unos amigos me retaron a entrar solo en el cementerio del pueblo. Lo hice y, una vez dentro, noté cómo algo, no sé qué, tiraba una especie de gravilla fina (no era tierra, pero no llegaban a ser piedras) sobre mí. Salí de allí por patas, cerré la verja y no volví a entrar».

Pero no fue la única, ya que «muchos años después, fui con Isabel, Ferrán y Paola (mi mujer y mis dos hijos) al cementerio de Badalona, mi ciudad natal, para visitar la tumba de mi madre. El cementerio es muy grande, con varias calles internas y algunos monumentos. Estuvimos rezando en la tumba de mi madre y, al poco rato, empezamos a sentir una especie de viento frío, raro, que no cuadraba con la climatología que reinaba en ese momento. De modo que decidimos irnos. Por aquel entonces tenía un Audi y nos montamos en él. Salimos de allí y cuando llegamos a la calle principal nos percatamos, a lo lejos, de que el vigilante estaba cerrando la verja metálica y nos íbamos a quedar allí encerrados. Aceleré y empecé a pitar como un loco, pero el tipo cerró, se subió a su coche y empezó a circular».

¿Cómo acabó la cosa?: «No sé cómo, pero cuando ya había

avanzado varios metros y la distancia entre ambos coches era considerable, debió de oírnos porque paró, se dio la vuelta y vino a abrirnos. Serían las cinco de la tarde. Nos explicó que solían cerrar a las seis, pero que como jugaba el Barça, se había ido antes. Y que, de no habernos escuchado, nos habríamos quedado allí hasta la mañana siguiente. Imagínate si llega a pasarnos, con los niños allí (eran pequeños), y encima se nos había olvidado coger el teléfono. Nos libramos de casualidad. Cuando nos fuimos, nos dimos cuenta de que, si no llega a ser por ese viento frío extraño, habríamos permanecido allí varios minutos más y nos habríamos quedado encerrados». ¿Y cuál cree Fernandisco que fue la causa?: «Era mi madre, que nos hizo marchar para no quedarnos encerrados allí», me confesó sin titubeos.

«Creo que no estamos solos, lo tengo muy claro», sentencia el famoso DJ y locutor.

«Cosas que en las entrevistas no suelen surgir»

Seguimos con la música. Y es que uno de mis grupos predilectos del panorama nacional no es otro que Love of Lesbian. Se trata de la banda *indie* más laureada de nuestro panorama, con el permiso de los geniales Vetusta Morla. Pues bien, tuve ocasión de entrevistar a Santi Balmes, su letrista y líder, un martes 18 de septiembre de 2018. Lo que me contó os va a sorprender, sobre todo si sois seguidores del grupo…

—En las letras de muchas de vuestras canciones hay ciertas referencias a asuntos relacionados con el misterio. ¿Es así, es una percepción personal mía o hay una intencionalidad real?

—Hay una intencionalidad de otorgar aquello que estás haciendo de un halo de mística o misterio. Creo que lo que hacemos los que nos dedicamos a la música pop es convertir en legendarias historias más bien normales. Desde hace milenios necesitamos leyendas, mitos, etc. Ahora el santoral ha sido sustituido. Antes era el San Pancracio, que está ya en regresión, y ahora es David Bowie.

—Hay letras que hablan explícitamente de fenómenos paranormales… ¿Eres aficionado a estos temas?

—Me he aficionado bastante. Mira, el primer libro que me

compré, con ocho años, era *El superhombre ultrapsíquico*, para desarrollar ciertos poderes y tal. Lo pedí por correo sin que lo supieran mis padres y cuando llegó a casa el paquete, lo abrieron e imagina la sorpresa. Durante mi niñez y adolescencia me aficioné a estos temas, hasta que con dieciocho años traté de hacer un viaje astral y me acojoné tanto que me dije: para esto. Estaba en la universidad, lo intenté por tercer día consecutivo y lo logré. Me dio miedo.

—De hecho, hablas en algunas de tus canciones expresamente de viajes astrales…

—Por supuesto, lo que pasa es que lo he intentado encauzar en facetas artísticas que pueda tener siempre dominadas. Por ejemplo, con la trama del personaje del mago de mi libro *El hambre invisible* (Planeta, 2018), hablo de lo que llamo los agujeros de gusano, que es algo en lo que la ciencia aún no ha podido profundizar lo suficiente, es algo más metafísico. Pero cuando estás haciendo una canción que conecta con tantísima gente es como si hubieras, a través de ti mismo, entrado en un agujero de gusano que conecta por el otro lado con muchísimas personas. Y a su vez, a veces te da la sensación de que la canción te viene dada desde fuera. Con lo cual hay como una especie de reloj de arena que se forma dentro del proceso artístico, que a mí siempre me ha llamado la atención. Y que no hablo mucho de ello, prefiero mantenerlo en mi intimidad para que no me tomen por loco.

—¿Te pasa eso a menudo?

—Mucho.

—Me da la sensación de que utilizáis muchos elementos electrónicos para generar cierto halo etéreo…

—Claro. La magia desde el punto de vista místico puede surgir de un arpegio de sintetizador que te lleve más allá, o a base de jugar con los pedales de una guitarra. Escuchar *Shine on you crazy diamond* de Pink Floyd te lleva a un estado mental. Lo bonito de la música es que te lleva a otra dimensión. Pero son cosas que en las entrevistas no suelen surgir. Y nos gustaría indagar mucho más en el aspecto electrónico, ya sea con Love of Lesbian o con otro proyecto aparte.

Santi Balmes, de Love of Lesbian, entrevistado por el autor.

—¿Has tenido algún tipo de experiencia mística, mágica o paranormal?

—Me gusta mucho todo lo tocante a la meditación trascendental, en parte gracias a David Lynch. También he tenido alguna sensación de encontrarme con presencias.

—¿Me la cuentas?

—Sí, es la sensación de estar acompañado. Es como un pálpito que me da a veces. Creo que la electricidad es el gran enemigo de todo esto. Hay algo electroquímico que espanta a todas esas entidades de alguna manera, que no se desenvuelven bien o que quedan como distorsionadas por lo que sea. A través del fuego, las velas o la autohipnosis he conseguido momentos bastante espectaculares.

—¿De dónde crees que proceden esas entidades?

—Estoy bastante convencido de que hay ciertas dimensiones que no acabamos de dominar y que están aquí mismo. Es como una materia oscura que existe, que quizá es un mundo caótico y que esconde una especie de océano que vive entre los huecos atómicos en los cuales estamos nosotros. Pero no me atrevo a ir más allá. Aunque me nutro de todo ese tipo de plasma energético. Hay algo en mí, algún tipo de antena, que hace que sea muy receptivo a eso.

—¿Cuál es la civilización histórica con la que más te identificas?

—Con la egipcia. Hay algo muy alienígena, como una cadena que se rompió a raíz del judeocristianismo, algo que no acabó de traspasar a nuestra generación, o quizá con la biblioteca de Alejandría se rompió algo con una sabiduría y una magia que no nos ha llegado. En Egipto tuve una sensación muy perturbadora de estar viendo algo que

había fallecido y que realmente era otro código mental. Tuve un momento muy bestia, muy bestia, allí.

Nueva energía

Y no quiero acabar, musicalmente hablando, sin cerrar la tripleta con otro de los grupos del panorama *indie* nacional, que se ha convertido por méritos propios en toda una revelación. Me estoy refiriendo al grupo Shinova. Tras un fantástico concierto el 2 de febrero de 2020 en el Teatro Circo Price de Madrid, ubicado en el marco del festival Inverfest, pude conversar con Gabriel de la Rosa, su líder y letrista. Y este me contaba: «Shinova es un juego de palabras: chi + nova. Significa nueva energía». Una de sus canciones, *Ser espiritual*, es «una crítica leve al negocio de la autoayuda, que puede hacer mucho daño según a quien pille y en qué momento. Es una crítica a esa especie de *marketing*. Uno llega a esa conclusión tras haber experimentado con esta serie de temas».

Gabriel de la Rosa, de Shinova, junto al autor.

Pero más allá del puro escepticismo, Gabriel ha vivido algunas experiencias significativas como esta: «Hace muchos años en el Teide, el verano del año 98, en la caldera de Taburiente se veían cosas raras en el cielo que se acercaban a una velocidad increíble. Y estábamos muchos, no era el único. Luces que se movían a una velocidad

tremenda». Y dejando a un lado lo ufológico para volver a lo paranormal, «en la casa en la que estoy, algunos animales se quedan mirando a la esquina de golpe. Pero en alguna anterior, en Vizcaya, teníamos televisiones que se encendían de madrugada, ruidos que oíamos sin saber su procedencia…».

La energía azul

Y de nuevas energías pasamos a otras… de color azul. La siguiente historia la protagonizó en primera persona Hugo Ruiz, pareja de Magda Moret (protagonista del capítulo 5), y cineasta aragonés que no es especialmente conocido en el mundo *mainstream*. Quien sí lo es no es otro que el actor Miki Molina…

Hugo me cuenta: «Conocí a Miki Molina al rodar con él en 2011 un corto llamado *Taxi fuera de servicio*. Lo escribí y dirigí, y él lo protagonizó. El caso es que nos hicimos amigos. Por aquel entonces, Miki también estaba protagonizando, junto a otro actor, una obra llamada *Tío Bob* y, cuando iba a estrenarla en Ibiza, mi mujer y yo fuimos a pasar unos días a su casa. El caso es que una de las tardes estaba ensayando el texto con Carlos Pulido, el otro actor de la obra».

Hugo Ruiz con Magda Moret, su pareja.

La historia continúa: cuando «era horas antes del estreno, y me dio por grabar en vídeo el ensayo. Mientras grababa, este se desarrollaba con normalidad hasta que… ¡vi pasar una energía azul!

Al cortar, lo comenté con ellos, reproduje la grabación y Miki, al verlo, me dijo que era su padre, ya fallecido. Es una energía que entra por el lado izquierdo y sale por el derecho. Miki estaba fumando e hicimos pruebas con el humo, pero nada. Aquello era otra cosa», me contaba Hugo en su domicilio de Pozuelo de Alarcón (Madrid). Yo tuve acceso a esa grabación y, todo sea dicho, es bastante curiosa.

La cosa no acabó ahí, ya que «un rato después acompañé a Miki a una biblioteca que tenía en casa. Necesitaba un par de libros de atrezo para la obra. Y cuando los estábamos buscando, de repente se precipitó un libro al suelo. Cayó abierto. Al verlo, vimos que en las primeras líneas de la página por la que estaba abierto se hablaba, precisamente, ¡de energías azules!», sentencia Hugo Ruiz.

Una pistola en el cinto y una cruz en el bolsillo

A pesar de ser protagonista de tres biografías, una película y cientos de entrevistas en prensa, radio y televisión, lo que vais a descubrir a continuación es una dimensión absolutamente inédita, íntima y desconocida del agente secreto español más famoso de todos los tiempos. El espía que hizo tambalear los cimientos de la banda terrorista ETA tras su popular infiltración: Mikel Lejarza, alias Lobo.

En *Yo confieso*, libro de Fernando Rueda, descubrimos no solo las operaciones del espía español más mediático de la historia, sino también su dimensión humana más íntima. Y es en esa desnudez, la del Mikel hombre, donde encontramos continuas referencias a sus miedos, sus angustias… y sus creencias. El investigador Manuel Carballal y yo tuvimos ocasión de entrevistarle. Pasen y lean:

—Mikel, tú dices que: «Como agente del servicio de inteligencia español, a mí nadie me enseñó nada. Todo lo aprendí por mi cuenta, solo, sobre el terreno…». Todos imaginamos que a un agente de inteligencia lo meten en una base secreta y le enseñan técnicas, trucos…, pero ¿todo lo aprendiste tú solo?

—Así es.

—Y al principio de todo, cuando aceptas la propuesta de infiltrarte en ETA, dices: «Siempre he sido un poco miedosillo… Fui un niño con terrores nocturnos muy jodidos, siempre he tenido miedo

a lo desconocido, mucho miedo…». Y que para aprender a enfrentarte al miedo se te ocurre irte a un monte en Valcarlos, lleno de leyendas esotéricas, tres noches tú solo… ¿a hacer qué?

—Pues a quitar esos miedos. Es exactamente como lo habéis dicho. A mí nadie me enseñó nada, todo lo aprendí yo… Esto es así. Yo lo he hecho, pero lo puede hacer cualquier otro. Muchas veces llevamos dentro un animal que no conocemos, pero que hay alguien que lo conoce. Mi universidad ha sido la escuela de la calle.

—A medida que vamos conociendo tu trayectoria vamos descubriendo que un agente negro es un títere utilizado por su servicio de inteligencia mientras es útil. Por eso tiene que ir buscando ayuda, visible o invisible, donde puede. Y relatas varias anécdotas en las que parece que casi tienes que confiar más en una ayuda sobrenatural, en tu ángel de la guarda, que en tu propio servicio…

—He vivido cosas que no se han contado nunca… Una vez estaba en casa de unos familiares en Bilbao (después de la infiltración en ETA), y a las cuatro de la mañana noté como una voz en la cabeza que me decía: lárgate inmediatamente. Cogí de repente, me levanté de la cama y me marché para Madrid. Y luego me enteré de que a las siete y media de la mañana había ido un comando de ETA a buscarme, porque le habían pasado la información unos familiares de que yo estaba allí. Pues sí, soy creyente. Siempre lo he pensado. Ir con la pistola en el cinto y un crucifijo en el bolsillo; eso es lo que me ha ayudado a soportar esos momentos tan malos: creer en algo superior y que me ha ayudado tanto. Porque nadie es capaz de salir por sí solo de tantas cosas… Sé que he recibido una ayuda muy especial. Estoy convencido de esto.

—En 1993 conociste, en Sant Cugat, a un parapsicólogo con el que viviste alguna anécdota desconcertante.

—Unas cuantas. De verdad. Unas cuantas. Pero ya tendríamos que entrar en el terreno de la parapsicología… Este amigo murió joven, pero yo lo tengo siempre presente. Además de este ha habido alguno más. Pero a mí personalmente me han sucedido cosas muy extrañas.

—Cuéntanos alguna, Mikel.

—No puedo concretar mucho, pero ha habido alguna información gorda, muy importante, que yo he tenido que pasar como una información que me habían dado mis colaboradores, pero que era una

intuición que yo había tenido, y que salió exactamente como yo había dicho. Por ejemplo, la bomba que puso un comando en Gernika, cuando pasaba un convoy de los GAR (Grupos de Acción Rápida, Guardia Civil), eso fue una visión que tuve yo. Pero lo tuve que pasar como una información que me habían dado a mí, porque si no, no me habrían hecho caso.

—En el ámbito criminológico se habla de la deducción experiencial. Lo que llamamos el «olfato policial» de muchos policías y guardias civiles veteranos, que tras años de experiencia es como si pudiesen deducir inconscientemente cosas, percibir detalles que otros no ven, y llegar a conclusiones que parecen casi extrasensoriales… Pero ¿alguien que ha vivido sometido a presión nerviosa tan intensa y durante años, termina desarrollando un sexto sentido?

—Yo también me lo pregunto. ¿Cómo es posible que yo llegue a sentir que van a poner una bomba tal día, a tal hora, en tal sitio, y que ocurra? Te vuelves loco pensándolo. Pero cogieron a ese comando, a esas dos personas… y aquello podía haber ocurrido. Entramos en un terreno tan desconocido, tan especial, que prefieres no hablar de ello…

—Ya sabemos que tú y tu esposa Mamen vivisteis una situación aún más paranormal durante el año que permanecisteis escondidos en una finca que te dejó tu amigo el coronel del SECED Fernando San Agustín, en Sant Genís, en 1988…

—Cierto. Fernando es un gran agente negro, y era muy aficionado a tener en la finca imágenes y cosas que habían estado en cementerios, en iglesias, lápidas, pilas bautismales…, y la verdad es que nos pasaron una serie de cosas…

—Pero Mamen, tu esposa, habla de una estatua a la que le faltaba un brazo y se movía sola; pasos que se oían en la buhardilla cuando no había nadie… Incluso una aparición fantasmal en el baño…

—Así es. Además, Mamen, que no es nada miedosa, todo lo contrario, empezó a gritar: «¡Mi madre, mi madre!». Que había visto a su madre en el baño. Y el baño se cerró. No había manera de abrirlo. Tuvimos que echar la puerta abajo… y allí no había nadie. Tuvimos que ir hasta el pueblo para llamar a su madre, que estaba en Salamanca, porque Mamen pensaba que le había ocurrido algo. Pero no. Aunque poco después enfermó y lamentablemente falleció.

—¿Qué da más miedo, Mikel: encontrarte a un etarra

apuntándote con un arma o lo sobrenatural?

—A mí lo sobrenatural. Lo que desconozco. A mí no me da miedo nada que sea normal en la tierra. Aquellos episodios que no controlas, y que me ha tocado vivir, es lo que me da miedo, porque tu mente te puede jugar malas pasadas.

—Tenemos que preguntártelo, porque sabemos que existe una vinculación entre la tecnología militar, el espionaje y el fenómeno OVNI. ¿Has visto algún OVNI o sabes de alguien que lo haya visto en los círculos en los que te has movido?

—Yo no he visto nunca un OVNI… Bueno…, salvo una vez que mi mujer y yo vimos, hace muchísimos años en Cuenca, tres figuras triangulares que emitían un brillo terrible, en pleno día. Grandes, perfectamente visibles. Hasta que de repente desaparecieron. Siempre me he preguntado qué serían, pero allí quedó la cosa…

—¿Y qué crees que era aquello?

—No lo sé. Lo que sé es que no había ni hay nada que pudiese volar a aquella velocidad. Y que hay episodios, en el tema esotérico, que por vergüenza no se pueden contar. Pero por ser totalmente sincero con vosotros, yo he estado mucho tiempo durmiendo con la luz encendida después de algunos episodios. No podía apagarla porque me daba miedo. Os lo dice el Lobo. He pasado miedo durante muchos años… Y por esos mundos de Dios.

Capítulo 10

Poltergeists con final sorpresa

1 de junio de 2018. Acudimos a la cita. Mis compañeros Daniel Valcárcel, Ángel Arroyo y quien esto escribe nos desplazamos a un bloque de viviendas situado en plena Guadalajara. Íbamos casi como respuesta a una llamada de auxilio, pues la familia lo estaba pasando realmente mal. O así nos lo expresó Luis, cuando días antes se puso en contacto conmigo diciendo que estaban francamente asustados, pues en su casa se estaban produciendo fenómenos paranormales desde hacía un tiempo… y hasta hoy.

«Digáis lo que digáis, aquí hay algo malo»

Sobre las siete de la tarde aparcamos, nos bajamos del coche y nos acercamos. Ya me lo habían advertido: «Os esperamos abajo, frente al portal». Así era. Estaban allí, esperándonos, sentados en un banco a escasos metros del edificio donde hacían su día a día. Al presentarnos, entramos en el vestíbulo y nos dijeron que sería mejor hacer la entrevista allí mismo. Yo, extrañado, les sugiero que es mucho más adecuado que nos pongan en antecedentes tranquilamente sentados en su casa, a lo que ellos, tanto Luis como su esposa, nos dicen que, de ser así, el espíritu nos escucharía hablar durante aquella tarde y que, una vez nos fuéramos, les atormentaría durante toda la noche. Una situación totalmente de película.

Finalmente, acceden a hablar con nosotros en su domicilio. Allí, sentados en su salón los cinco, empecé a interrogarles acerca de los antecedentes que les habían llevado a esperarnos en la calle, asustados, sin atreverse a hablar de lo que les sucedía en su propia

casa.

De modo que aquella pareja conformada por un camarero y una administrativa nos empezaron a contar: «Somos pareja desde hace cuatro años, y en mayo de 2016 compramos este piso. Ambos tenemos, cada uno con su expareja, un hijo adolescente de dieciséis años, que a esas edades son muy difíciles. Ella tiene una hija y yo un hijo».

Al preguntarles sobre lo que les estaba sucediendo, Luis, que en todo momento llevaba la voz cantante, nos explicaba como «en el suelo y en la puerta del armario había unas manchas que aparecían y desaparecían, meses después de llegar. Les hicimos fotos y empezamos a grabar vídeos. Y nos salían orbes, muchos y muy grandes, de varios colores. Y aparecían en las fotos del móvil, pero nosotros no lo veíamos. Luego, hace unos seis u ocho meses, empezamos a obtener psicofonías, después de buscar información y empezar a grabar. Algunas voces me llamaban por mi nombre. Otra decía "márchate" y en otra se oye una risa».

La cosa no quedaba ahí, ya que «la puerta del armario empotrado de una de las habitaciones, que era corredera, se cerraba cuando la había dejado abierta. Y otras veces, dejábamos cigarros en el cenicero y luego nos los encontrábamos encima de las sábanas. Tenemos miedo. Hay cosas que se cambian de sitio, sillas que se mueven, puertas que se han cerrado. Eso sí, nunca vemos cuándo pasa».

Nosotros seguíamos escuchando atentamente su relato: «Una Biblia que tenemos, la dejamos abierta un día por la mañana sobre la mesa del salón, y por la noche nos la encontramos llena de humedad. Rociamos la casa con agua bendita, que un cura nos dio en una botella grande. O esto se acaba o nos vamos; aquí no se puede estar».

Cuando les preguntábamos cómo percibían ellos los sucesos, o qué es lo que veían exactamente, nos aclaraban como «si no es a través de la pantalla del móvil, no vemos nada. En el espejo del baño, por ejemplo, aparecen montones de bolitas. Siempre grabamos con *flash*». Para intentar capturar los fenómenos y saber más de ellos, su esposa —que no quiere ser identificada de ninguna manera, al menos cuando hablamos con ellos— nos dice que «hacemos todo lo que leemos o vemos en programas de televisión de estos temas».

Entrevista, en Guadalajara, al asustado matrimonio en el salón de su piso.

Una vez escuchada toda su historia, empezamos a hacer ciertas comprobaciones, explicándoles la importancia del comportamiento del *flash* en cámaras de baja resolución. Y que algunas de las imágenes que más les asustaban no eran más que efectos electrónicos del dispositivo que, aunque parezcan algo tenebrosos, no eran más que el efecto del quemado digital de un *flash*.

Les mostramos cómo, grabando con sus mismos dispositivos en ciertas condiciones y con *flash*, se generaban tales orbes o efectos extraños que les robaban horas de sueño. Todo tenía explicación, así como las presuntas psicofonías, que no eran otra cosa que la interpretación subjetiva de dos personas ya de por sí sugestionadas, no tanto por lo que aparentemente sucedía en su domicilio, sino por toda la información que obtenían de medios poco fiables y muy dados a la exageración o el sensacionalismo tenebroso. Pese a ir mostrándoles probables explicaciones racionales a todo lo que nos fueron narrando, Luis lo tenía claro: «Me digáis lo que me digáis, aquí hay algo malo».

Los recuerdos del padre lo inundaban todo

Fede Padial es un buscador de hechos extraños, muy querido y respetado en el ámbito paranormal sevillano. Mi compañero Jesús Ortega me puso sobre aviso de que, a raíz de un viaje a Egipto que

compartió con nuestro protagonista, Fede tenía cosas interesantes que contar. De modo que cuando tuve ocasión de visitar mi querida Sevilla, ciudad donde me crie, no perdí ocasión de citarme con él en su tienda de tatuajes. Esto es lo que me contó:

«Me enteré de aquel caso por mediación de mi compañero Andrés Blanco. Acudimos cuatro personas a la casa de un pueblo sevillano en la que, aparentemente, sucedían cosas. Había fallecido un señor en la casa. En ella vivían la viuda, la madre del señor y tres niños. Y allí, a raíz de la muerte del caballero, empezaron a acontecer sucesos como movimiento de objetos, platos que se caen, tele y radios que se encienden, *raps* (golpes) y olor a tabaco (característico, al parecer, del tabaco que fumaba el fallecido). El desencadenante mayor llega cuando la mujer y una familiar ven, desde el cuarto de baño, la silueta del muerto en el pasillo. Salen disparadas en bata a la calle y llaman a mi compañero Andrés, quien les recomienda acercarse al centro de salud para calmar los nervios.

»Al llegar allí al día siguiente nos encontramos con un barrio muy humilde y un edificio con mucho movimiento (gente que sube, baja, entra, sale…). Entonces nos dividimos en dos grupos. Dos hablaban con la viuda, y otros dos, entre los que me incluía yo, lo hicimos con la abuela. Los niños estaban fuera por recomendación nuestra. La abuela era muy simpática y, mientras hablábamos con ella, haciendo una serie de mediciones con lecturas positivas, nos iba contando dónde falleció su hijo y en qué circunstancias. El caso es que ella nos dijo no haber visto nada extraordinario en el piso, pero que en su trabajo sí que había un fantasma. Al preguntarle por ello, me explicó que trabajaba limpiando un bar, y allí se aparece la antigua dueña, que murió. Me dijo que la vio, era una silueta. Y al preguntarle cómo reaccionó ante aquello, con toda naturalidad la abuela me dijo que lo que hizo fue pedirle al fantasma que tuviera cuidado con el suelo, que estaba mojado. Claro, ante algo así, pues te aguantas la risa y continúas.

»El ambiente familiar era enrarecido, la casa estaba salpicada por todo tipo de pertenencias del fallecido. Voy al cuarto de baño, reconstruimos con los testigos el episodio de la noche anterior. Lo vieron desde la bañera, de modo que me agacho en la bañera y… ¡yo mismo vi la silueta! Pegué un respingo y, al analizar la situación, me di cuenta de lo que era. Se trataba del efecto óptico producido por una

bombilla enorme, que daba la sensación de ser una silueta humana perfecta. Dicha situación, acompañada del vaho que habría la noche anterior en el baño y la sugestión previa de la que era presa la familia, hizo el resto.

El autor con Fede Padial.

»Al salir de la casa, me di cuenta de que había un receptor de telefonía móvil enorme, y otro muy cerca. La casa estaba en medio de ambos. Es decir, allí había formado un campo electromagnético enorme en todo el bloque de viviendas. Lo comprobamos pidiendo a algunos vecinos acceder a sus casas para medir los campos electromagnéticos, y, efectivamente, los picos eran importantes. Con lo cual, el hecho de que saltasen todos nuestros medidores quedaba explicado. Luego, las paredes eran muy finas, lo cual hacía perfectamente audibles los ruidos de los vecinos en la casa como tal. Por lo tanto, los *raps* también quedaban explicados.

»A mitad de aquello, la abuela me pidió un cigarro para fumar a escondidas en un descansillo que estaba junto a la ventana que daba a la cocina, para que no la viera su nuera, con lo cual el extraño olor a tabaco: explicado. Y luego estaban los niños, que eran los principales testigos de los fenómenos. Cuando llegaron a la casa, estando nosotros presentes, uno de ellos, creyendo que no le veíamos, dio un golpetazo a una torre de CD diciendo que había sido el fantasma del padre. Al parecer, según averiguamos, este comportamiento era habitual, ya que era un gamberrete que se dio cuenta de que, culpando al presunto espíritu del padre de sus jaimitadas, nunca le regañaban a él. A todo esto, la hermana pequeña lo veía, y sabía toda la verdad, pero era

muy menudita y se las tenía que ver con niños de un barrio complicado, y se daba cuenta de que tenía dominio sobre ellos cuando sacaba a relucir lo del fantasma del padre que estaba por allí rondando, a lo que los otros niños salían de allí despavoridos y no se metían con ella.

»Al final, también había una historia dura en la propia familia… Pero, en fin, la abuela acabó convencida de que no había nada, pero a ella le había echado las cartas una vecina que no la cobró y que le dijo que en su casa había de todo, con lo que la sugestión hizo el resto. Finalmente, explicamos todos y cada uno de los supuestos fenómenos que allí habían tenido lugar, y la familia quedó tranquila y empezó a hacer vida normal. En definitiva, a mí me hubiera encantado que hubiera un fantasma, la verdad. Pero cuando no lo hay, pues no lo hay».

Episodios así, con una pizca de humor, suceden en ocasiones y dan al traste con la explicación presuntamente paranormal que gustaría a muchos, pero suele ser la tónica habitual en este tipo de casos, al menos cuando estos están bien investigados. En una dinámica similar, pero mucho más dramática, se encuentra la siguiente historia.

El drama inesperado

Me la contó el también sevillano investigador Andrés Blanco, mentado anteriormente. Con él estuve durante buena parte de una mañana en el lugar donde trabajaba, al que me desplacé en octubre de 2017 junto a mi primo Manuel Olmedo, entonces estudiante de Psicología y hoy ya licenciado. Andrés nos concedió varios minutos y, encerrados en una garita con un calor insoportable, empezó a relatarnos:

«Esto sucedió en febrero de 2016. Entre las once y las once y media de la noche me llama la Guardia Civil de un pueblo sevillano, y me comenta que algo está pasando relacionado con fenómenos paranormales en un domicilio. Intrigado, le pregunté por qué la Guardia Civil me llamaba a mí, y me dijo que un compañero suyo, también del cuerpo, le había pasado una tarjeta mía. Al parecer, había asistido a una de las rutas de la Sevilla misteriosa que habitualmente realizo. Pues bien, no sabían qué hacer ante esa situación, y tras

sopesar si íbamos o no pensando que podía tratarse de una broma, decidimos ir y, efectivamente, nos encontramos allí con una patrulla de la Policía Local y otra de la Guardia Civil. Nos ponen en antecedentes y entramos en la casa.

»Una vez dentro del domicilio, nos encontramos con aquello como si hubiera pasado un tornado. Vajillas por el suelo, un fuerte olor a azufre, la niña y la señora tenían varios golpes y arañazos… Nos comentaron que las piezas de la vajilla habían salido disparadas del armario, un presunto suceso *poltergeist* en toda regla. Yo pensé que estábamos ante algo real y empecé a desplegar mis aparatos. Pero Rocío, mi compañera, me dijo que estaba saltándome el protocolo. Salimos fuera, discutimos y volvimos a entrar.

»Nosotros el protocolo lo empezamos con una breve charla en común con todos los familiares y, posteriormente, iniciamos un intenso interrogatorio a cada miembro de la familia allí presente. Y así lo hicimos. La familia estaba compuesta por un matrimonio y una niña de unos seis años. Me empiezan a contar de entrada que desde hace meses en aquella vivienda se escuchaban pasos, gritos, se veían sombras negras… Volvemos a salir, intercambiamos impresiones, volvemos a entrar y empezamos a interrogar a los miembros de la familia ya por separado.

»Antes de empezar a explicarte cómo se desarrollaron las entrevistas, comentarte que me llamó la atención el episodio de las tazas tiradas por el suelo. Por un lado, me di cuenta de que había una mano misteriosa que las había arrastrado. Las tazas de té o café tenían un platito debajo. En unas, se habían desplazado la taza y su platillo, pero en otras solo la taza. Parecía como si al tirar aquello, se hubiera arrastrado por una mano humana. Y, por otro lado, al observar la vajilla al completo, vi que había piezas de cierto valor, con el borde de oro, y otras más corrientes. Pues bien, me chocó un poco que las que estaban destrozadas por el suelo eran las de valor, mientras que las otras estaban colocadas en su sitio. Pareciera que quien hubiera hecho semejante destrozo lo hiciera para causar daño emocional a alguien, y me extrañó que un presunto fantasma tirase la vajilla al suelo de manera selectiva.

Andrés Blanco, durante la entrevista.

»Aparte, en lo que respecta al olor a azufre, empecé a investigar la estructura, cosa que hago habitualmente. Si tengo que mover sofás o hacer agujeros en paredes (con permiso, claro está), lo hago. A veces me he encontrado nidos de rata o de murciélagos al agujerear una pared. El caso es que moví todo y me encontré con una caja de cerillas que estaba recién quemada. El olor que yo identifiqué como azufre era el de los fósforos, que habían sido encendidos a la vez.

»Rocío estaba fotografiándolo todo y comenzamos el interrogatorio con la niña. Empecé a jugar un poco con ella, con unos muñecos, para ganarme su confianza. Comenzamos a hablar y, en un momento dado, la niña me dice que su papá se pelea mucho con su mamá. Que quería quemar la casa… Claro, me quedé un tanto extrañado al oír aquello. Salgo de la habitación y le pido al guardia que entre. Entro de nuevo y le pido a la niña que se levante la camiseta, lo hace y tenía arañazos y golpes, dedos marcados como si alguien la hubiera apretado fuertemente. El guardia civil empezaba a mosquearse…

»Sale la niña de la habitación, y entra la señora. Y al comenzar el interrogatorio, le pongo la grabación con la confesión de la niña. Y la mujer se echa a llorar, confesándonos, con mucha vergüenza, que ha tenido una fuerte bronca con su marido, el cual la maltrataba tanto física como psicológicamente. Y que, en ocasiones, cuando se cabrea, tira cuadros al suelo, la vajilla… Le pedí que se levantara la camiseta, y al hacerlo tenía varias lesiones con heridas maceradas y amarillentas, de varios días.

»Ante la inminente detención del marido, la mujer pidió a la

Guardia Civil que no hiciera pasar a la niña el trago de ver a su padre esposado, cosa a la que acceden los guardias. Salimos para fuera, la Guardia Civil llama al juzgado y se preparan para detenerle. Antes, le ponemos al padre la grabación de lo que han dicho su mujer y su hija. El tipo se derrumba, se pone a llorar y se crea una situación bastante incómoda. Vas a buscar fantasmas y te encuentras con una familia rota. Se procedió a la detención del marido que, a día de hoy, sigue en prisión.

»Para los vecinos, que preguntaban por los jaleos que escuchaban en la casa, la mujer encubría la situación de malos tratos inventando un *poltergeist*. Y entre este escenario, el presunto olor a azufre y una llamada alertando a la Policía y a la Guardia Civil, al presentarse se les contó la versión oficial: que había fantasmas en casa, cuando lo que realmente sucedía poco tenía que ver con el más allá y mucho con un triste más acá».

Impresionante y dramático final para un caso que me cambió un poco los esquemas. ¿Cuántas situaciones similares se habrán vivido de las que, por desgracia, no hemos sido conscientes, catalogando como *poltergeist* lo que no era más que un drama humano? Algo similar sucedió en el famoso «caso Vallecas», que yo mismo pude investigar, del que daré más datos en el capítulo 19 y cuyas conclusiones son tristemente similares a estos poltergeists sorpresa. Y hablando de casos con informe policial…

Policía al rescate

18 de diciembre de 2018. Mi compañero Manuel Carballal y yo nos reunimos, al mediodía, en una cafetería de San Sebastián de los Reyes (Madrid) con Ana, una agente de la Policía Nacional que, a la una de la madrugada del 23 al 24 de marzo del año 2000, se topó con una llamada de auxilio muy particular. Los dueños de una vivienda de esa misma localidad estaban siendo víctimas de un *poltergeist*. Y hasta allí se desplazaron los efectivos P15 (Ana) y P27 (José). Nuestra protagonista lleva en el cuerpo desde 1984.

«Llama la familia García a la Policía, nosotros acudimos pensando que es una coña y, al llegar, nos encontramos con un bloque de pisos

en cuyo descansillo de la vivienda a la que nos dirigíamos nos estaba esperando toda la familia. Estaban dos personas mayores y su hija, así como una niña pequeña. Los vecinos estaban en bata cotilleando», nos contaba Ana, la agente de policía que aquella noche socorrió a aquella familia. «La madre nos contó que, estando en la cama, empezaron a caerse las cosas repentinamente. Nos decía: “Hemos tenido que salir corriendo, ha sido horroroso. No queremos entrar en la casa, entren ustedes”. De manera que nos dispusimos a entrar y nos dijeron: “Pero tengan cuidado ahí dentro, que las tijeras y los cuchillos vuelan”.»

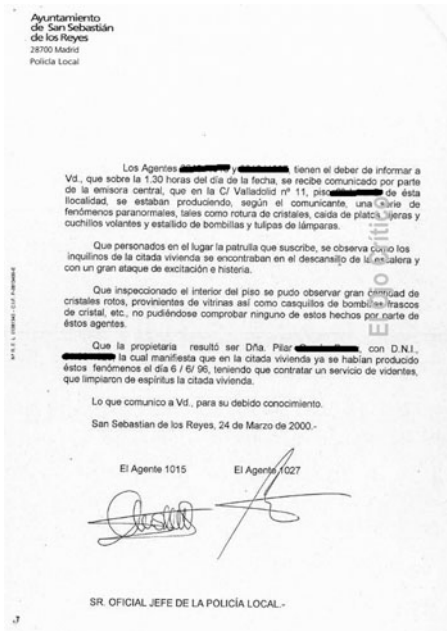
Nuestra particular agente Scully de Sanse nos seguía relatando: «Le dije a P27 (mi compañero) que pasase él primero, que medía dos metros. Accedemos a la vivienda y, efectivamente, en la cocina estaban todas las puertas de los armarios abiertas, y todo por el suelo. Luego había zonas de la casa sin luz, pues habían estallado las bombillas por dentro, no desde fuera. Es decir, dentro del casquillo de la bombilla, donde están los filamentos».

Ana, la policía, revisa el informe que se redactó aquella noche mientras es entrevistada por el autor.

«Había también un sillón cama que estaba dado la vuelta. Tenían un mueble bar desplazado, con las copas y vasos apoyados en el cristal. Había un pastor alemán en la terraza. También una lámpara redonda de brazos con cristales, con tulipa, de las de antes. Y dos estaban rotas», nos explicaba nuestra protagonista.

¿Y cómo reaccionan dos efectivos de la Policía ante tamaña

situación? Ana nos respondió: «Teníamos un poco de miedo por sugestión. Nos era difícil pensar que aquello hubiera sido algún tipo de montaje orquestado por ellos. Salimos de allí y la familia se negaba a entrar en la casa. La madre nos dijo que ya había ocurrido más veces. Y que todo comenzó cuando su hija hizo una ouija con el fin de invocar a otro hijo, de diecinueve años, que había fallecido en el salón. La señora se negó, pero dicha ouija se terminó realizando igualmente».



Ayuntamiento
de San Sebastián
de los Reyes
28700 Madrid
Policía Local

Los Agentes [redacted], tienen el deber de informar a Vd., que sobre la 1.30 horas del día de la fecha, se recibe comunicado por parte de la emisora central, que en la C/ Valladolid nº 11, piso [redacted] de ésta localidad, se estaban produciendo, según el comunicante, una serie de fenómenos paranormales, tales como rotura de cristales, caída de platos, jeras y cuchillos volantes y estallido de bombillas y tulipas de lámparas.

Que personados en el lugar la patrulla que suscribe, se observa como los inquilinos de la citada vivienda se encontraban en el descansillo de la escalera y con un gran ataque de excitación e histeria.

Que inspeccionado el interior del piso se pudo observar gran cantidad de cristales rotos, provinientes de vitrinas así como casquillos de bombillas frascos de cristal, etc., no pudiéndose comprobar ninguno de estos hechos por parte de éstos agentes.

Que la propietaria resultó ser Dña. Pilar [redacted], con D.N.I. [redacted] la cual manifiesta que en la citada vivienda ya se habían producido éstos fenómenos el día 6 / 6/ 96, teniendo que contratar un servicio de videntes, que limpiaron de espíritus la citada vivienda.

Lo que comunico a Vd., para su debido conocimiento.

San Sebastian de los Reyes, 24 de Marzo de 2000.-

El Agente 1015 El Agente 1027

SR. OFICIAL JEFE DE LA POLICÍA LOCAL.-

El informe de la Policía sobre el poltergeist en San Sebastián de los Reyes. Cortesía de Manuel Carballal.

«Ya les había sucedido algo similar previamente y llamaron a una vidente. La familia se negaba tajantemente a acceder de nuevo a la vivienda, estaban acojonados. Los vecinos, al no querer entrar la familia en la casa, se prestaron voluntarios para acogerlos en las suyas. No podemos decir que fuera paranormal, pero lo que tengo claro es que aquello no era normal. Nosotros estuvimos allí unos 20-25 minutos. Al llegar a comisaría hicimos el informe. Luego salió el tema en la prensa, pero nosotros no dijimos nada. No sabemos quién lo filtró», sentencia Ana.

Los policías realizaron un informe no muy conocido cuando se habla de intervenciones policiales en sucesos aparentemente poltergeist acaecidos en domicilios particulares. Lo sucedido en Vallecas en 1992 se lleva todo el protagonismo. Pero no es el único caso. En el libro *Causa de denuncia: poltergeist* (El Ojo Crítico, 2019), del mentado Manuel Carballal, se da testimonio de varios de ellos. Volviendo al suceso que nos atañe, el ayuntamiento comentó oficialmente que pudo haberse debido a un movimiento de tierras por una obra cercana que estaba llevando a cabo el consistorio, pero nuestra protagonista lo descarta de pleno. «Un temblor no da la vuelta a un sillón.»

La familia vendió el piso poco después y se mudaron a Levante. Y he aquí la sorpresa. Resulta revelador que, cuando mis compañeros Cristian Puig (protagonista del capítulo 8) y Manuel Carballal trataron de ponerse en contacto con ellos recientemente, estos se negaron a hablar. Yo mismo lo intenté. Llamé a la cabeza de familia, se puso al teléfono y al preguntarle por aquel episodio su respuesta fue tajante: «No, mire, yo de eso no quiero saber nada, lo siento, y se acabó todo, ¿vale? No quiero saber nada del tema. Adiós». Acto seguido me colgó. Sea lo que fuere lo que pasó aquel día, la familia evita a toda costa dar publicidad alguna al suceso. Y hasta hoy…

Capítulo 11

Encuentros muy cercanos: cuando «ellos» persisten… e incluso dejan marcas

Hasta ahora he relatado medio centenar de historias que comprenden encuentros con extrañas entidades, los sin rostro. Suelen ser encuentros casuales, puntuales, concretos. Y, en algunos casos, no dejan más secuelas que las meramente psicológicas. Pero… ¿y si hubiera encuentros con esas presuntas entidades que fueran más allá? Veamos cuatro de ellos. Aviso a navegantes, algunas de las historias son fuertes, desagradables. Pero he creído oportuno incluirlas en este libro pues, nos guste o no, también suceden. Sus víctimas directas nos lo cuentan…

Empecemos por el más suave. Si en el capítulo anterior hablábamos de casos poltergeists, la mayoría de los cuales tenían una explicación, en este empezamos precisamente con una de esas circunstancias acontecidas en una casa irlandesa en la que, muy posiblemente, los hechos no sean, precisamente, fáciles de explicar.

¿El Amityville irlandés?

Alex y Shauna viven en la República de Irlanda. Él se puso en contacto conmigo hace algún tiempo, tras escuchar algunas de mis intervenciones radiofónicas. Es español e irlandés de adopción. Trabaja en Derry, una ciudad cercana a Bridgend (Donegal), la pequeña villa donde se encuentra una de las 24 casas unifamiliares que conforman la urbanización Carrick Bridge. En ella, aparentemente, tienen lugar desde primeros de 2005 un buen puñado

de fenómenos paranormales, tan solo meses después de haberse mudado Shauna a la misma. Entre ellos, la frecuente aparición de «los sin rostro».

«No quiero pernoctar ahí. Me siento incómodo. He tenido dolores de cabeza e incluso de estómago. Me faltaba el aire. Apenas lo he hecho un par de noches en los ocho años que llevamos juntos. En una de esas ocasiones, me sentí muy incómodo, conforme pasaba la noche noté como si alguien pisara muy fuerte en el suelo de madera», me cuenta Alex. Pero lo suyo es una simple anécdota en comparación con lo que han sufrido, y sigue sufriendo, la familia de Shauna, su pareja. Ella tiene cinco hijos de un matrimonio anterior.

Los sucesos acontecen con bastante regularidad. Al dormir, si Shauna está sola en la casa por alguna circunstancia, deja las luces encendidas. Al comienzo tenía miedo, y sigue inquietándose con la situación. Pero tanto ella como sus hijos lo han terminado naturalizando de alguna manera.

Shauna y Alex Doherty, durante su entrevista con el autor.

En un momento dado, llegó a ser tal la desesperación de la familia con aquellos sucesos que tuvieron que llamar, hasta en dos ocasiones, a varios sacerdotes para que bendijeran la casa. Pero pese al férreo catolicismo de la cabeza de familia, aquello no surtió efecto alguno. Los fenómenos persisten. He aquí un amplio catálogo de algunos de ellos, narrados mediante videollamada por la propia Shauna con la ayuda de Alex como socorrido traductor:

> *Al comienzo, el teléfono sonaba, como si estuviera descolgado, alrededor de las 4 de la madrugada. El perro ladraba al pie de las escaleras. Me levanté para revisar el teléfono. Pero todo estaba en orden. Saqué al perro al patio trasero y este siguió ladrando*

hacia donde se encontraba la mentada escalera.

Poco después de aquello, algo le pasó a mi hija de cinco años. Serían entre las 3 y las 4 de la madrugada. Pude escuchar ruidos provenientes de su habitación. Sonaba una ducha de Barbie de juguete que ella tenia. Pensé que mi hija estaba despierta y jugando, fui a comprobarlo y ella estaba profundamente dormida. La ducha de juguete no funcionaba con pilas, sino con un botón que debía girarse en el sentido de las agujas del reloj dos veces. Y aquella ducha de juguete seguía sonando…

En una cama elástica que montamos en el jardin de la casa, los niños veían sombras negras pulular por allí. Mi padre, su abuelo, también las ha visto dentro de la casa.

En el dormitorio de mis hijos, también entre las 3 y las 4 de la madrugada, escuché las puertas de su armario cerrarse de golpe. Me levanté y los chicos estaban profundamente dormidos. Era como si alguien estuviera cerrando las puertas. La ventana estaba cerrada y no había corriente de aire alguna.

Mi hijo Son se despertó por la noche diciendo que había alguien con el pelo rizado parado en las puertas del armario. Creyó que era su bisabuela, fallecida recientemente.

Uno de mis hijos, estando en la ducha, notó que alguien entraba en el cuarto de baño. Gritó: «¿Qué quieres? ¡Sal!», pensando que era uno de sus hermanos para gastarle una broma. Pero miró fuera de la ducha y no había nadie. De hecho, no había nadie en toda la casa.

Mi hijo mayor, que es absolutamente escéptico, se quejaba de que alguien le observaba en su habitación. Diez años después, el hijo más joven, que ni había nacido cuando los fenómenos comenzaron en aquella casa, ahora me dice lo mismo y también comenta que puede escuchar una respiración y siente que alguien se sienta en su cama…

Habitación de mis hijas: siempre pasa algo: sonidos, puertas de armario abriéndose y cerrándose, las cosas se mueven, caen…

Mi padre ve sombras en el pasillo y las ignora, cuando están en la cama escuchan ruidos en el piso de abajo, como de alguien caminando. Pero no hay nadie.

El hijo menor, mientras jugaba en el salón con un visor de realidad virtual, le gritó a su hermana que lo dejase en paz, pues él pensaba que ella le estaba tocando la pierna. Acto seguido, se reía y

corría. Pero, al quitarse el sensor, se dio cuenta de que su hermana no estaba allí, sino en su habiación, ubicada en el piso superior. Ni ella, ni nadie.

Él también siente, en ocasiones, que alguien le tira de la ropa cuando ve la televisión, o incluso le toca el pelo.

Era de día y mi hija escuchó algo mientras estaba viendo la televisión. Caminó hasta el baño pasando por las escaleras, que se curvan en el medio a la izquierda. Gritó: «¡Jesús, mamá, me asustaste!». Pero al instante se dio cuenta de que no podía ser yo, ya que estaba en la cama, enferma. Entonces se percató de que alguien vestida de negro, como de monja, subía las escaleras. Aspirando, en la curva de la escalera, con el pelo rojo. No le vió el rostro, ya que el pelo, revuelto hacia delante, le cubría toda la cara. Mi hija corrió a la habitación y se puso a rezar para que aquello cesase. Y lo hizo. Quedó realmente afectada por aquello.

Mi hija tiene, además, muchas pesadillas en las que siente que alguien la está sujetando. Quizá una parálisis del sueño. Sucede a menudo. Sigue pasando.

Una tía nuestra se quedó algunos días con nosotros después de una operación. Dormía en la habitación trasera de la casa, donde el hijo veía a la sombra de pelo rizado. Una noche, la despertó alguien que abrió la puerta y se sentó en la cama. Al darse cuenta de que no había nadie, se asustó, pero consiguió tranquilizarse y volver a dormirse. Se despertó de nuevo con la sensación de que alguien le acariciaba el pelo…

De pie junto a la ventana, hablando con mi hija, a veces veo como la correa del reloj en el alféizar de la ventana se mueve sola.

Recientemente, mi hijo pequeño se levanta sonámbulo y se despierta preguntando «¿sabes su nombre?» señalando a alguien a su lado. Pero allí no hay nadie.

Cuando dormimos, escuchamos pasos de gente caminando por el pasillo y subiendo las escaleras…

Una noche estaba dormida en mi habitación, me desperté y vi una sombra negra, alta, en la puerta. Empecé a rezar el rosario hasta que aquello desapareció.

A menudo escucho la puerta principal abriéndose y cerrándose como si alguien entrase, pero no había nadie.

En otra ocasión, cuando iba a acostarme escuchaba pasos al

pie de mi cama caminando hacia mi lado. Sonaban a pisadas de niños.

A menudo escucho en medio de la noche a alguien aporrear con los dedos las cuerdas de un arpa que tenemos. Y se rompen cuando no hay nadie cerca. No hay razón para que se rompan las cuerdas del arpa.

Una vez vi a un niño rubio con ojos azules. Le vi de perfil, tras una puerta entreabierta. Creí que era mi hijo pequeño, Adam, y comencé a llamarlo pero no respondía. Al salir, descubrí que Adam estaba en el otro lado de la casa. No podía ser él. No podía ser nadie.

El cable de mi secador de pelo, situado junto a mi cama, se agitaba solo contra el suelo.

Una noche, junto a la cama, escuché un fuerte golpe en el suelo de madera, como si alguien hubiera roto el flex de un secador de pelo en el suelo.

En otra ocasión, me quedé dormida en el sofá de la sala de televisión, cuando desperté sentí que la habitación y el pasillo estaban llenos de gente.

Nuestro perro murió en las navidades de 2018. Meses después, lo sentí entrar en la sala de estar. Al dirigirme a él, me di cuenta, segundos después, de que mi perro estaba muerto. Al ir a ver qué pasaba, me percaté de que allí no había nada. Pero, en ocasiones, escucho el sonido de sus patitas merodeando dentro de la casa…

Cuando les pregunté por las causas por las que, en su opinión, se producían allí tamaña concentración de fenómenos extraños, los Doherty me explicaron que «investigando un poco sobre la zona donde está ubicada la casa, descubrimos la existencia, cerca de la misma, de un antiguo comedor de caridad ubicado en un gueto a mediados del siglo XIX, en plena hambruna irlandesa».

Sea como fuere, querido lector, seguro que te preguntas, al igual que yo, cómo después de todo aquello no se habían planteado salir disparados de alli, y así se lo pregunté a Shauna. Su respuesta fue afirmativa. Llevan un tiempo buscando casa para mudarse…

La señora

Gustavo Ferré trabaja como formador de socorristas de salvamento en Barcelona. La experiencia que vivió se la ha confesado a muy poquitas personas, y yo tuve la suerte de ser una de ellas. Expongo su relato sin cortes:

En 1998, estaba viviendo en Nueva York con un amigo, me enamoré y entonces me fui a vivir a casa de mi novia. Era un triplex, es decir, un dúplex con otro piso encima. Yo trabajaba organizando eventos en Robert Isabell. Inc, una empresa fundada por un conocido diseñador de eventos a nivel mundial, en la avenida 13 con la novena. El apartamento estaba en la calle Hudson con la 11. O sea, al lado. Lo cual me venía genial, pues en la gran manzana las distancias son gigantes y vivir a tan solo dos calles del trabajo era un lujo verdaderamente impagable, ya que trabajaba muchas horas, viajábamos muchísimo y apenas tenía tiempo para dormir.

He de decir que mi novia estaba ilegalmente rentada en el apartamento, pues este bloque de edificios en el que se encontraba estaba destinado a artistas jubilados sin recursos económicos. Es decir, personas ricas y famosas que, por malas gestiones o una mala vida, acababan sus días sin fortuna, alquilando allí una viviendo por una cantidad irrisoria. Y oye, eran una pasada. El caso es que yo allí no estuve ni un mes. La primera semana todo fue muy bien. Pero la segunda…

Empezamos a escuchar por las noches pasos en la tercera planta. Yo tenía dos gatos siameses que se comportaban de manera extraña. Pero bueno, algo soportable. Aunque días después, empezaron a moverse cosas de sitio, a abrirse los grifos, a caerse los cubiertos sin tocarlos, se cerraban las ventanas solas, se encendía la luz, la radio, el ordenador… todo aquello sin causa aparente. Se oían ruidos por todos lados. Dormir allí era casi imposible, pero el poder del sueño supera al del miedo. Es algo que descubrí precisamente allí.

Decidimos mudarnos a otro apartamento. Al empezar con la mudanza, vi en un pasillo a una mujer mayor, de unos setenta años, con un vestido de manga larga, color granate oscuro, de terciopelo, que le llegaba hasta los tobillos. Una prenda de los años cincuenta. Entonces vi cómo la mujer giraba por un hueco en el que no había nada, solo una pared, ¡y desapareció! Me dio mala espina. Minutos después, fui a coger el ascensor y me encontré a la mujer dentro del

mismo aguantándome la puerta. Aquello era muy extraño. Tenía el pelo blanco, ojos verdes, delgada, medía unos 1,65 metros, con una voy muy dulce. Muy educada, de joven debió de ser realmente guapa. Entablamos una cordial conversación y me dijo que quería subir a la planta 19, cuando aquel edificio solo tenía 13. Se lo dije, y ella me reprendió diciendo que yo me equivocaba. Dudé.

Salí de allí para ir a trabajar, y cuando unas ocho horas después volví, me la encontré de nuevo, deambulando por los pasillos. Parece ser que no encontraba lo que buscaba… Aquello me pareció demasiado raro, insisto. Lo comenté con los vigilantes jurados del edificio y estos me dijeron que por las cámaras no habían visto a la señora, pero que no tenía por qué extrañarme, ya que en aquel edificio se sucedían de manera habitual fenómenos paranormales debidos a que residieron muchos artistas que habían acabado mal y se habían suicidado. Es decir, aquellos sucesos los tomaban como algo habitual. Por cierto, me ratificaron que ahí no existía planta 19 alguna. Yo flipé, la verdad. Pero bueno, lo dejé estar y entré en nuestro apartamento para seguir empaquetando cosas con vistas a la mentada mudanza.

Total, que llegó mi novia, salí a buscarla y al entrar al edificio volví a toparme con la señora, esta vez en compañía de mi pareja. Hablamos con ella e insistía en que tenía que llegar a la planta 19, yo volví a repetirle que ese edificio solo tenía 13 plantas, a lo que ella me respondió:

—Tiene que haberla, porque esto pasó aquí.

—No entiendo. Le digo que he hablado con los guardas jurados y me han asegurado que aquí solo hay 13 plantas —le respondí, muy contrariado—. ¿Por qué está usted tan segura de que existe una planta 19, no se habrá equivocado de edificio?

—Tú es que eres muy jovencito y no lo entiendes, pero es que, en la guerra de Vietnam, era 19 —me respondió.

—¿Pero el qué fue 19? —pregunté, aún más extrañado.

—La media de edad con la que la gente moría —me dijo.

Aluciné. Se me puso la piel de gallina y nos fuimos de allí a toda prisa.

«Contacto sexual nocturno»

La historia que narraré a continuación demuestra, a mi juicio, una cosa, que este tipo de experiencias son mucho más comunes de lo que muchos puedan llegar a creer. Trasteando en Wallapop, di con una chica a la que llamaremos Virginia N., residente en la provincia de Murcia, que vendía un par de CDs del grupo Dorian. Le hice una oferta, regateamos un poco y finalmente aceptó. El caso es que, no sé por qué, continuamos hablando. Supongo que nos caímos bien. Y, en un momento dado de la conversación, entrada ya la madrugada, me dijo que se iba a acostar en breve porque la noche anterior no había dormido nada. Al preguntarle, me comentó que durmió poco ya que, en estado de duermevela, habían venido a visitarla. Extrañado, le pregunté, y me confesó que desde pequeña le pasaban cosas. No lo dudé. Le comenté si podía concederme una entrevista, ella estuvo de acuerdo y, al día siguiente, esto es lo que sucedió…

—¿Cómo empezó todo?

—Cuando era más pequeñita, con ocho o nueve años, padecía parálisis del sueño. En estado de duermevela, tenía la sensación de despertarme, abría los ojos y me encontraba paralizada. Pero ahí no veía nada extraño.

—¿Y después?

—Cuando era adolescente, estando en el instituto empecé a padecer sobeteos, como una especie de contacto sexual nocturno.

—¿Perdona?

—Lo que oyes. A veces empezaba como una parálisis del sueño. Pasaba de esa parasomnia a poder moverme, y de repente empezaba a ver cómo se movía la ropa de cama y escuchaba voces. Era como alguien que me tocaba, pero no en el sentido cariñoso, sino de manera sexual. Desagradable. Era como si ese alguien me poseyera. Yo misma hablaba, pero no era yo.

—Pero ¿cómo notabas aquello?

—Como si movieran mi cuerpo, incluso con golpes. Y no notaba placer. Pero al despertar me daba la sensación de que no me había movido realmente. Además, me dio la impresión de que aquel ser, sea lo que sea, me conocía.

—¿Qué te decían esas voces?

—«No podrás conmigo.» «Tócame.» Cosas así. Era una voz siniestra, tosca, grave, profunda. Y se reía, a veces a carcajadas. Me daba mucho miedo.

—¿Y con qué frecuencia sucedía eso?

—No todas las noches, pero sí cada semana. Se lo conté a mi madre y me dijo que a mi hermana le sucedía algo parecido.

—¿Y cómo reacciona tu familia?

—Llevándome a videntes, curanderos, grupos espíritas… iba a reuniones de personas interesadas en el espiritismo, algunas de las cuales decían poder ver a los muertos. Me dijeron que yo era médium, que aquellos seres espirituales hacían conmigo lo que querían, y que, con el paso de los años, aquello iría a más…

—Pero ¿cómo gestionabas todo aquello?

—Pues no muy bien. De adolescente era una chica muy tímida, bastante solitaria, me costaba mucho relacionarme con mi entorno, me encontraba fuera de lugar, y aquellas experiencias no ayudaron. Pensé que podrían cuestionarme si confesaba todo aquello. Pero… ¿por qué iba a inventarme yo algo así?

—Y pasan los años…

—Cuando fui a la universidad a estudiar Bellas Artes, aquello se volvió aún más intenso. En mi piso de estudiante compartido de Altea (Alicante), empecé a ver cosas. Aparte de lo que antes te contaba, noté que aquellos seres me hablaban mucho más claro, siempre al oído, y me decían cosas que ya no recuerdo. Cuando me sobaban en el terreno sexual, solía ser siempre en duermevela. Pero otras veces me tocaban claramente, acariciándome el brazo o cogiéndome la mano. Y en esas ocasiones no estaba en duermevela. Estaba muy despierta. Totalmente, de hecho.

—¿Cómo sobrellevabas todo esto?

—Mal, porque en el piso empezaron a pasarnos cosas raras a los dos años de estar allí. Se abrían los armarios sin más, y se movían los vasos solos. Era un piso antiguo. Y al mismo tiempo que eso sucedía, empecé a ver gente, tal como ahora puedo verte a ti. Por ejemplo, estaba en el salón y observaba a una persona parada en la puerta. Era cuestión de segundos, pero la veía perfectamente.

—¿Eran humanos?

—No siempre. En ocasiones eran siluetas oscuras, más pequeñas y finas, de un color gris marengo oscuro. Sus brazos eran más largos de

lo habitual y no se les distinguía el rostro. A veces llevaban ropa ancha, como si fueran túnicas. Al no tener la cabeza definida, desconozco si llevaban alguna capucha o similar.

—¿Interactuaban contigo?

—No, no me hablaban.

—Y, cuando los veías, ¿estabas despierta o dormida?

—A veces en duermevela, y otras dormida. Me daba la impresión de despertarme, paralizada, y los veía. Eso en cuanto a las siluetas, que las he visto pocas veces. A los que parecían humanos les solía ver despierta.

—¿Eres aficionada a cuestiones paranormales?

—Sí, pero desde que era más mayor. Después de aquellas primeras experiencias, empecé a perder miedo y es cuando comencé a interesarme.

—¿Continúan esos episodios, o ya han cesado?

—Eso no ha parado. Forma ya parte de mi existencia.

—¿Me cuentas alguno?

—Hace poco, estando acostada, tuve la impresión de despertarme y ver entrar a una silueta en mi habitación. Estaba paralizada. Parecía humana. Muy oscura. Era una señora, con el cabello superlargo, y le hablaba a otra mujer que iba tras ella. Era como si tuviera pelo humano, pero la cabeza era muy ancha. Se acercó a mí, y empezó a aplicarme una especie de ungüento. Yo estaba tendida boca arriba, y notaba cómo pasaba sus manos sobre mi estómago. Y le decía la otra mujer:

—¿Le has puesto el ungüento? Es que tiene que sanar.

—Sí, sí, se lo estoy poniendo —le respondió la otra.

En ese momento, pude girar un poco la cabeza y decir: «Te estoy viendo». Y entonces desaparecieron.

—¿Tuviste más episodios similares?

—Sí. En mi época universitaria, percibía seres parecidos que me tocaban la cabeza. Era incómodo. Otras veces me daban una especie de masaje, y notaba mucho calor en la zona donde me tocaban.

—¿Me cuentas más?

—El otro día, cuando me levanté de noche para ir al servicio, me encontré a una mujer anciana, en el pasillo. Llevaba la mantita negra de punto para protegerse del frio y unas zapatillitas. Se quedó ahí varios segundos. Mentalmente, le dije: «¿Quieres algo?». Y en ese

momento, giró la cabeza, me miró fijamente y me dijo: «Me he perdido». Tal cual. Luego desapareció.

—¿Tuviste alguna experiencia destacable en tu época con los espíritistas?

—Sí. En una ocasión, una chica fue allí con la intención de ponerse en contacto con su pareja, que había fallecido en un accidente de tráfico. Me percaté de que había un chico llorando, sentado en el suelo, al lado de la puerta del local donde se reunían. Cuando lo comenté, la chica me enseñó la foto del novio y era él. De hecho, iba vestido exactamente igual. Cosas así. Pero terminé yéndome de allí. No me convencía el rollo que llevaba esa gente…

—¿Les sigues viendo? A los seres.

—Sí. Durante bastante tiempo pululaba por el salón de mi casa un hombre de unos cuarenta años, con camisa de cuadros. Parecía alguien de campo, como un leñador. No me decía nada, solo le veía. Con anterioridad y durante muchos años, paseaba por la cocina una mujer vestida de negro, a lo señorita Rottenmeier, con falda larga, como de otra época. Mi tía también los vio. Ahora mismo hay un chico, gótico, con pelo largo y gabardina, que se pasea por el comedor…

—¿Hay más casos como el tuyo a nivel familiar?

—Mi hermana, que es terapeuta, no solo los ve, sino que también habla con ellos. Y a mi abuela materna también le pasaba. De hecho, ella hacía rituales para invocar a esos seres.

—¿Has visto algo a la par que tu hermana?

—¡Sí! Una vez, hace solo unos meses, estaba sentada en mi habitación hablando por teléfono con mi hermana, y vimos algo. Al mismo tiempo. Ella en el salón de su casa y yo en mi habitación. Ambas vimos durante algunos segundos una silueta oscura, como verdosa fluorescente, con un color parecido a la promoción de *Matrix*. Ella lo vio y desapareció, y en mi caso se me acercó, a una silla que había a mi lado. Luego desapareció. Una situación muy extraña.

—¿Te puedo hacer algunas preguntas delicadas?

—Sí.

—¿Llegaste a ir al psicólogo?

—Sí. Mi madre me llevó de pequeña, porque no quería ir al colegio a raíz de que una profesora me pegó. Me examinaron, me hicieron algunas pruebas y le dijeron a mi madre que estaba

perfectamente, que tenia de hecho un coeficiente intelectual superior a la media. De adolescente volví a ir, porque era muy fan de Nirvana y, como era bastante solitaria y demás, con el suicidio de Kurt Cobain mi madre se asustó por un posible efecto contagio. Yo nunca tuve ese tipo de pensamientos, pero por contentarla le hice caso y fui. El psicólogo, una vez más, confirmó que estaba perfectamente, que no tenía pensamientos suicidas ni nada parecido. Y que era bastante más madura que cualquier chica de mi edad.

—¿Recuerdas haber tenido algún trauma sexual de pequeña?

—No. Y lo he hablado con mi hermana. Pero para nada. De hecho, a raíz de ciertos problemillas relacionados con nuestra sensibilidad a ciertas sensaciones relacionadas con el sexo, investigamos en nuestras generaciones pasadas por posibles episodios de abuso. Pero no hubo nada. Sí que tuve una crisis cuando tuve la regla con trece años.

—La misma edad en la que empezaron esos tocamientos nocturnos…

—No exactamente. Fue un poco antes. Aquellas experiencias empezaron con once o doce años.

—¿Pero no crees que esos problemas relacionados con la menstruación y tu excesiva sensibilidad en ciertas zonas pudieron ser, de alguna manera, derivados de esas experiencias de aparentes tocamientos sexuales? ¿O viceversa?

—Sí, lo pensé. Pero cuando empecé a tener relaciones sexuales no fueron para nada desagradables. Al contrario. Entiendo tu pregunta, David, pero no lo relaciono de forma directa. Te digo más, tanto mi hermana como yo hemos buscado toda explicación racional posible a lo que nos sucede. Incluso a nivel médico. Hemos agotado todas las opciones. Y nada. Ahí siguen.

—¿Siguen dichas experiencias?

—Así es. Siguen pasando. Casi todos los días.

En los años setenta del pasado siglo, en Culver City (Los Ángeles, California), una madre treintañera con cuatro hijos llamada Doris Bither experimentó durante años las presuntas agresiones sexuales de una serie de entidades desconocidas. Su caso llegó a investigarse durante meses por varios miembros de la Universidad de California, con el doctor Barry Taff y Kerry Gaynor a la cabeza. La historia se

popularizó gracias a Sidney J. Furie y su película *El Ente* (1982). ¿Estamos, pues, ante la Doris Bither (o Carla Moran) española?

Virginia no ha visto, ni conoce, la película. Y, a diferencia de las experiencias de Bither, aquellos encuentros sexuales los tuvo con apenas doce años, lo cual dota a esta historia de un toque bastante malsano. De primeras, parece una chica bastante sensata. Con sus más de cuarenta años, no busca protagonismo alguno. Todo lo contrario. Me dio permiso para publicar estas experiencias por escrito sin identificarla con apellidos. De hecho, no me permite usar su voz para divulgar la historia.

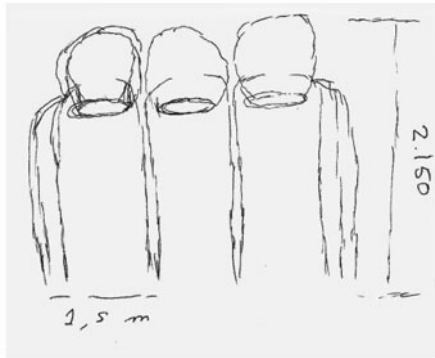
No sé lo que sucedió ahí realmente, y si la psiquiatría tiene explicaciones para ello. Habrá quien busque en la ciencia una posible explicación, o quien considere que la misma se halle en el mundo espiritual, íncubos o súcubos. Lo que tengo claro es que Virginia, aunque con ciertas dudas, está convencida de que dichas experiencias son reales. Y no soy quien para juzgar, ni para afirmar o negar categóricamente.

¿Una abducción de «los sin rostro»?

Y cerramos el presente e incómodo capítulo con alguien a quien llamaremos Miguel S., un hombre tranquilo y serio, de mediana edad. Él nos espera en el pueblo de la provincia de Guadalajara donde reside. Mi compañero Cristian Puig, con quien viajé al lugar el 25 de mayo de 2021, ya me había hablado varias veces, visiblemente excitado, de esta historia. Incluso me preguntó por algún hipnólogo que pudiera hacerle una regresión a nuestro protagonista, que parecía tener la necesidad de recordar algunos segmentos que había olvidado, quien sabe si para siempre. Nos sentamos con él y le pedí que contara de nuevo una historia que apenas ha compartido con algunos familiares cercanos. Y con Cristian, claro está. Entonces empezó a hablar… Prefiero transcribir lo que nos contó sin interrupciones. Creo que el lector me lo agradecerá:

> *Octubre de 1981. Tenía veintiún años. Me voy a la cama como cualquier otra noche. Serían las tres de la madrugada cuando,*

de repente, veo a tres seres entrar desde el pasillo a mi habitación. Eran muy altos. Medían unos 2,20 metros, de una corpulencia bestial. Tres veces yo. No les aprecié manos ni pies. Llevaban una especie de túnica grisácea, como de esparto, que cubría todo su cuerpo hasta los pies, arrastrándola, con una capucha enorme que no me dejaba ver sus caras. Estaban prácticamente pegados entre sí.



Así vio a los seres Miguel S., dibujados por él en el cuaderno de campo del autor.

Por su forma de andar eran toscos y pesados, se movían como si fuesen autómatas o robots. Uno de ellos se agacha y me dice que esté preparado, porque pasado mañana iban a volver. No me lo dice verbalmente, sino mentalmente. Desprende una especie de vaho, niebla o humo. Entonces él se incorpora y ya no recuerdo más.

A la mañana siguiente, me levanto y pienso que aquello se trata de un simple sueño. No le di mayor importancia. Pasaron un par de días y estando en la cama, vuelvo a verles entrar. A los tres seres. Uno de ellos vuelve a agacharse y de nuevo desprende aquel vaho, que me da bastante repelús. Y entonces me dice mentalmente que ha llegado la hora, que me vaya con ellos. En ese momento, me observo en posición fetal fuera de mi cuerpo, viéndome tanto a mí mismo como a aquellos seres.

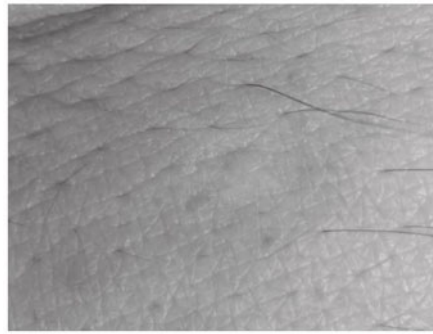
Acto seguido, me veo salir de casa andando desde el pasillo. Eran enormes. Yo mido uno ochenta pero me sacaban al menos medio metro. Los tres andan al unísono, como si fueran la sombra uno del otro, con pasos balanceantes. Entonces pensé: «Para venir de donde

vienen, vaya ropaje que llevan». Y noté que aquello les hizo cierta gracia. Entonces cogí el pomo de la puerta para abrir, y ya no recuerdo más…

Lo siguiente que recuerdo es estar en una especie de paraje, en Peñalver (Guadalajara), en el que había una suerte de roulotte *americana de los años cincuenta, y veo a dos de los seres encapuchados custodiandola, que tendría unos trece metros de largo. El ancho no lo sé. No era circular ni oval. ¿Qué era aquello? ¿Una nave, quizá? Hay un encapuchado que no se separa de mí en ningún momento, haciéndome las veces de escolta, y me dice que hay alguien esperándome, que me acerque a él. Estaba a unos siete metros. Me daba la espalda y miraba al infinito. Al darse la vuelta, me encuentro con un ser con aspecto humano, más bajito que los encapuchados. Me recordaba a una especie de caballero templario. Empezó a hablar conmigo pero no recuerdo de qué…*

Pese a estar en plena madrugada, aquella visión o sueño se sucedía de día con un cielo amarillo-anaranjado. Lo siguiente que recuerdo es estar frente a una especie de arcoíris con un ángulo abierto que marcaba un camino desde aquel paraje hasta mi casa. Aquello era como una suerte de pista de hielo. Y tanto el encapuchado que venía conmigo como el ser con la capucha bajada, me dicen telepáticamente cómo tenía que sentarme en la pista, y que bajo ninguna circunstancia sacase los brazos o las piernas de la misma.

Empiezo a deslizarme y a unos diez metros me vuelvo y aquellos dos seres hacen un ademán de despedida. Al girarme hacia delante veo en aquella roulotte*, que yo creo que era una especie de nave, a una mujer. Era alta, de un metro ochenta, de una belleza extraña. De entre veinte y veinticuatro años. Con una túnica grande y blanco azulada. Erguida, de figura estilizada y pelo muy blanco, lacio y largo. Sus ojos eran muy grandes, y me miraban fijamente. No sentía ningún tipo de atracción física hacia ella, al contrario. Me daba cierto repelús.*

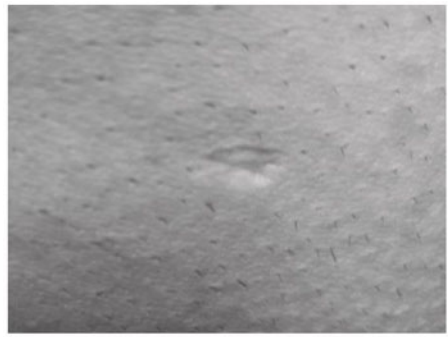


Algunas de las marcas con las que Miguel S. despertó tras su presunta abducción. Cortesía de Miguel S.

Seguí el viaje por aquella extraña pista. Veía todo el pueblo desde arriba, percibiendo incluso los detalles de los tejados de las casas. Al llegar a mi hogar, pego un saltito y me salgo de la pista. Y veo entonces todo el arcoíris desde mi casa hasta aquel lugar. Lo siguiente que recuerdo es subir las escaleras hasta dirigirme a mi cama. Aquello duró unas tres o cuatro horas.

A la mañana siguiente me despierto y noto un dolor cerca de la ingle, y también en el estómago. Como si me hubiesen metido un tubo o similar. Me picaba bastante. Fui a rascarme y veo una especie de marca pequeña, con forma de «huevo frito», con una costra. A mediodía la costra había desaparecido, pero la marca ahí quedó. Y aquí sigue. Ya no he vuelto a saber nada. Aquello no pudo ser un sueño.

Dos días después, fui en dirección contraria a donde me llevaron ellos. Iba a coger setas al barranco de las fuentes postreras, en una especie de planicie parecida al coliseo romano. Buscando, subo por una ladera y abajo, donde había una fuente, veo un círculo de unos 40 centímetros, perfecto. Y entonces me percato de que ese círculo estaba quemado. Y al fijarme bien, vi que había otros dos círculos más, iguales. Ambos presentaban una triangulación perfecta. Salí de allí como alma que lleva al diablo. Se me pone la piel de gallina al recordarlo.



Más marcas con las que Miguel S. despertó tras su presunta abducción.
Cortesía de Miguel S.

Durante la entrevista, Miguel se emocionó visiblemente y tuvimos que pararla en varias ocasiones. Se derrumbó y empezó a llorar preguntándose una y otra vez: «¿Por qué a mí?, ¿por qué a mí?». Aprovecho entonces para pedirle que dibuje en mi cuaderno la silueta de aquellos extraños seres. Y lo hace.

Al preguntarle si consumía algún tipo de bebida alcohólica o estupefaciente, el testigo me respondió tajantemente que: «Jamás». Y al cuestionarle si era aficionado de alguna manera a los relatos de ciencia ficción, me dijo que «en absoluto, nunca fueron de mi interés. Empecé a sentir curiosidad a partir de mi experiencia».

¿Un sueño? Tiene toda la pinta. Pero… ¿y las marcas? Os muestro algunas imágenes de las mismas para que podáis apreciarlas. Uno no sabe qué pensar, lo que tengo bastante claro es que Miguel no mentía. Independientemente de lo que sucediese o no aquella noche, él tiene muy claro que así fue.

Y mientras transcribo y doy forma a esta historia, una densa y vespertina lluvia preveraniega golpea mi ventana. Pienso durante un instante en la vivencia de Miguel, en la de Eduardo, también en la de los Doherty o en la de Virginia. No puedo evitar estremecerme. Fuera lo que fuera aquello, haya sido o no absolutamente real la experiencia de nuestros protagonistas, dejó a su paso algo más que marcas físicas. Dejó una oquedad emocional que nada, ni nadie, podrá borrar jamás.

Parte II
Entidades con rostro (y algunas sin él)

Capítulo 12

Encuentros en carretera

Comenzamos el presente bloque dedicado a «los con rostro» (y algunos sin él) con un puñado de historias, protagonizadas por varios testigos en plena carretera. De hecho, empezaremos por el encuentro con un sin rostro, o más bien dos, en una experiencia que Cristina vivió junto a su marido hace algunas décadas.

Dos seres, vestidos de blanco, con túnica

Según Cristina, esta historia comienza cuando «veníamos del granadino pueblo de Benalua de las Villas en coche, saliendo de Colomera (Granada), ya pasado el cuartel de la Guardia Civil, que estaba a las afueras. Era una carretera que iba hacia Granada capital y a esto que vemos venir a dos seres muy altos, vestidos de blanco. No se les veía la cara. Solo los ojos, que eran raros, la verdad. Andaban con mucha dificultad, de una forma muy rara. Les cubría una especie de sábana o túnica. Estaban totalmente cubiertos. De modo que decidimos parar, ya que estaban en medio de la carretera».

Y pararon. Pero lo que sucedió a continuación no deja lugar a duda de que aquello no era del todo normal: «Estaban muy cerca de nosotros, y les pregunté por qué iban vestidos así, pero no respondieron. Y no se les veían las manos. Me asusté e intenté cerrar la ventanilla del coche, pero no era capaz. Y el vehículo no arrancaba. Aquello duró varios minutos. Cuando por fin logramos reanudar la marcha, aquellos seres se nos quedaron mirando desde su posición. Llegamos a casa totalmente impactados, sin apenas hablar entre nosotros:

—Pero ¿tú has visto eso? —me preguntaba mi marido.

—Sí, claro que lo he visto —le respondí».

«Lo comentamos con unos familiares e incluso llamamos a la Guardia Civil de Colomera, pero no supieron decirnos qué era aquello y afirmaron que no habían recogido ninguna incidencia similar. Se acercaron al lugar pero no vieron nada. Se acabó enterando el cura del pueblo, quien se puso en contacto con J. J. Benítez, que nos visitó en un par de ocasiones para entrevistarnos por el tema», sentencia Cristina.

«120 kilómetros… ¡en 20 minutos!»

Viajamos ahora a otra carretera, no muy lejana, en la que algo extraño pasó hace unos 40 años. Nuestro siguiente protagonista es José Bazán Ramírez, cuya historia conocí gracias a su sobrino, también llamado José. De modo que cuando tuve ocasión de desplazarme a Barcelona, avisé a mi buen amigo Ramón Álvarez y nos acercamos a la localidad de Sant Boi de Llobregat, más concretamente al domicilio de nuestro protagonista, después de haber cerrado la cita previamente. Me costó convencerle, pues en principio era bastante reacio a recibirnos, pero lo conseguí. Nos abrió, con cierto rictus de sorpresa y desconfianza ante aquellos dos personajes que se habían empeñado en visitarle para hablar de historias viejas… pero de las que no se olvidan.

Nos sentamos en su salón y José empezó a contarnos que «a primeros de los ochenta, fui a un pueblo de Jaén a dejar a mis hijos, y al volver me pasó algo muy curioso, raro. Demasiado raro. Antes de llegar a Villanueva del Arzobispo (Jaén), en una recta a punto estuve de tener un accidente al intentar adelantar a un camión que iba delante de mí. Pasó cerca de Úbeda. Poco después, me topé con dos autoestopistas que me pararon. Les recogí y me dijeron que venían de bañarse y que iban a una alpujarra. Yo les dije que por allí no había nada parecido, pero ellos insistieron. Eran chicos jóvenes, con los brazos largos y muy finos. Me preguntaron si había tenido algún accidente, cuando me había pasado lo del camión».

El autor entrevistando a José Bazán.

Intrigados, Ramón y yo animamos al bueno de José a que continuase su historia: «Al rato paré a tomar algo, les invité, pero ellos se fueron. El caso es que al retomar mi ruta, me desvié por un camino que nunca había visto, algo raro. Había muchas retamas, con la tierra roja. No pasaba ni un puñetero coche, y aquello estaba totalmente en silencio. Estuve por allí unos 15 o 30 minutos, y cuando quise darme cuenta estaba entre varios coches, en una carretera y había pasado Albacete. Había hecho 120 kilómetros… ¡en 20 minutos! Y no sé por qué».

Una vivencia curiosa, que encaja con las llamadas experiencias de tiempo perdido, o *missing time*. Su sobrino José, con quien pude entrevistarme meses después en Torrevieja (Alicante), me matizó que su tío siempre les contaba que los seres eran muy raros, hablaban sin mover la boca y le recomendaron ir por un camino concreto. Desconozco si el protagonista obvió dichos detalles por desconfianza o laguna mental, pero ahí quedan. Y que sea el lector quien juzgue.

El hombre alto, muy alto

Supe de la siguiente historia gracias a Josiño Morín, un oyente de mi programa *Dimensión Límite* que al parecer, y al hilo de varios encuentros cercanos con una forteana entidad a la que algunos cabreros de la granadina sierra de Gibalto apodan como «El Seco»

(asunto ampliamente estudiado por el periodista Alejandro Sánchez, así como por mis compañeros Carlos Ollés y Mikel Navarro quienes han indagado en casos similares) narrados en dicho programa, decidió ponerse en contacto conmigo para contarme algo que había sucedido en Padrón (A Coruña). Y es que no solo hay allí unos famosos pimientos (unos que pican y otros que *non*), sino una testigo de algo cuando menos curioso. Su nombre es Mónica, conseguí hablar con ella y me contó lo siguiente:

«Era un lunes de madrugada, en octubre de 2014, a las seis de la mañana, venía desde la estación de tren en el coche, y cuando iba acercándome al cementerio me percaté de que había una persona en medio de la carretera, andando sobre la línea marcada de la misma. No recuerdo todos los detalles con exactitud, pero el caso es que aminoré la marcha pensando que podría tratarse de algún gracioso y al acercarme me percaté de que era un señor altísimo, muy alto, con un traje de chaqueta negro muy bien planchado, con las manos hacia abajo y con el pelo peinado como si fuera un muñeco. No le vi los pies, tampoco el rostro, ya que me daba la espalda. Lo observé durante un minuto o minuto y medio. Pasé por su lado, yendo muy despacio, pero al pensar que aquello podía lanzarse sobre el coche, aligeré la marcha y me fui para casa sin mirar atrás. La verdad es que me asusté».

La carretera donde nuestra protagonista se topó con aquel ser, por cortesía de Josino Morin.

El ataúd

Fernando López Navas sufrió un duro revés en esta vida, pues él perdió «a un hijo el 23 de enero de 2010. Tenía veinticuatro años cuando falleció atropellado por un coche, cuando iba a trabajar el pobre. Yo soy camionero y, un año antes, escuché un fuerte topetazo a mi derecha, y al mirar, asustado, se me presentaba al lado de la palanca de cambios la figura de un ataúd con mi hijo dentro, con una especie de babero blanco en el cuello. Y tenía exactamente la misma cara que cuando falleció».

Asombrado, al entrevistarme con Fernando, le pedí más detalles acerca de tan inusual encuentro en carretera: «No veía todo el ataúd, solo la parte superior —que quedaba a mi derecha en el asiento del copiloto—, en la que podía contemplar la cabeza de mi hijo. Aquella visión apenas duró unos segundos. Y un año después, mi hijo murió de aquella manera».

Al preguntarle cuál era su reacción ante tales visiones, Fernando me confesó: «Cuando me pasaba aquello, que sucedió varias veces, al llegar a casa por la mañana le llamaba porque necesitaba escucharle para saber si estaba bien. Él se extrañaba, pero yo disimulaba y no le contaba lo que había visto horas antes. Y un año después, pasó lo que pasó. He llorado muchas veces. Solo le conté esto a mi mujer, a nadie más. No sé si le habrá pasado algo parecido a alguien en alguna ocasión. Aquello, sinceramente, no creo que tenga explicación». Y yo tampoco.

La nube y el ser

Continuámos este breve repaso de encuentros en carretera con lo que Fernando Herradura presenció el 24 de octubre de 2012 a las 18.47 horas: «Iba entre Alburquerque (Badajoz) y Valencia de Alcántara (Cáceres). Había tarde de tormenta, con bastantes nubes. Algunas de ellas brillaban de manera un tanto peculiar. Al cabo de un rato, se me empezó a hacer muy largo el camino. Siendo una carretera muy transitada, no se escuchaban pájaros ni nada similar, y no me crucé con coche alguno. Y en un cambio de rasante, a la altura del Matadero Municipal, a unos tres kilómetros antes de llegar a Valencia de Alcántara, había algo que brillaba muchísimo. Era un ser de un metro o metro y medio. Hice fotos y lo esquivé».

Fernando Herradura, tras su entrevista con el autor.

Así me lo narraba Fernando el sábado 6 de abril de 2019 cuando pude entrevistarle en persona. Fue durante el transcurso de las primeras jornadas del misterio en Talavera de la Reina (Toledo), organizadas por los compañeros de *Ocultura Talavera,* mentados en el capítulo 3. Allí, apartados en un cuarto vacío, Fernando me seguía narrando como «me llamó la atención que en el cielo había una nube con una forma muy extraña».

Y su relato continuaba: «Al hacer el camino de vuelta, lo mismo. La carretera nada transitada y muy silenciosa. Al llegar al hotel, vi las fotos y aparece el ser bajito, algo inclinado, con una cabeza muy grande y una boca como la de un cocodrilo, y la nube que parece algo extraño. Luego contacté con personas de Valencia de Alcántara a las que les había pasado algo parecido. Aquello fue real, y creo que de otra dimensión».

El investigador sevillano Ángel Rivero me envió cierta documentación sobre este caso, que él mismo había investigado. Según sus propias pesquisas, hay ciertas contradicciones en el testimonio. Juzgue el lector…

La extraña nube, fotografiada por el testigo. Cortesía de Fernando Herradura.

«Aquello no era de este mundo»

El protagonista de esta historia repite en este libro, pues ya nos contaba algo recogido en el capítulo 2. José María R., desde Badajoz, me desveló otra experiencia que le marcó de por vida, y que me hizo llegar de la siguiente manera:

> *Navidades del año 2000, viajando de regreso desde Milán a Extremadura, concretamente el 2 de enero de 2001. Salimos de Milán a las 6.30 de la mañana con mi mujer y mis padres, por carretera. Me hice prácticamente todo el viaje conduciendo yo, mi padre me relevó de Barcelona a Zaragoza durante unos 300 kilómetros (de los 2.000 en total de aquel viaje).*
>
> *Sobre las doce de la noche, nos faltaba hora y media para llegar a nuestro destino, y alcanzando Trujillo (Cáceres) dirección Mérida por la Nacional V, me pongo a cambiar de emisora. Bajo la mirada un segundo, la elevo, y de repente veo a tres figuras caminando a cuatro patas, enormes, ocupando toda la calzada y cruzando la autovía. Aquellas figuras eran grises, casi negras.*
>
> *Iría a 120 km/h; mi familia dormida. En esas que veo que es imposible dar volantazo alguno porque me los comía con el coche sí o sí. Aun así lo intento y, al llegar a su altura por la escasa distancia que había entre ellos, pues cruzaban en fila india hacia el otro extremo de la autovía, se produce lo increíble.*

Una de las figuras se yergue, se eleva hacia arriba en dos patas y, además, se encorva para que, con mi volantazo, el coche pueda pasar entre ellas. Esa maniobra despertó a la familia, pero la oscuridad de la noche impidió verlas tras haberles pasado. Eran enormes, de más de dos metros. Voluminosas.

Hace de esto veinte años. Lo dejé en mi mente, y sé que aquello no tenía lógica o sentido alguno. No me creyó nadie, y, aunque intento olvidarlo, sé que algo pasó, aunque no le encuentro explicación racional alguna. ¿Fatiga? ¿Cansancio? ¿Algo que provocó que no me durmiera al volante? No lo creo. Aquello lo viví.

Cuando hablé con José María, este zanjaba aquella historia de manera tajante: «Para mí, aquello no era ni animal… ni terrestre. Sino ajeno a este mundo».

Y carreteras aparte, no son pocos los avistamientos de extraños seres cuya aparición viene precedida de extrañas luces en el cielo. Algunas relacionadas con los fenómenos OVNI, y otras vaya usted a saber. Son los humanoides, y también merecen su hueco de honor en este libro, y más concretamente en el capítulo siguiente.

Capítulo 13

Los humanoides

Este libro no va de OVNIs, pero la literatura ufológica española está plagada de casos que van más allá de ellos. Son muchos los sucesos apodados de tercer tipo, con seres humanoides como protagonistas —con o sin rostro, relacionados o no con los No Identificados—, que podemos consultar en España. Tuve acceso a varios de ellos, tras entrevistarme personalmente con sus protagonistas. Esto es lo que me contaron…

Quinientas ovejas y un perro… hipnotizados

José Sánchez de Marcos fue testigo de algo. Mi compañero Ángel Arroyo y yo fuimos a entrevistarle, tras ponernos sobre su pista el bueno de José Luis Blas, otro testigo de sucesos de tipo lumínico al que ambos visitamos en varias ocasiones. De modo que el martes 21 de agosto de 2017 nos desplazamos a Fuentelahiguera de Albatages (Guadalajara). Era un pueblo pequeño, con lo que fuimos al lugar de peregrinaje más habitual en este tipo de poblaciones. ¿La iglesia? No. El bar. Y efectivamente, no hubo que buscar más. Allí estaba. Hablamos con él, le mostramos una antigua publicación de tirada reducida subvencionada por el consistorio en la que resumía su experiencia y accedió a contárnosla. Le llevamos a la zona del avistamiento, dejándonos los neumáticos en el intento por lo agreste de la zona y, al llegar, bajamos del coche y nuestro protagonista empezó a hablar.

«Sucedió el 28 de agosto de 1977, sobre las diez de la noche. Estaba pastando con las ovejas, aquí dándoles de beber en el

abrevadero. Y apareció un platillo volante redondo en forma de almeja cerca de aquel árbol seco de allí. No era muy grande y estaba suspendido a unos 20 o 30 metros del suelo. Se iluminó el barranco entero de color butano», nos contaba José.

Y el lector se preguntará… pero ¿qué tienen que ver los OVNIs con el libro que tenemos entre las manos? Nuestro testigo os lo cuenta: «Estando los animales y yo aquí mirando aquello, a los cinco minutos aparecieron, a unos 80 metros, unas siluetas altas y corpulentas. Medían más de dos metros, con las piernas y los brazos muy largos, sin pelo, y estaban dando vueltas dentro de aquello. Iban en "chichas" (desnudos). Sus brazos y sus piernas eran el doble de grandes que los nuestros».

José Sánchez junto al autor, en la zona donde vio aquel platillo y a los seres.

Cuando le preguntamos a este hombre cómo reaccionaron ante semejante encuentro tanto él como sus animales, este nos desvelaba: «Los animales, unas quinientas ovejas, se quedaron todas mirando aquello en silencio, como hipnotizadas. El perro también. Estuvieron así unos cinco minutos, y aquello desapareció. En total, diez minutos todo. Me quedé acojonado. Dejé a los animales en el corral y salí de allí corriendo. Volví a por ellos al día siguiente, y lo hice con miedo. Miré a ver si lo que fuera que vimos había dejado algún rastro, pero nada. Después de aquello, pasé por allí algún día más, pero decidí no volver a hacerlo. Me daba miedo». ¿Quién iba a culparle?

También tuvimos ocasión de hablar con Antonio Vázquez, guardés de la zona desde 1985. Aunque no se ponía de acuerdo con

José Sánchez en la fecha exacta del avistamiento, sí que daba fe de que nuestro protagonista contaba aquello a todo aquel que quisiera escucharle, él incluido, quien recordaba los pormenores del relato.

Un humanoide robótico… y gigante

Fue pasando una agradable velada en Barcelona, cuando mi compañero Álex Barragán me puso sobre la pista de aquella historia. Una vivencia con tintes surrealistas que habían protagonizado tres personas en Talavera de la Reina (Toledo) una noche de 2014, más concretamente la del 21 de agosto. De manera que me puse manos a la obra y, gracias al bueno de Barragán, pude entablar contacto con una persona a la que llamaremos Armando, pues no quiere ser reconocida. Entre otras cosas, porque forma parte de los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado.

Un familiar del testigo, Miguel Pedrero y Ángel Arroyo señalando el lugar del avistamiento.

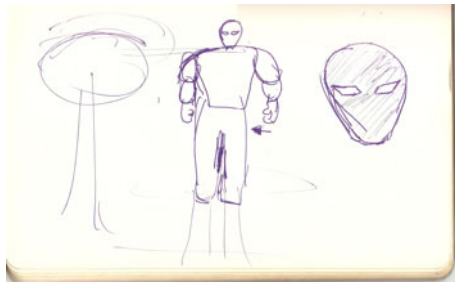
Tras algo de erosiva insistencia por mi parte, conseguí que me recibiera en persona junto a los investigadores Miguel Pedrero y Ángel Arroyo. De manera que, el 9 de mayo del pasado 2017, nos reunimos con Armando en el pueblo donde había tenido lugar aquel estrambótico suceso.

El testigo nos explicó que, semanas antes del hecho a relatar,

venía reuniéndose con unos amigos en un lugar, a las afueras del pueblo, relativamente cerca de una central hidroeléctrica. Y que, en dichos encuentros, habían avistado extrañas luces que podríamos relacionar con fenómenos OVNI. Una vez dicho esto, entramos en harina en lo que respecta a la noche de autos cuando, a las once aproximadamente de aquel sábado: «Vimos una enorme luz blanca sobre nuestras cabezas, en el cielo, haciendo extraños movimientos, algunos en zigzag. Llegó incluso a pararse sobre nosotros. Al contemplar aquello, no sé por qué, me da una descarga eléctrica en el sitio. No podía moverme. Pedí ayuda a mis amigos. El caso es que se me pasa y acto seguido le empieza a dar la misma descarga a uno de ellos. Algo muy extraño. Cuando se le pasa a mi amigo, decidimos que lo mejor es irse del lugar. A todo esto, de la luz blanca sale otra cosa hacia abajo…». Pero el suceso no queda ahí.

Según nuestro protagonista, en aquel lugar, que era una especie de gran descampado, había una gran valla que separaba el terreno de una carretera colindante. Es decir, que aquel recinto estaba vallado. «Pero nosotros entramos por una pequeña zona a la que le faltaba el trozo de valla correspondiente. Pues bien, cuando decidimos que nos queremos ir, nuestra preocupación aumenta considerablemente al percatarnos de que el hueco por el que habíamos entrado ¡ya no estaba! Estaba vallado. Es decir, que no podíamos salir», contaba Armando. Al preguntarle sobre la posibilidad de que se equivocaran de zona en el vallado, este nos dijo que lo comprobó fehacientemente, y que estaba muy seguro de que pasó tal y como nos lo estaba narrando.

La historia continúa: «Empezamos a sentir un fuerte olor a azufre. Yo ya me había desplazado hacia la valla, pese a que mis dos amigos se encontraban más atrás. A todo esto, empiezan a llamarme y a pedirme, a gritos, que vuelva. Cuando acudo, me explican muy alterados que han visto muy cerca a una especie de ser robótico de grandes dimensiones. Al decirme esto, me giro y, efectivamente, ahí estaba. Un ser de entre seis y ocho metros. Una especie de humanoide con aspecto robótico, calvo, con una potente luz en sus ojos. Era amenazante. Sentí miedo; aquello estaba enfadado y quería cogerme. De modo que salí corriendo, temiendo por mi vida». Le pedimos al testigo que nos dibuje aquel ser en mi cuaderno de campo, y lo hizo. Esto es lo que vieron:



Dibujo del ser, realizado por el testigo.

La historia se complica, ya que se topan con un ser de… ¡entre seis y ocho metros! Algo que pulveriza casi todos los récords mundiales en lo que respecta a la talla de seres humanoides. Y llegan a la conclusión de tan extraordinaria medida porque comparan a aquel ser con un gran árbol que estaba a su vera. Nosotros mismos, tras la entrevista con Armando, pudimos ir a la zona exacta del presunto avistamiento y vimos el árbol. No mentían. Si habían visto aquello y era mayor que aquel árbol, tenía que medir unos ocho metros.

«Según ya estoy cerca de la carretera sin mirar atrás y pensando solo en mi supervivencia, mis amigos, que nuevamente quedaron rezagados, empiezan a gritar auxilio. Al parecer, a uno de ellos le dio una especie de parada cardiaca. Paré y me dispuse a ayudar a mi amigo, no sin empezar a despedirme de mis seres queridos, pues pensé que mi final estaba cerca ante la amenazante mirada de aquel ser gigantesco. Al girarme, vi que aquello estaba a unos dos metros de ellos, y pensé que podía haberlos agarrado si hubiera querido. El caso es que mi amigo se recuperó y empezamos a correr los tres hacia la carretera, en sentido contrario a aquella cosa. El ser empezó a perseguirnos a la misma velocidad, muy cerca de nosotros, mirándonos directamente. Se deslizaba flotando, como volando», nos contaba Armando, algo nervioso.

¿Cómo acabó aquello? Nuestro protagonista nos contaba: «Finalmente, llegamos a la carretera por donde habíamos entrado, esta vez sin la valla que tapaba esa entrada minutos antes. Al llegar, miramos atrás y el ser ya no estaba. Nos fuimos a casa. No pude ni dormir de lo aterrorizado que estaba. Mis amigos estuvieron vomitando toda una semana. ¿Síntomas de radiación al haber estado

tan cerca de aquel ser?». Quién sabe…

Recreación del humanoide cerca del árbol. Así era de alto. Cortesía de Ángel Arroyo.

Después de preguntarle si habían consumido algún tipo de bebida alcohólica o algún estupefaciente, Armando fue rotundo al explicarnos que no solo no bebía una gota de alcohol, sino que tenía que pasar controles regularmente debido al trabajo que desempeñaba. Y al intentar entrevistarnos con el resto de sus compañeros para contrastar versiones, estos se negaron sensiblemente afectados por su experiencia, así como por una serie de acontecimientos que acaecieron después y que no estoy autorizado a revelar. Por ahora.

Y de una Talavera pasamos a otra…

La noche de los disparos

Todo un clásico. El caso Talavera La Real no es reciente. Lo que sí es, sin duda, es uno de los sucesos más espectaculares de encuentros con humanoides. Si no lo conocéis, no adelantaré más datos. Y si es así, seguid leyendo. Hay detalles que seguro que no os han contado y que, a buen seguro, os van a sorprender.

Sábado 27 de mayo de 2017. Junto a mis compañeros José Antonio Caravaca, Jesús Ortega y Lourdes Gómez, me dispongo a realizar una de las entrevistas más esperadas por todo amante de la ufología patria que se precie. José Manuel Trejo iba a desvelarnos una de las experiencias más apasionantes jamás vividas por un testigo en lo que a encuentros con humanoides respecta. Sin más, cedo las

siguientes líneas al propio Trejo para que sea él quien narre lo que sucedió aquella fatídica noche del 12 de noviembre de 1976.

De izquierda a derecha, José Manuel Trejo, el autor, Jesús Ortega y Lourdes Gómez. Foto de José Antonio Caravaca.

«Era cabo de guardia en una garita y custodiaba una propiedad del Ejército del Aire en la base de Talavera La Real (Badajoz). Esperábamos el cambio de guardia un compañero y yo en la sección de combustible cuando, a eso de las dos de la madrugada, empezamos a oír unos ruidos en el aire, como una especie de silbido. E inmediatamente después, a los quince segundos, una explosión de luz entre blanca y violeta. Las hojas de los eucaliptos parecían lila, de un color muy bonito. Aquella explosión duró unos cinco segundos, entre lo que tardó en abrirse y desaparecer.

»En ese momento, ese extraño ruido que oíamos se hizo mucho más fuerte. Entonces se fue la luz en toda la base, al menos en nuestra sección. A todo esto, estábamos a un kilómetro del cuerpo de guardia, de modo que decidimos tres soldados más y otro que estaba a cargo de Nerón —un perro que teníamos allí con nosotros— desplazarnos hacia el cuerpo de guardia para ver lo que pasaba. Bordeamos la sección de combustible, que era un rectángulo. Teníamos diecinueve años. De manera que cargamos las armas, pues pensábamos que allí pasaba algo.

»Y entonces, donde se escuchaba aquel extraño remolino, entre un árbol y una pared, nos encontramos con un ser de casi tres metros de altura. Y aquello estaba a medio metro suspendido sobre el suelo, flotando. Era como un holograma, pero que tenía profundidad,

contorno, sombra… todo. Y estaba formado de luz, una luz verde, muy tenue, reflejada por el traje, pues las botas de aquel ser no reflejaban nada. No sé si aquello era piel o tela, pero parecía metálico. Era físico, eso seguro. La cabeza era una bola de cristal oscura, completamente negra. Sin ojos. Los brazos los tenía semiabiertos, y estaba observándonos, inmóvil.

»Nosotros estábamos frente a aquello, yo en una posición algo más adelantada que mis compañeros, que estaban ya preparados para abrir fuego contra eso. Y de repente, aquel ser cerró los brazos con un movimiento rápido. En ese mismo momento, sentí como si algo me atravesara. Me quedé sin oxígeno, como si me hubiese quitado la vida. Y caí al suelo, sin poder moverme, pero siendo consciente de todo cuanto ocurría. En ese instante, el perro saltó hacia aquel ser, en posición de ataque, y se dio de bruces contra lo que parecía una mampara invisible, y con el pelo humeando.

»Había un silencio total. Mis compañeros decidieron disparar. A uno de ellos se le encasquilló la Z-62, arma reglamentaria que portábamos y que dispara veinte balas en diez segundos. Trrrrrrrrrr. Vaciaron dos cargadores contra aquello. Las balas fueron directas al ser, y entonces este desapareció hasta convertirse en un pequeño punto de luz. Como cuando apagabas una televisión analógica de las antiguas.

Base Aérea de Talavera La Real. Foto del autor.

»Aquello pudo ser una proyección tridimensional de algo que parecía un muñeco Michelin, pero desinflado; o bien un ser de tipo extraterrestre, pues nuestra tecnología no es capaz de crear algo

semejante. Yo aún no he visto tecnología militar que, mediante un campo magnético, proteja de balas o ataques animales. O esa silenciosa suspensión sobre el suelo. Aquello no era de este mundo.»

Pero la cosa no acabó ahí. Trejo recupera la consciencia, vomita, se incorpora y llegan refuerzos, ya que al escucharse disparos se da la alarma en la base. Y empieza a recuperar la visión. Se ha hecho sus necesidades encima y se encuentra en un estado bastante mejorable, pero la noche no ha terminado. Al explicar lo sucedido, empiezan a cercar la base parando a todo coche que se acerca, buscando a un posible culpable que fuera de este mundo. Dieron el alta a varios coches, pero algunos no se pararon y… «el teniente coronel gritó: ¡fuego, fuego! Y fueron acribillados a balazos. Disparamos todos. Uno de ellos fue alcanzado por treinta y seis proyectiles, pero el conductor salió ileso debido a unas maletas metálicas de muestras de calzado que tenía dispuestas detrás del asiento.

»Por otro lado, un Seat 132 que se encontraba en las inmediaciones de la puerta principal recibió hasta sesenta disparos. Sus ocupantes, un político que se encontraba con una menor, salieron también ilesos. Había veinte soldados frente a otros veinte, dispuestos por el teniente coronel, todos disparando. Yo mismo vi los asientos de los coches cosidos a balazos, y sus ocupantes ni un rasguño. Aquello fue una chapuza que pudo acabar en masacre, pero no fue así. Yo no creo en los milagros, pero lo de aquella noche fue uno de ellos, sin duda.

»Al día siguiente, llevaron a más de sesenta soldados para buscar los casquillos de las balas que dispararon mis compañeros contra aquel ser, pero no encontraron absolutamente nada. Ni un solo impacto, ni un solo casquillo. Lo que sí hallaron fueron botellas de vidrio derretidas donde nos encontrábamos la noche anterior. Nos metieron en calabozos y nos interrogaron varias veces, tratando de convencernos de que aquello no había pasado.

»Nos amenazaron con montarnos un consejo de guerra e insinuaron que podía haberse tratado de una alucinación debida a la ingesta de bebidas alcohólicas u otras sustancias, pero yo ni fumaba tabaco por aquel entonces ni había bebido alcohol en mi vida. Mis compañeros tampoco. ¿Y el perro? El perro no podía beber ni fumar porros, pero atacó a aquello, fuese lo que fuese. Nos prohibieron hablar entre nosotros».

Pasaron los años y Trejo recibió una extraña visita:

«Vino a verme en 1985 una pareja, uno era del Ejército del Aire y otro del CESID. Empezamos a hablar y accedí a una entrevista con ellos. Durante el transcurso de la misma, que fue bastante agradable, empezaron a aconsejarme que debía mentir, diciendo que todo lo que pasó aquella noche de 1976 había sido una invención nuestra. El caso es que de los compañeros que nos encontrábamos aquella noche, tres habían desaparecido en circunstancias extrañas. Uno atropellado por un coche en Barcelona, y al día siguiente otro con una jeringuilla clavada en un brazo. Ambos muertos, en dos días. El tercero desapareció sin dejar rastro.

MANDO OPERATIVO AÉREO | ESTADO MAYOR DIRECCIÓN DE INTELIGENCIA

AVISTAMIENTO DE FENÓMENOS EXTRAÑOS

EXPEDIENTE: 761112

LUGAR: B. A. TALAVERA

FECHA: 12 de Noviembre de 1976

RESUMEN:

- El Agregado de Defensa en Caracas remite una fotocopia de un artículo aparecido en el "Diario de Caracas" en el que se relatan unos sucesos ocurridos en la B.A. de Talavera la noche del 12 de noviembre de 1976.

- El artículo relata la aparición de un ser luminoso de color verde, "igual que la luminosidad que ofrece el fósforo durante la noche"(sic), con brazos largos pero con manos y piernas difusas. Los centinelas hicieron disparos sobre la figura que desapareció inmediatamente.

- Posteriormente estudiosos e investigadores de fenómenos OVNI,s solicitaron del ministerio de Defensa información referente al suceso ya que solo se conocía la versión periodística difundida.

- La respuesta dada por la DIRSDE a los investigadores fue que debido al carácter del tema continuaba en vigor la consideración de "MATERIA RESERVADA"(2 DE OCTUBRE DE 1984) o que, a otro estudioso del tema, se había nombrado un Juez Instructor para el esclarecimiento de los hechos quién elevó a la Autoridad Judicial las pertinentes conclusiones. Entre los documentos que se elaboraron para la contestación al primer particular nombrado en este párrafo, se puede leer claramente que no existe constancia del hecho en el Estado Mayor del EMA(Documento 0019).

- Entre la documentación que fue remitida al Cuartel general del MOA, con fecha 15 de enero de 1992,y que acompañaba a la orden expresa de JUNA a CINCA de hacerse cargo de todos los asuntos referentes a los objetos no identificados, no aparece ningún documento relativo al suceso así como tampoco el citado informe que fue elevado a la Autoridad Judicial.

- En reiteradas ocasiones se han realizado consultas a nivel de Base Aérea y MACOM para localizar alguna información, con resultados negativos en la documentación de esta propuesta de

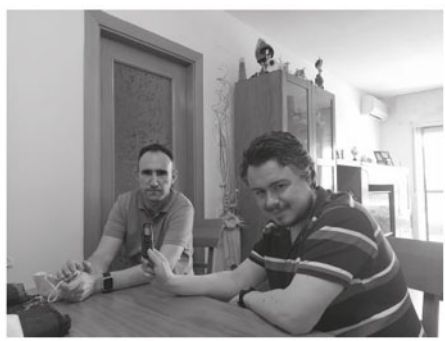
Primera página del expediente desclasificado por el Ejército del Aire sobre el caso.

»Y aquella pareja, uno de treinta y ocho años y el otro de cuarenta y cinco, pretendía intimidarme, haciéndome firmar un escrito en el que me desdecía de mi testimonio de cuanto nos sucedió aquella noche en Talavera La Real. Querían que dijese que me lo había inventado todo. Yo les respondí que ya estaba cansado de ese tema, y que me daba igual vivir que morir. Así se lo dije. Si vosotros

pensáis que yo tengo que estar muerto, me vais a quitar de en medio en cualquier momento. No tengo de qué preocuparme, pues todo lo demás será superfluo. De modo que haced lo que tengáis que hacer, y yo haré lo propio como ser humano. Me levanté y me fui. Nunca más supe de ellos».

«Aquel ser pidió que me callara»

Y cerramos el presente capítulo. El pasado 21 de mayo de 2021 viajé junto a mi compañera Adriana Estop a la comarca del Vallés Occidental, más concretamente al municipio de Palau-solità i Plegamans, en la provincia de Barcelona. Allí pudimos entrevistar en su domicilio a Enrique Librero. Él contactó conmigo hace ya algún tiempo para narrarme algo difícil de digerir, pero que, al hacerlo, le ponía literalmente los pelos de punta…



Enrique Librero, junto al autor, durante la entrevista.

Según Enrique, «aquello sucedió en los años ochenta, cuando era pequeño y tenía ocho años. Era otoño, sobre las cinco de la madrugada. Mi padre trabajaba algunas noches, y yo aprovechaba para acostarme con mi madre, pues no me gustaba dormir solo. Me metí en su cama, me dormí y de repente me desperté sobresaltado. Entonces, a través de la puerta, a un par de metros de mí, vi desfilar a cinco seres iluminados, traslúcidos, que iban de derecha a izquierda,

andando muy lentamente. Iluminaban, pero no producían luz. Les vi de perfil».

Al preguntar a nuestro protagonista por más detalles, este nos explicaba que «cada uno tenía un tamaño, y aparecían de forma escalonada, el primero mediría unos dos metros y el último metro y medio. Recuerdo estar despierto, y de hecho, llamaba a mi madre para que viera aquello, pero no me hacía caso. "¡Mamá, mamá!", le decía, y le daba en el brazo. Pero me indicaba que no me preocupase, que estaba teniendo una pesadilla. No era así».

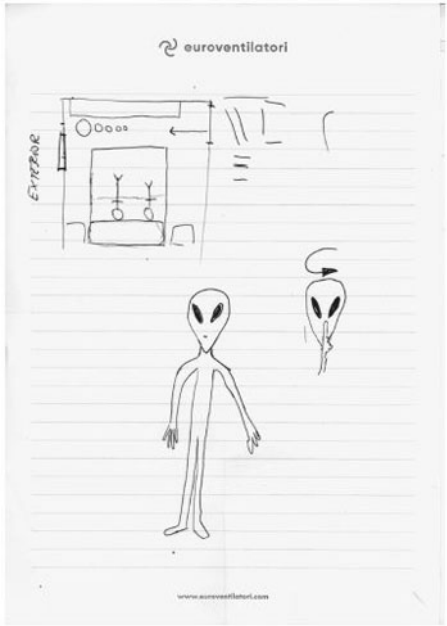
Pero la cosa no quedó ahí, ya que «el último ser, el más pequeño, se giró hacia mí y lentamente me hizo un ademán con la mano de que no dijese nada. Yo no escuchaba sonido alguno. Luego volvió a girarse, continuó su camino y desapareció, junto al resto de los seres, tras la pared. Duró unos diez segundos. Algo muy raro. Aquello no era de aquí».

Al preguntarle sobre la descripción física de aquellos seres, Enrique nos detallaba como «no tenían ningún tipo de ropaje. Eran todo de luz. Las extremidades largas. La cabeza era de forma ovoide, con los ojos negros avellanados, muy grandes. De boca muy pequeña». Le pedí que me los dibujara, y así lo hizo.

«Lo más curioso de esto es que yo, una vez caí en un sueño profundo después de que desaparecieran los seres, lo olvidé totalmente. Hasta que, un día, ya con quince años, lo recordé todo súbitamente, desayunando en casa con mi familia. Esto no lo he contado a nadie más que a mi familia más cercana», zanjaba Enrique.

¿Con qué se topó realmente aquella noche este chaval? Yo le pedí que me lo dibujara. Y así lo hizo…

Aparte de aquello, el testigo recuerda también cómo se topó con «un sin rostro» en una ocasión, «hace cinco años cuando estaba en la casa de un familiar y subí las escaleras para ir al lavabo. Al llegar, a mano izquierda, pude ver a unos cuatro metros la sombra como de una persona anciana, bajita, desplazándose lentamente. Fue una sensación negativa. Tiempo después, lo hablé con mi madre y me dijo que uno de los habitantes de la casa había visto lo mismo».



Dibujo de Enrique Librero.

Capítulo 14

Entre hospitales, ángeles y entes milagrosos

A lo largo de las páginas anteriores, hemos ido desglosando un buen puñado de situaciones y encuentros con seres, con o sin rostro, cuyas presuntas intenciones nos son del todo desconocidas. ¿Son buenos o malos? ¿Pretenden hacernos daño, ayudarnos de alguna manera o tan solo hacerse notar por alguna razón específica? Pues bien, este capítulo es distinto, pues a diferencia del resto, aquí parece quedar bastante patente la intencionalidad con la que dichas apariciones hacen acto de presencia…

Experiencias de enfermeras

Isabel Rosa lleva treinta y seis años en Sanidad. «En la UCI, normalmente, cuando fallecía alguien, esa noche se escuchaban ruidos en quirófano, sin haber nadie», según me revelaba. Y es que, gracias a ella, pude conocer de primera mano una serie de extraños sucesos acaecidos en el ámbito sanitario.

Para muestra… «En el hospital de Terrassa nos sucedió algo muy extraño con una señora que estaba ingresada con un cáncer terminal. Estaba siendo medicada con mórficos. Una tarde fueron a verla su marido y su hija, y por la noche nos llamó diciendo que su marido había muerto. Nosotras pensábamos que se trataba de los efectos de la morfina. Pues bien, horas después, a las siete de la mañana, nos llamó su hija diciendo que habían tenido un accidente de tráfico y que su padre había muerto, justo a la misma hora que su madre dijo haber

visto a su marido fallecido. Cuando se lo dijimos, nos dijo: ya os lo dije, que vino a despedirse. Y así sucedió.»

Además, ella parece tener cierta habilidad «especial» (en la que ahondaremos en el capítulo 16): «Cuando yo tenía dieciocho años, soñaba que mi novio se mataba en un accidente en las cuevas de Mataró. Y murió exactamente así, con veintiún años. Tuvo fractura total de la base del cráneo. Que veas cosas con antelación no significa que no vayan a pasar». Y no solo protagonizó esta experiencia. Tuvo algunas más.

«Cuando tenía nueve años, venía una señora a por mí cuando estaba durmiendo. Me llevaba abajo y vi a un niño y a un señor. Duró varios años, y tenía pánico al ir a dormir. Se me aparecía aquella señora pidiéndome ayuda. Luego descubrimos que bajo mi casa había túneles en los que murió gente», contaba Isabel Rosa.

Al preguntarle por más experiencias vividas por ella y otras compañeras de hospital, se animó a contarme: «Hubo una chica asmática que entró en parada cardiaca por un *shock* anafiláctico. Se puso un espray por un dolor de muelas y entró en parada. Vino a urgencias y la atendimos una compañera mía enfermera y la doctora Reus. Conseguimos reanimarla y subió a la UCI. En ningún momento estuvo consciente. Estuvimos casi media hora reanimándola». Hasta ahí todo normal. Pero…

«Sobre las tres de la madrugada, subimos cinco a verla, incluidas las tres que la atendimos. Y nos dijo, a las tres, que éramos los ángeles que la habíamos salvado. Y empezó a describir al detalle la sala del box de urgencias en el que había estado en parada, inconsciente en todo momento: una sala blanca, una camilla negra, etc. También que había estado en el suelo y nosotras tres encima de ella… Todo. Y lo explicaba como si lo hubiera observado todo desde arriba», sentencia. De ser tal cual, estamos ante una circunstancia realmente impresionante, ¿no creéis?

Pero Isabel Rosa me contó más historias: «Otras compañeras han padecido cosas similares, como escuchar voces en una habitación pidiendo agua.

»—La de la habitación 12 no para de pedirme agua —me dijo una compañera.

»—Oye, que en esa habitación no hay nadie —respondía yo.

»Y efectivamente, estaba vacía. O en la morgue, decir un

camillero que notaba que alguien le estaba acompañando, negarse a ir solo y tener que acompañarle cada dos por tres. Luego, había personas ingresadas que decían que se morían, que por favor llamásemos a su familia, con las constantes vitales correctas y el electro bien. Insistir y terminar falleciendo horas después. Ha pasado muchísimas veces».

El médico fantasma

El 4 de diciembre de 2016, minutos antes de partir a Madrid desde Barcelona tras un intenso fin de semana en el Magic Internacional (al que fui invitado por el empresario Alfonso Trinidad para dar una conferencia, precisamente, sobre casos similares a los de este capítulo), estuve entrevistando a una agradable pareja formada por Jordi Corominas y Montse Alfaras. Ambos me contaron una experiencia que vivieron en propias carnes y que, a decir verdad, no tiene desperdicio. Según Jordi, «tenía una infección de cuello que se complicó y me acabaron ingresando en el hospital. En la recepción de urgencias no supieron decirme a qué podía deberse. El doctor que nos atendió fue a buscar a un otorrino a la planta superior, y mientras esperábamos apareció un personaje muy bien vestido. Se me acercó, sacó un objeto en forma de cuchara abierta, me inspeccionó girándome la lengua hasta que apareció una bolsa infecciosa. El señor le dijo a mi esposa que era una septicemia prácticamente declarada. Me dictó una serie de antibióticos muy potentes, intravenosos, y eso me salvó la vida».

Sorprendido, al solicitar más detalles sobre aquel personaje, Jordi hacía constar: «Mi instinto me dice que era árabe, aunque hablaba español perfectamente. Y me llamó la atención que dentro de aquel maletín de madera tenía una luz frontal y había una caja con una batería con vasos de líquido, y parecía de los años veinte».

Al preguntar más pormenores sobre dicha historia a su esposa Montse, esta me decía: «Fue hace diez años, en la clínica Sagrada Familia de Barcelona. Como dice mi marido, cuando nuestro médico de cabecera fue a buscar a un otorrino al piso superior, bajó un señor vestido de calle, con un pantalón verde oscuro y una americana verde oscura. Tenía unos zapatos marrones superlimpios, un olor como

rancio y tez muy morena. Era bajito, muy bajito».

¿Y qué hizo? «Cogió esa especie de cuchara mordida que dice mi esposo, le examinó y me hizo un gesto de desaprobación ante lo que veía, de modo que pensé que podía ser un tumor. Él dijo que era una septicemia con una bolsa llena de pus y que si se reventaba era muerte segura, "de modo que voy a programar rápidamente un cóctel de antibióticos e ingresarlo en planta".

Montse Alfaras y Jordi Corominas siendo entrevistados por el autor.

»Entonces, al contarle esto a nuestro médico, nos dijo que tendríamos que pagar los honorarios de este doctor, ya que no trabajaba en la clínica Sagrada Familia. Le ingresaron y empezaron a aplicarle los antibióticos. Esa misma tarde, vino de nuevo aquel doctor con una maleta de madera muy vieja, se puso una luz muy antigua en la frente, lo miró y dijo que parecía haber bajado la infección y que regresaría al día siguiente por la mañana.

»Y efectivamente, al día siguiente, era domingo, vino por la mañana con la misma maleta e igual vestido (pantalón y americana verdes, camisa y corbata) de otra época. No se identificó ni nos dijo en ningún momento su nombre. Me hizo cerrar la ventana hasta que quedó a oscuras la habitación, volvió a inspeccionarle con aquella luz antigua en la frente y nos dijo que iba un poco mejor, que no creía que hiciera falta operar, que se retiraba y que fuéramos al otorrino de la clínica. Entonces le pregunté lo que le debíamos por su servicio y

me dijo que nada, que había sido un mal diagnóstico. Se fue, y al salir se cruzó con nuestro médico de cabecera que, al entrar y preguntarnos lo que nos había cobrado, le dijimos que nada, pero que insistiríamos.

»Esa tarde, bajé a recepción y le pedí que me diera el nombre del doctor que nos atendió para hacerle un presente de Navidad como muestra de agradecimiento. Le describí al señor detalladamente y, al mirar las hojas, me dijeron que no había ningún médico que respondiese a esas características. Que no existía. ¡Pero si yo le había visto! ¡Habíamos hablado con él! Pero eso nos dijeron, que no existía. Y mi marido está curado. Nuestro médico de cabecera dijo que se trataba de unas anginas con mucho pus y que era muerte segura. Aquel señor, del que nadie sabía nada, le salvó la vida», terminaba Montse su relato. ¿Estamos, pues, ante un médico fantasma?

El ángel salvador

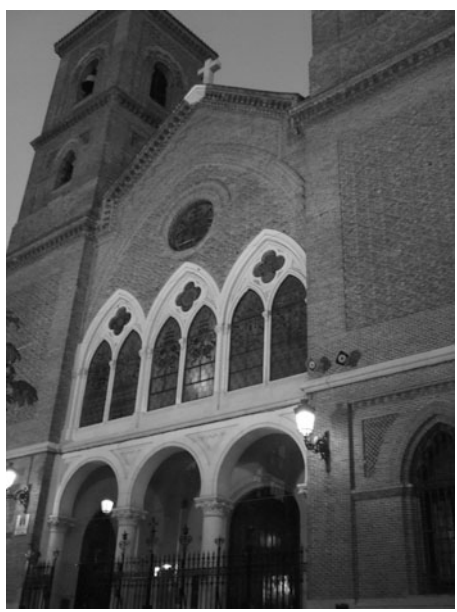
Enlazando con el mundo de los hospitales, más impresionante aún, si cabe, resulta la historia de alguien a quien llamaremos Cara Mosint, quien ya fue protagonista de mi libro *Dossier de lo insólito* por otra historia relacionada con extrañas llamadas telefónicas. Pero la experiencia que nos atañe es francamente impresionante. Me la contó por teléfono, y posteriormente quedamos en persona en la zona de Moncloa (Madrid). Allí, sentados en el banco de un parque aledaño, Cara me confesó lo siguiente:

«A los veintiocho años, en 1996, fui a hacerme una revisión ginecológica rutinaria a un ambulatorio de la Seguridad Social que hay en la Puerta de Toledo. El ginecólogo me preguntó, extrañado, si podía estar embarazada, a lo que le dije que no con rotundidad, con lo que este señor me respondió que, en tal caso, tienes un tumor en la matriz. Palabras textuales. A los pocos días, fui al mismo ambulatorio a hacerme una ecografía. Me dijeron que era algo degenerativo, y me derivaron a la Fundación Jiménez Díaz porque, literalmente, tenía el útero que parecía un saco de patatas, lleno de miomas. El mayor medía 16 centímetros.

»Al llegar a casa aquella noche, se me cayó el mundo a los pies. Pensé que tenía un cáncer, que iba a morir pronto, que no podría

tener hijos… Estaba desesperada, David. Mi cuñado y mi hermana me llevaron a la Fundación Jiménez Díaz, y allí me hicieron un legrado esa misma noche, y al día siguiente llegó el doctor que me había operado y me dijo que tendrían que extirparme, muy probablemente, casi con seguridad, el útero y los ovarios. Me volví loca, David. Yo no quería morir.

»Cogimos un taxi y me fui para casa, recién operada, sangrando además. Al llegar, el disgusto fue tremendo. Esa misma tarde, recuerdo que era un día entre semana, le dije a mi madre que iba a ir a la iglesia a rezarle a Dios. Fui a la iglesia de La Paloma, entré, me arrodillé en uno de los bancos, y estuve horas llorando y rezando. Estaba vacía. El caso es que, al levantarme para irme, me di cuenta de que a mano izquierda había un confesonario con un sacerdote dentro, que me hizo un gesto para que me acercase. Recuerdo que tenía un hábito blanco…



Fachada de la iglesia de La Paloma.

»—¿Qué te pasa? —me preguntó el sacerdote.

»Se lo conté:

»—Padre, usted que está más cerca de Dios que yo, por favor,

pídale que interceda por mí —le dije.

»—¿Y tú por qué crees que yo estoy más cerca de Dios que tú? ¿Cuál crees que es la voluntad de Dios para ti? —me preguntó.

»—Yo creo que Dios es amor.

»—Entonces acepta su voluntad porque Dios es amor.

»Aquellas palabras me impactaron. Era un hombre de tez clara y sonrisa serena, que transmitía mucha paz. Era rubito, de unos treinta o treinta y cinco años.

»—Gracias padre, pero ¿usted quién es? —le pregunté para acabar.

»—Yo vengo de las misiones, y a las misiones regreso. Vete en paz y no sufras más —me respondió.

El confesonario donde tuvo lugar el encuentro con aquel «sacerdote».

»Al llegar a casa, esa noche pasó algo muy curioso, David. Yo tengo bien conservada una Biblia que me regaló mi tía cuando hice la comunión. Y esa noche sentí la necesidad de coger mi Biblia y abrirla al azar. Y justo la abrí por la parábola de la mujer con el flujo de sangre, un milagro de Jesucristo. Me impactó mucho. Pero las casualidades no existen, David. Y entonces, esa noche, sentí como si algo me tocara la cabeza, muy suavemente, por detrás. Como si hubiese una mano que me estuviera colocando algo. Lo sentí físicamente. Al despertar al día siguiente, me levanté muy bien. Había dejado de sangrar y estaba feliz, tranquila. Entonces decidí ir a la iglesia para agradecer al sacerdote sus palabras. Fui a la sacristía a buscarle, y me topé con otro sacerdote más mayor. Le conté lo sucedido.

»—Buenas tardes, padre. Estoy buscando a un sacerdote con el que hablé ayer por la tarde —le abordé.

»—¿Ayer por la tarde? —me respondió.

»—Sí, en un confesonario de ahí de la izquierda.

»—Eso es imposible.

»—Pero si hablé ayer aquí con un sacerdote que tenía un hábito blanco. Y tras hacerlo me sentí mucho mejor de una dolencia…

»—Usted se habrá equivocado de iglesia.

»—Oiga, perdóneme, yo no me he equivocado de iglesia. ¡Yo estuve aquí ayer!

»—Eso es imposible porque no hay confesión entre diario y, además, nuestra orden no lleva hábito blanco. Nunca lo ha llevado.

»—Pero ¿usted no me cree, padre? —le dije, muy contrariada.

»—Bueno, hija mía. Los caminos de Dios son inescrutables. Tómalo como que un ángel del Señor ha venido a visitarte y ha hecho un milagro contigo —me dijo.

»Y esa es la historia, David. A partir de ahí, tengo cuarenta y ocho años, sigo con mi útero y mis ovarios intactos, me operaron de los miomas. Al año siguiente, cuando llevé la radiografía a mi ginecóloga se quedó realmente asombrada, pues médica y ginecológicamente ella no podía entender cómo un mioma de 16 centímetros había podido reducirse, sin ningún tipo de tratamiento, a tres centímetros. ¡A tres!», me contaba Cara, pletórica.

Semanas después, en noviembre de 2016, empecé a indagar en el asunto más allá del testimonio de Cara. Fui a la iglesia de La Paloma, y estuve preguntando por el párroco que a primeros y mediados de los años noventa estaba allí, para tratar de hablar con él y que me confirmase, de recordarla, la historia de nuestra protagonista. No hubo suerte. Hablé con Gabriel Benedicto, el joven párroco que desde hacía dos años se encargaba de la parroquia. Gabriel me confirmó que el sacerdote al que me refería se llamaba Jesús Higueras y que había fallecido en 2008. Al tratar de averiguar si se conservaba algún registro, cuaderno de notas o similar donde pudiera estar anotada una historia de este tipo, se me dijo que no había constancia de que existiera tal cosa: «Lo que tenía don Jesús lo hemos archivado, todo lo que son documentos parroquiales, aunque solo aparecen notas, planes pastorales, todo de tema catequético. Pero ninguna referencia a sucesos», me confesó Gabriel. Una pena…

Altar de la iglesia.

La «masa negra» y los «ángeles de hierro»

María Mora es estudiante de Criminología, técnico especialista de laboratorio y auxiliar de enfermería. De hecho, trabaja haciendo sustituciones en un servicio público de salud. La experiencia que me legó no tiene desperdicio, pues creamos o no en la meditación y sus misterios, nuestra testigo me pareció del todo coherente con su narración al poder entrevistarla después de lo que me hizo llegar, que era tal que así:

Tengo cuarenta y siete años y llevo veinte en el mundo de la meditación y las terapias. Ahora llevo una etapa más tranquila y utilizo la meditación, reiki y yoga tan solo para mí. He cambiado de fase y, además de trabajar en la sanidad por temporadas, he comenzado la carrera de Criminología.

A lo largo de todos estos años he conocido (en el mundo espiritual) muchísima gente de muchísimas clases y opiniones. Me han contado muchas experiencias y yo misma he tenido las mías, pero estas nunca, nunca han sido malas. Siempre han sido buenas y muy reconfortantes. Lo que me ocurrió en aquella jornada de meditación no lo supo nadie más de allí. Tan solo yo, porque solo lo vi yo. Aquello no tenía nada que ver conmigo, pero sí quería venir a por mí.

Tenía un grupo de meditación. Eran quince personas y yo dirigiendo. Todo iba fenomenal, como siempre. Buen ambiente, buenas sensaciones y buena armonía. Solo había dos personas que me inquietaban. Cuando comienzo una meditación, hago siempre un ejercicio mental de autoprotección que me hace sentir muy tranquila. Es una técnica de autoprotección que aprendí hace muchos años. Y menos mal.

En un momento dado, detrás de una de las personas que me inquietaban, comenzó a aparecer una masa negra, oscura como el mismísimo abismo, y tan densa y espesa como el petróleo recién extraído. Empecé a sentir miedo y volví a hacer mi ejercicio de autoprotección durante la meditación porque el resto de las personas no estaban percibiendo nada. Solo lo estaba percibiendo yo. Me resulta

muy difícil explicar esto porque los temas energéticos son difíciles de expresar con palabras y poca gente los entiende. Solo lo entiende quien ha pasado por alguna experiencia similar.

Bien, como yo fui consciente de que aquello solo lo estaba viendo yo, como comentaba, trabajé la meditación y la autoprotección energética que aprendí hace muchos años. Aquella masa negra densa estaba cargada de mal. Flotaba en el aire por detrás de aquella persona del grupo y avanzaba hacia mí. Le vi unos ojos rasgados blancos que me miraban con odio. Sentí que me transmitía un pensamiento: «Quiero ir a por ti…». No le interesaba nadie más que yo. Aquella maldad negra odiaba lo bueno, el equilibrio, la bondad… Eso era algo insoportable para ella. Si me hubiera atrapado, me habría destrozado en todos los sentidos, pero tengo que decir que el trabajo energético que yo estaba haciendo durante la meditación con autoprotección funcionó. El bien pudo con el mal.

Verás, hace mucho aprendí a protegerme energéticamente haciéndome una especie de envoltura con un trabajo mental, y pido a mis ángeles guardianes que me asistan y me ayuden. Descubrí también que vienen al menos dos de ellos a hacer lo que les pido y, además, son increíblemente protectores. Muchos podrán decir que estoy ida de la cabeza o que se me ha subido la energía, que es mi imaginación o que me fumo algo, pero la verdad es que ni siquiera fumo tabaco normal.

Yo he podido visualizar a esos dos seres de luz y curiosamente algunos de mis alumnos también lo han hecho alguna vez, y los han descrito tal como yo los veo sin que yo les explicara nada previamente. Ellos son como ángeles de hierro: están para lo que están. Vienen cuando los llamo, me dan fuerza, protección, me asisten en lo que necesito y luego se marchan. Llámame loca, pero gracias a ellos aquella masa maléfica se marchó más llena de odio que cuando llegó porque no pudo conmigo. Nadie se enteró de nada. La jornada transcurrió maravillosamente bien.

Al final, cuando todos se marcharon, las dos personas que me inquietaban esperaron a que todos se fueran, se acercaron a mí y me confesaron que habían estado invocando. Sí: invocando. Me dijeron que la sala se llenó de gente (espíritus) y que no sabían muy bien qué «puerta» (puerta dimensional) habían abierto, pero que les apetecía experimentar. Y me pregunto yo: ¿quién es nadie para venir a mi jornada de meditación a invocar? No les conté nada, pero me cuidé muy bien de no volver a admitirlos en ninguna de mis siguientes jornadas.

El ángel de la M-30

Carolina del Peso es arquitecta, y me envió este relato que —para cerrar el presente apartado— paso a transcribir de manera literal. Posteriormente, como hice con todos los que me enviaron experiencias similares, pude hablar con ella para saber más. De nuevo, todo coincidía. Su historia es la siguiente:

Era una mañana soleada de otoño del año 2000; lo recuerdo bien porque llevaba a mi hijo de poco más de un año a la guardería antes de ir yo a mi oficina. Entrábamos a Madrid desde la zona Noroeste por la M-30; por aquel entonces aún se circulaba en este trayecto por la superficie. Y había un punto, para salvar la pila

de uno de los puentes del Manzanares, en que la calzada se abría en dos y se podía circular en el mismo sentido por una u otra vía bordeando esta pata del puente; al volverse a unir los dos carriles dejaban una especie de isleta triangular, marcada solamente con líneas blancas en el asfalto.
Si describo esto con tanto detalle es porque aquella mañana, minutos antes de llegar a esta zona, se me reventó un neumático. Muy asustada, con el coche inclinado y en malas condiciones, lo llevé hasta esta isleta para pararme a ver qué podía hacer. Hoy no recuerdo haber podido parar en otro sitio, en esta zona, seguramente por lo estrecho del paso, no había arcén ni banda de servicio similar, así que me bajé del coche y pensé en cambiar la rueda por la de repuesto.

Los coches me pasaban muy cerca y a ambos lados, ya que el sitio era muy estrecho y llegaban a este punto sin haberme visto, ya que la pila del puente (bastante ancho y de piedra) tapaba completamente mi coche. En esos años tampoco recuerdo la limitación de velocidad de esta vía, pero sí recuerdo que sobrepasábamos alegremente los 100 km/h. No han pasado muchos años, pero en el tema de los avisos y la conexión, parecemos ya de otro mundo, porque, aunque yo ya llevaba móvil, lo usaba para pocas llamadas y ni se me ocurrió que quizá habiendo llamado a mi compañía de seguros, hubieran podido venir a ayudarme.

Estaba bastante agobiada, te puedes imaginar la situación. No solamente porque llegaba tarde a mi trabajo, sino porque al estarme moviendo por allí tenía bastante riesgo de que me llevara otro coche por delante, con un bebé dentro del mío… Realmente, él era lo que más me preocupaba porque, a pesar de sus pocos meses de vida, estaba muy despierto y me miraba desde dentro del coche con sus ojitos que parecían preguntarme: «¿Mamá, qué pasa?». (De hecho, con esa edad ya hablaba bastante bien.)

Entré un momento para decirle que se había roto una rueda y que iba a arreglarla enseguida. La verdad es que, aunque quería ser convincente, seguro que hasta mi hijo podía leer en mí la preocupación. Salí de nuevo del coche y en un instante deseé, con toda la necesidad de la que era capaz, AYUDA. Es como si desde mi interior lo hubiera gritado con una fuerza sobrehumana.

Entonces y no sé bien de dónde, apareció un hombre de unos cincuenta años, de estatura menor de 1,80 metros, pero más de 1,70 (no puedo ser más precisa hoy; era más alto que yo, pero tampoco exageradamente alto) con el pelo en melena y bastante barba (de color castaño, pero como si hubiera sido rubio de pequeño). Llevaba ropa muy sencilla y vieja, pero perfectamente limpia. Y me preguntó: «¿Necesitas ayuda?». Pensé que era una especie de vagabundo, pero su aspecto era bueno y sobre todo su mirada era tan limpia (no recuerdo el color de sus ojos, creo que no eran azules, pero eran muy muy claros) y su talante tan amable y tranquilo, que no dudé ni por un instante que lo único que iba a hacer era ayudarme. Es más, me sentí de repente más tranquila y hasta agradecida de estar acompañada por él en aquella situación, antes incluso de que hiciera nada.

Abrí el maletero y, revolviendo en aquel caos, intenté facilitarle lo que me iba pidiendo. Como si fuera su trabajo habitual, me cambió la rueda con una facilidad pasmosa. Hablamos relativamente poco y acerca de lo que estaba ocurriendo en aquel momento: la altura, el gato, la rueda buena, la otra… Cuando acabó, recogimos y le dije que estaba inmensamente agradecida, que me había ayudado ni se imaginaba cómo y que, si no le importaba, quería darle algo de dinero para recompensar el gran favor que me había hecho. Él me dijo que no era necesario, pero yo insistí.

De modo que abrí el coche, le dije algo simpático a mi niño, que parecía tranquilo, abrí el bolso, saqué el monedero y vi que tenía poco más de 500 pesetas. Así que, con bastante humildad, porque me parecía poquísimo como agradecimiento, le extendí la moneda de 500 y le dije que no era mucho para

agradecer su ayuda, pero que no tenía más. Me la cogió también de forma sencilla y humilde, y no recuerdo si me dijo también «gracias» o «está bien»… Me volví hacia el coche, no sé si para mirar al niño o para guardar la cartera, pasando a lo sumo medio minuto. Cuando volví a buscarle con la mirada, el hombre había desaparecido literalmente, porque miré a mi alrededor todo lo que me alcanzaba la vista, pero ya no estaba.

Y era materialmente imposible que hubiese cruzado según pasaban los coches a cada lado, y tampoco había otra manera de salir de ese triángulo-isleta en medio de la M-30 donde estábamos. Igual de extraña que fue su aparición más imposible fue su desaparición, porque yo estaba pendiente de cuáles eran las formas de salir de allí: o conmigo en el coche o esperando que parase el tráfico y mirando tras el puente para asegurarlo.

Esto solo lo he contado un par de veces y a personas que sé que no van a pensar que me lo inventé o que me falta un tornillo, porque creen que este tipo de cosas, a veces, PASAN. Hice una llamada mental desesperada de ayuda, y debió de ser con tal potencia, que me fue concedida. Durante años he pensado que era un ángel (que se parecía a Jesucristo) porque, a pesar de su apariencia de mendigo (por las ropas y las barbas), no podía serlo, ni por sus maneras ni por su buen estado físico ni por su limpieza. ¡Tengo muy buen olfato y no olía absolutamente a nada!

Yo misma, a pesar de que tengo carrera, estudios superiores…, toda la vida he querido buscar explicación a las cosas, me gustan las deducciones, resolver problemas lógicos, los temas científicos; pero también sé a ciencia cierta que hay cosas que, hoy día, no tenemos aún las herramientas para entender, pero que sabemos (con otro tipo de conocimiento diferente al que nos proporcionan los sentidos, los libros, la razón) que SON.

Capítulo 15

Garabandal: solo ellas lo saben

> *Hay que hacer muchos sacrificios, mucha penitencia. Tenemos que visitar al Santísimo con frecuencia. Pero antes tenemos que ser muy buenos. Si no lo hacemos nos vendrá un castigo. Ya se está llenando la copa, y si no cambiamos, nos vendrá un castigo muy grande.*
>
> 18 de junio de 1961

Así rezaba el primer mensaje que cuatro niñas llamadas Conchita González, Mari Loli Mazón, Jacinta González y Mari Cruz González recibieron, aparentemente, de la mismísima Virgen María en San Sebastián de Garabandal (Cantabria). Pero, según ellas, cuatro meses antes, el 18 de junio, se les apareció el arcángel San Miguel y unos días después, la propia Virgen.

24 de mayo de 2021. Plaza de España, en pleno corazón de Avilés (Asturias). Mari Cruz no pierde ocasión de realizar su rutina diaria de caminar después de la cena. Nos invita a acompañarla por el casco antiguo de la ciudad. La mayoría de avileses que se la cruzan desconocen que, hace ahora seis décadas, esta mujer menuda de setenta y dos años revolucionó España, y sigue haciéndolo en Estados Unidos, con lo que contó que había contemplado en un pinar a 154 kilómetros de allí. Lleva cuatro décadas sin hacer declaración alguna a un periodista. De hecho, se niega a ser fotografiada. «Prefiero pasar desapercibida», nos dice.

Junto a mi compañero Cristian Puig, pude localizarla. No fue

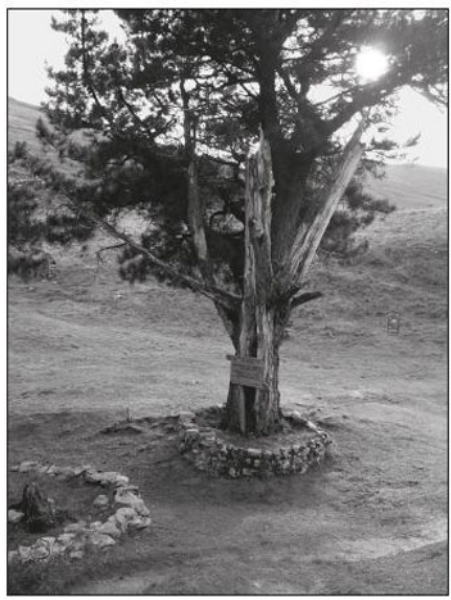
nada fácil, pero la perseverancia dio sus frutos. Aunque al contactar con ella se mostró bastante esquiva, finalmente pudimos hablar hasta en tres ocasiones acerca de tan mediáticas apariciones. Dos de ellas telefónicamente, y otra en persona. De modo que, hasta Avilés, su lugar de residencia, nos desplazamos pudiendo, por fin, encontrarnos cara a cara con ella y recibir de primera mano un pedacito de historia narrada por una de las protagonistas directas de la aparición mariana más inquietante de España. Nos costó lo nuestro convencerla, pero lo logramos. De carácter sencillo y francamente humilde, atendió con paciencia a cada una de nuestras preguntas, algunas de ellas no exentas de polémica.

La vidente de Garabandal se mantiene en plena forma, delgada, con el rostro afilado, y ojos grandes de mirada profunda, que le dan un aspecto vivo. Si no fuera por las canas que se intercalan en su melena lisa, daría la sensación de ser una mujer más joven. Aunque, lógicamente, queda poco de aquella niña que, aparentemente, vio a un ángel y a la Virgen en varias ocasiones tras entrar en trance. En plenos éxtasis, andaban hacia atrás por caminos escarpados como si tal cosa, o rezaban el rosario al unísono. El padre José Ramón García de la Riva afirmó en 1974 haberlas visto incluso levitar en un par de ocasiones. Iban hasta allí algunos hombres de ciencia que, en dicho estado de trance, las pinchaban con agujas. Las niñas ni se inmutaban. Aquello duró hasta 1965. Yo mismo viajé hasta allí en varias ocasiones, así como a Lourdes, Fátima, Ladeira, Pardellas, Ezkioga, Umbe y otros enclaves marianos. Un asunto que me apasiona, aunque en mi opinión Garabandal se lleva la palma.

Incluso en la actualidad, continúan las peregrinaciones al lugar, en el que hay un monolito del padre Pío, un pequeño vía crucis, bancos para rezar, cruces e imágenes religiosas repartidas entre los árboles. Sucedió 103 años después de las apariciones de Lourdes y 44 de las de Fátima. El Garabandal Center, creado por un invidente llamado Joey Lomangino, es una asociación que llegó a contar en los años setenta con unas 400 delegaciones solo en Estados Unidos, así como sedes en Europa, la India, China, Japón, Malasia, Rusia, Australia, Sudáfrica, etc. Lomangino creyó que podría recobrar su propia vista por intercesión de la Virgen, esperanza que fue alimentada por Conchita desde marzo de 1964. Murió ciego el 18 de junio de 2014, exactamente 53 años después de la primera aparición a

las niñas.

Mari Loli falleció a los cincuenta y nueve años en Plaistow (Massachusetts). Conchita reside en Nueva York, se casó con Patrick Keena de quien enviudó en 2013, tiene cuatro hijos y una casa en Fátima. Jacinta está en California casada con Jeffrey Moynihan y tiene una hija llamada precisamente María. Las tres emigraron al país en el que más calado mediático tuvieron sus visiones. Mari Cruz, la más pequeña, fue la única que se quedó en España, donde se casó con Ignacio Manuel Caballero en 1970. En su Avilés de adopción, tras lograr convencerla para que hablara ante nuestra grabadora, la protagonista empieza a recordar…



Zona de las apariciones en Garabandal.

—¿Cómo fue aquel primer encuentro del 18 de junio de 1961, en el huerto, junto a Conchita, Jacinta y Mari Loli?

—Yo tenía once años y ellas doce. Estábamos robando manzanas. Íbamos con miedo de que nos pillaran y nos castigaran, porque en aquella época todo era pecado. Sobre todo si éramos niñas, porque los niños hacían lo que les daba la gana. Vimos a un ángel con una especie de capa y una túnica, tenía el pelo largo. Era san Miguel

Arcángel. Tenía una cara muy guapa. No dijo nada. Así es como lo imagino.

—¿A qué se refiere con que se lo imagina? ¿Acaso no lo vio de verdad?

—Es que al final no sabes si te lo estás imaginando o pasó realmente así. Quizá lo hemos mentalizado.

—¿Y cómo fue el encuentro con la Virgen días después? Entraron ustedes en trance…

—La Virgen me la imagino con un vestido blanco y un manto azul. Adolescente, o un poco más mayor. Decían que era la Virgen del Carmen, pero no era así. Hablaba poco. Tenía una voz calmada.

—Y les transmitió un mensaje…

—El mensaje fue *a posteriori*. Nos dijo que el mundo estaba muy mal y que la copa se estaba llenando. Cosa que no había pasado hasta ahora.

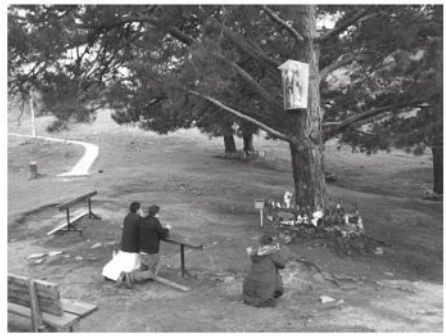
—¿A qué se refiere? ¿A la COVID?

—Creo que sí. Peor que lo que está pasando… no me lo imagino. Vino de golpe y se paró todo. Es un desastre. El virus está fabricado en laboratorio. No hay mayor castigo que el hecho de no poder ver a tus hijos, tus nietos… Yo soy un poco negacionista con todo esto de la COVID y las vacunas. No sé si me voy a vacunar. Nunca me vacuné porque soy muy hipocondriaca y mi madre no me dejaba. No podemos esperar nada bueno de quienes nos gobiernan, de los poderosos. Quieren meternos miedo. Hay muchos intereses creados por las farmacéuticas con todo esto. No hay mucha esperanza…

—Hubo un último mensaje, cuatro años después. Más apocalíptico aún si cabe. Pero Conchita fue su única receptora. Ocurrió el 18 de junio de 1965 y decís, entre otras cosas, que: «Antes la copa se estaba llenando, ahora está rebosando. Muchos cardenales, obispos y sacerdotes van por el camino de la perdición, y con ellos llevan a muchas más almas (…) Debemos evitar la ira de Dios sobre nosotros con nuestros esfuerzos (…) Ya estáis en los últimos avisos. Os quiero mucho y no quiero vuestra condenación». Y usted, cuatro años después, se fue del pueblo…

—Me casé a los diecinueve años y me vine a Avilés. Y allí se me torció todo. Lo pasé fatal porque aquí no tenía a nadie ni me conocía nadie. Fue un cambio muy brusco. Aquella época, la de las apariciones, fue la más feliz de mi vida. Mis años más felices los pasé

allí. Lo que más recuerdo es lo mucho que nos quería la gente.



Zona de las apariciones en Garabandal.

—¿Vio a la Virgen en más ocasiones durante aquellos cuatro años?

—Contactamos varias veces con ella. Hubo más apariciones.

—Hay quien dice que lo que realmente vieron ustedes está relacionado con un fenómeno ufológico, un ser extraterrestre o de otra dimensión…

—Tonterías.

—También hay quien cree que fueron ustedes presionadas por ciertas entidades eclesiásticas tras vivir sus encuentros…

—No es cierto. No manipularon, al contrario. Fueron muy prudentes. Nos entrevistaron para saber lo que habíamos visto, pero nada más. El cura de aquel entonces era de pueblo, leía el sermón aprobado previamente por el obispo. No era tonto, pero tampoco tenía la inteligencia como para tratar de manipular nuestro testimonio. Y en el obispado no nos presionaron para nada. Nos entrevistaron, nada más. Enviaron una comisión con un psiquiatra, el secretario del obispo y un médico. Nos mostraron unos dibujos para saber lo que interpretábamos. Y luego fuimos a hablar con el obispo Odriozola.

—Hablando de gente de ciencia, algunos llegaron a pincharles durante aquellos trances y no reaccionaban…

—Eso es verdad, sí. Cuando yo no estaba en trance y ellas sí, recuerdo cómo las pinchaban.

—Hay unas imágenes icónicas en las que se les ve a ustedes, aparentemente en trance, andando hacia atrás por ciertos caminos

pedregosos…

—Estábamos acostumbradas a andar por aquellos caminos, que eran muy difíciles. No era tan raro, aunque a la gente le llamaba la atención. No tiene importancia eso. Aquello no tenía nada de sobrenatural.

—Otro de los episodios clásicos sucede cuando Conchita comulgaba en trance, materializándose, de la nada, una hostia consagrada en su lengua de forma aparentemente inexplicable. Y, a este respecto, se dijo que hubo quien las vio horas antes entrando a escondidas en la iglesia del pueblo para robar unas hostias consagradas…

—Es mentira. La sacristía estaba siempre cerrada. No se podía entrar.

—¿Llegó a repercutir aquello negativamente en su entorno más cercano?

—Mi madre sufría mucho con aquello. Se ponía muy nerviosa. Tuvo que ir al médico y todo, por problemas de estómago. Le pedía que me recetara algo porque, aunque decía que yo no era una niña mentirosa, aquello que me pasaba podría deberse a un tema médico.

—A este respecto, usted llegó a declarar en alguna ocasión que no vio ni a la Virgen ni al ángel, que todo había sido urdido de alguna manera por Conchita. Pero en 2005, en una encuesta manuscrita a la madre María de las Nieves García, dijo haber dicho tal cosa para contentar a su madre, que como antes me decía usted lo pasaba realmente mal con todo lo que se formó…

—No me acuerdo ya, de verdad. Puede ser que yo dijera aquello hace muchísimos años, porque mi madre estaba mal….

—La figura de su madre es importante en esta historia…

—Mi madre no iba todos los días a misa porque era una mujer muy ocupada, trabajaba en el campo y en otras cuestiones. Una señora, turista, al toparse conmigo hace años me dijo en Garabandal que, por ese motivo, y siendo yo quien era, mi madre era una hereje. Yo me enfrenté a ella. Mi madre siempre estuvo trabajando de sol a sol, incluso antes de las apariciones. Y dejó de hacerlo incluso para ir a ver a la Virgen del Carmen, en Cosío (Cantabria), cada 16 de julio. Hacía un sacrificio, andando hasta diez kilómetros, y luego volvía a trabajar al campo. Pese a ello, la llamaban hereje y eso no lo soporto.

Antigua casa de Conchita, otra de las videntes originales.

—¿Ha vuelto a Garabandal?

—Sí, suelo ir todos los veranos.

—¿Y habla usted con los peregrinos que van allí?

—Yo no hablo con nadie. Prefiero pasar desapercibida. Cuando voy a Garabandal y me identifican, todo el mundo me pregunta. Pero no me apetece volver a contar todo aquello que pasó.

—¿Tiene contacto con el resto de las videntes?

—Apenas. Mari Loli murió. Jacinta va con frecuencia a Garabandal. De Conchita no sé nada. Con ella tenía una relación especial. Era feliz junto a ella. No la he vuelto a ver desde que me casé, hace ya más de 50 años.

—¿Y no le gustaría volver a verlas?

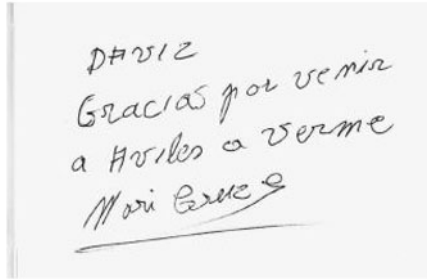
—No. Prefiero quedarme con el recuerdo de todo aquello.

—¿No ha vuelto usted a ver a la Virgen?

—No he vuelto a tener contacto con ella. Pero cuando tengo algún problema, por pequeño que sea, le pido cosas. Pero no me las concede. Digo: «Virgen, necesito dinero», por ejemplo. Y nada (risas). No creo que sea pecado pedir algo así.

—¿Y qué opina usted de *Garabandal, solo Dios lo sabe*, la película que se hizo sobre ustedes en 2018?

—Ni la vi. Con tan solo ver el cartel promocional, tuve suficiente. Me ponían una camisa de cuello camisero, por dios. Yo llevaba vestidos de cuello redondo con unas solapitas que me hacía mi madre, preciosos. Nos invitaron a verla desde la Comunidad del Padre Rafael, que fueron los responsables de la película. Pero desistí.



Autógrafo de Mari Cruz, dedicado al autor.

—¿No ha habido nuevos videntes en Garabandal?

—Hubo una señora mayor de Gijón que fue a Garabandal hace algo más de una década, y dijo entrar en trance y hablar con Jesús. Agachada, por el suelo. Yo dije que eso parecía más bien cosa del diablo. Casi me matan.

—¿Ha visitado usted otros enclaves marianos?

—Fui a Medjugorje (Bosnia). Una amiga mía vino impresionada. Pero el presunto milagro del sol no era tal. Tiene una explicación natural. Aquello es una tontería.

—¿Se considera usted alguien especial tras su mediático contacto mariano?

—No, para nada. Todos tenemos nuestro valor, pero yo especialmente no me considero referente de nadie.

Después de la conversación que mantuvimos con ella mientras paseábamos durante un par de horas por el bonito centro de Avilés, nos despedimos de alguien que siempre quiso, y sigue queriendo, pasar totalmente desapercibida. Mari Cruz no parece ser la misma niña que entró en contacto con entidades presuntamente celestiales hace sesenta años. Tampoco quiere serlo. Confieso que antes de despedirnos, le regalé Ella sonrió para que tú no llores (Cydonia, 2020), mi libro más personal, y le di, con su permiso, un efusivo abrazo que nunca olvidaré. Pasase lo que pasase en Garabandal, solo ellas lo saben.

Capítulo 16

¿Están aquí? Hay quienes dicen poder verlos…

Para introducir este capítulo, he decidido no adelantar acontecimientos, puesto que las tres personas que lo protagonizan hablan por sí solas con la ingente cantidad de historias que cuentan cada una. Tres personas, montones de vivencias. Parece que se dispara la estadística según lo que he ido contando hasta ahora, ¿verdad? Pues normalmente cada testigo ha vivido una, dos o, rara vez, tres vivencias de encuentros con seres. Pues bien, aquí es diferente. ¿Por qué? Pues porque, al parecer, ellas, como otras muchas personas, dicen poder ver a ciertas entidades, algunas presuntamente fallecidas. E incluso comunicarse con ellas…

«Es una de las peores, un egregor…»

Pude establecer una reveladora conversación con Carmen García Manzamaro, quien cuenta en su haber con varias historias francamente llamativas. Vamos con la primera…

«Sucedió en Torrevieja, en la víspera del verano de 1998. Estaba acostada, pero me costaba dormir, encendí la radio, pero nada, no había manera. La puerta estaba abierta, y yo veía el pasillo enfrente de mi cama desde el lado derecho. Y a eso de las tres de la madrugada, me da la sensación de que se enciende algo, y entonces veo pasar un ser gigante y corpulento, de más de dos metros, por el pasillo. Y portaba una especie de candil, una luz extrañísima. No se le veía la cara, iba todo de negro con una especie de capa o túnica. A la

altura de mi habitación, giró la cabeza hacia mí y me miró. Y me entró el pánico. Se acercó al cuarto de mi hermano, que estaba a continuación del mío, y mentalmente pude escuchar una voz que me dijo: "Tú eres el próximo". Después de un minuto aproximadamente, aquello desapareció», me narraba Carmen.

Pero aquella experiencia no acababa ahí, ya que «tras desvanecerse aquello me quedé paralizada, y entonces miro hacia los pies y de repente veo una especie de enano encapuchado, con la piel realmente pálida, sin vida. Los ojos eran dos rayas, grandes, almendrados. Se le veía el iris. Y me tocó con la mano derecha el pie izquierdo. Era un tacto áspero, que pinchaba. En la mano llevaba una especie de palo afilado. Me miraba con odio y desprecio, hasta que dejé de verlo. Aquello no era una parálisis del sueño, porque yo estaba totalmente despierta. Y al día siguiente, se nos llamó para decirnos que había fallecido un familiar de un ictus».

Otra experiencia no especialmente agradable que me confesó Carmen dice así: «En otra ocasión, doce años antes, era verano y hacía un calor tremendo en Madrid. Me encontraba también en la cama y padecí lo que creí pudo ser una parálisis del sueño, pero algo me despertó. Noté un chasquido en los oídos. Abrí los ojos y vi a una señora anciana y bajita, de 1,55 metros, delgada, vestida de negro, con el pelo muy cano recogido en un moño y los ojos rojos, llenos de odio. Quería hacerme daño».

Pero tan macabra vivencia no terminó en ese punto: «Entonces oí una voz susurrante, pero en tono alarmante, que me dijo: es una de las peores, es un egregor. No tenía ni idea de lo que era eso. Puso las manos en mi cuello e… ¡intentaba estrangularme! Y me dijo mentalmente: "Si gritas te mato". Empecé a ahogarme y me puse a gritar. Mi marido, que estaba durmiendo a mi lado, se despertó, pero no la veía. Pero ella seguía ahí. Al momento desapareció. El caso es que, como te decía, siendo verano y haciendo un calor tremendo, yo estaba congelada. Sentía un frío realmente intenso, penetrante. Jamás había sentido algo así».

Pero el broche final estaba por llegar, ya que «tiempo después, fui a comer a casa de mi suegra, con la que no tengo apenas relación, y vi una foto antigua con los padres de ella. Su madre era la misma que se me había aparecido noches antes. Era ella. Desde entonces, no duermo sin una vela encendida. Aquello me dio auténtico pánico», exclamaba

Carmen. ¿Y a quién no?, añado yo.

«Ni mi familia cercana me cree»

20 de enero de 2020. Tras una larga conversación telefónica con Ana María días antes, le propongo quedar en persona para una entrevista más extensa y accede. Entramos en un wok de Guadalajara y empezamos a hablar. Algunas de las experiencias de esta chica de cuarenta y cuatro años, con estudios superiores y un buen empleo, bien merecían un interrogatorio más exhausto. Y así lo hice…

—Durante mucho tiempo, mientras estudiaba en la facultad con veintiún años, al irme a dormir, veía una silueta blanca apoyada contra la pared. Pasaba auténtico pánico.

—¿Y qué hacía?

—Estaba parada, mirándome. Sin más.

—¿Cómo era?

—No se distinguían sus rasgos, pero era una silueta blanca.

—¿Con qué frecuencia la veías, Ana María?

—Todas las noches, durante meses.

—¿Y cuándo dejabas de verla?

—Cuando me dormía. Me tapaba la cabeza con las sábanas, aterrada, y hasta que lograba conciliar el sueño, aquello seguía ahí, observándome.

—¿A alguna hora concreta?

—Cuando me iba a la cama, ya fueran las nueve o las doce de la noche.

—¿Descartaste algún tipo de efecto óptico o similar?

—Sí, sí, sí. No había ningún elemento nuevo en mi habitación cuando aquello empezó a aparecerse. No había cambiado nada de la decoración del cuarto ni introducido ningún elemento nuevo. El cuarto era un pequeño cuadrado y luego un leve pasillo hacia la puerta, que es donde eso aparecía. No había ningún espejo ni nada. Era imposible que algo se reflejase.

—¿Y cómo podías seguir durmiendo ahí?

—Porque era mi casa, no me quedaba otra. No tenía otro lugar donde dormir.

—¿Cuándo dejaste de ver aquello?

—Pues mira, cuando ya estábamos casi en verano, y me disponía a ir al pueblo, me comentaron que uno de los habituales de la pandilla había fallecido en un accidente de tráfico. Desde el mismo día que me enteré, esa noche ya no la vi. Y ya no volvió a aparecer.

—¿Volvió a sucederte algo por aquella época?

—Sí, falleció un primo mío y por las noches escuché su voz en un par de ocasiones. Estando totalmente despierta, también antes de irme a dormir.

—¿Hubo alguien más que fuera testigo de lo que tú veías u oías?

—Más o menos. Un par de años después de ver la silueta blanca, cuando seguía aún en la facultad, fui con unas compañeras a tomar algo a un *pub* y, cuando empecé a bajar algunos tramos de escalera, me quedé parada, pues me invadió una extraña sensación y salí disparada para fuera. Me asfixiaba, me ahogaba, no podía estar allí. Les dije al resto del grupo, algunas de las cuales llegaban en ese momento, que yo no entraba, que lo hicieran ellas y yo las esperaba fuera. Me insistieron, aunque allí me quedé, muerta de frío. Pero no me importó…

—Pero eso solo lo sentiste tú…

—Espera, espera. Es que, al día siguiente, me comentó una de las chicas que habían salido que le contaron lo que me había sucedido a una de las trabajadoras del *pub*, y esta les contó que el lugar era antiguamente una casa en la que habían fallecido sus dueños. Al limpiar el local, escuchaban sonidos de hojas de periódico pasando, o los cubiertos moverse como si alguien los estuviera secando. Entonces esta chica, muy impactada, me dijo: «A partir de ahora, lo que tú me digas que ves u oyes, lo ves y lo oyes».

—¿Tuviste más experiencias similares?

—Pues poco después, cuando ya tuve mi casa, estaba haciendo limpieza un domingo y empecé a encontrarme cansadísima y algo mareada. Entonces me tumbé en el sofá y en ese momento vi aparecer un señor en mitad del salón al que no le vi la cabeza.

—¿Y cómo era?

—Iba vestido con un pantalón de pinzas color clarito y una camisa de manga corta a cuadros. Ya mayor. Y caminaba de forma extraña.

—¿Y dices que no le viste la cara?

—No. Lo que digo es que no tenía cara.

—¿Cómo reaccionaste?

—Me quedé aterrada.

—¿Cuánto duró?

—Pocos segundos, y luego desapareció. Pero hasta que conseguí levantarme del sofá, horas.

—¿Y qué crees que fue aquello?

—Creo que era el antiguo inquilino, que pasó por allí a ver cómo se encontraba su casa, la cual estaba muy cambiada.

—¿Pasó algo más en esa casa?

—Bueno, en una ocasión, una noche cercana al Día de Todos los Santos, vinieron unos amigos de mi expareja. Entonces, estando la chica y yo en la cocina, nos preguntó la pareja de ella que qué estábamos diciendo, cuando no estábamos hablando en ese momento. Él insistió, pero no habíamos dicho nada. Y pensé: será el fantasma [risas].

—Pero ¿tú no viste u oíste nada?

—Sí, le escuché poco después. Quizá pudo ser de un vecino, pero yo la escuché a pocos centímetros. Era una voz grave, y no recuerdo lo que me dijo. Y en una ocasión, escuché un suspiro y se apagó una luz. Era curiosa la casa. De hecho, a punto estuve de ir a una iglesia cercana a pedir ayuda…

—¿Y en viviendas posteriores te han ido sucediendo cosas similares?

—Sí. En mayo de 2007 fallece el abuelo de mi marido. El caso es que empecé a verle. Se aparecía en un descalzador que teníamos en casa, y me daba bastante miedo pasar por aquel pasillo. Un día vinieron a cenar una amiga de la facultad y su pareja, la misma que me dijo aquello a raíz de mi sensación al no querer entrar en el *pub*. Pues bien, cenando yo tenía visual con la puerta del pasillo, y se apareció allí. No paraba de mirarnos, estaba estático, vigilante. Lo comenté y la pareja de mi amiga pensó que le tomaba el pelo, a lo que tanto mi marido como mi amiga le dijeron: «Si lo dice, es que lo ve».

—¿Cuánto duró aquello?

—Un mes. Y no entendía por qué se me presentaba, pues apenas le vi un par de veces en mi vida. El caso es que en octubre de ese mismo año le detectan a mi suegra un cáncer y fallece el 1 de junio del año siguiente. Pues bien, aquello desapareció días después de que

muriera mi suegra.

—¿Y ya dejaste de ver cosas?

—No. En otra ocasión, estaba en mi dormitorio, en mi cama, aún despierta, y escucho dos golpes secos en la pared. Acto seguido, veo con el rabillo del ojo a un señor con un hábito verde, con un color como el de las botellas de vino, y no le vi la cara. No tenía rostro. No me miraba a mí, estaba de perfil. Le vi una fracción de segundo, pero me acojoné.

—¿Qué hiciste entonces?

—Tuve que pedir ayuda a una vidente, que no me cobró nada, y me dijo que yo tenía luz y que por eso se me pegaban los espíritus que están por aquí vagando. Otra vez se me movían las cortinas del salón de casa. Y también llegué a ver a una señora que me tenía una manía tremenda y había sido matrona. En otra ocasión, andando por la calle, llego al portal de mi casa y veo a un chaval alto, con greñas, sentado y llorando desconsolado porque necesitaba que le ayudase.

—Pero ¿cómo podías convivir con aquello?

—No tenía elección. No la tengo.

—¿Te sucede algo más que pudiéramos considerar inexplicado?

—Bueno, algo anecdótico es que tengo una capacidad curiosa para saber el sexo del bebé de mujeres embarazadas. No sé por qué, pero rara vez me equivoco. Suelo acertar siempre. Cuando es niño, en un ochenta por ciento. Y cuando es niña, no fallo nunca [risas]. Me pasó con mi propia hija, al poco de saber que estaba embarazada. Fue niña.

—Ana María, ¿recuerdas si en alguno de los episodios que me has narrado estabas tomando algún tipo de medicación, ingesta de alcohol u otras sustancias?

—No, para nada. Ni fiebre ni medicación alguna. Y el único momento en el que pudo haber habido ingesta de alcohol fue el día del *pub*, y me quedé a las puertas, quedando abortada la misión [risas]. Además, me cuesta muchísimo hablar de esto. Piensa que la mayoría de mi familia no lo sabe, y mi familia nuclear no me creía; pensaban que me lo estaba inventando y lo decía para llamar la atención.

—¿Y cómo te tomaste eso?

—Muy mal. Lo estás pasando mal y con un miedo increíble, horroroso, y encima te dicen eso.

—¿Pediste algún tipo de ayuda médica?

—Sí. Fui, le conté a un médico de medicina general lo que me estaba pasando, creyendo que estaba volviéndome loca, y el propio médico me dijo que había personas que decían padecer lo mismo que yo, que si me seguía sucediendo, volviera. No lo hice.

Entre muñecos que cantan y fantasmas familiares

Zaira Jara Manzanera, de Valencia, cree ser una médium en toda regla a sus veintinueve años. Con ella cerramos el presente capítulo. Las experiencias que dice haber vivido son francamente de película, y me las confesó sin rubor. Os transcribo algunas de ellas:

«Bueno, la primera experiencia que tuve fue con dos peluches que me regalaron mis padres. Yo tenía nueve años, eran dos patitos que si les presionabas la mano o la cabeza cantaban. Solía dormir con ellos porque me sentía protegida y por eso los llevaba a todos lados. Bueno, pues una noche mi hermano mayor se levantó para ir al baño y los escuchó cantar, fue y les quitó las pilas. Después fue a la cocina y volvió a escucharlos. Asustado, les arrancó todo el cableado y se fue hacia su habitación. Volvieron a sonar, de modo que mi hermano vino, me despertó y me contó lo ocurrido. Yo, como los veía como una amenaza, hablé con ellos para que no volvieran a cantar y no volvió a pasar. Después me pasó lo mismo con una caja registradora y con una máquina de dardos, ambas sonaban sin pilas ni cables.

»La segunda vez que me ocurrió algo parecido a esto fue en mi comunión. Me regalaron una muñeca de porcelana vestida de comunión, preciosa. Yo solía dormir rodeada de mis peluches, pero a ella la dejé encima del escritorio tapada con una mantita. Al día siguiente, al despertar, la muñeca no sé cómo terminó en el suelo. La parte superior de la cara estaba completamente rota. Mi madre la tiró a la basura de inmediato. Me dijo que, por aquella época, solía hablar sola y que decía que había alguien conmigo.

»Lo siguiente que me pasó fue al cumplir los dieciocho años. Había quedado con mis amigas al final de un parque, y de camino, en mitad del mismo, donde hay dos mesas de ajedrez en paralelo, vi a una señora mayor toda vestida de blanco y con un recogido a lo

antiguo con un moño chafado. Me llamó mucho la atención, pero cuando iba a llegar a la altura de su cara, pensé en dejar de mirarla porque era de mala educación hacerlo tan fijamente. Al llegar al destino y ver que mis amigas llegaban tarde, las llamé por teléfono, ya que para entonces no existía el WhatsApp. Cuando ya terminamos de comer y me dan los regalos, al entregarme la tarjeta de felicitación mi amiga Noelia me dice: “Bueno, esto nos has pillado haciéndolo en el parque en la mesa de ajedrez”. Y yo le digo que no, que allí solo había una señora y nadie más. Ella insistió varias veces en que allí no había nadie, solo dos de mis amigas y que yo la miraba a ella (a Noelia) fijamente a la cara. Yo insisto en que no había nadie excepto la señora y ellas se reafirman en su postura. Al parecer solo yo vi a esa señora. Me pasó lo mismo al volver del trabajo con mi jefe a las seis y media de la mañana; vi a un hombre en un puente de cruce de carretera, y al verlo le dije a mi jefe: “Mira ese loco allí arriba”, y él me dijo que él no veía a nadie.

»Lo siguiente que me pasó, y para mí lo más fuerte, fue ver a la abuela de una compañera de clase que se me apareció cuando ambas fuimos al cuarto de baño. Esta señora me hablaba y hasta entonces nunca me habían hablado. No paraba de decirme que le dijera a mi compañera de manera repetitiva y angustiada: “Ella y su madre, ella y su madre, dile que estoy bien, que no sufro, a ella y a su madre”. Se lo transmití a mi amiga. Y al describírsela me lo confirmó: era su abuela.

Zaira Jara Manzanera.

»Otro caso me pasó en la residencia de ancianos La Saleta Bétera donde trabajo. Estaba limpiando una sala y noté un pellizco en la nalga derecha y, al darme la vuelta, vi a un señor alejarse sin ninguna prisa. Yo le llamé la atención y fui detrás de él para cerrar la sala y que nadie más entrase. A los cinco minutos, al terminar de limpiar la sala, bajé a la lavandería y justo al lado tenemos la sala donde dejamos a los fallecidos hasta que se los llevan, y me tocó a mí perfumar la sala. Fue entonces cuando vi allí muerto al señor que me pellizcó y al preguntarle a la compañera que desde cuándo estaba allí, esta me dijo que llevaba una hora y cuarto. Se lo comenté bastante preocupada a mi madre, y me dijo que no me alarmase, que se trataba de un don familiar. Mi madre y mi tía abuela también lo tienen, aunque no conseguían hablar con ellos, solo los ven.

»Otra vez fue en el chalet de mi tío; vi a un señor al lado del carrito donde dormía mi prima, y avisé a mi tía (ella ya sabía que yo podía ver). Me pidió que lo describiera y cuando lo hice resultó ser el padre de mi tío, que ya había fallecido. Lo siguiente que me marcó mucho fue que no sé cómo, pero supe cuándo mi tía iba a fallecer con fecha exacta, una semana antes nos reunimos la familia para la comunión de mi prima y al pasar el día le dije a mi padre que se despidiera de su hermana pequeña con un cálido abrazo porque no la iba a volver a ver, ya que en una semana iba a fallecer. Y exactamente una semana después, para mi cumpleaños, mi tía falleció en su cama.

»En otra ocasión, fue al caer mi abuela muy enferma (tenía alzhéimer y le dio un ictus). Días antes de morir, su hermana fallecida vino a verla y estuvo con ella hasta el final. Otro día, en el entierro del vecino de mi pareja, lo vi haciendo un gesto, sacando la lengua y diciendo adiós a los padres de mi novio y a los míos, que eran sus amigos, era un gesto típico que solo les hacía a ellos.

»También pude ver a mi abuela en su entierro, junto a mi abuelo de pie con una mano sobre su hombro y mirándolo. De hecho, cuando mi abuela estuvo ingresada, una sombra estaba en esa habitación y la otra señora que dormía en la cama contigua pudo verlo y lo confundió con su hijo, que dormía en el sofá.

»En otra ocasión vi a un perro que se me cruzó delante del coche y ya teniéndolo encima desapareció. Y me parece peligroso, porque situaciones así pueden provocar un accidente. Me da un poco de miedo.

»Estando en dos ocasiones con mi pareja tonteando en la cama, se me apareció una señora mayor con una cara de cabreo impresionante; la primera vez hasta el perro pudo detectarla, ya que al ladrar él, mi novio fue a ver qué le pasaba y, al girarme, vi a la señora con gesto de enfado. La segunda, al ir a dormir, vi cómo entraba a la habitación y se ponía al lado de la cama a mirarnos sin decir nada. Me sentí amenazada. Te planteas hasta qué punto no pueden pasar de un pellizco a algo más, pues aquella persona, que creemos que era la abuela de mi suegra, estaba realmente cabreada por lo que estábamos haciendo.

»Al principio te cuestionas si es una alucinación visual, pero cuando empiezan a hablarte… e incluso cuando te tocan o te pellizcan… la cosa cambia. Los veo como podría verte a ti, acompañado de una sensación de tristeza, melancolía, dolor, angustia, ganas de llorar… Y a veces, en ocasiones puntuales, me han hablado. Saben que estoy ahí, pues la mayoría de ellos me miran. Y te los encuentras en cualquier sitio. En la calle, la carretera, la residencia de ancianos en la que trabajo, en casas… Y si no les hago caso, se ponen muy pesados».

¿Qué opináis? ¿Son alucinaciones, se lo inventan o realmente tienen una habilidad especial que la mayoría de nosotros, lectores y autor, no tenemos? Creo que las tres personas que nos han narrado esta gran cantidad de vivencias tienen algo en común: son personas normales, corrientes, anónimas, que no se benefician en modo alguno de sus supuestas capacidades. Es más, en ocasiones, ese presunto don no les causa más que molestias. Ni lo han pedido ni lo quieren.

No es como, por poner solo dos ejemplos populares, la médium americana Marilyn Rossner (a quien pude entrevistar) o la británica Anne Germain (a la cual investigué a fondo y cuyas conclusiones están divulgadas en mi libro *Dossier de lo insólito*); ellas obtienen pingües beneficios gracias a sus aparentes capacidades. Mientras estas últimas sacan tajada a la más mínima, otras —como las tres protagonistas de este capítulo— evitan incluso hablar del tema. Dicho lo cual, que cada uno saque las conclusiones pertinentes. Y pasemos ahora de lo mediúmnico a lo onírico. Va a haber sorpresas…

Capítulo 17

En estado onírico: una joven asesinada, una madre que fallece y un diablo

Lo que narraré en este capítulo es francamente delicado, al menos en lo que respecta a la primera de las tres historias que lo conforman. No adelantaré acontecimientos, pues en las próximas líneas se entenderá a la perfección lo delicado del asunto…

Jueves 13 de octubre de 2016. Recibo un correo electrónico que me deja impactado. Decía tal que así:

> De: Javier Casanueva <xxxxxxxxx@xxx.com>
> Fecha: jue., 13 oct. 2016. 18:45
> Asunto: Experiencia
> Para: <davidcuevasespacioenblanco@gmail.com>
>
> Hola buenas tardes, soy oyente del *Espacio en blanc*o desde hace tiempo, y sé que vienes a presentar tu libro en Sevilla, mi ciudad, mañana viernes. Me gustaría contarte en persona un caso que me ha ocurrido, me llamo Javier Casanueva y soy tío de Marta del Castillo. Lo que te contaré va relacionado con la desaparición de mi sobrina, y también me gustaría que esto quedara de forma confidencial. Mañana asistiré a la presentación de tu libro. Si estás interesado me gustaría quedar de forma más tranquila y confidencial, el lugar de la presentación no es el idóneo y la historia está llena de elementos que hay que entender.
> Gracias.
> Un saludo.

Entenderá el lector mi sorpresa al tropezarme con semejante mensaje. El caso de la joven Marta del Castillo (1991-2009) se convirtió en un drama nacional, al descubrirse a los culpables y condenarles (Miguel Carcaño, el principal acusado, dio casi una decena de versiones de los hechos), sin que ofrecieran pistas

fehacientes de dónde se encontraba enterrado su cadáver. Y así hasta el momento de estar escribiendo estas líneas.

Ni que decir tiene que respondí a Javier y fijamos una cita. Efectivamente, Javier asistió a la presentación en Casa del Libro de Sevilla de mi libro *Dossier de lo insólito*. Pero no hablamos en ese momento, todo quedó en un cordial saludo. Quedamos dos días después, el 16 de octubre a las nueve de la mañana, en una céntrica cafetería sevillana.

Una vez allí, activé mi grabadora con su consentimiento para registrar la conversación que íbamos a mantener, aunque fuera *off the record* (confidencialmente). Javier aceptó. Y lo que leeréis a continuación es, precisamente, parte de dicha conversación. Como os habréis imaginado ya, finalmente dispongo del permiso del propio Javier Casanueva y algunos de sus familiares para narrar esta historia, hoy inédita. Me lo concedieron años después, cuando estaba ya inmerso en la escritura de este libro. Advertencia: algunas referencias concretas han sido ocultadas del relato original para mantener el anonimato de algunos de sus protagonistas directos, tal y como me lo solicitaron ellos mismos.

«Estoy enterrada en la carretera de La Algaba»

«Contacté contigo por una intuición, quería hacerlo y necesitaba contártelo. Yo no creo en la casualidad», empezaba Javier. Y seguía: «En el año 92 conocí a un señor, que se decía contactado, llamado Leopoldo Cortés. Este hombre creó un grupo de manera totalmente altruista en el que, mediante escritura automática, se programaban encuentros previa cita con los presuntos extraterrestres. En esos ambientes, años después, conocí a una chica llamada Mayte, que decía ser sensitiva. En uno de sus trances, ya en 2013, puso sus dedos en mi cabeza y, al acabar, me dijo que sentía mucho decírmelo y que le daba mucha vergüenza, pero me confesó que había contactado con mi sobrina: Marta del Castillo.

»Cabe decir que, tras su asesinato, se pusieron en contacto con la familia muchos de estos presuntos videntes, médiums o sensitivos, pero nos solían dar pistas como: “Marta está en un campo con varios

olivos y una casa blanca". Estamos en Andalucía, así que, como comprenderás, de nada sirve una pista así. Yo con Marta tenía un vínculo muy especial. Fue mi primera sobrina. La llevaba al cine, jugaba con ella…», me contaba Javier, emocionado.

Al pedirle que continuase su relato, Casanueva me explicó: como «la sensitiva me decía que veía a Marta en sus trances, que no le hablaba, sino que la miraba y sonreía. Que se encontraba en un plano astral bastante elevado. También me dijo que: "Ella, sin hablarme, me transmitía mentalmente que tiene un vínculo muy especial contigo". Le comunica también que está muy apenada por su padre, que su madre es más fuerte. Y he de decir que, no conociendo de nada a mi hermana (la madre de Marta) y a mi cuñado (su marido), acertó de pleno, pues en los medios de comunicación la imagen que aparentan no es del todo real. Parece que mi hermana es más sensible y que su marido es más fuerte, pero es al contrario. Y esta chica acertó. En otra ocasión, Mayte me preguntó si mi hermana tenía algún tipo de veneración especial por alguna Virgen. Porque ella, cuando me habla en el altar, aparece con la Virgen de la Milagrosa».

Curioso el dato, pero la cosa no quedaba ahí, pues «un familiar muy cercano a Marta tenía un libro de sueños. Es decir, una especie de libro en blanco en el que iba anotando muchos de sus sueños. Pues bien, yo tuve acceso a ese cuaderno, y le pedí a su autora, esta familiar muy cercana a Marta, que en aquellos momentos era menor de edad, que me lo leyera. Y en 2011, había anotado un sueño en el que esta persona había tenido un encuentro onírico con Marta. Al preguntarle dónde estaba enterrada, Marta le decía que no quería hablar de ello, que la dejase en paz. Así en varias ocasiones. Y en un momento dado, y así aparecía anotado en el libro, Marta le dice: "Déjame, me voy con mi otra madre".

»Y otro sueño que me leyó, también de ese año, es que de nuevo se encontraba con Marta, y volvía a insistirle en que por favor le dijera el lugar donde estaba enterrado su cuerpo, pero Marta seguía sin decir nada. La persona del sueño insiste, y le pregunta por los responsables del asesinato, citando a Miguel Carcaño, a El Cuco, a Samuel…, y cuando dijo Samuel, Marta, que estaba sentada en una especie de litera se volvió preguntando: "¿Samuel?", como exculpándolo de los hechos. Después, cogió un papel y en él apuntó una palabra: celos.

»Y finalmente, en dicho sueño, termina confesando que su cuerpo

estaba enterrado en la carretera de La Algaba, la que va dirección Córdoba. Al levantarse, preguntó a su madre lo que era La Algaba. Es decir, no tenía conocimiento alguno de lo que se le había revelado en el sueño. De hecho, la describe diciendo que llevaba la pulsera que le había regalado fulanito o los pendientes que le había dado menganito. Y, además, un medallón con unos símbolos muy raros. No era lo que llevaba habitualmente en vida», me contaba Javier.

Al preguntarle si se había planteado la posibilidad de que se excavara por la zona, dijo que no debido a la circunstancia en la que se obtiene tan particular información, así como la no concreción de la zona exacta más allá de la carretera en sí, que es muy amplia. Curiosamente, en febrero de 2017, cinco meses después de la entrevista con Javier, Carcaño confesó al padre de Marta del Castillo que el cadáver de la joven se encontraba enterrado en La Algaba, pero no se volvió a buscar en la zona.

«En otro sueño que tuvo, también de 2011, vio un lugar con unas mallas naranjas de obra. Y en 2013, Carcaño da la versión de que han enterrado el cuerpo en la finca de La Majaloba (Rinconada) y recuerda una malla naranja de obra que había por la zona. Puede ser casualidad, pero me pareció curioso», señala Casanueva.

Pero ¿y qué pasó con Mayte, la médium? «Me dijo que tenía una visión con Marta que se repetía mucho. Y consistía en la propia Marta entregando una llave antigua. El caso es que, meses después, otra familiar, también muy cercana a Marta, me dijo un día que se había hecho un tatuaje, y al preguntarle, resulta que se había tatuado una llave en el brazo. Yo, muy extrañado, le pregunté el porqué de ese tatuaje, y me dijo que era debido a que una noche se levantó, fue al servicio y al volver se encontró a Marta en la habitación, quien le entregó una llave antigua, diciéndole: “nada es lo que parece”, y acto seguido desapareció. No sabía si dicha visión se trataba de un sueño o no, pero así sucedió y por eso se la tatuó. Y ni que decir tiene que ambas personas, Mayte y la familiar cercana de Marta, no se conocían absolutamente de nada. Tampoco con Marta. Ni siquiera yo lo sabía».

Una historia realmente inquietante, sin duda, la que me confesó Javier Casanueva, tío de la malograda Marta del Castillo. Un suceso que conmocionó a todo un país, y que lo encabronó con el paso de los acontecimientos que, supongo, ya todos conocemos en relación a la desaparición de su cadáver, una vez condenados los confesos

responsables. Y un dato más antes de dar por concluida esta historia. Javier me confesó algo que me parece llamativo y digno de mención en un libro como este. Tomad nota:

«A Miguel Carcaño se le sometió a hipnosis regresiva para comprobar su versión de La Majaloba por recomendación del periodista Nacho Abad, pues conocía un caso de Valencia en el que el hipnotizado fue capaz de recordar la matrícula del coche en el que introdujeron a una chica, dato que fue vital para la investigación. Pues lo mismo se hizo con Miguel Carcaño. La realizó un psiquiatra que colabora con la Policía. Se grabó en audio y vídeo. Temblaba y sudaba. Se le puso sobre dos sillas completamente derecho, manteniéndose como un palo recto. Este dato solo lo sabía la familia. Dio la versión de Majaloba (creo)», sentenciaba Javier aquella mañana de octubre en Sevilla, cerca de las once de la mañana.

Descanse en paz.

«Me tengo que morir, hija»

Adriana Estop, quien ya ha sido citada en un par de ocasiones en el primer capítulo de este libro, me narró una experiencia onírica de lo más cautivadora. Según ella: «Mi mamá, que se llamaba Farners, tenía cincuenta y ocho años, era una persona que se cuidaba, tenía un tipito estupendo y jamás había tenido grandes problemas de salud en su vida. Una noche de noviembre de 2017, soñé con ella y, de manera natural, me decía de forma muy nítida que se tenía que morir: "Me tengo que morir, hija, y es lo que me toca". Yo, muy sorprendida, le decía que eso no podía ser, pero ella insistió. Al despertar, hablé con mi madre y le dije que había soñado con ella y que me decía que se iba, suavizando su mensaje. Ella no le dio importancia».

Contado así, la circunstancia no pasaría de una anécdota cruel. Pero… «Dos meses después, a finales de enero de 2018, empezó a encontrarse mal. Creyó que era por algo de comida que no le había sentado bien, pero los médicos le dijeron que había desarrollado un cáncer de vesícula e hígado. Durante su enfermedad, yo no podía evitar la angustia de recordar aquel sueño fatídico, que saboteaba mis esperanzas de recuperación. Estuvo batallando con la enfermedad

durante un año y, finalmente, falleció. Fue muy duro».

Un curioso sueño premonitorio con alguien… ¡que aún no había fallecido! ¿Cómo afrontar algo así? Adri me explicaba como: «Aunque si bien es cierto que aquel sueño me atormentó durante todo el proceso de su enfermedad, este me brindó cierto consuelo de que aquello tenía que suceder de alguna manera, y ella se comunicó conmigo desde otro plano para decírmelo». De hecho, «apenas unos días después de su muerte, soñé con ella. Me abrazaba y me decía que no llorase. Me dio la sensación de que no era un sueño convencional, sino que ella se estaba comunicando conmigo a través de un plano onírico por el cual podía acceder a mí. Y creo que aquello fue real, ya que si aquel sueño respondía a una necesidad emocional, lo habría tenido cientos de veces. Pero solo lo soñé una vez. Solo aquella vez», sentenciaba.

Y más allá de los sueños, según Adri, «mi padre, de sesenta y cuatro años, es alguien muy racional, tremendamente escéptico con todas estas cuestiones. Pero me llamó a medianoche en un par de ocasiones, muy emocionado, diciendo que al acostarse notó que alguien le abrazaba por detrás, que él se asustó y esa sensación desapareció. Él, convencido de que había sido mi madre, dijo: "Farners, no pretendía asustarte, por favor vuelve". Pero no lo hizo».

Azazel

La siguiente historia está también relacionada con experiencias oníricas con entidades con rostro definido. Me la contó Auxi Martínez, una chica de Granada. Me escribió y hablé con ella. Respeto su relato original, que ofrezco de forma resumida:

> *Soy seguidora tuya desde hace muchos años, pues, al igual que tú soy fanática del misterio, y te he seguido en varias ocasiones. No sé bien el motivo, quizá porque nadie mejor que tú va a saber escucharme y creerme, pero quiero compartir contigo una historia que me ha ocurrido recientemente y he vivido en primera persona, y que a mi pesar, va a marcarme de por vida.*
>
> *Antes de nada, muchísimas gracias por prestarme tu tiempo.*

No sé en qué momento exacto de 2016 empecé a darme cuenta de que algo iba terriblemente mal en mi vida. Perdí mi puesto de trabajo en una guardería donde era querida por mis jefes y compañeras, de un día para otro «porque necesitaban recortar personal», cuando yo tenía mi propia aula, mis niños me adoraban y sus padres también. Desde ese momento todo empezó a ir a peor. Buscaba trabajo hasta la saciedad, pero nada encontraba. Cuando me vine a dar cuenta estaba inmersa en una gran depresión, me había alejado de mis amistades porque ya nunca tenía ganas de salir ni de hacer nada. Cada vez hablaba menos con mi familia. Peleas continuas con mi novio, con mi hermano y con todo aquel que tuviera cerca. Había perdido la ilusión por todo, a pesar de que siempre me ha caracterizado mi gran optimismo y alegría en todos los aspectos de mi vida.

Sin embargo, algo había cambiado en mí, una tristeza inmensa cubría mi alma. Empecé a darme cuenta de que todo lo que se me proponía (proyectos, el inicio de un pequeño trabajillo que había surgido, etc.), cualquier cosa, por pequeña que fuese, si me hacía ilusión acababa truncándose. Entonces comenzó mi verdadera pesadilla: me despertaba cada noche a la misma hora, las tres de la madrugada. Al principio, no le di importancia, pensé «será pura casualidad»… Pero poco después empecé a tener horribles pesadillas, y siempre despertaba a la misma hora, sudando y angustiada, miraba el reloj, otra vez las tres de la madrugada.

Por si fuera poco empezaron a suceder cosas extrañas en mi casa: también la televisión se encendía por la noche a las 2.50 de la madrugada, y se volvía a apagar a las 3.00. Da igual que la apagáramos con el mando, porque volvía a encenderse…, objetos que se movían solos sin ninguna explicación aparente, aparatos electrónicos que, incluso siendo prácticamente nuevos, dejaban de funcionar, cosas que se rompían sin saber cómo… y un largo etcétera. Fue entonces cuando mi madre (la cual estaba informada de todos estos acontecimientos, pues ella y yo tenemos muy buena relación) me sugirió que podía tener un «mal de ojo». Ambas creemos en estas cosas porque ya cuando yo era pequeña sufrimos la influencia de un mal de ojo, y, aunque yo era muy niña, aún recuerdo las cosas extrañas que sucedían: corrientes de aire frío estando todo cerrado, bombillas que explotaban por la noche, sombras en las paredes… y otros muchos fenómenos que ahora no procede comentar.

Fue ella la que me propuso hacer la prueba para el mal de ojo: «Coge un plato hondo y llénalo de agua. Luego deja caer tres gotas de aceite en el plato, de tu dedo corazón», me dijo. «Si todo va bien, las gotas de aceite se quedarán flotando en el agua. Si no, el aceite se diluirá rápidamente»… Aquella prueba, y otras muchas realizadas después, confirmaron nuestras sospechas: algo extraño y negativo estaba influenciando sobre mí y mi vida.

Fue entonces cuando comenzó mi verdadero calvario, mi obsesión por «limpiarme» de aquello que me atormentaba. Comencé a realizar todo aquello que recomendaban por Internet: rituales, baños de sal, oraciones… y realmente encontraba alivio con algunos de estos rituales, pero al día siguiente, volvía a hacer la prueba del aceite y todo seguía igual. Pero cuando verdaderamente empecé a sentir miedo fue con un sueño que no olvidaré en mi vida, sueño por decir algo, claro… Así fue:

Pasaba por al lado de la casa de mis abuelos (que a día de hoy está deshabitada), y vi que estaba la puerta abierta, cosa que me extrañó, por lo que decidí entrar. Para mi sorpresa, todo alrededor estaba roto, lámparas caídas, todo revuelto, como si un terremoto hubiese zarandeado la casa. Entonces me asusté, porque pensé que podían haber entrado ladrones, y que aún podían andar por allí. De modo que, asustada, quise salir corriendo. Cuando una fuerza superior me cerró la puerta de un portazo y se puso delante de mí. Era un hombre de tez morena, calvo, vestía traje de chaqueta. Los ojos los tenía entre verdes y amarillos, un color muy singular.

Entonces quise huir de allí, porque su sola presencia me «ahogaba». Pero él no me dejaba marchar. De algún modo hacía fuerza sobre mí, coartando mi libertad de movimiento. Notaba cómo ese ser, sin llegar a tocarme con sus manos, sin embargo, apretaba mi garganta hasta casi dejarme sin respiro. Mientras más intentaba huir, más fuerza ejercía sobre mí. Quise llevar las manos al bolsillo de atrás, buscando mi móvil para llamar y pedir ayuda. Pero él jugaba conmigo, porque cuando sacaba la mano del bolsillo, en lugar de sacar mi teléfono, sacaba cualquier objeto antes que mi móvil: un paquete de clínex, un paquete de tabaco… Cada vez me angustiaba más mientras ese extraño personaje reía.

Entonces le pregunté quién era y qué quería de mí. Y él me contestó: «Soy Azazel, y no te vas a salir con la tuya». Sin saber cómo

me vino la idea, le contesté inmediatamente que no podría hacerme daño, porque yo amaba a Jesús, y ÉL estaba conmigo. A día de hoy no sé por qué pronuncié esas palabras, es verdad que soy creyente (que no practicante) y siempre he creído en Dios; pero cuando he rezado o he pedido, ha sido a «Dios», no a Jesús. El caso es que al pronunciar esas palabras, la fuerza que ese ser ejercía contra mí se desvaneció de un plumazo. Y pude escapar del lugar.

Al poco desperté muy angustiada, como si hubiese sido real, y hubiese estado de verdad batallando con ese ser. Aún retumbaba su nombre en mi cabeza… AZAZEL… Decidí buscar su nombre en Internet y, para mi sorpresa, se trataba de uno de los nombres del diablo, cosa que yo desconocía… Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Esa misma tarde, cuando salí de la ducha, le pregunté a mi novio qué tenía en la espalda, pues tanto con el chorro del agua como con el roce de la ropa había notado dolor. Cuando mi novio me vio la espalda, se asustó. Su cara enmudeció. Resulta que tenía toda la espalda llena de arañazos ensangrentados… ¿Cómo me los había hecho?

Hoy día no me cabe duda, David. Aquella pesadilla tan real, en realidad, no fue tan «irreal». Tuve un encuentro con el diablo. Así lo siento yo a día de hoy. Y espero no tener que encontrármelo nunca jamás. Después de ese día, empecé a colgarme cruces de oro que guardaba desde pequeña, necesitaba ir «protegida». Sin embargo, todas ellas se rompían sin ninguna explicación. Las llevaba a reparar, mi relojero de confianza me aseguraba que no se me iban a volver a romper… y de una forma u otra se resquebrajaban como si de papel se tratase.

Sabía que necesitaba ayuda, pero desconocía a quién acudir… Si hablaba de esto con mi pareja, él cambiaba de tema porque «no creía en estas cosas y todo estaba en mi cabeza»… Al poco tiempo, mientras las cosas en mi vida seguían yendo de mal en peor, aquella negatividad empezó a afectar también a mi novio, ya que él sin darse cuenta empezó también a aislarse, deprimirse, perdió su trabajo, etc. Llegamos a sentirnos tan mal, con tal depresión, continuas peleas…, que un día los dos llegamos a tomarnos un bote de pastillas porque «solo queríamos dormir»… Así de mal nos sentíamos. Sin embargo, mi novio seguía incrédulo ante la posibilidad de que una energía negativa nos estaba consumiendo…

Pero gracias a un acontecimiento, cambió de parecer: ese día yo estaba acostada, enferma con mucha fiebre (pues enfermábamos continuamente sin ninguna explicación). Él estaba limpiando la casa, cuando vino hacia mí blanco como la pared. Le pregunté qué le había ocurrido, y él me levantó de la cama porque según él «tenía que verlo con mis propios ojos». Cuando fui al lugar sentí un miedo terrible. En la puerta de mi baño había aparecido una figura muy peculiar: se trataba de una serpiente, sin lugar a dudas. Se distinguía perfectamente la cabeza, la lengua y su cuerpo curvado.

No estaba «pintada» propiamente dicho. No era dibujada con bolígrafo, o con rotulador… Era como un brillo que había aparecido en la puerta, y que, según mi novio, llevaba ya rato intentando borrar sin lograrlo. Los dos sentimos mucho miedo. Pero, por otro lado, me reconfortó la idea de que por fin mi pareja se estaba dando cuenta de que algo estaba sucediendo y necesitábamos ayuda.

La historia continúa, es bastante más larga. Por resumir mucho, Auxi terminó pidiendo ayuda a ciertas personas dedicadas al mundo de la videncia y, quizá porque le ayudaron con sus presuntas capacidades, o quizá por puro efecto placebo, la cosa se fue calmando hasta desaparecer poco después. ¿Se encontró nuestra protagonista con un auténtico demonio? Ella está segura de que sí, y así me lo hizo saber en una conversación posterior. De hecho, son multitud hoy día los que creen que no hay peor «sin rostro» conocido que el mismísimo diablo. Sea como fuere, lo cierto es que hay muchas personas en España, más de las que posiblemente pensamos, que, crean o no en la existencia de demonios, se consideran a sí mismas como satanistas. Yo mismo pude entrevistar a una decena. Algunas de ellas dicen ver y hablar, frente a frente, con el mismísimo Belcebú. ¿Queréis saber más? Pues pasad la página.

Capítulo 18

Satanismo en España

Comienza el seminario. No trata un tema cualquiera. Justo enfrente, jóvenes estudiantes rezan el rosario. Otros, a lo largo de la mañana, rocían la puerta de entrada con sal. A la salida de la facultad donde está teniendo lugar el acto, medio centenar de personas entre las que se encuentran jóvenes y adultos rezan el rosario en círculo. Minutos antes, unos encapuchados con pasamontañas han irrumpido entre los asistentes y, con brazo en alto y al grito de: «¡Viva Cristo Rey!», arrojaban panfletos con proclamas de la Falange. Todos ellos parecen muy afectados, pues dentro de la mentada sala y ante más de un centenar de asistentes, se está hablando de su mayor enemigo.

Los efectivos de seguridad no dan abasto. El evento puede suspenderse de un momento a otro. La tensión se palpa en el ambiente. Y es que, para aquellas personas, falangistas y ultracatólicos, a escasos metros y en el marco de la Universidad Complutense de Madrid, varios académicos estaban rindiendo culto… al Diablo. No son pocos, en todo el mundo, los que consideran al Maligno como el mayor «sin rostro» posible a batir. Por lo cual, he aquí un merecido capítulo a quienes se consideran satanistas en España. Para saber más…

Retomando los acontecimientos narrados en las primeras líneas del presente apartado, el pasado 28 de noviembre de 2019, en el salón de grados de la Facultad de Filología, tuvo lugar un seminario académico organizado por la AJICR (Asociación de Jóvenes Investigadores en Ciencias de las Religiones) que pocos podrán olvidar…

El seminario

«La Experiencia Siniestra: Seminario de Satanismo y Sendero de la Mano Izquierda.» Así rezaba el título de un acto cuya sala estaba abarrotada con más de cien asistentes, que habían superado toda expectativa de sus organizadores. Estos no habían visto nada semejante en sus seminarios y encuentros anteriores y, además, estaban algo inquietos debido a la convocatoria por parte de varias agrupaciones católicas, unos días antes, de una vigilia para rezar el rosario como protesta ante dicho acto en la capilla de la facultad, ubicada justo enfrente de la sala donde esta tendría lugar. Como medida de seguridad, esta se cerró durante buena parte del día para evitar incidentes.

Las intenciones de la organización eran claras. Según declaró la AJICR en comunicado oficial: «Nuestra misión en el día de hoy será comprender la realidad del satanismo como un sistema espiritual y una realidad más, que ocupa la vida espiritual de toda una comunidad de creyentes a nivel mundial, pero que es enormemente desconocida y estereotipada. Es por ello que nos parecía interesante desarrollar este seminario de investigación, donde se pueden exponer distintos niveles de contextualización, ideas, expresiones artísticas y sus relaciones con otros sistemas de creencias, los cuales han sido importantes en la definición, más o menos acertada, de la filosofía satanista».

En dicho seminario se hablaría de temas como la figura de Satán en los inicios del judaísmo, el sincretismo de las órdenes ocultistas, la magia ritual o el «Satanic Panic». Participaban profesores universitarios, varios doctorados y doctorandos en Ciencias de la Religión, un cirujano, un historiador y hasta un periodista, más concretamente un servidor, con una comunicación (breve ponencia) sobre la figura del Maligno en la ficción televisiva. Es decir, el autor de este libro estaba en primera fila de los acontecimientos.

Parte de la mañana transcurrió con total normalidad, hasta que en un descanso al filo de las once y media, unos encapuchados con pasamontaña irrumpieron desde la entrada al pasillo donde nos encontrábamos y, al grito de «¡Viva Cristo Rey!» y «¡Fuera masones de la Universidad!», alzaron el brazo, enseñaron cruces y tiraron varios panfletos con propaganda falangista. Se trataba de varios miembros del SEU (Sindicato Español Universitario), cuyas consignas en dicho

panfleto culminaban con un: «¡José Antonio Primo de Rivera presente!».

Al reanudarse la jornada al mediodía, y durante la conferencia del profesor Andrés Piquer sobre «literatura, grimorios y la puesta en positivo de lo fáustico en la praxis mágica contemporánea», Miguel Pastor (organizador del evento en cuestión) entró en la sala, interrumpiendo la conferencia y haciendo salir al conferenciante. Algo pasaba fuera.

Ante tal estampa, yo mismo decidí pasar a la acción, pasando de conferenciante a periodista, y salí fuera para encontrarme con una de las organizadoras del evento llorando, muy nerviosa, pues habían vuelto a recibir amenazas con el objetivo de reventar el acto. De hecho, ya había varios efectivos de seguridad de la Complutense, velando para que aquello no pasara a mayores. Y no solo ellos, también varios alumnos de la facultad crearon una suerte de cordón de seguridad a las puertas para que un tumulto de personas, cuya intención era irrumpir en el vestíbulo del edificio para rezar, no pudieran hacerlo. En esos momentos, y tal y como nos transmitió alguien de la organización, la cancelación del acto parecía inminente.

Sal en la puerta de la sala donde estaba teniendo lugar el evento.
Cortesía de Manuel Carballal.

A todo esto, algunos individuos no identificados habían rociado la puerta de acceso a la sala con sal (suponemos que como medida de protección para que no escapasen los presuntos demonios allí congregados), pusieron en las paredes pegatinas en las que podía leerse «Reinaré en España - Comunión Tradicionalista Carlista»,

pintaron dos grafitis de la Virgen María cerca de la fachada principal del edificio y, a pocos metros de la entrada, unas cincuenta personas de diferentes edades que habían tratado de entrar en el edificio estaban concentradas en círculo rezando el rosario junto a un sacerdote.

Tras tomar algunas fotos, una persona de entre cuarenta y cincuenta años que se erigía en portavoz de dicho grupo nos exigió al compañero Ángel Gabay y a mí que borrásemos las imágenes de la cámara, y al pedirle unas declaraciones sobre lo que allí estaba pasando, nos explicó, no de muy buenas maneras, que los que se encontraban participando en el seminario «pueden ampararse en las libertades que quieran, pero ellos hacen rituales satánicos, de sangre y otras barbaridades que han hecho y que nos conducen a un mundo precristiano y pagano en el que los niños y otras personas inocentes eran ofrecidos a los demonios. Pretenden normalizar eso amparándose en un derecho que no tienen. Invocar a Satanás y a los demonios es algo muy grave». Minutos después, al acabar de rezar, se marcharon de allí pacíficamente siendo abucheados por la misma multitud de estudiantes que les había impedido el paso, y que se amontonaba en la puerta presenciando la escena. Pese a todo, la organización decidió continuar.

Tumulto de personas rezando el rosario a las puertas de la facultad.

Ya por la tarde, el acto se desarrolló sin más incidentes. Un joven estudiante se encontraba en la puerta de la capilla rezando el rosario. Pude conversar con él; dijo llamarse Manuel García Morente y ser estudiante de Filosofía. Tras acceder, no sin cierta dificultad, a ser entrevistado, este joven de veintitrés años me explicó por qué hacía

aquello: «Por amor a Dios y por celo a la verdad, siendo abiertamente perseguido en tiempos hodiernales. Por ese motivo un católico práctico no puede, sino desagraviar frente a las omisiones de la nueva corriente emanada a partir del Concilio Vaticano II, que pretende conciliar la fe en el mundo moderno que potencia las falsas libertades de perdición. Por ello, acudimos al rezo del Santo Rosario en latín y a la devoción del inmaculado corazón de María, pues son las armas que el Altísimo nos ha concedido para estos tiempos que parecieran apocalípticos».

Unas quince personas rezan a las puertas del acto de burlesque satánico.

El «ritual satánico»

Malasaña (Madrid), 22.45 del mismo día. A las puertas de un garito llamado Lucy in the sky, unas quince personas de diferentes edades, colocadas en círculo, rociaban con agua bendita a algunos de los individuos que entraban o salían del local y rezaban el rosario, y rezaban algunas oraciones de exorcismo: «Dios, que amas la justicia y miras atentamente a los pobres, sobre todo a los de espíritu, libra a la Universidad Complutense de Madrid de los brazos ocultos y defiéndela de los que asisten a Satanás […]. Rescátala de las amenazas del enemigo, combatiéndole con tu fuerza poderosa […]. Por Jesucristo nuestro señor. Amén». Eran sus mejores armas, pues en la sala, aparentemente, se estaba realizando un auténtico ritual satánico.

Miguel Pastor en el burlesque satánico.

Entramos en el local. Una extraña teatralización tiene lugar. Suena el *Masked ball* de Jocelyn Pook (banda sonora de la película *Eyes Wide Shut*, de Stanley Kubrick). Varias chicas aparecen en escena; una con un vestido blanco que parece de novia, otras dos de negro y látex. Las tres con velos que cubren su rostro. Un joven veinteañero parece llevar la voz cantante. Se trata del mentado Miguel Pastor. Sobre el escenario, empieza a recitar: «Amigos Satán y Lilith, impregnando en vuestra hora este espacio. Inspirad nuestras mentes. Vosotros, que caísteis y os levantasteis, porque no os arrodilláis ante nadie. ¡Por la ramera! ¡Por la divinidad! ¡Por el ángel rebelde que todos llevamos dentro! ¡Por la libre sexualidad! ¡¡Ave Satán, Ave Lilith!!», exclama el chico a grito pelado. Las chicas y el público allí congregado repiten: «¡Ave Satán, Ave Lilith!». Así hasta tres veces. «Comed del fruto del conocimiento para ser como dioses», termina el joven, dando paso a un acto de… burlesque que ridiculiza el arquetipo popular de los falsos rituales satánicos. No había animales muertos, ni sangre derramada ni altares impíos. Solo unas jóvenes haciendo *streaptease,* bailando *Sevillanas de los bloques* de Martirio, lanzando purpurina al público y alentándoles a participar de todo ello, en un ambiente festivo y a ritmo de Rammstein. Son Satanistas de España, y esta era parte de su presentación oficial.

Minerva García en pleno acto de burlesque.

Satanistas de España

Miguel Pastor es un chico normal, un vallisoletano de veinticinco años afincado en el madrileño distrito de Carabanchel, con cara de niño bueno, que está doctorando en Ciencias de la Religión por la Universidad Complutense de Madrid. Pero, además, Miguel es satanista y presidente de Satanistas de España, la primera agrupación de estas características reconocida legalmente en este país por el Registro de Asociaciones del Ministerio del Interior desde enero de 2019, con el número 616.949. Nos reunimos con él y con Minerva García, hoy vicepresidenta de la asociación y una de las participantes del «burlesque satánico», junto a la estatua del Ángel Caído del Parque del Retiro, la misma en cuya plaza se manifestaban, hace años, diferentes grupos evangélicos para que la escultura fuera derribada. Algo que bien podría retratar un *Hail Satan?* patrio, la película documental de Penny Lane que triunfó en la edición de Sundance 2019.

Sobre el *show* que presenciamos días antes, Miguel nos explicaba que «igual que algunos grupos evangélicos hacen misas con *rock* cristiano, el formato de burlesque se adapta muy bien a nuestros ideales, y nos reímos de los estereotipos que nos achacan». Minerva, de cuarenta y un años, trabaja como dependienta en una tienda de tecnología. Según sus palabras, «estuve en un colegio del Opus Dei,

pero empecé a leer ciertas cosas a los catorce años y me acabé identificando con Lucifer por una cuestión de pura rebeldía. Satán es el eterno rebelde, pero me identifico más con Lilith, la primera mujer de Adán a la que echaron del paraíso por golfa». Referente al *show*, nos sorprende sentenciando que «hubo varias personas católicas dentro y disfrutaron del espectáculo».

Para Miguel, Satanistas de España es «una asociación sin ánimo de lucro que persigue limar todos los estereotipos que rodean el satanismo: no hacemos sacrificios animales o humanos ni comemos bebés ni adoramos al Mal… Queremos entrar en el *Registro de Entidades Religiosas*, pues perseguimos toda igualdad de derechos de tipo religioso. Es decir, que se reconozca el satanismo como una religión oficial en este país». A los lectores puede sorprenderles semejante declaración, que Pastor justifica alegando: «Me parece muy interesante que, dentro del estudio de las religiones, igual que se estudia la religión griega, el budismo, los orígenes del cristianismo o el arte islámico, se pueda estudiar el satanismo. En el mismo epígrafe académico que la Wicca, Crowley, la magia del caos o cualquier forma de paganismo contemporáneo».

Miguel Pastor siendo entrevistado por el autor.

Según el investigador y criminólogo Manuel Carballal, autor del libro *Cultos satánicos* (El Ojo Crítico, 2019), «varias agrupaciones y logias, ya sean satánicas o luciferinas como La Orden Illuminati, El Templo de Set, Ocinatas Octluc, etc., intentaron registrarse en España como asociación cultural o entidad religiosa. Pero nunca lo consiguieron. Solo existe un precedente de la Iglesia de Satán, registrada en Cádiz en noviembre de 2007, según me confirmaron en

el Registro de Asociaciones de la Junta de Andalucía».

Pude hablar con uno de sus integrantes, Vicente Milla Sánchez. Tiene treinta años y trabaja en servicios de mantenimiento de la Universidad de Jaén. «Soy satanista desde que leí *La biblia satánica* de Anton LaVey (presidente fundador en 1966 de la Iglesia de Satán en San Francisco) a los diecisiete años, me atrajo mucho lo que decía y me metí en el movimiento. Para mí, ser satanista es ser libre, hacer tu propia voluntad y ayudar a los demás. No creo en la magia y no he hecho un ritual en mi vida, soy incluso reacio a ello. De hecho, fui monaguillo hasta los quince años en la parroquia de un barrio humilde de Jaén», nos dice.

Nos sigue contando Vicente: «Estaba estudiando el Islam en 2009, pues, aunque soy satanista estudio y trato de comprender otras religiones. El caso es que me hablaron de alguien de cuarenta y cuatro años, a quien nunca he visto, que presidía un capítulo de la Iglesia de Satán en Cádiz, me inscribí y ahí estuve durante años, pero su actividad era prácticamente nula. Yo conocía a otros cinco satanistas en Granada y quedábamos entre nosotros. Según nos dijeron, había unas ochenta personas inscritas».

Miguel Pastor nos sigue contando como «desde que tengo uso de razón me he considerado ateo. Estoy bautizado e hice la comunión, pero en mi adolescencia lo tuve claro. Y con diecinueve años fui al registro católico para formalizar mi apostasía de la Iglesia católica, pues considero que me bautizaron en contra de mi voluntad. Y, aunque nunca he visto a mi entorno cercano coger una Biblia, yo mismo, antes de empezar la carrera, ya me la había leído tres veces, y hay partes que me sé de memoria», nos cuenta Miguel. De hecho, su novia es católica y su exnovia, musulmana.

Pese a las rivalidades existentes entre los diferentes grupos satánicos, Miguel no se adscribe a ninguna corriente satánica en concreto: «Pero a nivel ideológico The Satanic Temple (fundado en 2013 por Lucien Greaves, en Salem) sí me produce más simpatía. Su defensa del colectivo LGTB, la idea del empoderamiento personal…». Y hablando de dicho colectivo, Pastor matiza como «toda religión es fruto del contexto donde nace. Y la Iglesia de Satán nace en el San Francisco de la década de los sesenta. Eso, y su vocación contracultural, unido a que Satán siempre ha estado muy vinculado a la sexualidad y a la carnalidad, permiten comprender ese aspecto. La

Iglesia de Satán siempre ha defendido la igualdad de derechos del colectivo LGTB, las prácticas sexuales entre dos o más adultos siempre que sean consentidas, etcétera. Y yo me incluyo. Soy bisexual».

En su periplo de legalización no todo ha sido sencillo. El propio Vicente Milla, también tesorero de Satanistas de España, nos cuenta: «Recorrí hasta quince entidades bancarias. Todas se opusieron a que abriéramos una cuenta corriente con ellas. No querían asociar el nombre de sus bancos a una asociación con Satán como protagonista, cosa a la que deberíamos tener derecho por ley. Teníamos actividades en Madrid y no existía manera de ingresar dinero. Hemos tenido que buscar alternativas legales para poder hacerlo».

Miguel Pastor, aparte de regularizar la primera agrupación satanista en España, es autor de uno de los pocos trabajos dedicados al satanismo aceptados en una universidad española. Su TFG (Trabajo Fin de Grado), titulado «La Magia en el Satanismo Moderno», obtuvo una nota de 9,5 (sobresaliente) en la convocatoria de septiembre de 2018.

Acerca del perfil de los integrantes de Satanistas de España, Miguel explica que son medio centenar de personas, algunas jóvenes, otras de mediana edad, algunos con familia, de diversas clases sociales, con nivel cultural bastante alto y mucha diversidad sexual. «Casi todos los satanistas que conozco son integrantes o del colectivo LGTB, o del Poliamor (amar a varias personas a la vez de manera consensuada) o del BDSM (*Bondage*, Dominación, Sadismo y Masoquismo)», sentencia. Algo a lo que, suponemos, se oponían ciertos colectivos de extrema derecha que se manifestaron en contra del seminario académico organizado por los propios Satanistas de España.

Y es que lo que parece una clara ruptura actual entre grupos de extrema derecha y el satanismo resulta curioso, pues, al recurrir de nuevo a Manuel Carballal, este nos confiesa: «Durante mi investigación, localicé al diplomático español Julián M., que trajo el satanismo a España en 1976, tras la muerte de Franco. Había conocido la Iglesia de Satán mientras dirigía la Oficina de Turismo de la Embajada de España en San Francisco. Él nos reveló el coqueteo del satanismo americano con grupos neonazis. Su sucesor, como presidente de la Iglesia de Satán en España, José María C., un criminólogo y colaborador del antiguo CESID, tenía un protagonismo

activo en partidos de extrema derecha. Ha aparecido en listas, hasta hace poco, de AUN, Frente Democrático Español o Españoles bajo el Separatismo, como candidato al Congreso y a la Generalitat. Y hasta Álex Ifer, líder de Ocinatas Otluc en Canarias, había liderado las juventudes de Falange en la isla».

«Satanista y… nacionalsocialista»

«Algunas de las personas que éramos miembros de la Iglesia de Satán en España proveníamos de partidos de extrema derecha como Fuerza Nueva, Frente de la Juventud, Falange Española de las JONS, CEDADE… Yo mismo, hoy en día, estoy afiliado a Vox. Puede parecer extraño, pero no lo es, pues dentro de los partidos nazis o en la extrema derecha los hay que son cristianos a rabiar, y los que no lo son. Yo soy satanista y nacionalsocialista.» Me lo cuenta José María C., a quien pude localizar. No ha sido fácil, pero conseguimos que el que fuera presidente de la Iglesia de Satán en España en los años noventa me concediera una entrevista a sus cincuenta y tres años, tras dos décadas de prolongado silencio.

«Mi familia es católica y conservadora, cercana al Opus Dei. Yo mismo tenía a un director espiritual del Opus que me preguntaba si me había tocado y cosas así. También me pedía que me hiciera sacerdote, ofreciéndose a pagarme los estudios en la Universidad de Navarra, también del Opus. Pero lo pensé y les dije que no. En mi carácter siempre me he identificado con el adversario. Cuando veía películas, iba siempre con el malo. Y el personaje más interesante de la Biblia era el Diablo; me di cuenta de que muchas de sus características eran virtudes, no algo negativo. Empecé de esta forma a interesarme por el satanismo, hasta que me inscribí en la Iglesia de Satán de San Francisco», me revelaba.

Al preguntarle sobre su biografía, señala: «Hice el servicio militar con José Luis Fariñas, con quien había coincidido en las juventudes de Fuerza Nueva, y quiso reclutarme para el comando de Ismael Miquel de los GAL, en Barcelona. Pagaban dos millones de pesetas por etarra muerto. Me lo pensé, pero tenía solo dieciocho años, me acojoné y no me vi capaz. Aunque yo quería luchar por España. Creía y sigo

creyendo en España. De modo que me puse en contacto con el CESID con el fin de infiltrarme en grupos de extrema izquierda. Me entrevistaron y trabajé para ellos en la división de Interior y la de Contrainteligencia. Entre otras operaciones, estuve metido en el GRAPO o en un grupo islámico chiita, y llegué a aprender árabe y a hacerme musulmán. Hice cosas muy peligrosas en los años noventa, pero lo hice todo por España».

Sobre su vinculación satánica, José María nos confiesa: «Comencé a presidir la Iglesia de Satán en España a mediados de los años noventa con el permiso de la agrupación original americana, después de un tiempo siendo miembro. Encontré a una persona inteligente y presentable, pero luego tomé contacto con otros miembros impresentables que llegaron a acabar en la cárcel después de hacer pintadas amenazantes cerca de la catedral de Barcelona, robar cosas en iglesias, etc. Con esta gente no quería saber nada, pues bastante mala prensa tiene el satanismo en sí como para mezclarte con individuos que realizan actividades delictivas».

Pero… ¿cómo podía uno introducirse en la Iglesia de Satán? «Pagabas cien dólares al grupo americano, y luego las cuotas nacionales las decidía cada presidente de asociación. Y parte de ese dinero se utilizaba para realizar misas negras, que era algo parecido a una misa católica, pero al revés. En lugar de adorar a Jesucristo, se decía que el cristianismo es algo insano, una influencia nefasta para Europa y Occidente que introduce una doctrina judía de poner la otra mejilla cuando te golpean. Nosotros creemos en la venganza», exclama José María. Y es que, según *La biblia satánica* (Ediciones Martínez Roca, 1966) de LaVey, «el satanismo representa la amabilidad hacia quienes lo merecen, en vez del amor malgastado con ingratos».

En lo que respecta al perfil de los integrantes de la Iglesia de Satán que él mismo presidía, José María nos desvela: «Había desde estudiantes universitarios, un médico o un profesor de Historia de instituto, hasta varios trabajadores, como un transportista, un mecánico, un electricista… En total éramos unas veinticinco personas. Y algunos habíamos estudiado mucho a las SS y a grupos internos de las SS que eran ocultistas y satanistas».

Satán vs. Lucifer vs. Buda

«Fui luciferina desde siempre, aunque no lo supiera. Lucifer es para mí ese ángel rebelde que se rebela contra lo establecido. Mis padres pretendían imponerme su religión católica. No creía ni confiaba en aquello y cuando empecé a tener más contacto con el luciferismo, me di cuenta de que Lucifer era la figura con la que más me identificaba», nos cuenta Nieves Guijarro Briones, de treinta y seis años. Hostelera, editora y escritora. Su segunda novela, *La cruz y el cerdo*, está escrita tras muchas horas de meditación, que es como ella manifiesta su ritualística para entrar en contacto con Lucifer.

Nieves Guijarro Briones. Cortesía de Nieves Guijarro Briones.

Pero Nieves ha tenido malas experiencias con personas que se denominaban satanistas: «Uno de ellos me decía en 2015 que debía ir con él a las islas Canarias para bautizarme y estar desnuda en su presencia porque Satanás representaba la pureza, e intentaron introducirme en orgías clandestinas llevándome con ojos tapados a

cierto lugar, con médicos de por medio. Han intentado aprovecharse de mí sexualmente. El satanismo es una ideología a la que recurren muchos sinvergüenzas buscando a chicas jóvenes con un móvil sexual, lo mismo que pasa en el ámbito católico con los curas pedófilos».

Margit Glassel es alemana, estudia Psicología en la UNED y fue una de las ponentes del seminario de la Complutense. Me dice que es la primera vez que concede una entrevista a un periodista. «Soy budista… y luciferina. Si adorase al Mal, no podría ser budista, pero tampoco pongo la otra mejilla. Si pones la otra mejilla, de alguna manera justificas el maltrato. Mi objetivo como luciferina es desarrollar completamente el potencial que tengo y eliminar patrones o límites negativos que me obstaculizan para obtener la autoiluminación.» Pero ¿cuál sería la diferencia entre Lucifer y Satanás? «El primero es más refinado, es el portador de la luz y representa el conocimiento; mientras que Satán sería más primitivo, intenso e instintivo», expone Margit.

Margit Glassel. Cortesía de Margit Glassel.

«Leí la Biblia varias veces, pues como luciferina busco el conocimiento. Para mí, Jesús era un auténtico rebelde y muy luciferino, que es algo que puede verse en episodios como el intento de lapidación de María Magdalena o el de los mercaderes del templo. Los que más creen en Satán son los católicos», sentencia.

José Luis Carretero habla por primera vez abiertamente sobre su condición de satanista. Apenas lo saben su pareja y algunas personas de su círculo más íntimo. Hasta ahora. Tiene cuarenta y siete años y trabaja de carretillero en un almacén. «Satán para mí representa la expansión del conocimiento, la apertura de miras de cara a la vida y la

iluminación del camino. Es una parte de nosotros que nos conecta con una energía universal. No es una figura con cuernos y rabo como nos han hecho creer la cultura judeocristiana y el proceso inquisitorial», nos cuenta Carretero. Es entendible, pues, que la novena afirmación satánica según LaVey sea que «Satán ha sido el mejor amigo que la Iglesia ha tenido nunca, puesto que la ha mantenido viva durante todos estos años».

Otro de los elementos más importantes para todo satanista es el sexo. Para José Luis «es la manera más rápida de entrar en contacto con nuestro Satán interior. Es un vehículo de libertad». Pero ¿qué hay de la fidelidad? «Aunque es una decisión de cada uno, si se llega a un acuerdo con la pareja, la fidelidad no es más que una parte del barniz que tenemos como civilización. Somos animales civilizados, pero animales, al fin y al cabo. Y la fidelidad animal prácticamente no existe», explica.

José Luis Carretero. Cortesía de José Luis Carretero.

Los rituales

Carretero también realiza rituales, pero para él «la ritualística es algo privado, una comunicación muy íntima con mi yo interior. He hecho algunos rituales de expansión, para obtener conocimiento. Utilizo los cuatro elementos (agua, tierra, aire y fuego), uso velas, incienso,

copas… Mi elemento predilecto es el agua». Pero presenció algo que jamás olvidará. Su relato es el siguiente:

«Los hechos que voy a contar tuvieron lugar el 24 de junio de 1995 o 1996 (no sabría precisar con exactitud). Tras la desaparición de su hogar de una muy buena amiga, que según sus familiares había sido captada por lo que parecía una secta de índole ocultista o satanista, comencé a indagar por mi cuenta. Me topé de frente con un entramado sectario de corte satanista, que tenía como método de captación a ciertos *pubs* de *rock* y *heavy metal*. El grupo se llamaba Orden del Toro o *Toro-Vaca*. Un grupúsculo de unas diez personas que estaban comandadas por un empresario de la hostelería de origen leonés.

»Después de una complicada indagación, llegué a saber que este grupo de personas (del norte casi todas) se iban a reunir en un lugar situado en el Cerro del Sol, cerca de la Dehesa del Generalife granadina, llamado Aljibe de la Lluvia. Me escondí por la zona tras unos arbustos y observé a varias personas con indumentarias diversas de color rojo y negro que llevaban cirios normales, y realizaban rezos y cánticos que no pude entender. Una pequeña hoguera central era preparada por el que parecía el oficiante principal, ayudado por una chica de color. Muchos llevaban sudaderas negras con capuchas y otros una especie de hábitos con máscaras de carnaval de todo tipo.

»Tras sacar una espada y hacer cuatro cortes en el aire, el oficiante dio paso a lo que parecía una segunda parte de la ceremonia, donde tres o cuatro chicas y dos señoras bastante entradas en edad se quedaron en biquini y alguna en toples. Mientras hacían una rueda agarradas de la mano, los hombres estaban sentados bebiendo y recitando algo que repetían una y otra vez. A todo esto, el oficiante levantaba sobre su cabeza una cabeza de toro hecha con cartón o algún material similar. No supe cómo terminó el ritual, pues no vi a mi amiga y me fui de allí a las dos horas por temor a ser descubierto. Parecía algún tipo de ceremonia casi arcaica, pagana, de origen celtíbero o íbero. Sin embargo, se nombró varias veces a Satán, Belcebú, Belial y Lucifer…».

En una línea similar o más arquetípica estaban los rituales que, junto a sus compañeros de la Iglesia de Satán española, José María C. realizaba en el garaje de uno de ellos: «En las misas negras solíamos vestir todos de negro. Cuanto más, mejor. Yo iba incluso con una capa

negra y era quien oficiaba la misa. Otra persona iba repitiendo en voz alta lo que yo decía. Detrás del altar teníamos colgada una bandera negra con el pentáculo invertido en blanco dentro de un círculo. También había un candelabro con velas negras. Teníamos allí un aparato musical, pero nada de *rock*, sino música clásica, en el que sonaban el *Carmina Burana* de Carl Orff o el *Tocata y fuga* de Johann Sebastian Bach».

En lo que respecta a los detalles de dichos rituales, «se van haciendo oraciones de invocación a Satán, adorándole por sus diversos nombres (Asmodeo, Lucifer, Belcebú…). Y entonces, algunas de las personas que participaban pedían cosas como aprobar un examen o conseguir a una mujer. Lo solicitaban en alto y el resto proyectábamos esa petición mentalmente para, como si de una especie de energía colectiva se tratase, obtener tales objetivos. Para esos rituales nos reuníamos unas quince personas y no hacíamos sacrificio alguno. Nosotros estábamos en contra del maltrato animal».

En cuanto a rituales más actuales de corte satanista o luciferino, Miguel Pastor también los realiza. Pero son muy diferentes a lo expuesto en párrafos anteriores. «Para mí es básico, cuando hago magia ritual, poner una barrera entre estas prácticas y mi vida cotidiana. Lo hago a solas, en mi habitación del piso compartido en el que vivo, ante una estatua del Bafomet. Evito que entre luz natural, pongo velas y uso inciensos», dice Pastor. Él hace una meditación o invocación simbólica a Satán ante un pentagrama invertido, todo ello con una ofrenda en forma de vino tinto. Pero nada de sacrificar personas o animales, ni adoraciones al maligno como tal. De hecho, decía LaVey en *La biblia satánica* que «el hombre, el animal, es el elemento más divino para los satanistas», por tanto, consideran sagrados a esos seres.

Para Minerva García, su ritualística «es mi condición de *burlesquera*, en la que teatralizo y ridiculizo los estereotipos satánicos por medio de una manifestación artística. No es solo llegar y quitarme ropa; es arte, transmites cosas. Se nos sataniza por ser mujeres, pertenecer a movimientos LGTB (soy bisexual) o no tener un cuerpo heteronormativo. Se nos sataniza y, ya que me lo van a llamar a mí, me lo llamo yo. En el ambiente artístico, hay bastante gente afín a mis ideas debido al alto grado de rebeldía que caracteriza al mundo del espectáculo».

Nieves Guijarro parece mucho más metafísica. Ella hace los rituales de otra forma: «Normalmente, por mediación de una simbología (sigilos) que sea fácil de vislumbrar mentalmente para ejercer la concentración en aquello que deseas. Entonces hago un dibujo con lo que quiero conseguir. Después vuelvo a realizar el dibujo dejándome llevar por el subconsciente, con líneas más difusas. Y para acabar, vuelvo a hacerlo de manera muchísimo más abstracta de forma que mediante esas líneas se pueda entrar en mi mente durante el proceso de concentración y el sueño».

Margit Glasel practica la magia del caos: «Consistiría en que la realidad es una especie de caos creativo a partir del cual tú puedes crear. Soy maga y hago rituales que yo misma suelo inventar. Para invocar a Lucifer, me pongo en contacto con mi parte luciferina, y entro en un estado meditativo para buscar la claridad. Hago un círculo, entro dentro de él y hablo en voz alta invitando al arquetipo de Lucifer a ese espacio. Es como un diálogo, solo que, en vez de hablar con un ángel de la guarda con alas blancas, lo hago con uno de alas negras».

Al solicitar más detalles de cómo realiza dicho ritual, nos cuenta: «Para dicha invocación, tengo una habitación con un altar en el que agrego el símbolo de Lucifer, y encima de este hay una imagen que representa a Lucifer y otra a Lilith. También represento los cuatro elementos con una daga, una varita, una copa (con vino) y un pentáculo. Además, uso velas y una espada ritual. Soy animalista y no hago sacrificios animales. No mato ni a las moscas».

Después de haber entrevistado a los siete, unos satanistas y otros luciferinos, da la sensación de que no existe un «satanismo unificado» en modo alguno. Cada uno, pese a tener ideas en común, practica el satanismo a su manera y de la forma que mejor parece convenir a sus propios intereses. Algo que, por otro lado, no debería extrañarnos, ya que, como dijo el propio Anton LaVey en su famosa biblia, «los satanistas representan una forma de egoísmo controlado».

¿Ningún satanista hace sacrificios animales… o humanos?

Un resumen de lo que he contado hasta ahora acabó publicándose en formato reportaje de tres páginas en *Crónica* del diario *El Mundo*. Fue en diciembre de 2019. Pues bien, a raíz de promocionar dicho reportaje en *Espacio en blanco*, se puso en contacto conmigo alguien a quien, por expresa petición suya, llamaremos Juan Manuel K. S. Reside en Albacete y ha trabajado de administrativo, publicista, maquillador de difuntos, responsable de tienda, asesor de empresas o diseño gráfico. Y lo que me contó choca tangencialmente con algunas de las máximas relatadas hasta ahora por otros satanistas. Me gustaría advertir que algunas de sus declaraciones pueden herir la sensibilidad del lector…

—¿Desde cuándo es usted satanista?

—Quizá empezó el 13 de julio de 1997 al perder un amor; quizá al ser expulsado del monasterio del Císter al provocar un *poltergeist*; tal vez en el fondo siempre lo fui por la gracia de Dios, o porque yo mismo antes de nacer estaba marcado por la intervención de mi bisabuela que era bruja, como parte de mis ancestros. También, desde pequeño, los muertos se me amontonaban alrededor de la cama. Era capaz de captar ciertas formas de energía o desarrollar ciertas capacidades adivinatorias. Es una naturaleza que está y que se va desarrollando; se elija o no, está, y busca la manera de aflorar.

—¿Y qué significa para usted ser satanista?

—La parte de la historia que unos no gustan ver y otros tratan de que no se vea, una realidad con su perspectiva para los que nos atrevemos. No es tan fácil como decir las manifestaciones luminosas son buenas y las sombras o vapores oscuros malos. Es simplemente parte de la vida, una parte con sus reglas, otra forma de jugar, con sus propias alegrías, dolores, responsabilidades y premios. Otra forma de poder e impotencia, de cada cual a qué regla se quiera acoger y sea cual sea la habilidad que tenga para que no le llueva demasiado por ambas polaridades.

—¿Está en algún capítulo español de la Iglesia de Satán o algún otro?

—Como Iglesia de Satán, solo reconozco la fundada por LaVey; lo demás son imitaciones por ego o ambición. En cuanto a grupos, logias, *covens*, hermandades o como guste, obvio. Discretas, secretas, ocultas, de acá o allá, siempre es bueno estar en relación, adentro, próximo, informado cuando menos. Soy, por ejemplo, representante de la Orden

de la Serpiente argentina.

—¿Realiza algún tipo de ritual?

—Sí. Y si accedo a alguno nuevo me falta tiempo para practicarlo. En los tiempos en que dispongo de menos medios, en los tiempos en que disfruto de más recursos, siempre hay un momento para ponerse manos a la obra de una u otra forma. Tanto si tienen un efecto por psicodrama, como aquellos que emplean las leyes de la física no común, del ABC de la necro y nicromancia a la goetia, demonolatría o saltar portales. Siempre es un placer trastocar los papeles de papá. Y, a fin de cuentas, la ciencia de hoy se arrastró por el fango para tener prestigio, si me equivoco y dejo algo suelto…, bueno, todos cometemos errores, ¿no?, además, Dios es amor y me lo va a perdonar (risas).

—¿Sabe su entorno que es usted satanista? ¿Y cómo se lo toman?

—Unos sí, otros no. En general una rareza afortunadamente adjudicable a cualquier cosa social. Bastantes me ven como brujo, otros más como mago, los menos como satanista y menos aún como un satanista que sabe lo que se hace.

—¿Tiene alguna ideología política?

—La de Groucho Marx, estos son mis principios, y si no les gusta, tengo otros… Ya sabe. Dependiendo del momento, según soplen los vientos. Unos pueden pensar que somos traidores, otros pueden entender que no nos dejemos apresar por algo, al menos, fácilmente.

—¿Ha hecho usted pactos con el Diablo?

—Sí. Desde que formé parte de la Orden Cisterciense de la Estricta Observancia, una de las más duras, como jesuita y hermano lego. Para superar psicológicamente todo lo que me había llevado a entrar ahí, superé esa decisión optando por otra igual o mayor. Para contrarrestar ambas cosas.

—¿En qué consisten sus rituales? Detálleme alguno.

—LaVey (¿ateísta?) ya lo dejó claro; reproducía rituales del vodun, egipcios, romanos… La cuestión es que, si uno va a hacer algo, es mejor hacerlo bien e iniciarse en la línea, con el mejor mentor disponible. No es posible detallar un ritual, en parte porque son «asuntos internos»; por otra parte, porque solo una porción es una acción física ponderable, la otra solo es medible o perceptible a otro nivel o con instrumental adecuado a la condición, salvando aquellas intervenciones directas sobre la materia. Por lo general, suelo

enfocarlo más a la materialización de espíritus y a abrir caminos entre planos de la forma más tangible posible, me interesa la interrelación lo más directamente posible de una existencia en la otra.

—¿Utiliza algún tipo de indumentaria o simbología para los rituales satánicos?

—Sí. Uso túnica negra, un espejo negro, un candelabro con velones negro, la iconografía del Bafomet y los cuatro elementos (cuchillo, copa, vara y vela). También una campana, un libro y una calavera de resina.

—¿Ha hecho algún tipo de sacrificio en alguna ocasión?

—Lógicamente, al tocar diversas líneas dentro de un enfoque, uno termina por no llegar a tanto como la fábrica de El Pozo, pero finiquitando algo.

—Explíquese mejor…

—No me gusta tener que matar animales, me desagrada mucho, pero cuando aprendes algo y estás necesitado de entender, no puedes ir con el escudo delante, tienes que exponerte. Cuando curioseé en el Palo Mayombe, obviamente tocaba matar animales.

—¿De qué animales hablamos?

—Gallos, gallinas, chivos… Hay gente que sacrifica perros, y más que rumores de que hay quien sacrifica personas.

—¿Cómo dice?

—Sí. A fecha de hoy alguien seguro que lo hace, y estoy convencido de que más de una persona merecería ser sacrificada.

—¿Le consta que se hayan hecho sacrificios humanos en el ámbito del satanismo?

—Sí. No he visto los cadáveres, pero por la psicología de ciertas personas que me han confesado haberlo hecho, me lo creo. Y de ser así, espero que lo paguen, pues si eres satanista con base laveyana sabes perfectamente que no puedes tocar a ningún ser vivo que no se lo merezca…

—Pero usted sacrifica animales…

—Pero yo no quiero hacerlo.

—¿Por qué es necesario sacrificarlos?

—Uno se puede ver forzado a hacer ciertas cosas si quiere llegar a cierto punto. No creo que a ningún científico le guste abrir cabezas de rana para juguetear con sus cerebros introduciendo chips y demás. Dudo que ninguna persona sana goce con eso. Pero si utilizan monos,

cerditos o animalitos varios es porque buscan un bien mayor. Es una crueldad, pero también un mal menor necesario para salvar más vidas. Con lo cual, entiendo que en muchos otros pueblos se sacrifiquen animales para sanar a una persona. Con lo que, llegado el momento, si no me queda otra y estando entre la espada y la pared, tengo que reaccionar.

—Pero no deja de ser curioso verse entre la espada y la pared cuando estamos hablando de un ritual íntimo o individualista…

—No tan íntimo. Cuando uno está rodeado de espíritus, y uno ya sabe que no es un producto de la imaginación, una proyección o una alucinación…, sino que se trata de una realidad…, pues uno tiene que reaccionar ante la realidad.

—Describa uno de esos rituales.

—En la línea Mayombe, lo que funciona realmente es la energía que se desprende de la sangre del animal en un breve periodo de tiempo. Se utiliza la energía que desprende el animal cuando está muriendo, pero no ensañándose con el sufrimiento. Lo hago con un machete de estos que se utilizan en la selva. Podría hacer como muchos, clavando un cuchillo atravesando el cuello y rompiendo las vértebras, pero no me parece lo suficientemente rápido. Para mí, lo útil es el primer derramamiento de sangre cuando esta está cayendo. No necesito que el animal esté consciente para regar con su sangre.

—¿Lo hace usted solo o con ayuda?

—Depende, a veces solo, a veces acompañado. Pero no los hago como satanista, sino como rituales de Mayombe.

—Pero usted es satanista…

—Es que todo va en la misma dirección…

«Yo veo a los demonios y hablo con ellos»

Y cierro el extenso capítulo que nos atañe, y también el presente bloque de «los con rostro», con un personaje que, a buen seguro, no dejará al lector indiferente. Se trata de Ernesto Bravo, un satanista de Talavera de la Reina (Toledo) al que pude entrevistar en abril de 2019 junto a mi compañero de aventuras Juanjo Sánchez-Oro, y cuya trayectoria no tiene desperdicio. Podríamos decir, a modo de adelanto,

que es un satanista bastante diferente a lo que hemos ido analizando en las últimas páginas. Al entrar en su pequeña consulta, nos encontramos con toda una parafernalia de velas, simbología satanista, muñecos de vudú con alfileres, fotografías de personas, etc. Nos sentamos a hablar con él y esta es su historia:

—El satanismo está interpretado de una forma errónea.

—¿A qué te refieres, Ernesto?

—A que Satán no es el demonio de los cuernos, sino el espíritu de superpoder que todos tenemos en nuestro interior, y que ha sido limitado por un Dios de mentira y la fe de una religión.

Ernesto Bravo ante su altar.

—¿Desde cuándo eres satanista?

—La que me inició en el satanismo fue mi abuela. Yo vengo de una familia de espiritistas y brujos. Soy madrileño de nacimiento, pero mi origen es colombiano, de Tolima, descendiente de los indios pijaos. Mi madre, que viajó herida casi de muerte a España en el año 1982, murió en el parto. Vino huyendo de la gente de Pablo Escobar, que en aquella época mandaba secuestrar a los brujos para que trabajaran para él. Entonces hacía masacres, y mandó secuestrar a varios brujos,

y para que yo no cayera en sus redes me trajeron a España con otra familia de espiritistas.

—Entonces todos tus conocimientos vienen de familia…

—No exactamente. Cierto es que nací en cuna de brujo, pero yo aprendí ciencias ocultas sin haberlas estudiado. Todos mis conocimientos han sido directamente revelados por el diablo, Lucifer, Belcebú o como queráis llamarlo.

—¿Y cómo te transmitía el diablo esas informaciones?

—Directamente. Lo veo como os veo ahora a vosotros. Por ejemplo, ahora mismo tengo aquí un muñeco fetiche, con tierra de cementerio, huesos raspados y la foto de la persona a la que hay que dañar, en la que tengo clavados varios alfileres. Entonces yo rezo y el diablo me dice lo que tengo que hacer. Me da el conocimiento, el entendimiento y la sabiduría. Entre otras cosas, para poder cuestionarme las mentiras del catolicismo y las de todas las religiones. Te dicen que no te acerques al diablo porque saben que hay un verdadero poder en él que te puede ayudar y beneficiar.

El altar de Ernesto Bravo.

—¿Qué tipo de personas vienen por aquí?

—Pues igual que estás tú ahí sentado, que eres humilde, se han sentado políticos para truncar la vida de otros políticos. También generales. Algunos de la familia de Maduro.

En ese momento nos enseña algunas fotos y un vídeo. Y continúa…

—También algún que otro personaje muy famoso, antes de entrar en cierto programa de televisión, también muy conocido. Hablé con su

padre, una persona también famosa, ya fallecido.

Nos lo dice bajito, *off the record*. Y efectivamente, de ser cierto, es alguien francamente conocido de la farándula rosa.

—¿Y esta capacidad la tienes desde pequeño?

—Desde los tres o cuatro años. Yo he estado en La Flor de la Guajira, en la frontera entre Colombia y Venezuela. Allí ha sido donde yo más me he instruido, en el Amazonas, donde he hecho hasta canibalismo.

—¿Cómo dices?

—Una vez mataron a un general en la guerrilla y tuve que comerme un trozo de la persona, en un ritual. Era el año 2001. Tenía dieciocho años.

—¿Y cómo fue la experiencia? —le pregunto, bastante sorprendido.

—Pues… como comerte un solomillo, amigo. Si lo pruebas te gusta, es como la droga. Pero es carne humana. También he matado un lobo y me he puesto su piel encima.

—¿Tú haces sacrificios rituales?

—En ocasiones me han intentado matar, apuñalándome. De modo que no lo necesito, porque la muerte va conmigo.

Ernesto Bravo.

Parte III
…Y algunos «con mucho rostro»

Capítulo 19

Vallecas: el *poltergeist* que no fue

La película *Verónica*, dirigida por Paco Plaza —ganadora de un Goya y nominada a otros seis—, inspiró parte de su trama en una historia real: el llamado *poltergeist* de Vallecas. Según la versión *oficial*, a principios de los años noventa, Estefanía Gutiérrez Lázaro hizo una ouija y, desde entonces, empezó a hablar lenguas desconocidas e incluso a levitar. Hasta que falleció el 14 de julio de 1991, a los diecisiete años, en extrañas circunstancias y empezaron a producirse en la casa familiar fenómenos extraños, algunos certificados por la Policía. Incluso aparición de sombras, monjes espectrales y otros tantos seres «sin rostro» del aparente más allá. Pero… ¿qué hay de verdad en esta historia? Dos de sus protagonistas, Ricardo y Maximiliano, me concedieron una reveladora entrevista que a nadie dejó indiferente…

Ricardo: Vamos a contar nuestra verdad, y lo hacemos para limpiar la imagen de mi hermana Estefanía.

Maxi: No queremos obtener lucro alguno, ni cobrar nada…

Aunque Ricardo y Maximiliano Gutiérrez ahora sobrevuelan los cuarenta, en 1992 el primero tenía dieciséis años y el segundo casi diez. Formaban parte de una familia de seis hermanos (todos ellos menores), hijos de Máximo Gutiérrez y Concepción Lázaro.

En septiembre de 2018, unos 25 años después de lo acontecido en esa humilde casa de Vallecas, me brindaban en primicia una versión diferente de la que se había propagado y terminó en cines. Y lo hicieron aun a riesgo de dañar su propia reputación, desdiciéndose de sucesos que hasta entonces decían no poder explicar racionalmente, pues la situación se les había hecho insoportable: hasta hace bien poco, y aún a día de hoy, se sigue difundiendo en varios medios de comunicación la imagen de su hermana como una chica poseída, que

levitaba y gruñía como un animal. Y dijeron basta. En declaraciones previas, guardaron silencio sobre ciertos aspectos familiares por respeto a su idolatrado padre, enfermo de cáncer. Una vez fallecido, me narraron aquel calvario.

M.: Cada uno ha tenido su vivencia personal, y nosotros no podemos desmentirlo, pero lo que hemos vivido junto a ellos podemos explicarlo de manera racional.

R.: Para mí, no hay caso.

Según mis fuentes, algunos de vuestros familiares han denunciado a la productora de Verónica…

M.: Parece ser que sí, al menos tenían la intención. Pero pienso que no tiene sentido. La película nada tiene que ver con el *caso Vallecas* que vivimos. Desinteresadamente, estuve en contacto con sus creadores, me consultaron parte del guion y di mi visto bueno.

Ricardo y Maximiliano Gutiérrez Lázaro.

La auténtica Verónica

R.: Hay que aclarar que mi hermana no era asidua a realizar ouijas. Era completamente normal.

Se dijo que al realizar dicha ouija en el instituto, con unos compañeros de clase, se rompió un vaso y que de él brotó una especie de humo negro que la poseyó…

R.: Dicha versión de la historia aparece narrada por su madre tras la muerte de nuestra hermana, cuando unos compañeros suyos vinieron a darnos el pésame y empezaron a dar detalles de aquella

ouija.

Estefanía fallece, según la autopsia, por asfixia pulmonar. Muerte súbita y aparentemente sospechosa (más adelante analizaré esta cuestión).

Parece ser que tenía ataques, para algunos de tipo demoniaco…

R.: Ella se comportaba acorde a ataques epilépticos de ausencia. De hecho, hay antecedentes familiares.

M.: Así es. Mi madre estaba, y sigue estando, tratada por epilepsia convulsiva. Y otros familiares la han heredado después. Es más, yo he asistido a ataques críticos de algunos de ellos, y su comportamiento era el mismo que el de mi hermana, que estaba siendo tratada médicamente. Se sospechaba que tenía un cuadro de epilepsia, pero fallece antes del veredicto médico debido a un ataque epiléptico, no a nada inexplicable.

¿Pudo tener algo que ver la malograda ouija?

M.: En absoluto. Fallece un año y pico después de practicar aquella ouija. De hecho, el *extraño* comportamiento de mi hermana se da muchos meses más tarde de la misma.

R.: Nunca levitó ni habló lenguas desconocidas.

¿Cómo era Estefanía?

R.: Era un pilar, como una madre. Una confidente. Fue ella quien nos cuidó, prácticamente. Alegre, sonriente, muy querida por todos los hermanos. Nuestra protectora. A veces se quedaba sin cenar solo para darnos de comer a nosotros.

M.: Lo confirmo. Los cinco hermanos pensamos lo mismo. Es lo único en lo que estamos todos de acuerdo.

«Nos machacaron»

M.: Los fenómenos que, aparentemente, suceden en la casa no nos fueron ajenos. Nuestra madre estaba empeñada en que algo malo sucedía alrededor de Estefanía, que haría notar su presencia desde el más allá… Nos sumergió en un estado de sugestión importante. Todo fue psicológico.

R.: De hecho, entraron en escena presuntos parapsicólogos como Tristanbraker (el primer autodenominado experto paranormal que

apareció en la casa, y *showman* habitual en las televisiones cuando aparecía vestido de cazafantasmas) que nos metieron aún más miedo en el cuerpo.

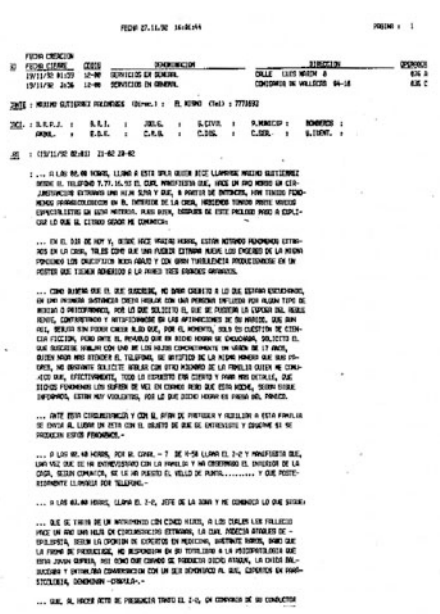
M.: Llegamos a perder nuestra propia intimidad con tal de sentirnos protegidos. Incluso nos acompañábamos al baño. Psicológicamente, nos machacaron. Hubo otros especialistas mucho más serios, como el psiquiatra Fernando Jiménez del Oso, quien nos recomendó que dejásemos de hablar de ello, que no le diéramos más importancia. Fue a partir de ahí cuando, al hacerle caso, los presuntos fenómenos cesaron.

El expediente

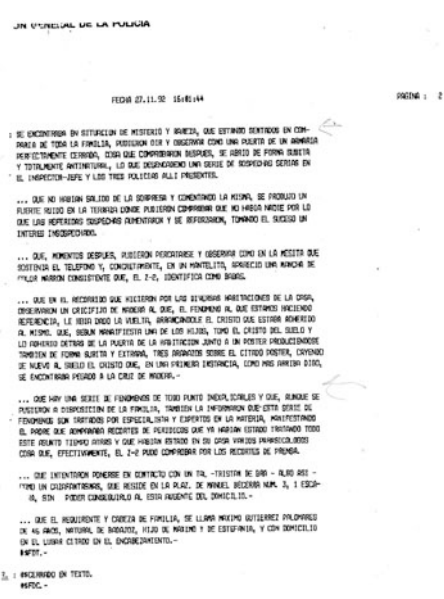
La noche del 19 de noviembre de 1992, la familia, o así se contó *oficialmente*, estaba aterrorizada por los sucesos aparentemente extraños que se estaban produciendo de forma violenta, lo que hizo que llamasen a la Policía Nacional. Al preguntar a Ricardo y a Maxi sobre este famoso episodio, me contaron una realidad muy diferente a la oficial…

M.: Imagina el escenario. Nuestros padres nos piden que bajemos a la calle para recibir a la Policía, lo cual ya predispone a los agentes al llegar, máxime cuando, en el ascensor, los empiezan a poner al día sobre la cantidad de fenómenos extraños que padecíamos.

Fenómenos que comparten los agentes y que incluyen en el asombroso parte policial («la chica balbuceaba y entablaba comunicación con un ser demoniaco al que, expertos en parapsicología, denominan crápula»), obtenido por Manuel Carballal tras una veintena de visitas a la comisaría. Con su publicación, comienza la vorágine mediática del caso. Y hasta hoy. Aquí lo ofrezco al completo:



Primera página del parte policial del caso Vallecas. Cortesía de Manuel Carballal.



Segunda página del parte policial del caso Vallecas. Cortesía de Manuel Carballal.

Según el parte oficial: «En el recorrido que (los policías) hicieron por las diversas habitaciones de la casa, observaron un crucifijo de madera al que el fenómeno al que estamos haciendo referencia le había dado la vuelta, arrancándole un Cristo que tenía adherido».

M.: Ni ellos ni nosotros vimos caer ese crucifijo. Era un día de frío y lluvia, y al cerrarse una de las puertas de un portazo, el clavo al que estaba adherido, creemos, se descolgó.

Según el mentado parte, y a la par con lo del crucifijo, hay un póster en el que se producen «de forma súbita y extraña tres arañazos».

R.: Pudieron ser anteriores a esa noche, por lo desgastado del póster. Nosotros no vimos cómo aquello se desgarraba.

Siguiendo con el escrito, los policías «pudieron percatarse y observar cómo en la mesita que sostenía el teléfono y, concretamente, en el mantelito, aparecía una mancha de color marrón consistente que el Z-2 identifica como babas».

M.: Creemos que era parte del potito o la papilla que horas antes había cenado nuestro hermano pequeño, cosa habitual cada noche en el salón.

Hablando del salón, tras el hecho de que se apagasen las luces, cuando más se producían los fenómenos, «sentados en compañía de toda la familia, pudieron oír y observar cómo una puerta de un armario perfectamente cerrada, cosa que comprobaron después, se abrió de forma súbita y antinatural».

M.: Eso tiene fácil explicación. En ese armario había álbumes de fotos en ficheros que solían caerse con bastante frecuencia haciendo que la puerta se abriera, y estos se habían sacado minutos antes para enseñarle unos recortes de revistas a los agentes. Creemos que pudo abrirse debido a que uno de esos álbumes cayó.

R.: Es muy curioso cómo, recientemente, el inspector jefe (en aquella época) José Pedro Negri, el policía al mando aquella noche, ha declarado públicamente que la puerta giró y pegó una docena de violentos portazos, cuando en el informe se habla de una simple apertura.

M.: No casa, en ningún momento, lo que dice entre una intervención pública y otra.

Negri declaró, el 4 de octubre de 1993, en el programa *Código Uno* (TVE), dirigido por Arturo Pérez-Reverte: «Se abrió la puerta del armario, hice una inspección ocular al mismo y no vi nada extraño…

Soy escéptico. Aquello pudo ser debido a 20.000 explicaciones. No fue una cosa tan grave, no me alteré demasiado».

Se cita, además, en el parte policial que «no habían salido de la sorpresa y comentando la misma [cuando] se produjo un fuerte ruido en la terraza. Y pudieron comprobar que no había nada».

R.: Fui yo.

¿Cómo dices?

R.: Ya es hora de que salga a la luz. Yo tiré una piedra a la terraza desde un balcón contiguo.

¿Hablas en serio?

R.: Mi madre me pidió, a escondidas, que tirase algo en la terraza para impresionar más a los policías. Cogí una pequeña piedra que había en el salón, me fui al balcón y, al tirarla, golpeó una despensa de hierro que teníamos en la terraza. Sonó ¡plaf! Ese fue el sonido que escucharon los agentes y que, de hecho, apareció reflejado en el informe.

M.: Así fue. Fueron engañados tanto mi padre, que desconocía aquella argucia, como los propios policías.

Negri, en aquella intervención en *Código Uno*, dijo: «Aquel ruido lo podían haber producido, quizá, en un descuido nuestro». De hecho, junto a lo del armario, fue el único fenómeno físico que los policías presenciaron en el domicilio de Vallecas. El resto se produjeron previamente a su llegada.

¿Y esto se repitió en más ocasiones? Lo de generar fenómenos…

M.: No perpetramos más fenómenos, pero sí contamos cosas que no habían sucedido, aleccionados por Tristanbraker. Nos decía lo que debíamos decir.

Lo de aleccionaros para mentir, ¿lo hizo también vuestra madre?

R.: Sí, algunas veces. Nos pedía que aumentásemos hechos o sucesos.

M.: Ella nos decía: «Pues tenéis que decir esto o lo otro, porque me lo ha dicho fulanito…». Nos tenían adoctrinados.

R.: Viví una mentira. Nos hizo sentir cosas que no teníamos que haber sentido en ese momento.

M.: Probablemente, de manera involuntaria.

Daños colaterales

¿Hubo repercusiones personales?

R.: Sufrimos *bullying*. Muchos amigos nos marginaron. Mi hermano Maxi fue quien peor lo pasó. Lo mismo sucedió con mis otros hermanos.

M.: Vivíamos una circunstancia que no era normal, y en un barrio como Vallecas.

Ricardo Gutiérrez Lázaro muestra la foto de su hermana Estefanía.

Y la situación familiar…

M.: Muy complicada. Dentro del núcleo familiar, vivimos ciertas circunstancias que, psicológicamente, te matan. Vista la extrema protección actual de la imagen del menor ante los medios de comunicación, en aquella época Asuntos Sociales podría haber intervenido. Les acuso de no haberlo hecho, porque al final había menores de por medio que eran expuestos por sus padres en programas de televisión nacional. Mi padre, aparte de un pilar y excelente persona, fue muy escéptico. Pero estaba influenciado por mi madre.

¿Afectó esa compleja situación a la percepción de los fenómenos que, aparentemente, sucedían?

M.: Claro. La situación que se crea en lo personal te machaca tanto psicológicamente, que te hace encerrarte en ciertos mundos para terminar *creyendo* en lo que te inculcan.

R.: Se nos inculcó, incluso, a decir cosas que no veíamos.

¿Sufristeis malos tratos?

R y M.: Sí.

R.: Pero nunca por parte de mi padre. Aunque esto venía de antes. El miedo que teníamos ante lo que supuestamente sucedía en la casa venía también de esa situación. En plan: tienes que decir esto o si no cobras…

Con lo de «decir esto»… ¿os referís a confirmar los fenómenos anómalos?

M.: Efectivamente.

R.: Muchas veces.

¿Podéis dar más detalles al respecto?

M.: No. Por temas legales. De todas maneras, te remito al estudio de un grupo de investigación que indagó en el caso.

Ricardo y Maxi Gutiérrez Lázaro.

Se trata del informe del grupo FEDINE (íntegramente publicado en http://elojocritico.info) «sobre la señora Concepción Lázaro de la Iglesia: sufre de epilepsia y por ello toma Tegretol, tiene una capacidad imaginativa considerable; pudiera sufrir una desviación en la percepción de la realidad; presenta un discreto desequilibrio emocional, neurótica […]; contradicción en sus emociones; necesidad

de llamar la atención…».

Maxi, Ricardo, ¿creéis que vuestra madre fue, de alguna manera, el foco de todos esos presuntos fenómenos?

M y R.: Sí. Sin duda alguna. Fue la precursora de todo.

Parece ser que, de tener en cuenta esta versión más humana (y valiente) que paranormal de los hechos —apoyada por dos de los seis hermanos que vivieron en aquella casa de Vallecas—, los fenómenos allí acontecidos no serían, parafraseando el famoso parte de incidencias policial, «de todo punto inexplicables».

Nuestra investigación

Una vez publicada la entrevista en el suplemento *Crónica* del diario *El Mundo* el 23 de septiembre de 2018, mucho se habló —tanto en diferentes medios de comunicación como en redes sociales— de semejante mazazo a uno de los clásicos, errando el foco (en mi opinión) y haciéndome a mí protagonista de las declaraciones de dos de los protagonistas directos de aquella historia. Yo solo era el mensajero, pero parece que algunos prefirieron ver (o hacer ver) conspiraciones donde solo había una simple entrevista que llevaba persiguiendo más de cuatro meses.

Yo mismo, públicamente, en intervenciones anteriores, había defendido la posible autenticidad de, si bien no todos, sí algunos de los fenómenos aparentemente paranormales que en aquella casa tuvieron lugar. Pero a raíz de estas últimas declaraciones, y tras contrastarlas con otras informaciones que ya poseía sobre el caso, no tuve más remedio que hacerlas públicas. Se llama ética periodística, la misma que otros parecían (o preferían) olvidar.

A raíz de ahí, comencé una exhaustiva investigación del asunto junto a mi compañero Juan José Sánchez-Oro. Resumiré mucho, pues los resultados supusieron casi doce horas de podcast que, divididos en dos partes, publicamos en nuestro programa *Dimensión Límite* en diciembre de 2018 y junio de 2019, respectivamente. Por un lado, hicimos lo que en la inmensa mayoría de los casos que aparecen recogidos en este libro no se puede hacer. Y es que, al tratarse de un suceso tan tremendamente mediático, pudimos contrastar las

declaraciones que tanto la familia como el policía José Pedro Negri habían hecho en numerosos medios desde el año 1992 hasta nuestros días. Y llegaron las sorpresas.

Vestíbulo del colegio público Aragón. Ahí empezó todo.

Para empezar, Negri hablaba de dos, tres, cuatro y hasta seis policías desplazados a la casa de Vallecas según el medio o la intervención en la que declaraba con el paso de los años. Después, pudimos descartar sucesos como el rasgado del póster por unas garras aparentemente fantasmales en la noche de la famosa intervención policial, demostrando que este se había producido, al menos, días antes (Germán de Argumosa lo ratificaba previamente a la intervención policial en el programa *Turno de Noche* en Onda Cero. Eso, por un lado. Por otro, no hay más que ver la primera página del parte policial). Y a eso hay que sumarle las continuas ratificaciones de Máximo, el padre, al declarar una y otra vez que el sonido que se oyó en el balcón aquella noche se trataba de «una piedra rodando», lo mismo que declara el propio Ricardo en mi entrevista.

Por otro lado, demostramos cómo personalidades tan dispares dentro del mundo de la parapsicología, más o menos comercial —como Fernando Jiménez del Oso, Manuel Carballal, José María Pilón, Manuel Berrocal, Sol Blanco Soler, Javier Sierra, Juan Antonio Cebrián o el mentado Argumosa—, llegaron a la conclusión, en sus primeras visitas a la casa, de que en ella no había caso paranormal propiamente dicho, ni mucho menos fantasmas. Lo mismo que, casualmente, declaraban Maxi y Ricardo, los dos hermanos.

En el mejor de los casos, alguno que otro, como Germán de

Argumosa, llegó a declarar que no descartaba algún suceso sin aparente explicación debido a la tensión concentrada por el nerviosismo de los propios habitantes de la casa. Pero no debió de ser lo suficientemente importante como para investigarlo, más allá de alguna visita puntual destinada a la publicación de la historia en ciertos medios de comunicación. Semanas después, olvidaron el asunto… y a otra cosa.

Y para muestra, un botón. O dos. Y no precisamente del «ala escéptica». En su libro *Casas encantadas, tesoros y niños perdidos: los nuevos casos del grupo Hepta* (Cúpula, 2014), Sol Blanco Soler llega a poner negro sobre blanco lo siguiente: «[…] nos encontramos con un grupo de fenómenos perfectamente achacables al estrés y tensiones que todos los miembros de la familia están sufriendo. Es fácil que sea un *poltergeist* que siempre está causado por una persona viva en estas situaciones de tensión y que nada tienen que ver con la niña muerta ni con el más allá. Ante este cúmulo de creencias en maldiciones y demonios, es fácil que se produzca un contagio psíquico entre los miembros de la familia. […] Nuestros razonamientos y consejos cayeron en terreno baldío. […] Cuando en una ocasión Paloma (Navarrete) y yo coincidimos en un plató de televisión con la madre, sufrimos intentos de agresión física. Nos debe de odiar porque no admitimos que su hija estuviese endemoniada, y de este modo le arrebatamos el protagonismo tenebroso de toda su historia».

Pero es que «su jefe», el padre Pilón, presidente del Grupo Hepta, fue incluso más allá declarando en un programa de televisión, *Expedientes X en España* (Tele 5, 1998), algo que, de hecho, nunca llegó a emitirse. Pero nosotros tuvimos, gracias a Manuel Carballal, acceso al bruto de dicho programa. Lo que dice el sacerdote no tiene desperdicio: «Desde el primer momento nos dimos cuenta de que aquello no tenía un interés particular en cuanto a fenómenos de tipo paranormal. Yo creo que más bien había una psicosis colectiva […]. Yo creo que es un caso que no tiene interés especial, pero que se ha magnificado mucho […]. No le dimos importancia […]. No le dimos valor de fenómeno de casa encantada auténticamente paranormal».

También pudimos hacernos con el expediente judicial completo del caso, incluida la famosa autopsia de Estefanía Gutiérrez Lázaro, en la que, extrayendo algunos párrafos literales, puede apreciarse lo siguiente:

CONCLUSIONES MÉDICO-LEGALES PROVISIONALES:

- *Que se trata de muerte sospechosa por haber acaecido de forma súbita.*
- *Que su causa ha sido una parada cardiorrespiratoria con episodio previo de edema agudo de pulmón.*
- *Que se ha solicitado colaboración al Instituto Nacional de Toxicología, por lo que, en su día, a la vista del informe solicitado, se podrán elevar a definitivas las presentes.*

El término *sospechosa* es un apelativo judicial que se refiere a la necesidad de investigar la muerte por si hubiera tras ella causas que escapan a la primera autopsia. Es decir, aquella muerte que, pudiendo ser natural, presenta algún tipo de sospecha o duda (suicida, homicida o accidental). Pero nada que ver con lo paranormal. Además, queda reflejado hasta en dos ocasiones que la fallecida era «muy obesa» o que presentaba una «inusitada obesidad». También dispongo del informe toxicológico realizado *a posteriori*, en el que puede leerse:

> *La cantidad de carbamacepina encontrada tanto en sangre como en contenido gástrico se corresponde con dosis terapéuticas de un preparado comercializado con el nombre de Tegretol, que con toda probabilidad estaba indicado para el tratamiento del complejo cuadro patológico que presentaba la informada. En consecuencia, se ratifica en sus conclusiones de que se trata de una muerte natural por parada cardiorrespiratoria, y sin que en ningún momento se hayan encontrado indicios de que en tal muerte haya intervenido factor exógeno alguno y mucho menos ninguna clase de violencia.*

Con todos estos datos, recurrimos a los que mejor iban a poder interpretarlos: los médicos forenses. Hablamos no con uno ni con dos ni con tres…. Lo hicimos con cinco. También con alguien de la Guardia Civil experto en el ámbito forense, y hasta con el neurólogo Esteban García Albea. De los cinco forenses, dos no quisieron que se les citara, pero tres no pusieron problema: Aitor Curiel, José Antonio Lorente y Gregorio Arroyo, este último quien realizara la famosa autopsia.

Pondré solo un par de ejemplos, para no extenderme demasiado. El primero, Aitor Curiel López de Arcaute, médico forense y doctor en Criminología, al que Manuel Carballal y yo visitamos en su despacho de Valladolid. Según él, Estefanía presentaba al fallecer una «patología

importante, tanto neurológica como psiquiátrica. A nivel neurológico tiene una epilepsia que sí estaba diagnosticada y en tratamiento (Tegretol)… Una epilepsia compleja… y luego una patología psiquiátrica también: se está hablando de alucinaciones visuales, auditivas, independientemente del origen más o menos orgánico de las mismas, según las creencias que tenga cada uno… Hay violencia verbal, violencia física, alteraciones de la memoria, amnésicas, de los cuadros y de los brotes. Algo típico en la epilepsia… Por lo tanto, una doble patología muy probablemente relacionada, casi con total seguridad, con una patología orgánica a nivel encefálico… A eso juntamos una patología física muy importante, con una obesidad y una más que probable alteración endocrina. Por lo tanto, hablamos de una alteración neuroendocrina y psiquiátrica… que la lleva a apneas y al fallecimiento…».

El doctor Aitor Curiel siendo entrevistado por el autor sobre la autopsia de Estefanía Gutiérrez Lázaro.

En la misma línea declaraban tanto el doctor José Antonio Lorente (profesor de Medicina Legal y forense de la Universidad de Granada, además de colaborador del FBI) como Gregorio Arroyo (médico forense que terminó sus estudios en la Universidad Autónoma de Madrid en 1956), este último responsable directo (y único, según sus palabras) de la famosa autopsia. Nadie había hablado con él. Esto es lo que sentenciaba: «No es algo habitual, pero —pese a su juventud — su propia gordura y su condición de epiléptica son suficientes para explicar su fallecimiento. Conozco varios casos. No había absolutamente nada que pudiera albergar aspecto paranormal alguno.

Y conozco el tema, pues era seguidor de Óscar González Quevedo», me insistió una y otra vez el doctor Arroyo, autor de unas tres mil autopsias.

Todos coinciden de pleno: Estefanía era una joven epiléptica (su madre lo era, así como algunos de sus familiares posteriores), que presentaba síntomas claros de epilepsia, que tenía alucinaciones visuales y auditivas dignas de una persona epiléptica, que se medicaba para tratar dicha enfermedad con Tegretol (un fármaco para tratar la epilepsia) y que falleció debido a un edema pulmonar, probablemente causado por un ataque epiléptico, complicado por su acentuada obesidad. Punto. Nada paranormal que rodee a su muerte, ni nada «sospechoso» que achacar a la misma.

También pudimos acceder, gracias a los compañeros de AEDEP, a una reveladora entrevista realizada a la familia meses antes de que su historia se mediatizara. En ella, la familia reconoce de entrada que su hija fallece de un ataque epiléptico, y escuchamos a Concepción narrando experiencias presuntamente paranormales siendo soltera.

Actual salón de la casa de Vallecas.

Es más. Incluso hablamos con todos los miembros de la familia (vivos) implicados en el caso (las dos hermanas: Marianela y Querubina; y la madre: Concepción) para conocer su versión de los hechos. No quisieron hablar con nosotros públicamente, aunque sí lo hicieron en privado. También estuvimos indagando en el colegio público Aragón (donde tuvo lugar la famosa sesión de ouija) e incluso en la casa donde ocurrieron los hechos. Comprobamos con el propio Ricardo la posibilidad de su lanzamiento de piedra desde el salón a la

terraza en aquella noche policial, reconstruyendo con él los hechos *in situ*. Todo encajaba. También hablamos con varios vecinos, la mayoría de los cuales tenía muy claro que lo que sucedía en la casa de los Gutiérrez Lázaro poco tenía de paranormal y mucho de drama familiar…

Ricardo señala desde dónde tiró la piedra.

Y como estas informaciones, otras tantas que apuntan a lo mismo: lo sucedido en la vivienda de Vallecas se debe a una situación puramente humana, en la que la dramática pérdida de un familiar destacado (que era para el resto de los hermanos todo un pilar, como una madre, dicho por todos ellos), la sugestión, la histeria colectiva y la tensa situación familiar con aparentes malos tratos de por medio (según me confesaban Ricardo y Maxi), hicieron el resto. Un drama social, humano y personal que se acabó convirtiendo en lo que no fue: el incidente *poltergeist* más famoso de la historia de España.

En el siguiente QR puedes escuchar, en esta primera parte de *Dimensión Límite*, la investigación con todos los audios de sus protagonistas:

En el siguiente QR puedes escuchar, en esta segunda parte de *Dimensión Límite*, la investigación con todos los audios de sus protagonistas:

Capítulo 20

Allá donde fueres, haz lo que «Mieres»

> *La familia Díez vive con el corazón en un puño. No se explican qué les ocurrió en la noche del sábado para que, según afirman, acabaran llamando a la Policía después de que en su casa se produjeran «fenómenos extraños». El increíble relato de los Díez bien podría corresponderse con haber sufrido la broma del siglo, pero por ahora lo único que manifiestan es miedo. «Tenemos miedo de estar en casa. No sabemos qué hacer», afirma Luis Díez, que vive en un piso de Mieres con su hijo José Luis*.

Así empezaba la sugerente crónica de la periodista Marta Varela, publicada en el diario asturiano *El Comercio* el martes, 20 de noviembre de 2018, en la que se informaba de un presunto *poltergeist* en toda regla. Una serie de sucesos aparentemente inexplicados de los que, incluso, informaron a la Policía. Así lo relata el mentado artículo:

> *Lo que relatan, lo que afirman haberle contado a la Policía, es que, en la noche del sábado, cuando se disponían a cenar a eso de las nueve de la noche, los objetos de su casa poco menos que se volvieron locos. Fue José Luis Díez el primero en padecer un hecho que no ha dejado denuncia policial alguna. Fue cuando se dirigía a la cocina mientras el resto, su hija Mari Carmen y el marido de esta, Benito García, se preparaban para cenar en familia. «Me acerqué y salió disparado un tenedor y chocó contra la pared», afirma.*

Pero la cosa no queda ahí, ya que, según dicha crónica:

> *Tras el episodio del tenedor afirman haber oído golpes en la habitación de Luis y encontrar en la almohada una foto de boda que «siempre estaba en un marco en otra habitación» y «un hacha que debería estar en la caja de herramientas». Desde la noche de los «fenómenos extraños», esta familia ha decidido dormir junta en el salón a la espera de que la cuestión se calme. Porque, según relatan, la lista de sucesos del sábado fue de lo más completa.*

Sin duda, nos encontrábamos ante uno de esos casos que podrían llegar a convertirse en todo un clásico. De hecho, comparte ciertos elementos que recuerdan demasiado a otros sucesos similares como bien pudiera ser el polémico caso Vallecas, del que yo mismo publiqué

la polémica entrevista a los dos hermanos Gutiérrez Lázaro (tratada en el capítulo anterior) en *El Mundo* apenas dos meses antes. El texto culminaba de la siguiente manera:

> *María del Carmen afirma que caminaba por el pasillo cuando «un cenicero de bronce saltó hacia mí. A esas alturas ya no sabíamos qué hacer y fuimos juntos al salón, pero la cosa siguió. Los grifos de la ducha se abrían solos. Los cerrábamos y, al poco tiempo, se abrían», relata. Unas tijeras abiertas en la habitación, un cuchillo en la cama, pinzas dobladas en la cocina, cuchillos fuera de sitio, un cuadro que no dejaba de dar vueltas… Un relato de lo más inverosímil que trae de cabeza a la familia Díez.*

Puede leerse la crónica original de *El Comercio* en: <https://www.elcomercio.es/asturias/familia-mieres-miedo-estar-casa-fenomenos-extranos-20181120001947-ntvo.html>

Como decíamos, eso fue el pasado martes. Al día siguiente, se publicó una nueva crónica de Marta Varela que decía: «Una espiritista se ofrece para ayudar a la familia Díez. Pretende realizar el sábado una psicofonía en la vivienda al "proseguir los ruidos y el movimiento de objetos"». En ella se pueden leer cosas como:

> *La familia Díez, de Mieres, sigue sin vivir tranquila en su domicilio, donde lleva residiendo trece años. Desde el pasado sábado, son testigos de fenómenos extraños. Objetos que se mueven de sitio, dinero que echan en falta en una cartera, la cartilla de ahorros que aparece rota… Y no cesan los ruidos. […] Ayer volvieron a pasar la noche en vela en el salón de su casa, mientras en el resto de las estancias «volvían a escucharse ruidos, salía despedida una figura, se atascaba la puerta del baño» que tardaron varios minutos en abrir…*

Además, se especificaba:

> *Con la ilusión de continuar disfrutando de su hogar, han aceptado la ayuda de la espiritista e investigadora paranormal Marian Coya, una ovetense afincada en Avilés que tiene amplia experiencia en este tipo de manifestaciones. El sábado acudirá al domicilio de la familia Díez a realizar una psicofonía e intentar restablecer la normalidad de forma gratuita. El padre está ansioso por que así sea. «No podré aguantar mucho más; estoy dispuesto a dejar la casa e irme a otra porque estoy perdiendo la salud», señaló ayer a este diario.*

Puede leerse en: <https://www.elcomercio.es/asturias/cuencas/familia-diez-asegura-20181121001234-ntvo.html>

Nuevas pesquisas

El historiador Juan José Sánchez-Oro me avisó de estas informaciones, por lo que me puse en contacto con la periodista Marta Varela, quien me relató los antecedentes de la historia, confirmando lo publicado en *El Comercio*. De hecho, me contó que fue la propia familia la que, días antes, se puso en contacto con el periódico pidiendo ayuda. Acto seguido, contacté con un miembro de la familia, quien me volvió a confirmar lo ya publicado, haciendo patente el nerviosismo de la misma ante los sucesos que estaban teniendo lugar, afirmando incluso llevar hasta cinco noches sin dormir.

Al proponerle la posibilidad de que algunos compañeros nos personásemos en su domicilio de Mieres, la semana siguiente, para entrevistarnos con la familia y tratar de averiguar el foco de los presuntos fenómenos que acontecían en su casa, dicho miembro de la familia, tras consultarlo con otro familiar, me dijo que no sería posible, ya que no quería montar un circo mediático con este tema. Incluso me confesó que se les había ofrecido dinero por parte de algún medio de comunicación, y que habían rechazado tal propuesta. Me preguntó también si yo tenía constancia de que pasasen cosas similares (sucesos de tipo poltergeist) en otras casas, y me confesó que había trabajado para televisión y que sabía perfectamente cómo funcionaba ese mundillo…

Cuando le expliqué que nosotros no publicaríamos nada sin su permiso, pero que seguíamos interesados en hablar con ellos *in situ* para saber más, me dijo que quien quisiera acercarse a investigar la historia o hacer algún reportaje de cualquier tipo, literalmente: «Va a pagar», teniendo que «aportar», económicamente hablando. Algo en lo que me insistió varias veces. Un tanto contrariado, di por zanjada la conversación instantes después.

Al día siguiente, volví a ponerme en contacto con la persona que hacía las veces de portavoz de la familia. En el transcurso de las conversaciones, se me hizo saber que, de haber algún medio interesado en hacer un reportaje o similar, tendría que pagar una suma alta. Literalmente, me dijo: «Sinceramente, nos conformamos con 3.500 pavos», para reponer algunos de los enseres rotos debido al supuesto *poltergeist*, así como para mudarse del domicilio familiar. Eso fue el viernes 23 de noviembre por la mañana.

Poltergeist a subasta

Dos días después, el domingo 25 al mediodía, pudimos saber que la familia finalmente habría aceptado, según palabras de su portavoz, una oferta de 8.000 euros que un equipo que trabaja para televisión ofrece a un grupo de investigación —que haría de intermediario con la familia que nos atañe— por la historia en exclusividad. «Es muy fuerte este caso, hay muertes por el medio», me aseveraba por escrito el familiar. Es decir, una suerte de inefable subasta con una historia de *poltergeist* como «objeto» de puja.

De hecho, al preguntar de nuevo si había alguna posibilidad de entrevistarles sin tener que pagar ninguna cantidad, se nos dijo claramente que no. «Eso está claro», me aseveraba por escrito esta persona. Y me afirmó que tanto la familia como su abogado irían «a por quien sea» en caso de divulgar dicha historia revelando sus imágenes o identidades personales.

Al ponerme en contacto con Marta Varela, la periodista que encendió la mecha informativa de la historia en *El Comercio*, esta se mostró francamente sorprendida ante esta suerte de puja paranormal, pues a ella se le dijo en todo momento que no pensaban cobrar cantidad económica alguna. De hecho, estaba invitada a la mentada sesión psicofónica del sábado 24, a la que ella no pudo asistir, pero sí un compañero suyo del periódico, a quien a última hora se le retiró la invitación y se le prohibió acceder. Y en cuanto a la repercusión mediática de los artículos de Marta, esta nos explicó que la habían llamado muchas personas interesadas en la historia, incluso desde Cuba o Australia.

Paralelamente, en esos mismos días, Juanjo Sánchez-Oro contactó con la misma persona con quien lo hice yo. Le ofreció la posibilidad de acudir al domicilio de los hechos con un equipo multidisciplinar de profesionales, escrupulosamente científico (por supuesto, sin médiums, psicofonías, ouijas, etc.), para intentar aclarar tanto la naturaleza de los presuntos fenómenos extraños como para atender el bienestar psicológico de los afectados. En la última conversación mantenida, también fue despreciado este tipo de intervención sin ánimo de lucro, pues se le dijo que la familia ya estaba en manos de un equipo de televisión encargado de llevar a cabo la investigación.

Al contactar con Marian Coya, portavoz del grupo espiritista que

estaba en contacto con dicho programa de televisión, y tras explicarle las sorpresivas cantidades que la portavoz de la familia nos pedía por un reportaje, estos se escandalizaron negando todo conocimiento de dichas peticiones, desvinculándose totalmente del caso desde ese mismo instante. Lo mismo pasó con Marta Varela. También la escritora Mado Martínez, al conocer de primera mano nuestras pesquisas, abandonó un reportaje que estaba preparando sobre el tema para la revista *Año Cero*. Otros compañeros (como el divulgador Josep Guijarro), sin embargo, prefirieron obviarlas al divulgar la historia.

Capítulo 21

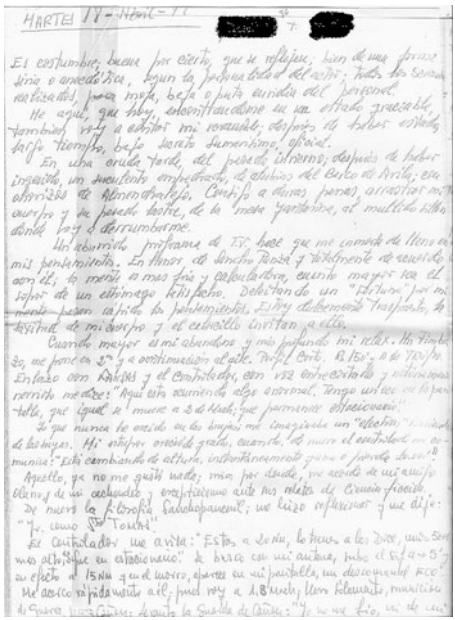
La voz de un niño… grabada en una cinta

En febrero de 2016, recibimos en la redacción de *El Ojo Crítico*, publicación dirigida por el investigador Manuel Carballal y en la que yo colaboro estrechamente, un documento de lo más sugerente. Se trataba del relato manuscrito, al parecer, de un piloto que había estado destinado en la base aérea de Manises (Valencia), de un *scramble* (misión de interceptación de un tráfico no identificado por invasión de espacio aéreo) durante, al parecer, un año antes del conocido como caso Manises, que, imagino, la mayoría de los lectores conocen. ¿Y qué tiene esto que ver con los casos expuestos en este libro?, se preguntará el lector más exigente una vez más. Paciencia…

Según la fuente, que quiso conservar su anonimato, estos documentos formaban parte de uno de los libros existentes en la «biblioteca de pilotos de caza del Ala 11 de Manises, libro abandonado desde el año 1986». Y es que en 1992 nuestra fuente estaba destinada en el servicio de oficinas de Manises, durante su servicio militar, y tuvo acceso al antiguo libro de pilotos, del que realizó fotocopias referentes al supuesto incidente OVNI que llamó su atención y que había permanecido inédito hasta ese momento.

Según este contacto, los pilotos de guardia pasaban muchas horas en ese cuarto y uno de ellos habría decidido escribir, de su puño y letra, el relato de un presunto *scramble* por presencia OVNI. El documento, un texto manuscrito de tres páginas escrito en el libro de pilotos, relata una experiencia sorprendente. Y, aunque el lenguaje y la redacción parezcan una broma, sorprende el soporte donde fue redactado. O bien nos encontramos ante un ensayo novelado redactado por un piloto aburrido en sus horas de guardia, o bien ante el testimonio más directo y «en caliente» de un encuentro OVNI

protagonizado por un piloto de combate español, en plena misión de intercepción (*scramble*) recogido hasta la fecha. En cualquier caso, se trataba de una descripción de cómo vive (o viviría) un piloto un encuentro OVNI como jamás nos lo habían contado. ¿Adónde quiero llegar con todo esto, se preguntará de nuevo el lector? Un poco de paciencia, insisto.



Relato manuscrito del presunto scramble.

La investigación fue bastante compleja hasta dar con las dos personas que podrían estar implicadas en la redacción de este manuscrito. Finalmente, después de consultas diversas a expertos en diferentes campos, pericias caligráficas e indagaciones varias, conseguimos localizar al que llamaré coronel A. G. La entrevista con él fue un fiasco, pues, además de su postura negacionista frente al misterio OVNI, nos dijo no saber nada al respecto, pero gracias a alguna que otra pista que conseguimos sonsacarle y a la pericia de Manuel Carballal, logramos localizar al general J. A.

El coronel A. G y el autor durante la entrevista.

Un documento… ¿auténtico?

Finalmente, el general nos citó en Alcalá de Henares al mediodía del 6 de octubre del pasado 2016. Tras mostrar su perplejidad por que aquel documento hubiese llegado a nuestro poder casi cuarenta años después de haber sido redactado una noche de guardia, admitió ser el autor, pero el *scramble* nunca existió. Según nos relató el general J. A., hombre accesible y de gran cordialidad: «[…] en los libros de pilotos anotábamos cosas técnicas, aburridas, cuestiones sobre las incidencias, el instrumental, comentarios del vuelo y cosas así… Hasta que un día alguien anotó que había sido el cumpleaños de un compañero, y que tal y tal compañero lo habían celebrado. Y a partir de entonces todos hicimos lo mismo». Según nos desveló, durante las largas y aburridas guardias en el cuarto de pilotos, los libros de incidencias comenzaron a convertirse en una especie de lista de correo o chat, pero anterior a Internet. Un canal en el que los compañeros podían transmitirse mensajes entre ellos, comentar asuntos personales, etcétera.

En cuanto al texto que nos ocupa, tras leerlo de nuevo, el general J. A. sonreía y se disculpaba por los quebraderos de cabeza que nos había supuesto aquel documento durante los últimos ocho meses. En aquella época, el general se preparaba para su ingreso en la escuela del alto mando y, como si de uno de los exámenes se tratase, todos los candidatos tenían que hacer una exposición en público, durante cinco minutos, de un tema de libre elección. El tribunal valoraría su desparpajo, capacidad de expresión, vocabulario y lo ajustado del discurso a esos cinco minutos. «En aquellos años se hablaba mucho de OVNIs en la prensa y la verdad es que yo tenía curiosidad por el

tema», nos confesó. Por esa razón, el general decidió preparar una charla sobre lo que podría haber sido un *scramble* de un piloto de combate español a causa de un OVNI, y aprovechó la guardia de aquel día para escribir el borrador en el cuaderno que tenía más a mano: el libro de pilotos. En otras palabras, el documento no es una falsificación, sino un texto realmente redactado por un piloto de combate en el libro de pilotos. Pero el contenido es totalmente ficticio.

Ante nuestra pregunta en torno a si el coronel Fernando Cámara habría podido haber leído aquel documento e inspirarse en él para su relato sobre lo que ocurrió en Manises el 11 de noviembre de 1979, el general lo consideró inviable. Y en cuanto a su conocimiento sobre otros incidentes OVNI de compañeros, compartía el escepticismo del coronel A. G., aunque reconoció que varios pilotos creían haberlos visto, pero según su conocimiento se trataría de operaciones de guerra electrónica, especialmente de origen norteamericano. Y es que el general conoce a fondo el tema de la guerra electrónica y compartió con nosotros varias anécdotas muy reveladoras en relación con algunos incidentes OVNI.

El general J. A. durante la entrevista.

Voces de niños en los auriculares del piloto

Y he aquí la cuestión interesante que atañe a este libro. El famoso eco radar del 17 de noviembre de 1979 que hizo despegar un caza de combate de la base de Los Llanos (Albacete) dirección Motril (Granada), para perseguir tres fuertes luces de idéntico color e

intensidad con forma de triángulo isósceles, es historia de nuestra ufología. Tras diez minutos a velocidad muy próxima a un mach, no consiguió alcanzarlas y decidió regresar. Pero lo más inquietante es que recibió, por el canal 11 del UHF y durante medio minuto, un extraño mensaje durante el trayecto en zona marítima. Una voz infantil reía y le decía por radio: «Hola, ¿cómo estás? Hola… Hola». Es el expediente desclasificado 791117 por el Ejército del Aire, y el periodista J. J. Benítez amplió el caso en su día, así como, más recientemente, el coronel Fernando Cámara en algún medio de comunicación. Estamos hablando de la voz de alguien, un niño, que no debía estar allí, como algunos de esos casos que exponíamos en el capítulo 5 sobre entidades invisibles.

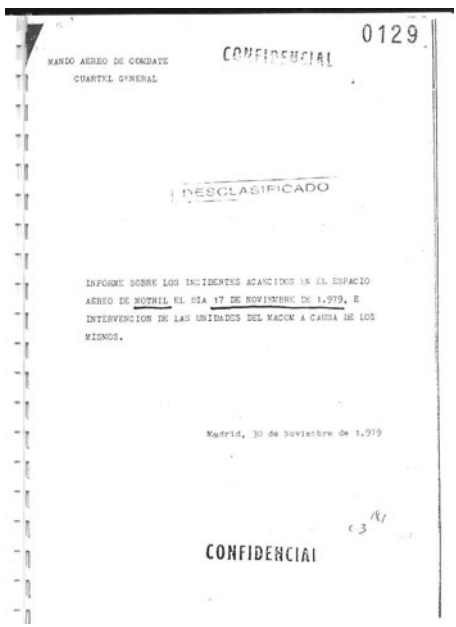
Pues bien, el general J. A. estuvo «de 1987 a 1995 destinado en la sección de Guerra Electrónica del Estado Mayor del Ejército del Aire», y, para nuestra sorpresa, nos desvelaba en exclusiva lo que sigue: «Me consta que los americanos emplearon medidas con *jammer* [un aparato de guerra electrónica], a través del cual emitieron un *jamming* [medida por la cual se introduce información falsa o errónea, o algún tipo de interferencia, en un canal de comunicación determinado]. Un *jamming* a las comunicaciones, es decir, introdujeron ruido para interferir en estas comunicaciones u órdenes a través de la misma frecuencia en la que se estaba desarrollando la misión».

Muy atentos a las palabras del general y al preguntarle al respecto de esta presunta operación de guerra electrónica o *electronic warfare*, nos contó que «los americanos, con su avión Hércules 130, además de hacer *jamming* a los radares, lo hacen también a las comunicaciones. Grabaron la voz de un niño en una cinta y se dio la paradoja de que un piloto que estaba volando cerca de las islas Baleares y del espacio aéreo español, que provocó un *scramble* de un caza desde Albacete, escuchó aquellas voces y coincidía con que el piloto tenía a su hijo enfermo en el hospital. Es un caso que estaba bajo secreto de sumario». Cuando le preguntamos por los verdaderos motivos de semejante maniobra, el general sentenciaba «para hacer pruebas, para joder».

Aquella declaración coincide, curiosamente, con cierta información que obtuve sobre el terreno el 2 de octubre del pasado 2015 acerca de cierto incidente OVNI en las inmediaciones de Motril y

que apunta, precisamente, a una maniobra de tipo militar como responsable principal de aquel avistamiento. Al parecer, un avión marroquí invadió espacio aéreo español y desde el Escuadrón de Vigilancia Aérea n.º 9 (en Motril) se informó a la base aérea de Torrejón de Ardoz (Madrid) del altercado. Luego partió un caza para interceptar aquel avión intruso.

Esta información del avión marroquí, junto con la obtenida del general J. A., nos hace plantearnos seriamente si aquel OVNI y aquellas voces de niño tenían un origen mucho más terrestre de lo que imaginábamos. Y aún peor, de ser cierto el relato del general, estaríamos hablando de cómo algunos americanos «con mucho rostro» camparon a sus anchas en territorio español, haciendo, deshaciendo y experimentando a su antojo sin dar explicación alguna. Un hecho extremadamente grave, me permito añadir.



0129

CONFIDENCIAL

MANDO AEREO DE COMBATE
CUARTEL GENERAL

DESCLASIFICADO

INFORME SOBRE LOS INCIDENTES ACAECIDOS EN EL ESPACIO AEREO DE MOTRIL EL DIA 17 DE NOVIEMBRE DE 1.979, E INTERVENCION DE LAS UNIDADES DEL MACOM A CAUSA DE LOS MISMOS.

Madrid, 30 de Noviembre de 1.979

CONFIDENCIAL

Primera página del expediente Motril desclasificado por el Ejército del Aire.

Capítulo 22

«Algo han mandao…» en Los Villares

El protagonista de esta historia es conocido por muchos. Su nombre es Dionisio Ávila, un humilde hombre de campo residente en Los Villares (Jaén). La crónica oficial dice así: «El mediodía del 16 de julio de 1996, este jubilado de sesenta años, acompañado por su fiel perra Linda, se topó en lo alto de la loma de los Barrero, a medio kilómetro del pueblo, con una extraña cúpula de entre tres y cuatro metros de diámetro y dotada de seis ventanillas. A su lado, aparecieron tres extraños seres altos, de tipo humanoide y vestidos con una especie de traje de buzo plateado, que le entregaron un lucerillo de piedra con los mismos grabados que aparecían también en aquel objeto: I0I».

Dionisio Ávila entrevistado por el autor en la zona de sus presuntos avistamientos.

El caso es ampliamente conocido en la literatura del tema, con lo que no me extenderé en el avistamiento original. Lo cierto es que, cuando fui allí el 16 de mayo de 2009 junto con mi amiga Lorena García para saber más, pude entrevistar a Dionisio en su domicilio y,

posteriormente, en la zona de los avistamientos. Este me confesó que, a raíz de este suceso, había tenido encuentros parecidos en numerosas ocasiones. No solo eso, sino que había sanado problemas estomacales gracias a estos encuentros y que aparecieron también múltiples lucerillos que le fueron entregados de manera inexplicada, hasta el punto de recibir montones de ellos, de una tacada, formando una cruz, y eso sucedió en varias ocasiones.

A eso he de añadir que, tal y como Dionisio afirmaba ante mi grabadora, los seres con los que se topó eran «los ángeles que bajaban y los que crearon a Jesucristo para que nos dieran el ejemplo que nos estaba dando. Y mira lo que hicimos con él: matarlo». De hecho, Dionisio me confesó que para nada era un hombre católico hasta mediados de los años noventa. Fue a raíz de su encuentro con esos presuntos seres cuando la cosa dio un giro de ciento ochenta grados y empezó entonces a creer en la relación entre el fenómeno que había contemplado y las Sagradas Escrituras, en mi opinión principalmente sugestionado por los numerosos aficionados o estudiosos que han peregrinado hacia el lugar y han hecho partícipe a Dionisio de sus propias, y heredadas, teorías al respecto. Aspecto este último que hay que tener en cuenta. Incluso decía ser «un elegido de ellos» y que «ellos» le enviaban mensajes del tipo «tú eres de aquí, pero tu mentalidad no».

El caso es que, cuando nos hallábamos en la zona donde Dionisio había sido partícipe de los encuentros, este empezó a preguntarme de manera insistente si tenía fe en encontrarme con algo extraño, a lo que yo, como buen aficionado al tema, le respondí que quería ser también testigo de tales fenómenos. Además, repetía incesantemente, cual mantra, que «algo han mandao», haciendo clara alusión a que esos «seres» habían enviado algo hacia donde nos encontrábamos.

Dionisio Ávila en el descampado donde ve los OVNIs.

Mientras tanto, nuestro protagonista insistió repetidamente en que fotografiase una zona concreta del paisaje cuando, aproximadamente un minuto después, apareció junto a mis pies uno de los famosos lucerillos. Dionisio aprovechó que yo tenía mis miras puestas hacia otro lado para sacarse la pequeña piedra labrada del bolsillo y soltarla a mi vera. Un *show*.

¿Por qué lo hizo? Siendo bien pensado, creo que él necesitaba que le creyesen y que el aficionado que acudía a visitarlo (en mi caso desde los aledaños de Madrid) no se fuera con las manos vacías. Otra posibilidad es que este señor tuviera «mucho rostro» y pretendiese que yo difundiera las «milagrosas» apariciones de lucerillos en la zona con el fin de atraer más curiosos y, de paso, venderles las piedrecillas que él mismo, como buen artesano que es, labraba y vendía por cuantiosas cantidades, tal y como me consta que ha sucedido con ciertos aficionados. Sobre todo, en lo que respecta a ciertas cruces formadas por piedras que él decía encontrarse de manera inexplicable en el descampado al que le acompañamos.

¿Qué hacer entonces? ¿Aquel pequeño circo daba al traste con uno de los casos de encuentro de tercer tipo más mediáticos de la ufología española? ¿Cómo proceder ante una situación así? Semanas después, dediqué a esta historia un programa de *La Sombra del Espejo*, espacio radiofónico que por aquel entonces presentaba junto a mis compañeros Raúl Prudencio y Víctor Ortega.

Dionisio Ávila, el autor y una de sus «cruces de piedras».

Las reacciones no se hicieron esperar, y recibí tanto efusivas felicitaciones como feroces críticas (no precisamente constructivas) por, simple y llanamente, contar lo que había presenciado *in situ*. Todo ello documentado con la grabación sobre el terreno (consentida por el propio Dionisio) de todo cuanto aconteció aquel día.

En mi humilde opinión, no me atrevo a dar por sentado que lo que aquel humilde alfarero presenció el 16 de julio de 1996 fuera falso, pero creo que es nuestro deber, por no hablar de obligación, establecer una duda razonada ante todo cuanto nos haya contado el protagonista de esta historia. Una historia con un complejo trasfondo, me temo, mucho más humano de lo que algunos piensan.

Y al rematar estas líneas, siendo muy sincero, a uno le sacude un inequívoco halo de tristeza. ¿Por qué? No lo tengo muy claro. Quizá el bueno de Dionisio tuviera razón cuando me preguntó si yo iba allí con fe. Pues, ironías del destino, mi «fe» recibió un nocivo cañonazo aquella tarde del que, quizá, no pueda recuperarse nunca más.

Aquí el código QR con el programa de «La Sombra del Espejo» en el que desgranamos todas nuestras pesquisas, pudiendo escucharse las grabaciones sobre el terreno, acerca de este caso de Los Villares:

Capítulo 23

Ummo: el retorno

Ummo. Estas cuatro letras abrirían, desde 1966, la brecha del fenómeno contactista con más trascendencia del mundo. Personalidades y literatos de la talla de Antonio Buero Vallejo o Alfonso Paso asistieron a varias reuniones en las que se hablaba del tema como algo tan real como la vida misma. Supuestos seres de otros mundos enviaban, a través de anónimos y terrenales mecanógrafos, montones de cartas postales a investigadores, aficionados y expertos en lides varias, con avanzados contenidos tocantes a la física, la cosmología o la electrónica más vanguardista. Seres extraterrestres infiltrados, algunos de ellos de aspecto nórdico, vistos por varios presuntos testigos.

Y es que todo lo concerniente a la Wolf 424, lejana estrella de referencia para los presuntos extraterrestres del planeta Ummo, trajo y sigue trayendo cola. Fraude para la mayoría, con ciertas notas de autenticidad para unos pocos, nuestro *affaire* ufológico más internacional sigue debatiéndose hoy en día. Su responsable directo, José Luis Jordán Peña, fue el autor intelectual de toda esta historia, incluido el mencionado emblema. ¿O no?

Jordán Peña, el trilero del misterio

En diferentes entrevistas mantenidas con él, el autor de estas líneas da fe de lo complejo de su testimonio a la hora de concretar las bases de tan polémicos trazos. A unos les dijo que era cosa de algún servicio secreto internacional, a otros que fue cosa propia y a otros que la importancia del simbolito de marras no tenía trascendencia alguna. Lo

cierto y verdad es que el célebre periodista navarro J. J. Benítez recogió varios casos, algunos anteriores a los años sesenta, cuando la trama cobró forma, con el famoso símbolo plasmado en más de un platillo volante de la época. Para muchos, la duda está servida.

De hecho, no es el único fraude ufológico que se ha atribuido Jordán Peña. En una de mis extensas entrevistas con él en su domicilio de Madrid, el 10 de junio de 2013, y tras ponernos sobre la pista el ufólogo gaditano José Antonio Caravaca, Jordán nos llegó a confesar al investigador madrileño José Juan Montejo y a mí su participación directa en el famoso caso del presunto abducido Julio F. (el cazador que, junto a su perro Mus, fue aparentemente secuestrado y subido a una nave tripulada por extraterrestres el 5 de febrero de 1978 en las inmediaciones de Casavieja, provincia de Ávila). Según Peña, «con Julio simulamos una sesión de hipnosis. Yo le adiestré para que la fingiera. Lo que generamos fue una conversación combinada para incentivar su fantasía. Todo era falso, un fraude para contribuir a fomentar lo de Ummo».

José Juan Montejo y José Luis Jordán Peña, en una de nuestras visitas a casa de este último.

De hecho, en un reciente reportaje para un programa especial de *Dimensión Límite*, llamado «Las víctimas de Ummo: Jordán Peña, el hombre de las mil caras», desvelo muchas más cosas relacionadas con dicho personaje. De la creación de sectas de tipo masoquista, todo vinculado según él al asunto Ummo, hasta sus escandalosas artimañas de manipulación con varios testigos de las mismas. Pude entrevistar a su hija Maite, así como a Mercedes Carrasco, al respecto. Una historia

bastante turbia que sirve para comprender la alargada sombra del asunto Ummo… hasta límites insospechados. Recomiendo su escucha. No tiene desperdicio... Aquí el código QR:

Regresan los «ummitas»

Pues bien, desde agosto hasta octubre del año 2015, el famoso asunto Ummo volvió a tener cierta relevancia informativa en España. Y es aquí cuando aquello de los que tienen «mucho rostro» se eleva a su máxima expresión. Sucesivas postales de presunta procedencia ummita fueron recibidas por hasta cinco personas. Con una cobertura tanto mediática como a través de las redes sociales en medios especializados, mucho se especuló acerca de la autoría de tan curiosos escritos, teniendo en cuenta, claro está, la hipótesis de que se trataba de una simple broma, aunque bien orquestada a nivel técnico. Uno de los receptores principales, el pionero investigador sevillano Ignacio Darnaude (que en paz descanse), llegó a creer en la posibilidad extraterrena a la hora de explicar la procedencia de esas postales.

Así lo conté en *Espacio en blanco* de RNE (programa con el que colaboro desde el 2013) el 20 de septiembre de 2015 y, de hecho, ya apunté a que el posible (o posibles) causante/es de esta broma pudiera/an pertenecer al sector más pseudoescéptico o negacionista dedicado a estas cuestiones, de la misma cuerda que Luis R. González Manso (presunto receptor, a la par que el mentado Darnaude, de una

de las misivas ummitas en forma de postal).

Y, aunque dicha incógnita pretendía mantenerse hasta el 8 de diciembre de 2015, según podía deducirse de las propias postales, quien esto escribe, tras encajar todas las piezas junto al mentado José Juan Montejo, creyó poder afirmar que el autor de esta farsa era, precisamente, el exufólogo malagueño Luis R. González Manso, un negacionista (antaño creyente) interesado desde hace años en las derivaciones más sociológicas del *affaire* Ummo y, como decía, receptor de algunas de sus propias postales. Este habría sido encubierto durante un tiempo por el autodenominado periodista argentino Alejandro Agostinelli.

Y así lo hicimos público el 30 de octubre de 2015 en la web de *El Ojo Crítico*, publicación gratuita especializada en la investigación de anomalías ya mentada en el capítulo 21. Horas después, debido a la divulgación de nuestras pesquisas y a la presión del investigador onubense Moisés Garrido Vázquez, el autor de la broma confesó, y acertamos de pleno. Además, la misma noche del sábado 31 de octubre, yo mismo lo adelanté en exclusiva para *Espacio en blanco*.

De hecho, y para entender el calado de Luis R. González, este se expresaba de la siguiente manera en un mensaje enviado a varias personas: «Yo nunca me he mofado de los "magufos" [término despectivo que se utiliza para denominar a los aficionados o estudiosos de los fenómenos extraños], aunque es cierto que creo que quien no es capaz de pensar por sí mismo se merece casi todo lo que le pase. A los que he criticado especialmente es a los que se aprovechan de los crédulos para su propio beneficio, sobre todo cuando saben que es mentira».

Y es que, finalmente, fuimos los que indagamos en esto del misterio los que pillamos, con las manos en la masa, al infractor de semejante estafa, la cual iba orientada a la promoción de una novela de su propia autoría sobre el asunto Ummo. Y esto tiene un nombre, se llama *marketing* viral. Hubo móvil promocional-literario, y por ende económico, para sustentar el timo.

Y todo ello por parte de un personaje que, disfrazado de escéptico y con la ayuda de otro de su misma calaña, ha perpetrado todo un fraude. Él niega toda connotación de la palabra *fraude*, y no considera que haya embaucado, mentido o timado a nadie, lo cual se me antoja muy extraño, pues recordemos que a los que Luis R. González critica

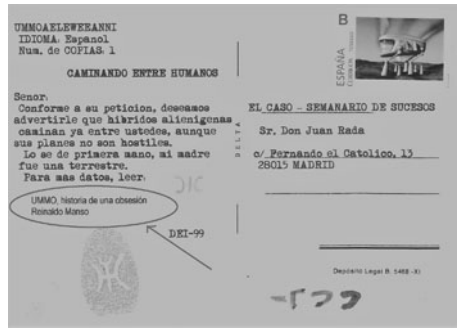
especialmente, según sus palabras literales, «es a los que se aprovechan de los crédulos para su propio beneficio, sobre todo cuando saben que es mentira».

El Caso

La cosa no quedó ahí, ya que la publicación (antaño semanario) mensual *El Caso*, que resucitó en 2016 y en la que yo mismo colaboré, dedicó un amplio reportaje al asunto de las postales en julio del mismo año. Estaba firmado por el periodista Juan Rada, y en él se especulaba sobre la presunta procedencia extraterrestre de las mismas… casi un año después de haber desenmascarado al farsante que estaba detrás. Cosa que no pareció importar al autor del reportaje, quien, tras conversar con él a raíz de la publicación del mismo y ante mi sorpresa, me dijo: «Conozco el trasfondo, por supuesto. Nos llegó la postal y sé que lo que intenta el tal Luis es promocionar su novela […] Se trata de pura evasión, una "serpiente de verano" […] No deja de ser una crítica a los crédulos y a los que se aprovechan de ello». Y hablando de aprovecharse de ello…

Manuel Carballal, en el editorial de *El Ojo Crítico* n.º 82, desvelaba el hecho de que Rada «no solo decidió omitir ese detalle [el de que aquello era un fraude ya demostrado], sino que pactó con Luis R. González que este le enviaría una de sus creativas postales pseudoummitas, dirigida a *El Caso*, quizá a cambio de que el semanario mantuviese la propaganda de su novela incluida en la misma. Pero *El Caso* decidió manipular la postal enviada por González, borrando toda referencia a su novela, y explotando el mito de los ummitas como "serpiente de verano" sabiendo que todo era mentira».

He aquí las pruebas:


UMMOAELEWEEANNI
IDIOMA: Espanol
Num. de COPIAS: 1

CAMINANDO ENTRE HUMANOS

Senor,
Conforme a su peticion, deseamos advertirle que hibridos alienigenas caminan ya entre ustedes, aunque sus planes no son hostiles.
Lo se de primera mano, mi madre fue una terrestre.
Para mas datos, leer:

UMMO. Historia de una obsesión
Reinaldo Manso

DEI-99

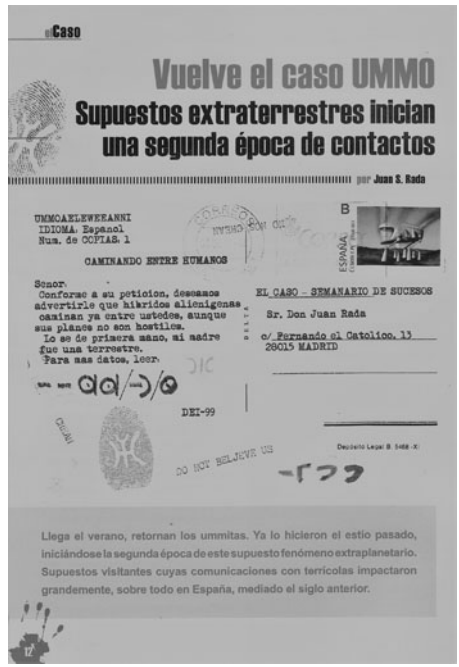
B
ESPAÑA

EL CASO – SEMANARIO DE SUCESOS

Sr. Don Juan Rada
c/ Fernando el Catolico, 13
28015 MADRID

Deposito Legal B. 5468 -XI

La postal original enviada a *El Caso* por Luis R. González.


El Caso

Vuelve el caso UMMO

Supuestos extraterrestres inician una segunda época de contactos

por Juan S. Rada

UMMOAELEWEEANNI
IDIOMA: Espanol
Num. de COPIAS: 1

CAMINANDO ENTRE HUMANOS

Senor,
Conforme a su peticion, deseamos advertirle que hibridos alienigenas caminan ya entre ustedes, aunque sus planes no son hostiles.
Lo se de primera mano, mi madre fue una terrestre.
Para mas datos, leer:

DEI-99

B
ESPAÑA

EL CASO – SEMANARIO DE SUCESOS

Sr. Don Juan Rada
c/ Fernando el Catolico, 13
28015 MADRID

Deposito Legal B. 5468 -X

DO NOT BELIEVE US

Llega el verano, retornan los ummitas. Ya lo hicieron el estio pasado, iniciándose la segunda época de este supuesto fenómeno extraplanetario. Supuestos visitantes cuyas comunicaciones con terrícolas impactaron grandemente, sobre todo en España, mediado el siglo anterior.

La postal tal y como se acabó publicando en *El Caso*.

Y hablando de mentiras, si antes mentábamos el caso del célebre abducido Julio F., no menos famoso es el de Xavier C., otro de los clásicos. Este hasta con fotos de los presuntos seres que, aparentemente, le secuestraron. Con él cerraremos el presente libro. Si queréis saber más, pasad a la página siguiente.

Capítulo 24

Xavier C.: un abducido (y no solo él) «con mucho rostro»

En 1986 la *Flying Saucer Review*, la revista de ufología más influyente del mundo, lo presentó como el caso de abducción más asombroso de la historia. Desde entonces, y, aunque ha sido replicado en montones de libros, revistas, programas de radio y TV, o vídeos de YouTube en todo el mundo, nadie había conseguido acceder al protagonista principal: Xavier C. Mi compañero Manuel Carballal y yo lo conseguimos. A él, a su familia y a todos los implicados vivos en esta historia. Y lo que llegamos a averiguar dudo mucho que pueda dejar al lector indiferente.

Hay historias que desearía no tener que escribir nunca. Y esta es una de ellas. De hecho, durante semanas dudamos si debíamos hacer pública esta investigación. El 12 de septiembre de 2019, abrumados por la información a la que habíamos accedido, incluso pedimos la opinión de amigos y colaboradores en nuestras redes sociales. Más del noventa por ciento de las personas que respondieron a «el dilema» en Facebook y Twitter nos invitaron a publicar esta información, aunque ello pudiese acarrearnos consecuencias. Pero empecemos por el principio…

La construcción de un mito

Comencemos por la versión oficial. El 21 de julio de 1985, Xavier C., un joven fotógrafo almeriense de veintitrés años que residía en Barcelona, se desplazó al parque natural del Montnegre y el Corredor,

entre las comarcas del Maresme y el Vallès Oriental (Barcelona). Allí, aparentemente, se encontraba el dolmen de Vallgorguina. Xavier pretendía realizar un reportaje fotográfico del lugar. Según dicha versión, una densa niebla lo envolvió todo y Xavier decidió salir de allí. Cuando se subió a su 127 rojo, partió y regresó a casa; se encontró a su familia inquieta, pues, según ellos, había estado fuera día y medio. Xavier no entendía nada, pues para él habían transcurrido apenas unas horas. Su coche, en cambio, marcaba 250 kilómetros, más del doble de lo que, en teoría, había recorrido. Es decir, un *missing time* en toda regla como el que narraba en el capítulo 12.

Su sorpresa fue aún mayor cuando reveló las fotografías que había realizado y en ellas aparecía un extraño ser con garras, algo que el propio Xavier definió en primera instancia como demoniaco. Poco después, puso en conocimiento de dicha experiencia a la contactada Carole Ramis, quien a su vez informó al ufólogo Antonio Ribera del suceso. Finalmente, Xavier C. fue sometido a hipnosis por Francisco de Asis Rovatti y en el transcurso de la misma relató un extraño encuentro con seres intraterrestres que le sometieron a una suerte de abducción.

Él los describió como unos entes grises y viscosos que decían proceder del planeta Casiopea y que le comunicaron telepáticamente que pretendían crear un clon suyo (al que llega a ver después sentado en su propio coche) a raíz de extraerle unas muestras, todo eso envuelto en la supuesta trascendencia del famoso dolmen y sus presuntos túneles subterráneos. A grandes rasgos y, en resumidas cuentas, esta es la historia oficial divulgada en los ochenta… Hasta hoy.

Las fotos del presunto ser intraterrestre.

En la primavera de 1986, la mentada revista inglesa *Flying Saucer Review (FSR)* publica no uno, sino dos extensos artículos de Antonio Ribera sobre el caso. En la portada del vol. 31 n.º 4 de la *FSR* aparece un único titular: «El jinn y el dolmen: el caso de abducción más asombroso hasta ahora». En el interior, la revista de ufología más influyente del mundo dedica once páginas con fotos, gráficos, etc., a la que denominan la abducción más relevante de la historia…

Xavier C. en TVE.

El 28 de octubre de 1986 el caso salta a la pequeña pantalla. En el programa *Plató vacío* de TVE, presentado por Cristina Morató, millones de telespectadores escuchan por primera vez la rocambolesca historia de Xavier C., ilustrada con sus excepcionales fotografías de los

supuestos intraterrestres. En su primera aparición en TVE, Xavier relata su sorprendente experiencia oculto tan solo por unas gafas de sol. Poco después, el 29 de abril de 1987, y en el programa *Ángel Casas Show* de TV3, la imagen de Xavier aparece ya totalmente distorsionada, mientras relata la misma. Es el plato fuerte de una pieza dedicada a las abducciones extraterrestres en la que el mismo Antonio Ribera y Roberto Pinotti comparten plató con Ángel Casas.[1]

Xavier C. en el *Ángel Casas* Show de TV3.

También en 1987 la revista técnica española *Cuadernos de Ufología* publica otro artículo de Ribera detallando el mismo episodio, certificando su autenticidad. Y en la primavera de ese mismo año, el mismísimo Gordon Creighton publica otro artículo en *FSR,* reforzando la credibilidad del caso Xavier C.

A partir de entonces la historia es imparable. El caso Xavier C., la única abducción española —y casi mundial— en la que el testigo aporta fotografías de sus captores, da la vuelta al mundo. Se publican artículos, ensayos, hipótesis y teorías amparadas por el episodio de Vallgorguina en diferentes idiomas: inglés, francés, español, alemán, polaco, árabe, etc. Era un caso único. El tiempo perdido, el doble, las fotos de los secuestradores, el relato de una gruta subterránea conectada al dolmen de las brujas en Vallgorguina…

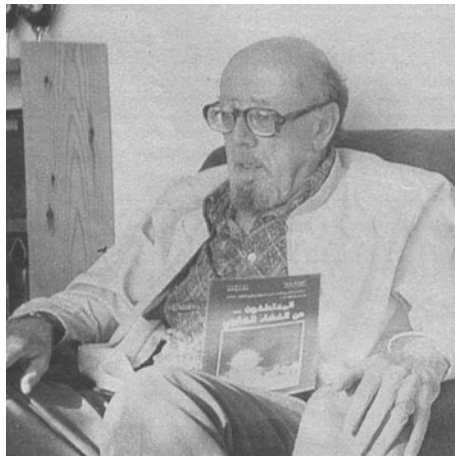
Llama también la atención la conexión, subrayada tanto por Ribera como por Creigthon, con el mito islámico de los *Djinns* (los genios del Corán). Cuando Antonio Ribera relataba que el traductor al árabe de su libro *Secuestrados por extraterrestres* fue quien identificó a los captores de Xavier C. con los *Djinns* coránicos, muy probablemente sabía lo que hacía. Abrir un nuevo mercado a su obra ufológica en el mundo árabe de la mano del caso Vallgorguina.

Infinidad de estudiosos e investigadores, ufólogos, parapsicólogos, psíquicos, radiestesistas, etc., se lanzaron a explorar el dolmen de Vallgorguina en busca de la gruta intraterrestre donde se ocultaban los captores de Xavier C. El caso comenzó a aparecer en todas las demás revistas especializadas y en infinidad de libros sobre ufología, folclore, fenómenos paranormales, guías mágicas de Cataluña, etcétera.

La abducción de Xavier C. se vinculó para siempre a las leyendas mágicas y folclóricas de Pedra Gentil. Y cuando digo para siempre quiero decir hasta el día de hoy. El 5 de febrero de 2019, *España Diario*, un medio pretendidamente «serio», publica un extenso reportaje titulado «Los secretos de Vallgorguina: el valle de las brujas de Barcelona», dedicando un apéndice a «La misteriosa abducción de Xavier C.». Prueba de que el mito continúa vivo y generando confusión. Al mismo tiempo, en febrero del mismo año, en Inglaterra, *History Disclosure* titulaba «The Xavier C. Case: Abducted and Cloned».[2]Y en noviembre era la revista rumana *Efeméride* la que resucitaba el caso.[3]

Creo poder afirmar sin temor a errar, que en 2020 el caso Xavier C. sigue tan vivo como a mediados de los años ochenta. Sus aparentes evidencias —sus inquietantes fotografías de los alienígenas, las hipnosis regresivas, los informes psicológicos, los estudios «radiestésicos» de Vallgorguina, los testimonios colaterales de su «doble», etc.— difícilmente podrían ser igualadas por ningún otro abducido del mundo… Ribera califica el caso como «fantástico y prometedor». Y tanto él como Carole Ramis —directamente vinculada a esta historia desde el principio— subrayan la honestidad de Xavier, así como la de su hermano José María. Y a pesar de que jamás ningún otro investigador tuvo acceso directo al testigo, su historia y sus fotos inmediatamente pasaron a formar parte del imaginario ufológico.

El relato de Xavier C. era perfecto para alcanzar un espectro de consumidores de misterio mucho mayor que ningún otro. Los ufólogos tenían un nuevo caso que añadir a sus catálogos de abducciones; los interesados en la historia y la brujología encontraban en la conexión con Vallgorguina una ratificación al enclave «de poder» del dolmen mágico; para los criptozoólogos y folcloristas, las fotos de Xavier demostraban la existencia de entidades no catalogadas por la biología y muy afines a duendes y elementales.



Antonio Ribera posa con la traducción al árabe de su libro *Secuestrados por extraterrestres*, incorporado al mercado editorial islámico por aquellas fechas (revista *Clan TV*, 11-7-1987).

Y no solo eso. Para el mercado árabe, recién incorporado al mundo del misterio, indudablemente Xavier C. había demostrado la existencia de los *Djinns*; los intelectuales del hermetismo utilizaron esta historia como una evidencia del mundo subterráneo y la tradición intraterrestre, y más recientemente, el sector exopolítico encontró en el caso Vallgorguina la prueba de que los alienígenas, como aparecen en las fotos de Xavier, son evidentemente reptilianos… Todos ganaron horas y horas de emisión y miles de páginas impresas. Y mucho dinero. Muy difícil encontrar un caso que pueda satisfacer tanto a públicos tan diversos. Como si desde el principio todo estuviese perfectamente guionizado…

Cronología de los hechos

Quede claro, desde este momento, que Carballal y yo solo buscábamos la verdad sobre el caso Xavier C. No ha existido ni existe ninguna otra motivación para todo el tiempo, esfuerzo y dinero que hemos empleado en él durante todo un lustro. Dicho esto, esta es la cronología de nuestra investigación:

Noviembre de 2013:

El Ojo Crítico n.º 74 lleva a tema de portada, en un dosier sobre fraudes OVNI, un extenso artículo de Juankar Moreno sobre el caso Xavier C. En el reportaje de Juankar, uno de nosotros (Carballal) añade el nombre completo y dos apellidos de Xavier, el informe psicológico firmado por la doctora María Blanch y, por primera vez, una foto de Xavier C. a cara descubierta.

No voy a repasar aquí el relato completo de Xavier C. sobre su supuesta abducción. Me extendería demasiado, y por ello he hecho un resumen en las primeras líneas del presente capítulo. Para obtener más información, remito al lector interesado al artículo publicado en *EOC* n.º 74 o al excelente resumen realizado por Jordi Ardanuy en *Nous Papers d'Ovnis* n.º 1. La bibliografía en español y otros idiomas que incluye el caso Xavier C. es muy amplia.

13 de febrero de 2014:

Recibimos, a través de los comentarios del artículo de Moreno en <www.elojocritico.info>, un primer mensaje de Xavier C., que había mordido el anzuelo:

Comentario: *Le ruego se ponga en contacto conmigo, pues están utilizando mi nombre y apellidos, así como una fotografía. Yo no tengo nada que ver con este caso y ruego retiren esta información de Internet o me veré obligado a tomar medidas legales al respecto, ya que están perjudicando mi imagen y mi trabajo. Quedo a la espera de su respuesta, reciban un cordial saludo, atentamente, Xavier C.*

Poco después, a través del mismo canal, y desde el mismo correo electrónico personal de Xavier C., recibimos el primer mensaje de su esposa:

Comentario: *Soy Victoria R., la mujer de Xavier C., hemos detectado varias páginas en referencia a mi marido con este caso. Mi marido Xavier C. J. no ha dibujado nunca este gráfico, desconocemos quién lo ha dibujado. Xavier C. en este momento está enfermo y tanto él como su familia tenemos derecho al honor y a que no se le adjudiquen «casos» ni gráficos no auténticos ni de su autoría. Ruego retiren el nombre de mi marido del caso y por supuesto de este gráfico.*

Durante treinta años, desde 1985, muchos investigadores habían intentado acceder directamente a Xavier C. sin conseguirlo. Antonio

Ribera nunca había permitido que otros ufólogos contrastasen directamente su testimonio, pese a que algunos, como Josep Guijarro, le insistieron hasta la extenuación (lo veremos más adelante). Ahora, gracias a la provocación que había supuesto publicar su fotografía por primera vez, se nos abría esa posibilidad, a pesar de que don Xavier inicialmente se desvinculaba totalmente del caso. ¿Nos habíamos equivocado de Xavier C.?

A partir de ese momento, y a través del correo electrónico, intercambiamos varios correos con él, que nos amenazaba con tomar medidas legales contra *EOC* de no retirar su nombre y su foto. Sin embargo, correo a correo, conseguimos que nos facilitase algunas informaciones sobre el caso. No, no nos habíamos equivocado. Era el Xavier C. del caso Vallgorguina…

En el último mensaje que nos envió, el 28 de septiembre de 2014, finalmente accedía a ser entrevistado por nosotros:

> *Buenos días. Deme un número de teléfono y su nombre, contactaré con usted. Me gustaría hacer una entrevista personal, pero dado que en este momento vivo en… [a unos 50 kilómetros de Barcelona] y no sé dónde vive usted, no sé cómo encontrarnos. Mi situación de salud en este momento es bastante delicada a pesar de mi aspecto físico y he perdido trazas de memoria, pero concretamente los datos y el eje principal del caso en el que me vi envuelto lo recuerdo con mucha fiabilidad, porque realmente me marcó y me perjudicó muchísimo. Quiero colaborar en ayudar a los cientos de personas que durante tantos años han leído sobre este caso que en definitiva no fue más que un ardid del señor Ribera para cumplir sus compromisos editoriales. Eso está muy mal, sobre todo si al «negro» (como era mi caso) al que le pides que escriba una supuesta historia de ficción, le haces después la jugada de publicarla como un caso real, que, además, haces pasar como si le hubiera ocurrido a él (a mí), buscas a alguien para hacerlo pasar por él (como he constatado) y lo paseas por televisiones, salas de conferencias, etcétera, de todo el país. Lamentablemente, hasta que mi esposa le amenazó seriamente, antes de que él muriese, de que estando yo, ya enfermo, si seguía difamando así mi nombre y apellidos se presentaría con la Policía en la siguiente conferencia que diera sobre el caso, no paró; y sí paró entonces, pero el daño ya estaba hecho. Estos dos personajes (la*

señora Ramis y el señor Ribera) tuvieron el valor de engañar al doctor Rovatti y a la otra doctora de la que no recuerdo su nombre. Yo fui el primer impresionado al leer en alguna de estas revistas sensacionalistas que localizamos que me habían sometido a una regresión, cuando yo ni conozco a ese doctor Rovatti. Ni soy fotógrafo ni me secuestraron ni nada de nada. Simplemente era por entonces un redactor (ahora mis facultades ya están muy mermadas por mi enfermedad) que se ganaba la vida escribiendo los relatos que le pedían, pero en esa ocasión «pisé mierda». Así pues, espero su pronta respuesta y la retirada definitiva de mi nombre y mi imagen. Atentamente, Xavier C.

Ni que decir tiene que respondimos a su mensaje. Pero a partir de ese instante Xavier C. volvió a desaparecer. Nunca respondió a nuestros correos intentando concretar ese encuentro. En ese momento nosotros no podíamos imaginar que Xavier C. había sufrido un ictus que lo había dejado ciego y en un estado de salud precario.

Junio de 2018:

Tuvimos que esperar cuatro años para reabrir otra línea de investigación. Ese mes descubrimos que R. R. López había dedicado uno de sus podcast monográficamente al caso Xavier C. y que «había recibido presiones» por ello.

Mi compañero Manuel Carballal contactó con López, que amablemente nos facilitó las capturas de los mensajes que había recibido de Victoria R., amenazándole, como a nosotros, con tomar medidas legales si continuaba tratando el caso de su marido. En uno de sus mensajes a R. R. López era muy elocuente:

Buenas tardes. Soy la esposa de Xavier C. Le escribo yo porque Xavier C. hoy en día ha perdido la visión y está bastante enfermo. Le solicito en nombre de Xavier C. retire su nombre de esta página, y de cualquier publicación en que aparezca su nombre. Llevamos mi familia y Xavier C. viviendo hace muchos años una pesadilla con semejante historia. El señor Antonio Ribera Jordá encargó una historia como un guion para escribir un libro, siempre le habló a Xavier C. como el encargado de un guion y el señor Ribera lo pagó en su momento como un encargo. Esta historia nunca existió y, en cambio, ha perjudicado enormemente la imagen de mi marido. Por eso le pido por favor retire el nombre de Xavier C. de su página. Antes de verme obligada a solicitarlo legalmente. Atentamente…

Ante esta reaparición, y como Xavier C. seguía sin contestar a

nuestros correos, decidimos dirigir hacia ella una nueva línea de investigación.

Septiembre, octubre y noviembre de 2019:

Victoria, nacida el 3 de mayo de 1959 en Barcelona, tenía ascendencia gallega, como revela su segundo apellido. Localizamos sus redes sociales, y Carballal descubrió que aparecía como responsable de V. Comunicaciones, una empresa domiciliada en la calle del Vall de Terrassa, asociada a un número telefónico. Contacté con ella a través de Facebook y la llamé. Victoria me dejó muy claro su conocimiento del engaño desde el principio: «Pero si el día que dicen que pasó yo era su novia y estaba conmigo», y la implicación de Antonio Ribera, dedicándole ciertas palabras que no sería bonito reproducir aquí. Me explicó también que, tras sufrir un ictus, Xavier había perdido la vista. La mayor tragedia que puede sufrir un artista. Finalmente, y a regañadientes, conseguí que me pasase con él, quien aceptó de muy buen grado una entrevista personal. Fijamos fecha, lugar y hora. Era viernes, 20 de septiembre de 2019, y quedamos con él en su casa (de la que incluso nos facilitó la dirección) al mediodía del martes siguiente. Pero pese a su disposición inicial a colaborar, finalmente su esposa me escribió horas después para negarse en redondo tras haberlo consensuado con su hijo. Aunque de Xavier no dijo nada. Entendemos que no existía ninguna razón oculta en esa actitud, más allá de proteger a su marido enfermo de un posible acoso de periodistas. Comprensible. Victoria impidió que pudiéramos volver a comunicarnos directamente con Xavier y, tras insistir, llegó a amenazar a Carballal con demandarnos por acoso. Una vez más desaparecía toda posibilidad de comunicación por correo electrónico o telefónica.

Seguimos también la pista de su hijo, pero no nos aportó ninguna información útil salvo confirmarnos la nueva ubicación de la familia, que ciertamente ahora vivía en un pueblo, como decía más arriba, situado a 50 kilómetros de Barcelona.

Simultáneamente, seguimos el rastro de los dos avales «científicos» del caso. El hipnólogo Francisco de Asís Rovatti Heredia había fallecido hacía más de una década. Pero la doctora María Blanch, médico que realizó el informe psicológico de Xavier C. que acompaña los artículos de Antonio Ribera sobre el caso, estaba viva.

Carballal siguió su rastro y, tras arduas artimañas de la vieja escuela, logró localizarla.

A pesar de que Antonio Ribera la define como «nuestra equivalente a la doctora Aphrodite Clamar» en *FSR* vol. 31, n.º 4 (pág. 14), la doctora Blanch nos confiesa que Xavier C. es el único abducido que examinó en su vida. Recordaba vagamente el caso, aunque habían pasado más de treinta y tres años de su examen a Xavier C., y ha realizado infinidad de exámenes y pericias psicológicas durante su carrera. Nos explicó que Antonio Ribera le había pedido como favor personal que examinase al joven abducido, «ya que iba a presentar el caso en la Cámara de los Lores»,[4]y que mantuvo una única sesión con él, aunque recuerda que fue larga. Y que el joven le relató la supuesta abducción.

A pesar de que Carballal le mostró fotografías de Xavier C. en la época (en su primera intervención en TV) y en la actualidad, fue incapaz de identificarlo con un cien por ciento de seguridad, como el joven que examinó en su consulta, dados los años transcurridos. Aunque algunos rasgos característicos, como la perilla sin bigote que presenta el Xavier C. que aparece en 1986 en TVE, y la que luce el Xavier C. que publicamos en la portada de *EOC* n.º 74, no son habituales.

Así que volvimos a concentrarnos en el propio Xavier C. Con toda la información que habíamos reunido desde 2014 fue más sencillo trazar su perfil biográfico.

¿Quién es Xavier C.?

Nacido en Barcelona el 7 de agosto de 1961, Xavier, como su hermano mayor, José María, destacó desde muy joven por sus habilidades artísticas. Desde 1989 Carballal pudo documentar exposiciones de su obra en Barcelona, Palma de Mallorca, Santiago de Chile, Bilbao, Madrid, Valencia, Logroño, Terrasa, Italia, Santiago de Compostela, Andorra, etcétera.

Además, se convierte en el ilustrador de cabecera de las campañas publicitarias del ron Bacardí, ilustra libros de Teresa Gimpera, escribe guiones para publicidad, etc. Aparte de pintura, mi

compañero pudo documentar que había participado en exposiciones de escultura, taxidermia y obras con papel y cartón sospechosamente similares a las fotos de los intraterrestres…

También participa en varias películas. En 1994, por ejemplo, y junto con su hermano José María, realiza los efectos de la comisaría en la película *La Tabla de Flandes*, basada en la novela de Arturo Pérez-Reverte. En 2013 hace su primera incursión literaria publicando un libro, junto a su esposa, sobre la vida y obra de su admirado Dalí.

Aficionado a los videojuegos, encontramos comentarios suyos, de 2014 —antes de sufrir el ictus y perder la visión—, en foros especializados. En 2015 aparece como número dos por Iniciativa Reacció Social (IRC) como candidato a la alcaldía de San Feliú de Llobregat.

A finales de 2019 estaba terminando una novela que tenía pensado presentar a concurso en la ONCE, sobre un pintor que pierde la vista, inspirada en su propia historia. La historia de «un pintor de almas».

Sospechosos habituales

Xavier, como su hermano José María, resultaron ser unos artistas consagrados. Encontramos referencias a su obra artística (pintura, escultura, guiones cinematográficos, etc.) desde 1971. El diario *La Vanguardia* ya se hacía eco en diciembre de ese año de una exposición gráfica, en el Antiguo Hospital de la Santa Cruz, en la que se expondrían obras del mayor de los dos hermanos: José María. A partir de entonces los diarios catalanes se hicieron eco en innumerables ocasiones de las exposiciones de pintura, dibujo o escultura de ambos hermanos.

Carballal encontró muchas referencias en la hemeroteca, y también descubrió que Xavier C. había tenido una página web oficial dedicada a su prolífica obra artística, ya desmantelada, pero recuperable a través de herramientas como <archive.org>. Y descubrió también el pasado político de ambos hermanos. José María como candidato del Partit Independent Vicenti (PIPV) y Xavier, como decía antes, en listas de Iniciativa Reacció Social (IRS). Su activismo

político nos permitió seguir la pista de su DNI a través de estamentos oficiales, como el Ministerio de Hacienda, Tráfico, etcétera, mapeando su biografía en Cataluña y Galicia (donde vivió un tiempo con su esposa).

Con toda esa información, no solo pudimos trazar la biografía artística de sendos hermanos, sino incluso adquirir alguna de las obras de Xavier C. que tendrían un protagonismo importante más adelante…

A partir de entonces iniciamos una primera ronda de consultas a diferentes investigadores catalanes que se habían interesado en el caso en los años ochenta y noventa. Pero ninguno había conseguido llegar a entrevistar personalmente a Xavier C. Recordemos que Antonio Ribera siempre había impedido que otros ufólogos accediesen al protagonista de aquella historia, cuyo divulgador principal era el propio Ribera. Así que lo intentamos por otro camino.

Ante la imposibilidad de volver a contactar con Xavier —a pesar de que, recordemos, telefónicamente nos había autorizado a reunirnos con él—, tomamos una medida desesperada: el 15 de noviembre de 2019, junto al compañero Ramón Álvarez, me presenté en su casa.

Cara a cara con Xavier C.

Antes de atrevernos a llamar al porterillo del edificio donde residía, permanecimos unos minutos en el coche intentando decidir la mejor manera de abordar al testigo. En ese momento nos acompañaba Olivia, mi pareja, quien se quedó esperándonos en un bar a escasos metros del edificio. Recordemos que su esposa, ante nuestra insistencia, llegó a advertirnos de que avisaría a los Mossos d ´Esquadra si seguíamos molestando a su familia. Pero llevábamos cinco años detrás de aquella entrevista y decidí asumir el riesgo de acabar en comisaría.

Previamente, Carballal y yo decidimos utilizar el cuadro de Xavier C. que habíamos adquirido, como supuestos admiradores de su obra, como justificación inicial para presentarnos en su casa. De modo que, una vez allí, Ramón y yo esperamos a que entrase un vecino en el edificio para, antes de que se cerrase la puerta del portal, acceder al descansillo. Vivía en un bajo, de manera que, a escasos metros de la

puerta de su casa, preparamos las grabadoras y las cámaras con un creciente nerviosismo que dificultó mucho una tarea normalmente sencilla, pues una de las grabadoras decidió no funcionar en el momento más inoportuno, y lo mismo sucedió con otro de los dispositivos para recoger la conversación en caso de obtener permiso para ello.

Así permanecimos varios minutos, y en esas estábamos cuando, justo en ese momento, vimos a una mujer salir de la casa de Xavier. Creímos que era Victoria, su esposa, quien antes de abandonar el edificio con un carrito de la compra pasó por nuestro lado, sin reconocerme. Podemos prometer que hubiéramos probado suerte de todas formas, pero como diría J. J. Benítez, pareciera que la «nave nodriza» hubiera hecho de las suyas para remar a nuestro favor. La suerte estaba echada. Y no esperamos más…

Llamamos al timbre. Y nos abrieron. Era él. ¡El mismísimo Xavier C. estaba, por fin, ante nosotros! Tuvimos suerte, pues, efectivamente, su esposa acababa de salir. De otra forma mucho nos temíamos, dados los antecedentes, que hubiera sido imposible acceder al artista. Rompimos el hielo con la excusa inicial de pedirle que nos autografiase el cuadro, que habíamos adquirido con este fin. Xavier nos lo dedicó y, una vez relajado, me identifiqué como el periodista que había contactado con él dos meses atrás. Aunque se excusó diciendo que no podía atendernos en ese momento, éramos conscientes de que muy probablemente no tendríamos más oportunidades como aquella, de modo que insistimos en robarle solo unos minutos, y finalmente nos los concedió.

No nos dejó entrar, de manera que toda la entrevista tuvo lugar ante la puerta entreabierta de su casa, con el creciente nerviosismo de que su esposa llegase en cualquier momento y, dadas las conversaciones previas, nos echara de allí no precisamente de buenas maneras. O algo peor. Aunque sus respuestas resultasen desconcertantes, nunca antes, desde que en 1986 su historia se hiciese pública, ningún investigador, divulgador o periodista había tenido acceso al supuesto protagonista de la abducción en Vallgorguina…

El autor arrancando a Xavier C. su confesión mientras nos firma uno de sus cuadros.

—Xavier ¿le importaría a usted que nosotros contemos su historia? ¿Que lo podamos contar con su propia voz en una grabación de audio?

—No, no, por mí pueden contarla. A mí me da exactamente lo mismo. A estas alturas…

—¿Podemos grabarle entonces?

—Sin problema.

—No sé si recordará que hablamos con usted por teléfono de lo del caso del OVNI… que usted nos contó que era un fraude…

—No exactamente. Le cuento brevemente cómo fue. Antonio tenía un compromiso con la editorial con la que estaba trabajando, si mal no recuerdo Plaza y Janés…[5]

—¿Antonio Ribera?

—Sí. Y como él sabía que yo escribía guiones para publicidad e historias, entonces simplemente me compró uno. Pero nunca se me dijo a mí que luego lo iba a usar como si fuese un suceso auténtico. Puso mi nombre, sin ningún permiso, y eso no es lo que habíamos acordado. Lo hice por dinero. Pero yo creo que por diez mil pesetas de la época no tenía derecho a todo eso. Yo no sé para qué más lo utilizó este señor. Si lo usó para algún libro suyo, no lo sé. Y luego intervino también otra persona que ya murió también, Carole Ramis, y como ella quería hacerle la puñeta a este hombre porque tenían una disputa entre ellos, ella también lo incitó a todo esto. Pero de aquello me enteré *a posteriori.* Y no es que sea un fraude, es que usó un guion de una historia ficticia, supongo que para darse notoriedad o para salir

otra vez en los medios, y sacarla adelante. Pero nada que ver.

—¿Se refiere de verdad a Antonio Ribera?

—Sí. Y le voy a decir más. Yo me enteré de todo esto porque había un anuncio, un cartelito, en un poste de la luz, y ponía que daba una conferencia y me citaba a mí. Entonces se le llamó y se le dijo, oiga, usted no tiene derecho a utilizar mi nombre, cuando sabe que todo esto ha ido como ha ido. A partir de entonces, mientras él estuvo vivo, la cosa se apaciguó. Pero luego se empezó a promover, y venga y venga… Ya le digo. Lo único que hubo es la compra de una historia, para no sé qué. Yo no pregunté. Yo cobré el dinero ese, y ahí se acabó el trabajo.

—Pero Xavier, usted fue a las televisiones a contar esto con la cara oculta…

—Yo de esto ya no me acuerdo porque yo estoy enfermo… Sé que él quería hacer cosas y tal. Incluso un amigo me llegó a decir, oye, ¿sabes que está utilizando a una persona que se hace pasar por ti? Pero yo ya no sé más. Pero lo que sí es cierto es lo que le he dicho. La verdad solo tiene un camino y es este.

—¿Y lo de las fotos aquellas cómo fue?

—Pues la verdad yo esto no sé de dónde salió. No fue cosa mía. Ese señor añadió de cosecha propia muchas cosas…

—¿Su hermano tuvo alguna vinculación?

—Es que mi hermano es el que conocía a estas personas. Me metió mi hermano en todo esto. Me acuerdo de que mi hermano me llamó para que fuese a hacer unos dibujos o algo a casa de esta mujer para unas piezas que tenía que subastar. Pero nada más.

—¿O sea que usted nunca intervino en un programa de televisión? ¿Y que cogieron a otra persona para que hiciese su papel?

—Es lo que me dijo este amigo.

—¿Usted recuerda a Rovatti?

—La verdad es que no.

—¿No recuerda ninguna sesión de hipnosis?

—No.

—¿Y cómo contactó Ribera con usted?

—A través de mi hermano. Porque él le dijo que habitualmente recibía a estudiantes y tal, y que daba unas charlas. Yo no quería ir porque estaba lejos de aquí. Pero un día fuimos a su casa a tomar un café, pero no hubo más contacto. Y luego ya se formó todo esto y la

verdad es que me sorprendió muchísimo.

—¿Conserva alguna carta o recibo de aquella época?

—No.

—¿Usted llegó a tener más contacto con Ribera en persona?

—No. Todo se hizo a través de mi hermano. Yo lo escribo, él lo envía, me dan diez mil pesetas y se acabó. Era un relato de ficción como otros tantos que yo escribía. Yo no voy a opinar sobre personas que ya no están y no se pueden defender, pero me parece muy mal todo lo que se ha hecho alrededor de ese suceso.

—¿Le importa que le hagamos unas fotos para publicarlas con su confesión?

—No, sin problema.

—¿Le dieron alguna consigna para escribir el relato?

—No, creo recordar que fue a través de mi hermano, que me dijo: oye que está agobiadísimo… porque se ve que tenía un compromiso con la editorial de hacer tantos libros o tantos artículos, y me dijo ¿tú harías algo para este hombre? Pero si era mi trabajo… y nada más. Lo que no quiero es que la gente crea una cosa que no es. Yo esto lo hice por dinero, el escribirlo. Pero no lo que luego se formó. Las cosas son mucho más simples cuando se conocen. Por eso yo quería dejar claras las cosas.

—¿Le afectó esto de alguna manera?

—Pues sí. Profesionalmente me perjudicó.

Xavier C. mostrando una de sus creaciones artísticas.

En enero de 2020, durante la última entrevista que mantuve con él, esta vez telefónicamente, me amplió la confesión con algunos datos nuevos, aunque poco o nada cambian la conclusión sobre el caso:

«Yo perdí a mis padres antes de cumplir los doce años, y le cuento este detalle porque desencadenó una obsesión por poder contactar con ellos en el más allá. Así que cuando un conocido me habló de la señora Ramis como una especialista en contactos con los difuntos, no dudé en acudir a una de sus conferencias a la que fui invitado. Yo acababa de cumplir quince años hacía un mes. Al terminar la conferencia, uno de los organizadores me entregó un sobrecito con una tarjeta de ella y detrás tenía escrito: «Contacte conmigo. Gracias». Al cabo de un mes, decidí llamarla y me citó en su casa (en la calle Entenza con la avenida Diagonal). Fui y me empezó a contar una cantidad ingente de cosas, pero me sorprendió que me preguntase mi edad…

»Abreviando, cuando llevaba un tiempo visitándola, me pidió ayuda para llevar unas piezas que quería subastar a la sala de subastas y, desde ese momento, me llamó cada semana para visitarla. Cuando,

conversando, salió el tema de que escribía historias, ella me citó a Antonio Ribera y me pidió permiso para dejarle una de mis historias por si le era útil para escribir algo, puesto que me contó que Ribera tenía un bloqueo. Yo le hice el favor y al poco tiempo me dio diez mil pesetas, pero no reparé en nada, porque habitualmente la señora Ramis me hacía regalos.

»Fortuitamente descubrí lo que estaba haciendo con Antonio, y yo intenté avisarlo, pero no me hizo caso. Además, ella me amenazó diciéndome que, si contaba algo de su casa, de nuestras conversaciones o nuestros encuentros, me desacreditaría y a quien creerían sería a ella, y permanecí en silencio mucho tiempo… hasta hoy. Corté la relación cuando cumplí los dieciocho, en diciembre de 1980, porque me negué a seguir con sus pretensiones…». Y cinco años después, la historia salió publicada.

Al preguntarle por qué nos ocultó el dato de sus contactos con Carole Ramis cuando hablamos con él dos meses antes, atribuyendo a su hermano el papel de cicerone entre Ribera y él, nos respondió que por miedo a las amenazas que, según Xavier, esta le había proferido. «Ella dijo que de contar la verdad me desacreditaría. Y eso, añadido a mis graves problemas de memoria, hicieron el resto.» En mi humilde opinión, la verdadera razón era la de desvincular a su hermano de la historia, con quien habló del tema semanas antes de esta última llamada mía.

Algunos lo sabían

A partir de ese momento, Carballal y yo volvimos a consultar a todos los ufólogos catalanes veteranos que, por su edad y su relación con Antonio Ribera, consideramos podían tener algún conocimiento de este «contrato» para fabricar una abducción. Hemos de agradecer a todos ellos la paciencia para con nuestros reiterados interrogatorios. La inmensa mayoría, incluido Jordi Ardanuy —autor de la única biografía de Carole Ramis[6] y de un detallado informe sobre el caso Xavier C. que fue portada de *Nous Papers d'Ovnis*—[7] se mostraron perplejos por este giro del caso, expresando su total desconocimiento sobre la implicación de Ribera en la gestación del fraude. Otros, como

un exredactor jefe de *Karma 7*, nos confesó que era un rumor que existía en la redacción.

Quien sí nos autoriza a publicar que lo sabía es Enrique Marín, amigo personal y editor de algunos libros de Antonio Ribera, como su clásico *Operación Rapa Nui*, y director de *Dialegs amb un diable*, programa de referencia en el mundo del misterio catalán en los años ochenta y noventa, emitido en la televisión de Sabadell. Además de ser un habitual de los programas de otro prestigioso periodista: Andreas Faber-Kaiser.

Enrique Marín llevaba veinticinco años alejado del mundo del misterio. Lo intentamos siguiendo el rastro de su editorial, fracasamos. Utilizando la guía telefónica, fracasamos. Consultando a investigadores catalanes veteranos, fracasamos… Particularmente desconcertante la reacción de la vidente Ángela Zarini ante Carballal, muy conocida en los años noventa, que pese a mencionar a Marín en su web negó todo conocimiento o relación con él. Olvidó que en su propia web aparece en algún vídeo con Marín, entrevistada en *Dialegs amb un diable*…

Al final, gracias a Sergi Faber, hijo de Andreas Faber-Kaiser, conseguimos localizarle a finales de diciembre de 2019. Según me confesó: «Yo me enteré del caso porque me lo contó Antonio. Creo que fui el primero que se enteró, porque Ribera me dijo: "Me ha llegado un caso extraordinario y probablemente hasta escriba un libro sobre él". Todavía no lo sabía nadie y a partir de ahí vino la explosión. Lo tratamos en mi programa de TV Sabadell y después en el de Andreas… El que no quería salir mucho era Xavier. Cuando me enteré de qué iba el asunto, entendí que no quisiera salir, porque se iba a saber tarde o temprano que aquello era un montaje».

Marín se refiere al programa *Que volen aquesta gent?* de Andreas Faber-Kaiser dedicado a los intraterrestres, emitido el 30 de agosto de 1988, en el que el mismo Marín comenta el caso Xavier C., expresando su escepticismo —como fotógrafo experimentado— sobre las fotos de los supuestos secuestradores.[8]

Cuando le pregunté por qué lo califica desde el principio de montaje, Marín me responde: «Hombre, porque yo conocía muy bien a Ribera… y en las diferentes entrevistas entraba en contradicciones, sobre todo en las que no salieron en antena… Yo, viendo el tema, y después de tratarlo con Ribera en varias ocasiones, no quise ni

entrevistar a Xavier… A mí Ribera me contó tres versiones distintas… Hasta que me dijo que Xavier se dedicaba a hacer efectos especiales para películas, y claro, que nadie se lo iba a creer…».

—¿A ti Ribera te confesó que era un fraude?

—No. Pero se lo pregunté.

—¿Y qué te respondió?

—No me respondió…, que es otra forma de responder.

—¿Crees que era la primera vez que se involucraba con un caso falso?

—Te puedo decir que no… Pero mira, Ribera era mi amigo, y yo no voy a hablar mal de él, pero yo no puedo faltar a la verdad… Fíjate que ya te estoy diciendo mucho sin decirte nada. Y otro día te cuento de Ummo…

Además, según el propio Marín, quien investigó en profundidad la historia del dolmen, este «ni siquiera está en el lugar donde lo construyeron, ni conserva su forma original, ya que lo cambiaron de emplazamiento en 1855, más concretamente al Turó dels Gentils, en la sierra del Corredor, cerca de Vallgorguina. Por una cuestión matrimonial de propietarios de las tierras colindantes (un Pradell y una muchacha de Can Castellar), ese dolmen, que existía como tal y se denominaba la piedra helada (ahora piedra gentil), lo trasladaron dejando algunas piedras, que fueron reutilizadas para construcciones posteriores. De manera que el actual dolmen de Vallgorguina no existe como tal, al menos desde hace siglo y medio».

Pero, volviendo al caso Xavier C., Enrique Marín no era el único que conocía el secreto…

También acudimos a Josep Guijarro, muy vinculado afectivamente a Antonio Ribera, quien relató a Carballal que mientras estaba documentándose para uno de sus libros sobre el fenómeno abducción, intentó durante meses que Ribera le facilitase el acceso a Xavier C. para incluir su espectacular caso en dicho libro. Según él: «Antonio siempre me daba largas, me decía que era un tipo problemático, que no me acercase a él… Sí recuerdo que me dio su apellido, pero era un apellido muy habitual en Cataluña y era imposible localizarlo. Y mucho tiempo después, hablando de otros casos de abducidos, le pregunté por qué tenía tanta aversión a este hombre, y me dijo que había querido demandarle, porque en su día le había pagado, aunque no me dijo la cantidad… Por eso cuando me

has dicho lo que habéis averiguado, no me sorprendió. Y además de mí, os puedo asegurar que lo saben otros colegas. Y que no fue la única vez… Pero nunca hemos querido hablar de esto, por respeto a Antonio…».

Aunque otros ufólogos fuesen conscientes de este asombroso «contrato», solo Guijarro nos autorizó a divulgar su conocimiento del mismo. Respetamos a quienes, por su vinculación afectiva con Ribera, prefieren guardar silencio.

Como explico en la nota 5 de la página 345, el juicio que Ribera perdió con Planeta a causa del incumplimiento de contrato con la editorial, y la supuesta usurpación de los cinco volúmenes de J. J. Benítez sobre Ummo, es la causa de la precariedad económica en que se encontraba cuando supuestamente contrató los servicios de Xavier C. para fabricar la «abducción perfecta». Y la amenaza de demanda fue lo que impidió la publicación del libro que preparaba sobre el caso, tal y como me comentó Enrique Marín.

Ramón Álvarez, parcialmente implicado en nuestra investigación del asunto, me contó: «Mirando notas antiguas de cuando iba yo al *pub* Abraxas (lugar de reunión habitual entre ufólogos catalanes), en una ocasión de 1989 coincidí con Josep Guijarro, Manel Seral Coca, Andreas Faber-Kaiser, Antonio Ribera… y Carole Ramis. Pues bien, esta última comentó algo que apunté. Dijo, textualmente, tener serias dudas de la autenticidad del caso Xavier C.».

Habla José María, hermano de Xavier C.

Xavier C. tiene un hermano diez años mayor: José María. En la revista *Karma 7* n.º 84 (noviembre de 1979) aparece como el autor de otra fotografía paranormal; la imagen de un supuesto «ectoplasma, un ser astral de otra dimensión», captada en la cubierta de un barco en las islas Baleares. La imagen ilustra una reseña de Carole Ramis sobre los supuestos misterios del «triángulo balear».

También seguimos la pista de su hermano. Era un artista de cierto prestigio, como afirmábamos previamente; Carballal pudo documentar referencias periodísticas a su obra desde 1971. Es inventor. Tiene por lo menos una patente registrada a su nombre, en

1977, un módulo de iluminación, renovada por última vez en noviembre del año 2019.

Como ya hemos dicho, en 2011 José María C. aparece como número tres en las listas electorales municipales como candidato a la alcaldía de Sant Vicenç dels Horts por el PIPV, partido que, por cierto, tuvo un cierto protagonismo en 2007 en el ascenso del hoy mediático Oriol Junqueras. Así fue cómo mi compañero pudo localizarle y acordar una entrevista personal en Barcelona la tarde del 16 de noviembre de 2019, justo al día siguiente de hablar con Xavier C. Junto al compañero Félix Armengol, me desplacé a las inmediaciones del pueblo donde reside. José María parecía cordial y sincero. Incluso me autorizó a grabar la entrevista y a fotografiarle.

Para nuestra sorpresa José María aseguraba, respecto a la confesión del engaño, que «esta es la primera noticia que tengo. Si le pagaron, él sabrá. Pero yo en este aspecto me mantengo totalmente al margen… Si lo dice él me engañaron incluso a mí».

José María nos intenta convencer de que siempre creyó que la historia de su hermano era real. Que ambos hermanos conocieron al mismo tiempo a Carole Ramis, en una conferencia que impartió en el Palacio de Congresos de Barcelona: «[…] y ahí nació una amistad. A través de ella conocimos a Antonio Ribera». Afirma que él no colaboró con su hermano en la creación de la falsa abducción y que nunca estuvo en Vallgorguina en aquellos días.

El autor con José María C., hermano de Xavier.

Aseguraba que en los últimos veinte o treinta años no volvió a hablar de la abducción con su hermano, y que siempre pensó que era

real. Se desmarcaba de la declaración de Xavier de haber sido el intermediario entre Ribera y él para realizar el encargo. E incluso dijo que no vio las intervenciones televisivas de su hermano relatando la abducción…, lo que resulta francamente increíble, pues asegura que siempre han tenido buena relación. Casi tanto como que, confesándose seguidor y lector de Ribera, afirme que nunca tuvo interés en leer lo que este había publicado sobre la abducción de su hermano. Me pareció raro y así se lo manifesté personalmente.

Lo más importante es que, cuando mi compañero facilitó a José María las imágenes de Xavier C. acudiendo a los programas de TVE y TV3 para relatar la abducción en Vallgorguina, este reconoció a su hermano, y no a un actor suplantándole…

A modo de reflexión

Mi compañero y yo no justificamos nada, simplemente contextualizamos los hechos. Y es que, como ya adelantaba al comienzo del presente capítulo, publicar este tipo de trabajos suele acarrear consecuencias. No existe ninguna intención oculta, menosprecio o intento de menoscabo. Solo el dilema entre publicar una información que podría cerrar para siempre un supuesto expediente OVNI, tan falso como replicado internacionalmente, o el silencio cómplice para evitar el daño a la credibilidad de uno de los padres de la ufología hispana, que es el daño a la credibilidad de todos. Nosotros incluidos.

En *El Ojo Crítico* desvelamos todo el envés de la trama.

Por supuesto quedan preguntas sin respuesta. En el momento de escribir estas líneas han transcurrido treinta y cinco años, y el ictus sufrido por el protagonista, con las lagunas de memoria que lleva aparejadas, no ayuda a clarificar las contradicciones entre las versiones de ambos hermanos. Pero lo que ya nadie puede dudar es que todo el caso es un fraude confeso. Y con todo lo expuesto, confío en que el caso Xavier C. deje de ser utilizado para sustentar hipótesis ufológicas, para generar contenidos comerciales o para llenar páginas y páginas de conjeturas, especulaciones y teorías sustentadas en un supuesto misterio: los *Djinns* intraterrestres de Vallgorguina, que jamás existieron más que en la imaginación de un joven artista que escribió un guion por encargo de un prestigioso ufólogo.

En el siguiente QR puedes escuchar, en un podcast de *Dimensión Límite*, la investigación con todos los audios de sus protagonistas:

A MODO DE REFLEXIÓN

Al margen de los cinco últimos capítulos del libro, que presentan casos de probable explicación, ya explicados o directamente fraudulentos, nos quedan muchas dudas en el tintero. Por ejemplo, en cuanto a «los sin rostro». ¿Qué son? ¿De dónde vienen? ¿Por qué en la mayoría de las ocasiones se presentan sin facciones definidas? ¿Qué quieren? ¿Son negativos? ¿Y se trata del mismo fenómeno en todos los casos?

Son preguntas de difícil respuesta. En cuanto a algunos sucesos acaecidos en estado de duermevela, como los del capítulo 1, y otros, no puede descartarse la posibilidad de una parálisis del sueño, acompañada por las denominadas alucinaciones hipnopómpicas (que tienen lugar entre el sueño y la vigilia) en algunos de ellos. Pero, de ser así…, ¿por qué coinciden tantos detalles entre unos y otros casos? Empezando por el hecho de que dichas siluetas carezcan de rostro, que hablen telepáticamente (si es que lo hacen), que la duración de dichos avistamientos sea variable (a veces pocos segundos, a veces muchos minutos) o que suelan aparecer a una hora concreta (las tres de la madrugada). Eso sin contar con las presuntas entidades que llegan a golpear con fuerza una ventana, como en la experiencia, totalmente en vigilia, de Jaime García.

El hecho de que aproximadamente el cinco por ciento de la población sufra este tipo de parasomnias no significa necesariamente que las situaciones de encuentros con entidades en ese estado sean fruto de una alucinación. Los testigos no lo creen. De hecho, de no ser así, no estarían incluidos en este trabajo. Por tratar de elucubrar, dadas las circunstancias, me hago la siguiente pregunta: ¿Y si, en vez de tratarse de alucinaciones generadas por ese estado de incapacidad transitoria, se tratase de apariciones que aprovechan dicha situación de parálisis para hacerse notar?

Y aparte de dichos episodios recogidos en el primer capítulo, hay otros muchos de toda clase y condición (llamadas telefónicas, seres invisibles, de fuego, de humo, voladores, entidades sanadoras, etc.) en

otros diecisiete que cuentan en ocasiones con varios testigos y que nada tienen que ver con estados de vigilia. Incluso las experiencias oníricas descritas en el capítulo 17, que algunos podrían tildar de alucinaciones hipnogógicas, dan mensajes claros que parecen coherentes con nuestra realidad.

A este respecto, no me resisto a contar una vivencia que me reveló una persona muy especial para mí. Se trata de Olivia, mi pareja, tristemente fallecida cuando terminaba de escribir este libro. Ella me contó que, en más de una ocasión, llegó a soñar con su abuelo y con su abuela (ambos por parte de madre) ya fallecidos. Pues bien, en dichos sueños, su abuelo se acercaba a ella para hablarle, mientras que su abuela, vestida de negro, permanecía a cierta distancia de la escena. Y cada vez que eso pasaba, su abuela le decía a su abuelo que no debía hacer eso, y mucho menos tan cerca, pues ya sabía que les estaba prohibido: «Tú no puedes estar aquí, vámonos. No podemos estar aquí. No la toques, no puedes tocarla». Según Olivia: «Pese a ello, mi abuelo se lo saltaba siempre a la torera y hasta que me daba un abrazo, no se iba del sueño. Aquello me pasó varias veces, hasta que dejé de verlos al cumplir los treinta años».

Esto que acabo de contar —unido a ciertas experiencias que parecen dar a entender que en ese presunto mundo espiritual siempre andan con prisa (palpable en las supuestas llamadas telefónicas del «otro lado») o cierta cautela (recordemos las experiencias de Sonia y Joaquín con las que abría el libro, o las de Virginia N. en el capítulo 11)— bien pudiera significar que hay alguien ahí, después de la muerte física, que, de manifestarse ante nosotros (ya sea en sueños, duermevela o totalmente despiertos), lo hace con ciertas «reglas espirituales» a seguir. Pero quién sabe. Son solo conjeturas, probablemente erradas.

Por tratar de plantear un sano debate acerca de las posibles explicaciones racionales a dichas experiencias, daré voz a algunas personas, creo, autorizadas para tratar de arrojar luz científica a dicho enigma. Abríamos este libro con Francisco J. Rubia y Ramón M.ª Nogués, y lo cerramos con ellos:

El primero es neurofisiólogo, catedrático emérito de Medicina en la Universidad Complutense de Madrid, y doctor en Medicina y Cirugía. Pero además de todo eso, y muchas cosas más, es un conocido escéptico de todo cuanto rodea a los fenómenos paranormales. Según

me contaba en una de las varias entrevistas que le hice años ha, «los llamados fenómenos paranormales no son objeto de la ciencia. Son anecdóticos y, como tales, no confirmables o falsables. Fuera del cerebro no hay nada». Así de tajante se muestra Rubia.

Otro de los aspectos por los que hemos pasado de puntillas en el libro, más concretamente en el capítulo 14, es el caso de las experiencias extracorpóreas o cercanas a la muerte. Según el catedrático, «no tenemos aún una explicación exhaustiva y fisiológica de estos fenómenos, pero hay ya explicaciones plausibles de que la causa de ellos está en la falta de oxígeno y el aumento de anhídrido carbónico que, al eliminar en primer lugar las pequeñas células nerviosas que tienen un metabolismo más alto y que suelen ser inhibitorias, produce una desinhibición de las estructuras del sistema límbico o cerebro emocional que son responsables de estos fenómenos con síntomas muy parecidos a las experiencias místicas o de trascendencia».

Sobre otro de los asuntos tratados en estas páginas, decía el psicólogo infantil Piaget que el niño es, en determinados estadios de su desarrollo, incapaz de distinguir el mundo exterior de su propia psique. ¿Explicaría esto entonces, desde el punto de vista cerebral, ciertas y presuntas capacidades especiales de algunos infantes con respecto a los terrores nocturnos, amigos invisibles e incluso visiones de seres fallecidos? Y ya que estamos, ¿qué hay de los adultos? Según Rubia, «la incapacidad de distinguir el mundo exterior de la propia psique no es exclusiva del niño pequeño. Estamos acostumbrados a ver que el adulto está convencido de que los seres sobrenaturales que aparecen en sus ensueños son productos del cerebro, pero los que aparecen en visiones extáticas los consideran como externos a la propia psique. Y, sin embargo, en ambos casos son productos de estructuras cerebrales pertenecientes al cerebro emocional».

Ramón María Nogués es un escolapio barcelonés desde 1955 y presbítero desde 1961. Pero, además, es catedrático emérito de Antropología biológica de la Universidad Autónoma de Barcelona. Ha hecho estudios de pedagogía, filosofía y teología, y es doctor en Biología por la Universidad de Barcelona. También pude entrevistarle y, pese a su formación científica, no resultaba tan tajante como su compañero. Para él, «las trascendencias (estética, ética, religiosa, principalmente) invitan a “ir más allá” de los planteamientos

estrictamente científicos. Se trata de actitudes fundamentales en la vida (que no es todo ciencia; por ejemplo, la vida amorosa no responde a planteamientos científicos y la estética tampoco), y en este sentido nos desestabilizan hacia actitudes de creatividad y crecimiento». De hecho, al preguntarle si la neurología puede dar explicación a los fenómenos paranormales, Nogués afirmaba: «En general sí, para analizarlos críticamente y frecuentemente desautorizarlos, pero no para excluirlos sistemática y dogmáticamente».

Algo más categórico se muestra el profesor de Neurología clínica Oliver Sacks, de cuyo libro *Alucinaciones* (Anagrama, 2013) podemos extraer algunas conclusiones llamativas relacionadas con «los sin rostro» u otras apariciones aparentemente espirituales. Según Sacks, «una forma de alucinación poderosamente convincente, y no explícitamente sensorial, consiste en percibir la "presencia" de algo o alguien cerca, una presencia que puede sentirse como algo malévolo o benigno. A veces la convicción de que hay alguien ahí puede resultar irresistible». Y añade: «Teniendo en cuenta lo descabellado de algunas imágenes hipnopómpicas, su resonancia emocional a menudo aterradora, y quizá la acentuada sugestión que acompaña a estos estados, resulta muy comprensible que las visiones hipnopómpicas de ángeles y demonios sean capaces de engendrar no solo asombro u horror, sino también que la gente crea en su realidad física. De hecho, uno ha de preguntarse hasta qué punto la mismísima idea de los monstruos, los espíritus espectrales o los fantasmas se originó con dichas alucinaciones. Uno puede imaginarse fácilmente que estas alucinaciones, combinadas con una disposición personal cultural a creer en el reino espiritual e incorpóreo, y a pesar de poseer una base fisiológica real, podrían reforzar la fe en lo sobrenatural».

A este respecto, y según Carl Sagan en *El mundo y sus demonios* (Crítica, 2017), «este tipo de alucinaciones pueden afectar a personas perfectamente normales en circunstancias perfectamente ordinarias. También pueden provocarse: por una hoguera en el campo por la noche, por estrés emocional, durante ataques de epilepsia, migrañas o fiebres altas, ayunos prolongados o insomnio, o privación sensorial (por ejemplo, en confinamiento solitario) o mediante alucinógenos como LSD, psilocibina, mescalina o hachís».

Y yo me pregunto… ¿puede lo de la hoguera campestre explicar,

por ejemplo, la experiencia protagonizada por Jorge Pezzi y Manuela del Pozo con sus «entidades del bosque» narrada en el capítulo 6? ¿Por el simple hecho de haber encendido (si es que lo hicieron) una fogata en el campo horas antes, los dos alucinaron a la par, no solo escuchando los ruidos adyacentes a su tienda de campaña, sino incluso cuando algo abrió la puerta violentamente y les observó durante minutos? Y voy más allá…, cuando la mayoría (como en los casos recogidos en este trabajo) de esas experiencias no están precedidas por ninguno de los elementos citados por Sagan? ¿Qué hacemos con ellas? ¿Cómo explicarlas? ¿Y los del capítulo 11, por ejemplo, en los que dichas experiencias llegan a dejar una marca física en los testigos? ¿O en experiencias premonitorias que acaban cumpliéndose, como algunas de las narradas en el capítulo 2?

Dice también el famoso astrofísico: «Quizá cuando todo el mundo sabe que los dioses descienden a la Tierra, alucinamos sobre dioses; cuando todos estamos familiarizados con los demonios, son íncubos y súcubos; cuando las hadas son ampliamente aceptadas, vemos hadas; en una época de espiritualismo, encontramos espíritus; y, cuando los viejos mitos se apagan y empezamos a pensar que es plausible la existencia de seres extraterrestres, nuestra imaginería hipnagógica va hacia ellos». Vale. Muy interesante ese análisis, de veras que lo es. Pero… ¿y cuando salvo dioses y hadas, se dan todas las demás interpretaciones en los últimos, pongamos, cincuenta años? Este libro es buena muestra de ello…

Siguiendo con Sagan, este explica que «los creyentes toman los elementos comunes de sus historias como pruebas de verosimilitud más que como una prueba de que las han inventado a partir de una cultura y biología compartidas». Pero también deja constancia, muy sabiamente, en las mismas páginas de que «la ausencia de prueba no es prueba de ausencia». ¿En qué quedamos?

Y es que, acabando con el célebre autor de *Cosmos*: «Mantener la mente abierta es una virtud…, pero, como dijo una vez el ingeniero espacial, James Oberg, no tan abierta como para permitir que a uno se le caiga el cerebro». Quizá sea lo más sensato. Utilizar el sano escepticismo del que siempre duda y que nunca niega de forma sistemática, a la hora de enfrentarse a estos enigmas.

A este respecto yo, como periodista, no puedo aportar mucho más que simples y, como decía más arriba, probables erradas

conjeturas. Lo que aporto son casos, experiencias y vivencias recogidas por un servidor de testigos directos de hechos inexplicados. Testigos que tienen muy claro lo que han visto y, ante todo, haberlo visto. Independientemente de lo que objetivamente, desde un prisma exógeno, hayan visto o percibido.

Pero para llegar a ello, antes hay que salir ahí fuera a recoger casos, de manera directa, encuestando a los testigos, y a poder ser cara a cara. Muchas de mis entrevistas así han sido, otras fueron telefónicas debido a la imposibilidad logística de desplazarme por toda la geografía española, y en algunos casos incluso fuera de nuestras fronteras. Pero, sea como fuere, hay que beber de la fuente directa. No considero especialmente práctico juzgar el trabajo ajeno tan solo leyendo lo que otros recogen y exponen. Es sencillo sacar conclusiones de si tal persona ha tenido una alucinación o tal otra está sonada sin levantar el culo de la silla. Incluso generalizando, no analizando caso por caso. Quizá sea el cometido de muchos. Desde luego no es el mío.

Solo puedo decir, para acabar, que creo firmemente en la honestidad de los protagonistas de dichas experiencias. Evidentemente, al no estar en sus cabezas, desconozco la palpable y objetiva realidad de lo que dicen haber visto. Puede tener una explicación o no tenerla. Pero *a priori,* y en lo que a mí respecta a día de hoy, se me antoja francamente complicada. Puedo equivocarme. Y seguramente lo haga. Ojalá así sea…

En Pioz (Guadalajara),
a las 3.33 a.m. del 27 de febrero de 2020

AGRADECIMIENTOS

Este libro no hubiera sido posible sin:

Olivia, a quien va destinada su dedicatoria inicial. Lo era casi todo para mí y nos dejó justo cuando estaba terminando de escribirlo. Sin su apoyo y experiencias probablemente nunca hubiera visto la luz este trabajo, el cual logré acabar sacando fuerzas de flaqueza en horas realmente bajas. Una vez más: gracias por tanto, allá donde estés.

Mis padres, hermana, familiares y amigos. Por estar siempre ahí.

Los más de cien testigos de fenómenos extraños (y algunos protagonistas de vivencias increíbles) a los que he podido entrevistar para este libro. Gracias. Vosotros, y nadie más, sois los verdaderos protagonistas.

A todos los compañeros y amigos que me apoyaron en momentos complicados, especialmente Manuel Carballal, Daniel Valcárcel y Víctor Ortega. Ellos, quizá sin saberlo, me ayudaron más de lo que creen a terminar de dar forma a estas páginas.

Toda la discografía setentera (y algo de la ochentera) de los Tangerine Dream. Ellos, y solo ellos, han sido la banda sonora de este libro.

Mi amiga Beatriz Erlanz, de nuevo, por echarme una mano con las correcciones del libro.

Toñi Ramiro, mi estimada editora de Ediciones Luciérnaga. Sin su confianza, paciencia y comprensión, no podría estar escribiendo estas líneas.

Miguel Pedrero, por ese prólogo tan humano, personal e intransferible.

Por último y no menos importante, a todos los valientes que, moleste a quien moleste, buscáis la verdad pese al riesgo de encontrarla. Gracias a vosotros: *ladran, Sancho, luego cabalgamos*.

Para ponerse en contacto con el autor con el fin de criticar el contenido de la obra, o de facilitar algún tipo de vivencia propia relacionada con lo insólito, puede hacerlo a través de twitter en <@DCuevasC>, en instagram mediante <@Davidcuevasinsta> o el correo electrónico <lossinrostrolibro@gmail.com>.

Notas

1. Puede verse en el canal de *EOC* en YouTube: <https://www.youtube.com/watch?v=XiGDBznL9GE&t=13s>.

2. <https://www.historydisclosure.com/the-xavier-c-case-abducted-and-cloned/>.

3. <https://www.efemeride.ro/rapit-de-extraterestri-si-clonat-cazul-socant-al-lui-xavier-c/>.

4. En realidad, Antonio Ribera había realizado ya su presentación en la Cámara de los Lores británica el 11 de diciembre de 1979; fue el primer no anglosajón invitado a dicha cámara, y para exponer un tema tan controvertido como el fenómeno OVNI. Un hito histórico que posibilitó Brinsley le Poer Trench (lord Clancarty), entusiasta de los platillos volantes. El 19 de julio de 1983 otro español tendría el mismo privilegio: el contactado catalán Luis José Grifol.

5. Recuerda mal. Sin saberlo, Xavier C. se refiere al litigio que comenzó en 1985 entre Antonio Ribera, J. J. Benítez y la editorial Planeta a causa de cuatro libros que Ribera había apalabrado con Planeta y por los que había cobrado un adelanto de 2.440.000 pesetas. En uno de los episodios más tristes de la historia de la ufología española, Ribera —según la sentencia judicial que puede consultarse íntegra en «Antonio Ribera condenado: Intentó usurpar cinco libros de J. J. Benítez» <https://www.planetabenitez.com/peor/tercerjuicio.htm>— se habría apropiado de cinco volúmenes sobre Ummo realizados por Benítez. Planeta le demandó y ganó el juicio. Finalmente, fue condenado a la devolución del adelanto. Ribera, en sus últimos años de vida, estaba en la más absoluta pobreza a causa, en parte, del embargo de sus ingresos por Planeta.

6. Ardanuy, Jordi, «Carole Ramis: una dona singular», CEI, 2019.

7. Ardanuy, Jordi, «La curiosa historia de Xavier C.», *Nous Papers d'Ovnis,* n.º 1, diciembre de 2014.

8. Puede escucharse en: <https://mundodesconocido.wordpress.com/2009/07/05/que-volen-aquesta-gent-intraterrestres/>.

Los sin rostro
David Cuevas

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del texto: David Cuevas, 2020.
© de las imágenes de interior: David Cuevas
© de la imagen de cubierta: Raggedstone / shutterstock

Diseño de la portada: Planeta Arte & Diseño

© Edicions 62, S.A, 2021
Ediciones Luciérnaga
Av. Diagonal 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2021

ISBN: 978-84-18015-84-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!